

Insomnios del Estío.

TOMO I.

PARODIAS

(DE VERDADES.)

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

Por D. Ramon de Valladares y Saavedra,
y D. Andrés de Cápua.

TOMO I.

MADRID: 1845.
Imprenta de D. Vicente de Lalama, Editor,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

INTRODUCCION.

No podrá decirse con razon que la novela está esplotada en España, donde solo muy rara vez aparecen producciones originales de este género: pero tenemos en cambio un número inmenso de ellas, traducidas á nuestro idióma patrio, que suplirian, si esto fuera posible, la sensible falta que se observa en nuestra literatura moderna. Los lectores hallan en las obras estrangeras toda la belleza que pudieran apetecer, y no tie-

nen en cuenta si el autor es español: los editores adquieren á ínfimo precio las mejores novelas que ven la luz en las naciones vecinas, desdeñando por consiguiente las que no siendo traducciones debieran tener mayor valor; y esta es la causa de que muy pocos emprendan unos trabajos que dificilmente rivalizarian en un principio con los de autores que han consumido su vida en estudiar y esplotar los tesoros de tales composiciones, siendo animados en sus tareas por todos los estímulos que hacen cobrar aliento en las empresas.

Asi vemos en algunas producciones españolas descuido, desaliño, falta en fin de aquella correccion que indica la esperanza de un triunfo; porque muy pocos se

consideran capaces de vencer tantos obstáculos como se ofrecen para conseguirlo: y por esto acaba siempre la introduccion á todas las novelas con la protesta del autor, manifestando no alimentar pretensiones en su trabajo.

¡Triste confesion en verdad; pero que al menos en esta ocasion es cierta! Quizá no lo hubiera sido tanto cuando se intentó el argumento: mas circunstancias inevitables han hecho variar nuestra intencion, y hoy, para cumplir con la conciencia del mérito de nuestra obra, nos hallamos en la precision de publicar sinceramente que su única tendencia es procurar algunas horas de distraccion.

PRIMERA PARTE.

—

Prólogo.

La lluvia cae á torrentes.

Las ráfagas de viento se quiebran en los ángulos de los edificios, y la moribunda luz de los faroles lucha trabajosamente por romper la espesa niebla que la ahoga, formando un pequeño círculo lívido y opáco.

No arrecia el temporal.

De vez en cuando se percibe confusamente la esplosion del trueno, sin que la preceda su blanca luz, perdiéndose al momento entre las columnas de aire que recorren la comprimida atmósfera.

Quien no ha pasado las cuatro estaciones bajo el inconstante cielo de Cas-

tilla, no puede comprender fácilmente lo que es un invierno en la antigua Mántua.

Radiante y puro se ostenta el sol entre las brisas matinales, y apenas ha dado unos pasos en su carrera, un vapor espeso de color indefinible, que paulatinamente se eleva y toma cuerpo, empieza á salir de la húmeda tierra, concluyendo por formar un globo opáco, de partículas espesas, cuya dilatacion pende las mas veces del aire norte, reinante por lo comun en ambas Castillas.

El sol queda envuelto entre aquella niebla, entreviéndose del mismo modo que las estrellas en los paises azotados por las nieves y situados bajo los polos.

Tal vez el astro-rey rompe las embarazosas nieblas que le cierran el paso. Entonces el cielo de Castilla es sublime, encantador! Los rayos de este planeta y el impregnado ambiente del Guadarrama, purifican y coloran la atmósfera, y se ofrece á la vista uno de aquellos dias tan comunes en los pueblos meridionales: uno de aquellos dias en que la naturaleza se ostenta á los hombres tan

magnífica como la concibiera su autor al desplegar las fecundísimas alas de su omnipotente imaginacion.

Los pájaros cantan alegremente; las desnudas ramas de los árboles toman un color verdinoso, y los prados y las colinas, á impulsos del rayo vivificador, y á través de la débil niebla que despiden, ofrecen una alfombra de un color, si bien uniforme desde cerca, variado y encantador desde lejos.

Los habitantes de las ciudades se disponen á gozar del magnífico esplendor de la naturaleza, y entonces en las calles, en los paseos y en los salones, se ostenta esa profusion de lujo, ese torrente de costosos caprichos que es la mejor espresion de nuestra miseria.

El filósofo, el que remonta su imaginacion á otra existencia mas lozana y rica de sensaciones, vá á buscar lejos de los bulliciosos recintos, aquella espansion que tanto necesita el alma envejecida entre el repugnante panorama de una sociedad falsa, corrompida, despreciable.

No hay cosa mas sublime que el

campo en estos dias! El hombre ante su vista es un poder, un coloso que creciendo insensiblemente y dominando la creacion, abarca con sus informes brazos las estremidades de los mundos. En su delirio, vé á sus plantas, como desde una altísima torre, el hormiguero de unos seres que cantan para no llorar, y que embotando los sentidos, quieren pasar las horas en la estupidez del sueño, y en los delirios del insomnio.

El pastor conduce sus ovejas; el caminante prosigue silencioso su rumbo, y los muchachos retozan por las praderas, gozando inocentemente, porque ante ellos aun no se ha presentado el fantasma del porvenir.

. . . .

Pero la niebla no se ha roto!

La atraccion de la tierra no ha podido deshacer el vapor que lanzára, y el sol se ha ocultado completamente.

Sin embargo, no llueve!

Allá en el cielo, quietos y espesos vapores parece que aguardan la hora en que desencadenados los vientos, rasguen

sus primeras capas, é inunden la tierra con su abundante fluido.

La respiracion es embarazosa.

A favor de aquel estado de inercia, atraen las inmóviles nubes, partículas minerales, que van formando un todo compacto, ruidoso, temible!

La oscuridad crece por instantes. Las horas pasan rápidamente, y el manto de la noche acaba por oscurecer completamente la atmósfera.

Es de noche.

De repente se escucha un sacudimiento igual al de un gran edificio que se desploma. A los pocos momentos..... la lluvia cae á torrentes.....!

De nuevo retumba el trueno: pero esta vez ha venido precedido ostensiblemente de su blanca claridad, aunque la distancia que le ha separado de ella calma los temores de su proximidad.

De improviso, cielo y tierra se han iluminado; clara y distintamente se han visto los objetos, colorándose de fuego la espesa lluvia que se desploma. Esta claridad ha durado algunos segundos.

A manera de las culebrinas que se

emplean en el ataque de una fortificacion, han serpenteado por el cielo unos cuerpos luminosos, que tomando diferentes formas y con una rapidez inconcebible, se han ido á ocultar en el cenit.

Otros destellos de la misma claridad han vagado unos instantes y se han deshecho al parecer en el aire, como las pajas de una era, que impulsadas por el viento en las noches de verano, llegan hasta la rejion del fuego, donde en su precipitada fuga son convertidas en nada.

Las calles aparecen desiertas como los enfiladeros de un campo santo; pero, cosa rara! á favor de aquella claridad se han percibido los pasos acelerados de dos hombres que atraviesan una de las principales. Poco despues se ha visto á estos dos hombres.

El trueno reventó!

Los dos se arrimaron á una pared en cuya estremidad se hallaba un lóbrego edificio. Las campanas tocaron la monótona entonacion de la plegaria.

Despues, todas las iglesias repetian la misma señal.

A tales horas y en tal noche, qué temeraria empresa tratan de acometer aquellos seres? No temen la cólera divina, porque creen quizás que el aspecto imponente de aquella, es ahora un efecto natural de las revoluciones atmosféricas? Con todo... aquellos estragos, ¿no han producido infinidad de víctimas? ¿No hay en nosotros un oculto temor que nos impele á guarecernos de las tempestades horrorosas, con tanto afan como el del moribundo que lucha por asir la vida que se le escapa de las manos..?

Pero no eran ellos solamente los que desafiaban la tempestad.

Por las mismas calles que atravesaban, se veian cruzar carruages suntuosos, que agrupándose en este ó en aquel edificio, aguardaban la salida de sus dueños, ó conducian á estos á sus magníficas moradas.

Pasaron los dos hombres junto á un edificio, y oyeron confusamente estúpidas carcajadas seguidas de esclamaciones sacrílegas y de ayes provocadores... Allí habia jugadores y rameras.

Volvió el silencio que reinaba antes de la espantosa esplosion. Solo se oia el monótono rumor del agua, el estampido de la lejana tormenta, y alguna que otra interjeccion que se escapaba de los labios de aquellos hombres al perder el equilibrio sobre una laguna á medio construir.

Tocaron los barrios bajos, y con variaciones de circunstancias se reprodujeron á su vista los mismos encuentros.

Las cascadas guitarrillas, las imprecaciones, los besos, la algazara...., Todo mas descubiertamente, pero todo lo mismo. Aquellos se tapan la cara para engañar, estos se la descubren para que no les engañen. *La clase alta y la clase baja.*

Nuestros dos hombres llegaron al pié de una casa. Sonaron dos golpes.

—Has visto?

—Si.

—El mundo no es de noche, lo que es el mundo de dia.

—Sin embargo, el mundo siempre es el mismo.

—Te atreverias á desenmascararlo?

—Y tú?
—Me ayudarias?
—Sí.
—Entremos y manos á la obra.
La puerta se cerró detrás de ellos.

. . . .

A la mañana siguiente, uno de los dos escribia la página inmediata.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Gabinete.

Una gran poblacion observada desde un punto que la domine, presenta el espectáculo mas digno de ser admirado, á los ojos del que la considera.

Si alumbra el sol en toda su fuerza, la innumerable multitud de edificios que la forman, vemos tenderse á nuestros pies una inmensa mancha de variados colores, que alcanza con sus estremos el término lejano del horizonte, y hallamos el laberinto de sus calles, continuamente recorrido por bullidora gente, que cruza en todas direcciones, advirtiéndose apenas como pequeños

puntos, perdida y abismada bajo las colosales dimensiones de su misma obra.

Quisieron los hombres guarecerse de la intemperie y arañaron la superficie de la tierra, buscando entre sus grietas un sitio en que ocultarse, como las fieras de los bosques. Mas despues revelándose su orgullo, levantaron sobre la faz del mundo altaneros testimonios de su ciencia, y lograron anonadarse bajo las gigantes proporciones del producto de sus manos. Los hombres hicieron esos palacios de maciza construccion, que amenazan hundir la tierra bajo su peso. Los hombres alzaron esas cúpulas aéreas que se pierden á su vista en las nubes que vagan por el aire. Mas los hombres han desaparecido entre las moles que fundó su arrogancia, porque no abultan siquiera tanto como una piedra de sus edificios.

¿Quién diria que son fábricas humanas esas soberbias creaciones que encierran nuestro globo bajo su estenso pié?

Pero mas admirable todavia, ¡que el silencio de las adustas moles se vea turbado por la mezquina voz del hombre!

De noche, la sombra tiende su negra red sobre el mundo y todo desaparece; cielo, tierra, palacios y personas. Entonces las sombras se ocultan bajo los techos de sus casas, porque no ven y apagan la voz de sus gargantas.

¡Terrible muestra de la miseria humana! —¿Cuándo llegarán las criaturas á disipar la niebla que contra su voluntad avanza....., avanza, sin que nada la pueda detener?

Pero en el interior de sus guaridas aparecen multitud de luces que suplen míseramente la falta de la del sol. Y esas calles oscuras y sombrías muestran adheridos á sus paredes pequeños puntos luminosos que imitan el contraste de un revuelto bordado de lentejuelas en un vestido de luto.

Vamos á penetrar en una casa no muy distante del centro de Madrid, que desde luego manifiesta servir de asilo á personas acomodadas.

En un gabinete ricamente adornado con esquisitos muebles, al gusto de nuestro siglo, un jóven de corta edad escribia velozmente algunas líneas al escondi-

do fulgor de un magnífico candelabro. Los reflejos de la vacilante llama de la chimenea venian á fijarse, por intérvalos, en los estremos de la habitacion, vertiendo su trémulo brillo sobre los anchos cuadros y grandiosas pinturas que adornaban las paredes. Cubria el suelo una gruesa alfombra de variados dibujos, y sobre la consóla se veian esparcidos frascos de aceites odoríficos, jabones, pomadas y todo cuanto indica y exije el gabinete-tocador de una Señora.

En efecto: no lejos de la llama descansaba esta, muellemente reclinada en uno de esos sillones que hace poco se consideraban como antiguos, y cuando han sido algo mas viejos, vuelven segunda vez á conquistar su puesto.

Examinemos estos personajes.

El jóven es de agradable presencia. Una bata descuidadamente ceñida al talle y un gorro griego de animados colores, le dan cierto aire gracioso y elegante que agrada desde luego. Sus facciones son intelijentes y varoniles, negros sus ojos, ardiente su mirada, y en su ancha y despejada frente se adivina el talento. Pero

hay sin embargo esparcido por su rostro un baño de bondad y candidez, que muestra un alma vírjen todavia é ignorante de las amargas sensaciones de la vida.

La señora, que ha pasado ya de sus floridos años, conserva los recuerdos y las pretensiones de sus mejores dias. No es, ni ha sido hermosa, pero se ha educado entre los placeres de la sociedad, y ha sabido adquirir ese aire de importancia que muchas veces suple á la belleza. Orgullosa porque es rica, y apasionada por el bullicio y animacion del trato humano, gracias á su desimpresion en ciertos puntos, y á su exaltacion en otros, ha llegado á mirar empañado el brillo de su tez, sin perder el deseo de buscar ajitacion y sensaciones para el alma. Por esto sin duda, en los modales, en el traje y en todas las costumbres, ofrece un dechado perfecto de la dulce afectacion de buen tono, que aun en su casa conserva, y que ha venido á formar, por decirlo asi, una segunda naturaleza. En las facciones animadas de continuo por una sonrisa de amabilidad que nada indica las mas veces, pero que separa á las personas fi-

nas de las que no se cuidan de parecerlo, se traducia una mezcla de afecto y superioridad cuando fijaba la vista en el gallardo jóven que escribia con precipitacion, y por pasar el tiempo mientras aquel terminaba, recorria las pájinas de un libro, y acariciaba con el pié la redonda cabeza de un enorme gato, que revolcándose sobre la alfombra, sujetaba y mordia el estremo del vestido de su ama.

—¿Has concluido yá?—preguntó esta al joven viéndole dejar la pluma y frotarse las manos de contento y frio.

—Si señora. ¿Quiére V. escribir tambien...?

—Lástima fuera! Tengo que decir á tu madre muchas cosas que te interesan aun mas que á mí.

—De veras? ¿Puedo saberlas yó....?

—Por que nó?—Escucha.—Tú estabas encerrado en un pueblo sin ver, sin aprender, sin disfrutar; era tu vida una calma inerte que no te hubiera permitido ser nunca hombre notable, y á no haber hecho que vinieras á mi lado, ignorarias siempre la existencia de todos estos placeres que ahora disfrutas.

—Lo sé; tiene V. razon y se lo agradezco mucho.

—Deja las protestas de gratitud y sigue escuchándome. Tú que ocho meses hace no habias conocido mas sociedad que las insípidas reuniones de una Capital de Castilla, eres hoy uno de tantos jóvenes versados en el trato de la parte mas culta de nuestra corte; cuentas con numerosos amigos que te aprecian, tienes muchos conocidos que te distraen, y has hallado infinitos protectores que te ayudarán á conseguir triunfos para los nobles impulsos de tu ambicion.

—Justamente es lo que digo á mi familia, para que conozca todo el bien que V. nos ha hecho.

—Te agrada este género de sensaciones y adviertes su ventaja comparándolo con los insignificantes atractivos que encontrabas en Segovia. Pero en esto mismo, ¿no adviertes un egoismo reprensible, puesto que te limitas á pintar tu felicidad sin desear la misma para otras personas?

—Comprendo á V., tia... mi herma-

na! mi pobre hermana..!

—Eso quise decir...

—Pues bien: voy á leerle á V. la parte de mi carta en que á ella me dirijo, para que conozca V. cuanto placer tendria yo en que disfrutase conmigo de estas ventajas. Si antes no lo hé indicado, fué por temor de que V. me tachára de exijente.

Tomó entonces el joven la carta de la mesa, y con voz lijeramente conmovida, leyó estas palabras, amorosas como dirigidas á una hermana, sencillas como dictadas por un corazon entusiasta, dulces por fin, como reflejos que eran de las primeras emociones del alma.

«Y á tí, Luisa mia, qué te diré para «causarte contento, si temo que la pin«tura de mi situacion, lejos de recrearte, «sea nuevo motivo á tu pesar? Encerra«da en una ciudad tan triste y escasa en «proporciones de distraccion, sola, sin «amigas, oh..! precisamente debes estar «muy aburrida! Por eso pienso que esta «pintura establecerá un parangon que «ha de serte muy sensible, y, créeme, «tambien para mí lo es. Si en medio del

«bullicio, animacion y distracciones «de la sociedad, hay algun dolor, que «amengue mi alegria, este dolor, es única-«camente el recuerdo tuyo: la memoria «de tu soledad y de tus lágrimas mien-«tras estoy gozando.»

«Pobre Luisa! Cuanto daria yo por «verte á mi lado, risueña y alegre en-«medio de tantas jóvenes alegres y ri-«sueñas tambien! Pero esto no puede «ser: demasiado bien lo sabemos ambos. «Con todo.... tal vez si nuestra tia qui-«siera.... yo he intentado algunas veces «proponerle que te trajera en mi lugar, «pero demasiado agradecido debo estar-«le para esponerme á que presuma si-«quiera que no aprecio sus favores ó «que abuso de su bondad con exijencias.

—Esto ya es demasiado insípido para continuar en su lectura, dijo el jóven interrumpiéndose de pronto, algo ruborizado por haber descubierto tanto su corazon en lo que habia leido.

Bien, bien! dijo su tia sonriéndose con cariño: no pienses que pretendo sondear tus secretos; me basta con eso para retraerme de considerarte injusto

y egoista, pero ¿sabes que los dos estábamos pensando lo mismo con respecto á tu hermana...?

—Quiere V. pues...?

—Sí, quiero. Cuando vinistes á Madrid, le habia dicho á tu madre que os dejára á ella y á tí, por consiguiente si no está con nosotros, no es en verdad por culpa mia. Ahora que mi hermana conocerá por tí las ventajas de la venida de su hija, repito mis instancias para llegar á conseguirla.

—Oh! Qué buena es V.! Vendrá Luisa y vivirá tan dichosa como yo!

—Seguramente. Y no debeis agradecérmelo demasiado, porque es una obligacion protejeros, ya que la suerte me ha lisonjeado. Yo, como sabes, quedé viuda sin hijos, y con el capital de mi esposo, la que antes era tan pobre como tu madre, ahora tiene medios de socorrer á su familia y vivir con comodidad. Además, estoy aislada, y es por cierto fastidioso el aislamiento: por consiguiente, mi interés en hacer vuestra ventura, tiene mucha parte de egoismo, ¿no es verdad?

—De todos modos, sino fuera por V., por su cariño maternal, ¿qué seria de nosotros, reducidos á la miseria por la inconstancia de la suerte? Ah! crea V. tia, que la venida de mi hermana será para mi un gran placer! Mi madre tiene allí para que la acompañen mis otros dos hermanos pequeños, y mi padre. ¿Va V. á escribir para conseguir lo que apetecemos?

—Sí, déjame.

La señora se sentó en el sitio que antes ocupó su sobrino, y este se colocó en la chimenea, manifestando el contento de su alma por esa especie de risa gutural que nos embarga la respiracion.

Apenas hubo terminado la Señora unas cuantas palabras, se levantó diciendo al jóven:

—Alfonso, quedan cumplidos nuestros deseos.

Este por toda contestacion cogió una de sus manos y la llevó á los labios, en señal de respeto y gratitud.

—Haces ánimo de asistir á la soireé de Campolís en celebridad del casamiento del Duque su amigo?

—Creo que iré, porque el Baron ha de venir dentro de poco á buscarme, y es probable que nos dirijamos allá.

—Entonces no voy yo: estoy cansada, y con el Baron nada recelo.

Un criado abrió á este tiempo la mampara, y anunció en alta voz al Señor Baron de Azálvaro. Despues de un momento penetró este en el gabinete, y saludando á la Señora con elegancia, tomó asiento al lado de su amigo.

Nadie seria capaz de marcar con visos de certeza la edad ni el carácter del nuevo personaje. A primera vista parecia su rostro el de un muchacho sin mas espresion que la travesura de los pocos años; pero un vigote dorado que cubria su labio , y las marcadas arrugas del entrecejo que partian su frente, le daban el aspecto de un hombre. Sus pequeños ojos verdosos y sumamente vivos, moviéndose incesantemente bajo las despobladas cejas, brillaban con todo el fuego del alma, y tenian tal espresion de audacia, que dominaban siempre la mirada que se fijaba en ellos. Por lo demas nada notable ofrecia su

figura. Vestido con gusto, pero sin exajeracion, hubiera podido pasar desapercibido con solo esconder el rostro bajo una máscara.

—Héme aqui yá, dijo á su amigo Alfonso, echando el cuerpo atrás, y colocando con fatuidad el dedo pulgar en la relojera del chaleco.

—Quiéres que nos marchemos pronto?

—Como gustes: pero no tengo prisa por mi parte hasta las once....

—Voy, pues, á quitarme la bata y á vestirme.

—Sí, dijo la señora, mientras te dispones para salir, yo supliré tu amistad con el Baron.

Este se inclinó profundameote, afectando una maliciosa sonrisa, y Alfonso salió del gabinete.

—Ya no nos oye, dijo el Baron apenas se hubo alejado su amigo, y despues de tender una mirada indagadora.

—Bien; ¿y qué has hecho?

—Prevenir... nada mas.

—Prevenir!!

—Y tú ¿qué has hecho?

—Yo..? prevenir... nada mas. Y por

cierto que no debia ser otra cosa; pero tengo la desgracia de cumplir cuanto ofrezco, á pesar de que hay hombres que me enseñan lo contrario.

—Lo dices por mí?

—Por tí. Siempre nuevas protestas y siempre nuevas dilaciones. Si eres libre, qué inconveniente hay en lo que propongo?

—No seas loca: vendremos ahora los dos á valernos de quejas y suspiros como unos amantes novicios! Ya sabes que aguardo alguna posicion, porque siempre es bochornoso al hombre no llevar nada.. casi nada. ¿Por qué no imitas mi conducta, creyéndome como yo te creo?

—Porque yo te doy pruebas, y no es estraño que á su vista creas, pero tú....

—Vamos: ¿habré de repetirte cien veces una misma cosa? Dentro de pocos dias yo te juro cumplir tus deseos.

Ambos guardaron silencio algunos instantes: ella un poco turbada seguia con la vista las oscilaciones de las llamas que se desprendian de los trozos de leña: él, por el contrario, fijaba sobre la inclinada y lustrosa frente de la muger

sus ojos maliciosos, con una mirada en que pudiera notarse por un observador, cierto aire sarcástico y maligno á través de la ternura que procuraba retratar en ellos.

—Ahora que ya se habrá pasado tu enojo, esclamó, ¿quieres decirme lo que has adelantado?

—He visto, como te prometí, á varias personas influyentes, pero la crisis es penosa, y el Duque tiene muchas simpatias.

—Mas puedo confiar...? ¿qué motivos..?

—Se me han hecho promesas formales que tal vez se cumplirán.

—Se cumplirán!

Un acceso de alegria hizo contraer las facciones del baron que recalcó con acento conmovido por el placer.

—Promesas.. que.. tal vez.. se cumplirán!!

Mas de pronto como arrepentido de haberse dejado llevar de su alegria, recobró su calma, y acercándose al oido de la señora, la dijo en tono misterioso de ternura.

—Pero, todo eso, ¿qué me importa? ¿Qué vale todo eso para otra clase de sensaciones mas deliciosas que la suerte propicia me ha otorgado?

—Retírate, dijo ella; no quiero de modo alguno que Alfonso considere en tí sino un amigo, hasta que llegue el suspirado dia.

—Pero ¿no tengo razon en lo que digo? Por tí, por complacerte sigo socorriendo á esa maldita muger que ha acibarado mis dias. De ella nada puedes recelar...

—Bien, bien: estoy satisfecha, y en prueba de ello, voy á referirte los adelantos que acabo de conseguir en favor tuyo. Ante todo debo advertirte que hoy, mañana... muy pronto es preciso dés la vuelta por la casa de aquellas gentes, y derrames el oro que te he dado y el que tú tienes... nos pueden servir de mucho. Ahora escucha.

De nuevo se animaron las facciones del baron, que acercó su asiento al de su interlocutora, inclinándose hácia su lado para escuchar mejor.

Dos ó tres veces alzó aquella la vista

fijándola en el baron, pero otras tantas vino á clavarla en el suelo al sentirse prevenida por la audaz altanería y la incalificable risita de aquel hombre.

Abriose de repente la mampara y entró Alfonso lujosamente vestido, en el momento de comenzar su tia los misterios. Esta se sorprendió bastante; pero el baron, ducho en estas peripecias, dijo con imperturbable calma, finjiendo continuar una conversacion pendiente.

—Oh! tanto que se temió por el éxito, la última noche. Hablábamos del nuevo tenor, querido Alfonso.

—Sí, sí, efectivamente, contestó este: se temió.

—Y hubiera sido lástima, porque como ha dicho tu tia, la voz es dulce y hermosa.

—Creo lo mismo, pero las rivalidades.....

—Oh! las rivalidades..! ¿Vamos? Como te parezca: nos pasaremos antes por el Café.

Los dos se dispusieron á marchar, y el baron con una seriedad y un respeto que solo se diferenciaban de los verda-

deros en ser finjidos, con anuencia de la persona que era objeto de ellos, dijo á la tia de su amigo,

—Señora, estoy á los pies de V.—Pero dejó caer en su oido al mismo tiempo estas palabras con una voz casi imperceptible aun para ella.

—Escríbeme y dilo todo.

—Tia está algo mala, y por esta razon no nos favorece, dijo Alfonso dando un beso en la frente á su segunda madre.

Los dos amigos salieron, y esta, sentándose de nuevo á la mesa, y tomando pausadamente un papel, esclamó:

—Esta situacion es muy molesta.... pronto concluirá... pero entre tanto es preciso obrar asi para que nada se trasluzca... Le amo tanto!

Y dejó correr la pluma por el papel.

CAPÍTULO II.

El primer dia de boda.

Lo que mas desean las mugeres desde la edad de doce años, es casarse. Es-

ta es una verdad que ya la han dicho todos, pero que no está de mas quede consignada en esta página. A la que os afecte indiferencia, desvío, tal vez repugnancia, cuando le trateis de este asunto decidle sin temor de aventuraros, que miente, y miente á sabiendas. Cuando se le trate de la boda de una amiga íntima ó de una hermana, sorprendereis en sus ojos una lágrima que se afana en detener, pero que sin embargo, se desprende hasta escaldar su megilla. Y aquella lágrima sola, ardiente, no es hija ni del temor ni de la compasion; la rabia, el despecho la han causado. Entonces se hace el balance de los años que fueron, con los años que han de ser, y generalmente el resultado es la desesperacion.

Tal vez la imprudencia de la hermana ó de la amiga aumentan su disgusto: tal vez el mismo laudable empeño de ocultar los placeres del nuevo estado, acrecienta los martirios; porque esto depende de los grados de sensibilidad y del mayor ó menor conocimiento del mundo; pero no es menos cierto que en

ambos casos, sufre uno mientras goza el otro, aun cuando á los pocos años el que sufria goce y el que gozaba sufra.— Quisiéramos decir muchas cosas acerca de esto, porque es una materia que hemos estudiado á fondo, y por ser el argumento obligado de la mayor parte de las sociedades; pero dejemos este estilo árido, que á muchos no agradará, y asistamos á la *soirée* que se celebra la noche del 15 de.... en los magníficos salones de la marquesa de Campolís, en celebridad del casamiento de un amigo suyo.

La marquesa es una de aquellas personas que ignoran sus títulos de nobleza; cuando tuvo edad para reflexionar, se encontró incrustada en la aristocrácia, pero sin poder adivinar cómo pertenecia á ella. Este es uno de aquellos problemas que se van resolviendo con la ereccion de esa nueva aristocrácia, tan rica en títulos y honores, como escasa en antecedentes y tesoros bien adquiridos. Verdad amarga, pero que no por eso deja de ser verdad.

Su esposo el marqués de Campolís,

habia heredado de sus ascendientes un capital bastante considerable en bienes rústicos, adquirido en las guerras contra los moros en la última época de su espulsion de la costa meridional. Estaba enlazado por línea recta con lo mas escojido de la nobleza, si bien habian degenerado en su imaginacion aquellas ideas aristocráticas que formaban el principal patrimonio de sus antepasados. Una prueba de esta verdad, fué su enlace con Doña Esperanza de Arévalo, á la sazon poseedora de su título.

La familia de la marquesa no podia decirse que pertenecia á lo que ridículamente llamamos *pueblo*, sino á esa clase media, misto de democrácia y de nobleza, que nacida en la estúpida abyeccion, solo por medio de uno de aquellos misterios que se esplican en las pájinas del favor, la intriga ó el vilipendio, logra encaramarse en la sociedad, sin que esta pueda menguar por sus leyes sus exhorbitantes privilegios.

El padre, pues, de la marquesa *en comision*, mantenia á su familia con los réditos que le dejaban sus présta-

mos usurarios, y el comercio-agiotage con algunos ramos de primer consumo; pero como el dinero mal adquirido se disipa prontamente, y su familia era mas que dilatada, mayor tiempo sentian los estremos del ayuno forzoso que los desórdenes de la gula voluntaria. La marquesa no era la mayor de las mugeres; habia otra que á la sazon tenia unos veinte años, y cuya hermosura le habia conquistado una fama bastante estraordinaria.

De repente, y sin que nadie adivinase el motivo, empezó la casa del prestamista á ostentar una profusion de lujo y brillantez, incompatible con sus ingresos, y aun con la probabilidad de un triunfo sobre las arcas del tesoro, mediante un billete de la loteria.

Madrid es el pueblo mas chismográfico de España: es cierto que las noticias no se comunican por segundos á todos los ángulos de la poblacion; pero tiene cien círculos segun las cualidades de las personas, donde telegráficamente se trasmiten y aumentan todas las que tienden á desacreditar á cualquiera

de sus afiliados. Tambien es preciso conceder que toda noticia falsa tiene un principio de verdad, que, aunque á primera vista se oscurezca, desentrañado el asunto con alguna detencion, no deja de prestar fundados motivos para no despreciar el exagerado rumor.

Unos, (los mas ignorantes) achacaban la peripecia á las *especulaciones* del especulador; otros creian que afiliado en alguna sociedad secreta, esta le habria suministrado los recursos; no faltó quien, fijo su pensamiento en la conviccion que abrigaban los moriscos al abandonar nuestro territorio, de que volverian á recuperarlo, creyó de buena fé que algun tesoro procedente de aquellos habia elevado á la familia hasta la altura en que se encontraba. Pero la opinion que corria por mas fundada, daba la procedencia de la metamorfósis, desde los salones régios de nuestro monarca en aquella época. Nadie ignora los galanteos de uno de nuestros reyes, como tampoco ignorará que la dureza y aridez de un trono necesitan recursos violentos para que quien le ocupa goce al-

gunos momentos de los placeres *libres del hombre.*

La hermana de la marquesa entró en palacio.

De entonces data la trasformacion del prestamista.

Asi se apuntó por los maliciosos en la cronología de las aberraciones.

. . . .

Murió el marqués á los cuarenta años, dejando á su esposa tres hijos, dos varones y una hembra: esta tendria al presente quince años, la otra dos, y el varon siete.

Una marquesa ó un título, en Madrid principalmente, no puede vivir sin ese agregado que bajo el modesto epígrafe de *administrador* ó *apoderado*, se halle tan unido á la aristocrática familia, como pudiera el difunto señor. Este es un ramo de mucho consumo en nuestros dias, aun cuando necesita el aspirante cierta táctica particular, mezclada con una total renuncia de sus derechos de hombre, para hacerse miserable instrumento de los caprichos de su poderdanta.

Nuestra marquesa de Campolís en su consecuencia, no carecia de este requisito de gran tono, esencial para correr entre su clase por muger de talento y sociedad.

El apoderado era uno de esos hombres que habiendo entrado en cuentas consigo mismos, y conociendo su miserable posicion, se deciden á no tener una idea propia, esclavizando el pensamiento como una facultad rebelde, que no debe tener existencia peculiar; y en honor de la justicia, desempeñaba su papel á las mil maravillas, dandole un ciento por ciento de valor sobre los demas compañeros de oficio.

Siempre le tenia fijo al lado la marquesa, sin que se atreviera á desplegar los labios. Al subir al coche, hácia las veces de lacayo, teniendo buen cuidado de colocarse en frente de su señora; derecho que ella no habia restringido, por su propio carácter. Si paseaban pleveyamente (á pié), nunca osaba brindarla el brazo, sino que ella cuando queria, lo deslizaba con el imperio de un sultan, y entonces él, dando un

paso á vanguardia, lo recibia conservando con esmero el equilibrio para que la marquesa no sintiese por culpa suya aquel roce, que solo la agradaba cuando provenia de su voluntad. En su casa jamás se les veia solos en un salon, á no ser para aquellos asuntos de familia que ni los profanos ni los herederos tienen derecho á investigar. El teatro y las sociedades llenaban los deseos bulliciosos de la gran Señora, y unas veces iba sola con sus hijos y el apoderado la recogia, otras iba con él para que le llevase los gemelos, le tuviese el chal y la nube, ó la prestase aire en tiempo de verano.

La marquesa miraba estos cuidados como el justo cumplimiento de unos deberes imprescindibles, á los cuales se habia hecho acreedora por *razones particulares*, que ante el apoderado no tenian tanto peso como las que habian arrojado un rayo de luz y de esperanza en el oscuro horizonte del porvenir que antes se le ofrecia.

La marquesa, como toda persona encumbrada repentinamente por la suerte, era altiva, impetuosa, cruel; el sen-

timiento de la compasion pocas veces tuvo cabida en su pecho, porque obraba por el lujo de obrar solamente, para saborear luego las conversaciones que rodaban acerca de sus tesoros y de su magnanimidad. Si alguna vez se dibujaba ante sus ojos el miserable cuadro de que ella habia formado parte en su juventud, fruncia las cejas, y se entregaba con mas delirio á sus arrebatos, para ahogar aquella voz muda que se burlaba sarcásticamente de sus triunfos.

Sin embargo, la marquesa conservaba, ó aparentaba conservar, ese principio religioso, que inculcado en nuestra niñez, no nos abandona en medio de las tormentas del mundo. Nunca hemos dudado nosotros de que exista en el fondo del alma ese principio: pero hay ciertas personas que lo entienden de una manera hipócrita, para cerrar los ojos á la clase que solo juzga por las apariencias, y que bendice al que derrama una gota de dulzura en el amargo océano de sus pesares. La marquesa era tal vez católica ultramontana los domingos y dias festivos; en estos dias pisaba

las gradas del templo y asistia con la mas religiosa compostura al sacrificio que ella pagaba; pero esto es á nuestros ojos un crímen espantoso, si hemos de creer á esa religion que la marquesa profanaba.

Vivir en la crápula y en los vicios; infringir uno por uno los preceptos católicos, y despues presentarse con la mas fria calma delante del que ha sido ofendido, ¿no es el mayor grado de relajacion é inmoralidad que concebirse puede....? Si no se cree en la religion, ¿á qué viene ese alarde de fanatismo, cuando en nuestros dias no se imponen castigos al que no practica? Tal vez esa misma religion ha sido admitida con algunas *enmiendas*, tal vez se cree que los vicios han recibido la calificacion de tales por sutileza de los hombres; tal vez se juzga que la ley natural no necesitaba el auxilio de la ley revelada; pero de todos modos si se obra sin hipocresía, un error es mas disculpable. Para nosotros es menos criminal el que nada cree y no profana con su presencia las ceremonias católi-

cas, que el depravado que traidoramente se arrastra por los templos, sin fé ni conviccion, con el único objeto de engañar ó quizás escarnecer de esta manera nueva é impia, de esta diabólica manera, la religion de sus antepasados.

Hemos procurado retratar ligeramente á la marquesa de Campolís; porque es uno de los personages que mas influencia tienen en la presente historia. La mayor de sus hijas, de quince años, era una muchacha repugnante á primera vista por los defectos de que adolecen la mayor parte de las jóvenes del gran mundo; aquel esmerado estudio en los movimientos, aquella ridícula afectacion en el habla, y todo el fárrago de contorsiones cómico-dramáticas, son tomadas en su justo valor solamente en los círculos de su alta esfera, donde el lenguage mas admitido é inteligible es el pantomímico. Sin embargo, Irene tenia un corazon casi vírgen, y sentia á veces un vacío que no llenaban las ridículas exigencias de su posicion: lo único que insensiblemente habia aprendido en la perniciosa escuela de la aris-

tocrácia, era mofarse de cuantos jóvenes se le presentaban; pero no era una sátira chistosa y oportuna la que empleaba (tal sátira no es patrimonio de esta clase) sino una burla atrevida y ultrajante, fruto del despecho y del hábito: aunque todavia no se hallaba profundamente arraigado en el corazon de Irene este defecto tan comun en el bello sexo, que se desarrolla mas fuerte y perniciosamente en las gentes de cierta posicion social. Tambien es verdad que Irene aun no habia oido esas palabras dulces y amorosas que causan una revolucion en nuestros sentidos, cuando las escuchamos por la primera vez.

. . . .

. . . .

Serian las diez de la noche del dia 15 de.... La casa de la marquesa, situada en las estremidades de la Corte, y en una calle bastante espaciosa, ofrecia desde fuera la perspetiva de un Congreso cuando en su recinto se celebra un vital y reñido debate parlamentario. Multitud de coches obstruian el paso; todos magníficos, todos de altos persona-

ges; sucesivamente iban llegando otros, hasta que dadas las once en un próximo reló de iglesia, cesaron de venir. Justo es que penetremos nosotros en los salones de la honorable señora.

Despues de un recibimiento bastante mezquino que sirve de guarda-ropa, se penetra en un salon estenso, pero no tanto que pueda admitir en su recinto seis parejas de wals, y el *estado-mayor*, que en vez de bailar, recordando con sentimiento sus antiguas glorias, ridiculiza sin compasion cuanto á la vista se le presenta.

La marquesa con su afectada coqueteria hace los honores de la casa, siendo para decir la verdad, una de las mas elegantes y hermosas de la reunion. Recogido su negro cabello y rizado perfectamente á la romana, deja ostentar en toda su brillantez una tersa frente, que al trémulo resplandor de los candelabros, oculta artificiosamente los años que pasaron por ella: su rostro siempre fue bello, y esta noche, gracias á las maravillosas invenciones del arte, es un sol que oscurece cuanto le rodea, admi-

tido el paralelo en toda su estension. Sus formas son bastantes pronunciadas; pero á favor de un apretado corsé ha podido reducirse aquel rebelde cuerpo, á una apariencia precisa y casi prodijiosa. El trage es de terciopelo negro, y marca perfectamente sus contornos; del color negro es del que saca mas partido la marquesa, porque dejando lucir una garganta artísticamente contorneada, y un pecho altamente español, forma un contraste con el sonrosado color de la carne, lo mas voluptuoso y encantador que puede concebirse. La cotilla que últimamente han vuelto á admitir las señoras, es el complemento del idealismo de una hermosa: creemos inútil decir que á la marquesa no le faltaba este requisito. El brazo desnudo completamente, estaba oculto casi hasta el codo por un pantalon de cabretilla blanco, tan estrecho, que indubitablemente no podia tener mas que una postura: las sortijas de brillantes lucian sobre el fondo blanco, no menos que unas ricas camándulas que oscilaban á impulsos del estudiado juego de los brazos: el pié so-

lamente se podia adivinar. Tal era la *encantadora* marquesa de Campolís.

Fina, afable, obsequiosa con cuantas personas llegaban, tendia al descuido una mirada escudriñadora sobre aquellas que creia influyentes en el gran mundo, ó que pudieran tomarla por tipo para sus elogios ó sus sátiras.

El salon se iba llenando progresivamente: la concurrencia bullia en distintas direcciones, enlazándose y desenlazándose en variados círculos. En unos reinaba el espíritu observador, en otros el sarcasmo, y en los mas, una estudiada complacencia, que vanamente procura disimular los impulsos de un corazon envidioso y mezquino.

Es un delirio buscar en esas reuniones convocadas en las altas horas de la noche, y compuestas de la parte mas elevada de la sociedad, la franqueza, la buena fé que inspiran únicamente las almas nobles de sentimientos generosos. No dejaremos de conceder algunas honrosas escepciones, y en el curso de nuestra historia tendremos ocasion de tocarlas; pero por desgracia jamas

llegan á componer estos *apartes* un todo que contrareste las funestas consecuencias de los defectos de la mayoría.

El salon estaba completamente lleno: fué preciso que aquel torrente se desbordase en los gabinetes colaterales, para dar mas ensanche á la reunion, y para que el deseo de bailar no espirase en la mente de los jóvenes, ansiosos siempre de este recreo, que presta ancho campo á las declaraciones amorosas, y á los atrevidos intentos de los que buscan el amor en el positivismo de los sentidos.

En la soirée de la marquesa no habia mesas de juego, y esto que á primera vista ofrece los visos de una fábula, se esplica fácilmente por el caracter especial que tenia la reunion, la cual de en manera alguna se hubiera celebrado á no haber sido por el objeto que tenia.

Hemos dicho que un amigo de la marquesa se habia casado, y precisamente vamos á hablar de los esposos cuando ha girado la puerta del salon, y estos se nos han ofrecido á la vista.

La elegante sencillez, es el carácter

distintivo á primera vista de los nuevos personajes. La jóven tendrá unos diez y ocho años. Al entrar ha tenido buen cuidado de dejar, cuando todos la han visto, una linda capota de tul crescado, color de rosa, cuyos pliegues están surcados por líneas de terciopelo del mismo color. Su cabeza divina, como las de Rafael, ostenta ese tocado *Memfis* que se cita como modelo de buen gusto; está compuesto de un fondo de terciopelo recamado de plata, y adornado de cordoncitos del mismo metal, que caen sobre sus megillas, divididos en tres ó cuatro, y que se elevan como los cabellos á la *Berthe*; estos cordoncitos que rodean sus sienes, se interpolan con los bucles de su peinado á la inglesa. Su trage es de los llamados en las crónicas parisienses *túnicas en aplicacion de Inglaterra*: los visos blancos formaban su fondo adornando con caprichosas guirnaldas de cintas, la falda larga del vestido, y la vuelta de la túnica, la cual estaba abierta, en disposicion de que se viese sin dificultad todo el fondo de la falda, en cuyo centro on-

deaba un adorno de cintas parecido á la guirnalda referida últimamente: su mano izquierda, velada bajo un estrecho guante blanco, oprime un pañuelo blanco, de batista bordado á *punto de arma*, con entredoses intercalados en el bordado, formando en sus ángulos grandes ramos, en los cuales se distinguian en elegantes cifras enlazadas, los nombres respectivos de la linda pareja.

En el rostro de la joven hay una débil tinta de sentimiento, que imprime dulzura y candidez en medio de aquel gozo comprimido, tan comun en las mugeres que por la primera vez reciben homenages ante una brillante reunion.

El marido vestía de rigorosa etiqueta: frac y pantalon negros: chaleco de piqué bordado, con una hilera de botones, colocada sobre el centro del pecho, pero abierto lo bastante para dejar entrever en el fondo de una pechera de encages, un magnífico brillante montado sobre oro: la corbata era de raso blanco, y para lucir las ricas piedras que apenas dejaban adivinar los guantes, mesaba con la mano izquierda un

reducido y negro vigote, ó pretendia componer su rizado cabello, mientras con la derecha jugaba con el *jibus* que habia plegado á la entrada.

Los jóvenes esposos habian venido acompañados de una señora bastante bella, pero en cuyo rostro y en el desaliño de su trage, se traducia un disgusto causado tal vez por los padecimientos morales.

La marquesa les salió al encuentro, y besando como por una rutina de ceremonia á la joven recien casada, tendió un momento su mano á la que la acompañaba, y saludó con una sonrisa de inteligencia al marido.

Asi que penetró en los salones este grupo, todas las miradas fueron á fijarse en él, multiplicándose entonces los corrillos y las reticencias, que tan buen efecto tienen en semejantes casos. Las miradas de los hombres fueron á fijarse en el recien casado, con una cierta espresion significativa, que podria entenderse por una sarcástica compasion. Parece que la sociedad se complace en escarnecer al hombre que tiene la fortu-

na de escoger por esposa una muger dotada de buenas prendas físicas.

—Tengo el placer, mi querida marquesa, de presentaros á esta señora, antigua amiga de mi Victoria: ella no ha comprendido toda la dulzura de vuestro carácter, y ha temido haceros esta manifestacion; dijo el esposo, presentando á la señora que les acompañaba.

—Me es sumamente grata, contestó la marquesa, esta entrevista; y despues, añadió con una sonrisa afectada, mezclada de coqueteria y cumplimiento, dirigiéndose á Victoria, aun cuando siento mucho, hija mia, que no hallais comprendido de una vez todo el afecto que os profeso, por vos y por vuestro esposo.

El rostro de Victoria por toda respuesta se encendió, y la recien presentada, haciendo una reverente cortesia á la marquesa, terminó aquella escena, que por su demasiada estension iba siendo ridicula.

Fernando, que tal era el nombre del desposado, se dirigió hácia donde estaba el apoderado de la marquesa, el cual

medio recostado sobre el piano, contaba por cuarta vez las hojas de un cuaderno de música colocado sobre el atril. Victoria, conducida por la marquesa, y sin olvidar á su amiga, fué presentada de una manera cómica á cuantas personas ocupaban los salones de la reunion. Concluida esta ceremonia, la jóven fué colocada, siempre con su amiga, en un camapé de raso labrado, que desalojaron seis vetustas señoras, testigos oculares de los gloriosos tiempos de Cárlos IV y Maria Luisa.

La aparente calma que hasta entonces reinaba en el salon, fué precursora de la tormenta que á los pocos momentos estalló. Victoria no podia reprimir su gozo; porque á mas de que el matrimonio en su primera época es un bello panorama de delicias, ella con su nuevo estado habia salido de una esfera reducida, donde las privaciones y el aislamiento la atormentaban con frecuencia. Las mugeres desde que nacen se tienen declarada una guerra sin tregua, y no perdonan ocasion para satirizar los defectos de *sus amigas*, especialmente

cuando alguna de estas ha concluido inesperada y felizmente su carrera.

—Escucha Malvina, decia una jóven elegante no menos que fea, te acuerdas de *Flor-Celeste* en los misterios de París?

—Sí, perfectamente, la contestó su amiga, pero tengo mas presente á la Catalina Howard de Enrique VIII.

—Pues os habeis equivocado, añadió una tercera; Catalina y Flor-Celeste eran bellas, y esta presuntuosa *griseta* no tiene mas hermosura que la que prestan los adornos, y los grotescos colores de las costas cantábricas.

En otro corrillo llevaba muy distinto giro el diálogo sobre el mismo asunto.

—¿Qué quereis, decia una voluptuosa vieja, cuyo *redingot* de sociedad, con su cuerpo liso, y sus caprichosas *berthas* de encaje, ofrecia el repugnante espectáculo de una espalda y un pecho mas quebrados que la quebradiza virtud de la jubilada *fashionable*. Qué quereis?... estos muchachos se han hecho tan moralistas, que gozan mas con la doble idea de matar el hambre á la abyecta plebe, y adormirse despues al

dulce arrullo de nuestros hechizos.

—Es verdad, la contestó una respetable señora, oprimida bajo el peso de una brillante peluca y un jardin de flores artificiales: pero con todo, nosotras tenemos hijas, y ahora que la aristocrácia de la sangre vá cediendo el puesto á la del oro, gracias á nuestra muerte de consuncion, no seria fuera de propósito que este ejército auxiliar reforzase nuestro derrotado campamento.

—Sí, replicó la primera; pero esas miras financieras pueden realizarse por los medios de astucia, ya que la suerte no se nos presenta favorable. Tal vez asi haremos derramar algunas lágrimas; pero las lágrimas del pueblo fecundan el arbol de la nobleza.

—Quién lo diria!.. esclamaba en otro ángulo una muchacha bonita y ataviada con mas coqueteria que lujo; la hija de una pobre viuda!.. Yo la he visto cien veces atravesar la calle con su madre y comprar en persona géneros en la lonja, como la muger mas despreciable. ¿Cómo podria soñar ella en elevarse hasta ese rango?.. Y ahora se nos ha-

ce de persona! Oh! daría media existencia porque se despojase de los guantes, y diese á luz sus callosas y vulgares manos!..

—Y la pobre chica, repuso otra con sonrisa burlona, no puede contener el gozo ridículo que la embarga!.... Ya se vé! Esto de no morirse de hambre...!

En otro círculo era mas misteriosa la conversacion; solo se oia de los labios de una arpía:

—Aun concediendo que sea el miriñaque de los mas cumplidos,... ¿no advertís en la parte anterior....

—Sí, sí; esclamaron otras dos á la par.

—Ah! era preciso!.., siguió la primera; únicamente un compromiso de tanta trascendencia pudo obligar al Duque á tan desigual enlace.

—Esas muchachas del pueblo, esclamó una de ellas, á trueque de engrandecerse, pierden de buena gana su reputacion.

—Oh! dijo otra; se vuelven de miel en cuanto escuchan las palabras de un señor.

—Las castas...!!

—Ja! ja! ja! esclamaron todas, comunicándose la risa á los ángulos del salon, que sin duda por una casualidad tocaban el mismo punto de el funesto drama que en esqueleto estaban formando.

Victoria hablaba con su amiga; pero comprendiendo tal vez la causa de aquella risa general, cuando todas las miradas estaban fijas en ella con una espresion particular, se conmovió y estuvo á pique de prorumpir en un mar de lágrimas. Tendió los ojos á su esposo, como implorando su ausilio, y vió á este hablando con interés con la marquesa y el apoderado. Por la primera vez en su vida tembló Victoria. La marquesa, avezada á estas escaramuzas del gran tono, penetró el estado de su sociedad é iba á distraer á la esposa del duque, cuando al separarse de este, murmuró repentinamente, como dominada de una idea interesante.

—Qué rara casualidad...!

En esto entró en el salon un grupo que ya nos es conocido: el baron de Azálvaro y el jóven D. Alfonso de Zúñiga.

En medio de la confusion que reinaba, no fué posible que los nuevos personages fijasen la atencion de tan numerosa concurrencia: de modo que pasaron completamente desapercibidos de la parte situada al lado opuesto de la entrada.

El baron, como hombre ya ducho en aquellos combates, plegó su jibus, y con el poderoso ausiliar de un lente de dos cristales, recorrió de una mirada el salon, y se dirijió al encuentro de la marquesa que ya salia para recibirle. Los dos hablaron asi, un momento.

—Ah!.. querida marquesa, vuestra *soirée* está encantadora.

—Que *soirée* no lo está, cuando se presenta á favorecerla el elegante baron de Azálvaro?

—Siempre tan fina y tan seductora!

—Hablad mas bajo.—Señor baron, os tengo que dar una nueva de gran efecto.

—A mí... marquesa?

—Sí, una rara casualidad...! cosas de familia....

—No os comprendo....

—Oid....

Entonces se acercó á ellos Alfonso diciendo á su amigo.

—Azálvaro, en el salon hay síntomas de un pronunciamiento contra tu persona: mil bellas reclaman á la vez el derecho de disfrutar de tu talento.

—Partid, partid, baron; dijo la marquesa: y despues añadió con una voz casi imperceptible, Serenidad!»

Corrió el baron, orgulloso, á saludar á aquellas mugeres, que no tienen el suficiente talento para ocultar á los ojos del hombre su debilidad, sin comprender que de este modo dan al traste con todos los castillos que les forja su pueril ambicion, y saludando á esta, satirizando á aquella, mofándose de la otra, y dando la mano á todas afectuosamente, en señal de deferencia, recorrió la parte del salon paralela á la en que estaban Victoria y su amiga. Ya se disponia á seguir por este lado su revista, cuando de todos los ángulos se levantó una voz general y uniforme.

—En baile! en baile!!

La marquesa habia advertido con

mucha oportunidad que no habia traido una pequeña orquesta, en razon á lo reducido de sus salones, asi pues, fué preciso invitar á alguno que al piano acompañase á las parejas, que ya se disponian á bailar.

El duque esposo de Victoria, abrigaba tiempo hacia, por razones particulares un odio mortal bastante fundado hácia el presuntuoso baron de Azálvaro; pero queriendo evitar disgustos de doble trascendencia en su nueva posicion, aprovechó esta coyuntura para decir á la marquesa, que su esposa sabia lo suficiente para sacarla de aquel compromiso. La marquesa resistió la idea por política y por deber, pero cedió á las exigencias del duque cuando este le dijo:

—Marquesa, llevo en esta proposicion un doble objeto.

Victoria se sentó al piano, y con admiracion de las que antes la habian prodigado toda clase de insultos, desembarazándose de los guantes, dejó ver una preciosa mano *ni vulgar ni callosa*, que recorrió con el mas elegante desembarazo las teclas del piano de siete oc-

tavas.—Aquel fué un triunfo para Victoria, que la indemnizó de todos sus disgustos, aun cuando ella lo ignoraba todo.

Mordióse con despecho los labios el baron, al ver colocada al piano á la bella Victoria, á quien reconoció al momento, y á la cual habia escogido desde luego en su mente para el baile, como la única que fijaba su atencion. Esto era precisamente lo que deseaba el duque, porque la audacia del baron en este punto era funestamente célebre, y la esperiencia le habia probado que no era infundada su celebridad.

Con todo, el baron, tenaz siempre en sus primeras ideas, no desistió de su propósito.

Alfonso, en tanto, se habia enamorado de las facciones lánguidas, aunque dulces, de la amiga de Victoria; esta por su parte, hallaba tambien en la conversacion del jóven esa elegancia natural, esa pureza de sentimientos que constituyen á los ojos de una persona de talento la principal recomendacion de un hombre. Tal vez este se esplica con de-

masiada demencia; tal vez ridiculiza con sus delirios el afecto mismo que le enciende; pero aquel fuego lo apaga con sagacidad una muger astuta, y no puede separar el frio cariño que demuestra el hombre mundano, seductor, perverso: aquel es el leon que lucha frente ó frente, este es la hiena que acecha para herir en el corazon.

Evitamos decir que la pareja de Alfonso era su recien adorada. El duque se comprometió con la marquesa y el baron permaneció indeciso.

—No bailais...? le preguntó la marquesa.

—Qué se vá á bailar...? replicó él.

Hubo un momento de crisis; cada uno emitia su parecer, y al fin se resolvió bailar el wals.

—Ya lo habeis oido, le dijo de nuevo la marquesa.

—Pues dispensadme; el wals puede comprometer mi salud.

—Como gusteis.

Y las parejas se pusieron en baile.

El duque frunció las cejas, pero no se dió por vencido.

—Marquesa, dijo á esta antes de empezar: echo de menos en vuestra *soirée* á la encantadora Irene.

—Bastante lo ha sentido ella, pero su tia se empeñó en que la acompañase á Vallecas por unos dias....

El baile empezó. Victoria tocaba con una precision y una destreza prodijiosa la magnífica tanda de walses de Straus: frente de ella llevaba religiosamente el compás, indiferente á cuanto pasaba en su derredor, el apoderado de la marquesa.

Una vuelta habrian dado las parejas por el salon, cuando el baron, afectando leer las notas de un papel colocado en el atril, y que no eran los walses, se acercó al piano.

De repente el rostro de Victoria se encendió, estremeciéndose al reconocerle, y algunas palabras vertidas con mucho sigilo, hicieron levantar los ojos al apoderado que con una sonrisa maliciosa volvió de nuevo con mas entusiasmo á su oficio de maestro de capilla.

La conversacion entre Victoria y el baron se iba anudando maravillosamente.

Cesaron las parejas un momento para tomar nuevos brios, y el duque que no habia perdido un movimiento de la escena del piano, procuró pararse con la marquesa junto á este. Miró á su alrededor, y viendo que nadie le observaba, se acercó al baron.

—Sr. Baron, esa jóven tiene maestro de piano, y aun cuando su método no es muy conforme al vuestro, es de mi completo agrado. Me parece habéroslo dicho ya en otra ocasion.

El baron le contestó con una sonrisa de sarcasmo, y una profunda reverencia.

Victoria tendió los angustiados ojos á su esposo.

El duque rechinó los dientes.

El baile empezó segunda vez.

Alentado el baron por aquella advertencia de *un esposo*, reminiscencia de otra de *un amante*, anudó la conversacion pendiente, á pesar del disgusto que manifestaba Victoria. El duque, al paso que las facciones de ambos interlocutores le demostraba la progresion ascendente del diálogo, iba perdiendo su natural benigno. Al mis-

mo tiempo, las miradas de los concurrentes se fijaban con intencion en el piano. La marquesa estaba furiosa de ver á su *esclavo* junto á Victoria, llevando impertérrito el compás. La amiga de Victoria, fija tambien la vista en el piano, habia olvidado su posicion y temblaba. La sociedad, pues, estaba en combustion.

—Sr. Duque, dispensadme, dijo la marquesa, desprendiéndose de sus brazos y tomando asiento junto al apoderado, que fué á colocarse detrás de ella. —El wals me hace mucho daño.

Aprovechó esta ocasion el duque, y al acercarse de nuevo al piano, oyó clara y distintamente de los labios de su muger un.... «Caballero!!» que le hizo estremecer de pies á cabeza. Entonces no pudo contenerse mas, y con un aire diplomático, acompañado de una ira reconcentrada dijo al baron, sacando un billete de su targetero.

—Sr. Baron, no puede pasar desapercibido el interés que os tomais por mi familia tanto tiempo hace, y asi, aceptad las señas de mi casa, que espero

honrareis cuanto antes os sea posible....

El baron, que como hemos dicho, ya estaba avezado á estos compromisos, sacando á su vez otra targeta, contestó al duque.

—Celebro esta ocasion, honorable duque.... amor con amor se paga....

Y se cruzaron las targetas.

—¿Quién hará la visita primero? preguntó con intencion y mas seriedad el duque.

—Tendré en ello sumo placer.

—Mañana.... y quedó el duque suspenso.

—Dispensadme, Sr. Duque; me será imposible absolutamente: pero pasado mañana....

—A la una, contestó el duque concluyendo la frase.

—Pues á la una, Sr. duque.

Y sacudieron sus manos con un afecto... nervioso.

Al volverse el baron, satisfecho de aquella primera escena, se halló frente á frente con la amiga de Victoria: por la primera vez tembló aquel hombre odioso, pero fué á ocultar su emocion enta-

blando diálogo con Alfonso.

—Te diviertes mucho, querido?

—Estoy desesperado, esclamó Alfonso con esa rabia, indiferente, propia de los pocos años; estaba haciendo una conquista brillante, y....

—Has hecho *fiasco*...?

—Sí... mi pareja debe ser muy afecta al piano, porque ese maldito instrumento es el que ha descuadernado mis ideas.

—Pues, ¿cuál es tu pareja?

—Mírala... mírala... no quita la vista de nosotros.

—Aquella...? preguntó el baron asombrado.

—Sí, ¿qué tiene de particular para que te admires?

—Te aconsejo, Alfonso, que la olvides.

—Con qué derecho...?

—Esa muger... me pertenece!

—Y fué á perderse en un grupo de hombres, donde se hablaba de los triunfos de los nuevos cantantes.

Poco despues siguió el baile: pero la marquesa, Victoria, su amiga, el

duque y Alfonso permanecian mudos espectadores de aquellas escenas. La marquesa habia entendido algo de la diplomática entrevista del baron y el duque, y temia funestos resultados. Este hablaba acaloradamente con su esposa, que tenia los ojos encendidos, y el rostro pálido. La amiga de Victoria en vano queria ocultar las lágrimas que humedecian sus megillas, y Alfonso, con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, no quitaba los desencajados ojos de su afligida ex-compañera de baile. El apoderado de la marquesa, por orden suya, acompañaba al piano á los que bailaban, y el baron tomaba parte en la fiesta, oyendo con una importancia chocante los epígramas que se lanzaban acerca de su nueva conquista.

. . . .

Dieron las tres de la mañana, y los esposos se pusieron en marcha. Tributaron á la marquesa las mas cordiales gracias por la deferencia que les habia manifestado en la *soirée*, y ofreciendo esta á la amiga de la joven esposa su

habitacion, y prévias todas las demas formalidades de ordenanza, entraron en su coche.

El duque permaneció como al descuido á retaguardia, y dando afectuosamente la mano al baron, le dijo con intencion, y recalcando las espresiones.

—Sr. Baron, ya sabeis vuestra casa: no os olvideis de favorecerla.

—Palabra de honor, amable duque, contestó con la misma intencion.

Al ver los concurrentes aquellas muestras de amistad, se rieron maliciosamente del duque.

A las cuatro se disipó completamente la reunion: hora en que Alfonso, del brazo del baron, se dirijia sin articular una palabra hácia la casa de su tia.

CAPITULO III.

Una escena en el barrio de Lavapies.

—¿Quién juega aquí un cané, caballeros? ¿quién tiene alma para perder un par de duros?

—Allá voy yó, que nunca he dado

muestras de cobarde.

—Viva todo un valor! Asi me gusta.

—O semos ó no semos!

—Y que no es chanza! Los hombres se conocen en.... pues, en las ocasiones y en el caraiter.

—Bien dicho! Y las mugeres?

—Ja! ja! las mugeres.... que lo diga la señá Marcelina.

—Quién? yo! preguntó una casi vieja, pero fresca y reluciente. ¿No sabeis en que se conocen? En el nombre de pila y....

— ¿De verás? ¿Dónde la han enseñado á ser traviesa?

—Hijo, en el mundo. Cuando tengas tú los años que llevo á cuestas, tambien habrás aprendido muchas cosas que ahora no sabes.

— Quiá! si yo sé mucho.

—De pico. Vive y verás, y algun dia me confesarás lo contrario.

—Vaya, vaya, dijo el compañero de juego, atiende y déjate de tonterias.

— ¿Pero y nosotros? clamaba otro enmedio de un corrillo, ¿qué diablos estamos haciendo aquí parados?

—Verdad es. Vamos á jugar tambien. Cartas! cartas, señó Manuel!

—Chicos, paciencia, contestó con voz cascada el interpelado. Si quereis esperar un rato, tendremos broma en grande.

—¿Cómo broma?

—Broma y jaleo que se hunda la casa. ¿No veis que hoy es lunes?

—Ah, si, es verdad; el dia de los zapateros.

—Ja! ja! bien hecho! á festejarle! Pero... mas vale que empecemos desde luego. ¿Dónde está la cerveza y el tinto? Supongo que no quedará V. mal por esa miseria?

—No por cierto! ¿Marcelina? escucha, muger: estos diablos quieren empezar á beber desde luego.

—Animo, seña Marcelina!

—Pero.... ¿no se espera á los demas? preguntó la rolliza ama de casa, dejando ver las dos iguales filas de dientes en sus mandíbulas cuadradas, al estirar sus gruesos labios en una carcajada.

—¿Qué nos importan los demás?

El que venga detrás que arree!

—Hablas como un dotor. Si hubieran llegado á tiempo, no se contentáran con las escurriuras.

—Ea, pues, manos á la obra; al fin esta es mas sabrosa que la obra prima en que me desojo todos los dias.

—Menos el lunes, señó Manuel: no hay que disimular.

—Y tú, gandul! siempre te hallas de sobra en todas partes.

—Cada uno se entiende y baila solo, aunque....me parece que V. tambien me entiende, seño Manuel... eh?

—Yo? no entiendo nada, sino deciros que mireis mi garbo, ¿qué tal? me porto?

Esto lo dijo á tiempo que aparecia su muger con unas cuantas botellas.

—Sépase quién es Calleja. Cáspita! ¿Cómo no vengan vacías....!

—Señó Manuel ¿de dónde saca V. tanto peculio?

—Del tirapié, buen mozo.

—Aquí, aquí en el mostrador.

La seña Marcelina, como le decian sus convidados, y una mucha-

cha de diez y siete años, acababan de presentarse con frascos y botellas de varios tamaños, llenas de aguardiente y cerveza: la muchacha desapareció al punto, y vino á poco rato sosteniendo con ambas manos un jarro enorme de vino tinto, que á la ondulacion producida por cada paso de la conductora, dejaba correr unas cuantas gotas carmesíes por la blanca loza de la basija.

—Maldito si pruebo un trago mientras esa niña no me deje descargarla de su peso, dijo zalameramente un mozo de atrevida figura, yendo apresuradamente á la trastienda, y tomando el jarro de manos de la jóven.

—Muy cuco! muy gachon! ¿Sabes que no tienes precio para eso de atraer voluntades?

—Qué... ¿tienes que ver algo con lo que yo hago?

—Ahora no, pero como fueras vieja......tal vez....

—Ola! Ola! mozos del diablo, cómo se entiende? beber pronto y silencio!

—No hay cuidiao, señores, dijo el

galante, midiendo repetidas veces con la vista á su adversario. Tengo yo un alma que Dios me ha dado, y no se atufa esta alma por tan poca cosa.

—Mas te vale asi, replicó el otro.

—Puede.... Y empezó á fingir una tosecilla repetida, sin quitar la vista del insultante compañero de tertulia.

—Qué siempre han de ser lo mismo! como gatos y perros! He dicho que á beber!! gritó el señor Manuel con voz entre colérica y amiga.

—A beber! dijeron los dos jugadores, dejando la baraja.

—Venga un vaso de vino, que voy á brindar porque he ganado diez reales.

—Y yo los he perdido.

—Bien! basta!..... silencio!

Y alzando el vaso por cima de la cabeza despues de permanecer un rato considerando el licor que en él habia, esclamó con enfática voz.

—Brindo de copa á copindo.

—Eh!... no!.... eso es muy viejo.

—Vamos pues, otro.... Y vino Dios al mundo....

—Tampoco! una cosa nueva...

—Ya, ¿con que ha de ser nueva? Pues esperen vds. caballeros; esperen vds. que piense.

Bajó el vaso á la boca y empezó muy sereno á vaciarlo, sin decir una palabra.

—Que brinde! que brinde! gritó uno al verle beber tranquilamente, y echando al mismo tiempo la mano al vaso, lo hizo caer al suelo, derramando el vino en el pecho del sereno bebedor. Dió este un paso atrás para huir la mancha, y dijo riyéndose como todos los circunstantes.

—Maldita sea tu casta, condenao!

A este tiempo se presentaron á la puerta gran número de personas, que venian á dar mayor amenidad al regocijo. Descocadas mozas de alegre y animado rostro, acompañadas de un grupo de hombres bulliciosos y atrevidos, penetraron en la casa y se esparcieron alborotando en las piezas inmediatas á la tienda, que á la vez servia de sala.

No se conocen en nuestros dias aquellas notabilidades de los barrios bajos de la capital, que en tantas ocasiones han sido objeto de admiracion para cuan-

tos las vieron, por su traje y garbo peculiar. El vestido mas ó menos largo, el pañuelo mas ó menos corto, el peinado mas ó menos alto; muy poca es la diferencia que separa ya á las llamadas *manolas*, de las que no lo son, ó por lo menos renuncian á este título. Rara vez aparece en las calles de la villa una de las mujeres de tez morena, ojos de tigre, cabello de évano, talle de sirena, pie de niño y aire voluptuoso y arrogante, que allá en tiempos pasados las recorrian á menudo, y casi puede asegurarse que el tipo verdadero ha desaparecido de nuestra sociedad.

Pero no obstante; si el trage y las costumbres se varian en medio siglo, el genio y las inclinaciones dificilmente consiguen modificarse. Por esta razon se advierte entre las mugeres que habitan hoy los barrios bajos de la corte, la misma franqueza y libertad, la misma pasion por diversiones en que pueda tener estenso campo su afan de dominar, y ese prurito por placeres que su espíritu ardiente y no refrenado exije siempre.

Desde la llegada de los nuevos per-

sonages creció escesivamente el ruido y el desórden. No habia ninguna guitarra, por olvido involuntario, pero en cambio la tabla del mostrador servia de acompañamiento al canto, que parte de los concurrentes entonaba mientras los demas hablaban ó reian.

Unos pedian baile, y decian que no necesitaban música: otros pedian juego y renegaban del baile; otros por fin, nada pedian, porque vaciando medio á hurtadillas una botella tras otra, se juzgaban satisfechos plenamente.

El dueño de la casa, despues de algun tiempo, invitó á sus amigos á refrescar, como él decia, con unas copitas de lo bueno, porque viendo el impermeable grupo que habian formado unos pocos cerca del mostrador, temió que solo para ellos viniera á servir su festejo.

Entonces acudieron todos, hombres y mugeres, á la reducida habitacion, apenas capaz de contener tantas personas, y empezaron á circular los vasos de mano en mano, instantáneamente llenos y vacios.

Las *bellas* de aquella reunion fueron preferidas en el turno para beber, puesto que todos á un tiempo no podian satisfacer sus ansias, y aunque pudiera decirse que no se diferenciaban en esto de las bellezas mas cultas de otra clase de la sociedad, pronto se notaba la diferencia, viéndolas saborear hasta la última gota de licor, en vez de humedecer los labios únicamente, como acostumbran las que á mas se determinan de entre aquellas.

Grandes carcajadas, esclamaciones y chistes de todos géneros alzábanse continuamente entre la alegre turba, y conforme desaparecia el vino, iba presentándose mas visible la algazara y el contento en los convidados. Mil brindis poéticos en variedad de disparates salieron de boca de los mas eruditos; mil dicharachos obscenos, pero siempre aplaudidos con entusiasmo, brotaron de los labios de otros, y no faltó quién llevado del ardor de su entusiasmo, llegó á vaciar una copa *á la salud del santo san Crispin, virgen y martir.*

Acabó por fin la bebida y empeza-

ron las conversaciones y los atrevimientos de hecho. Hasta entonces las palabras incoherentes y sueltas no iban dirigidas á personas determinadas, porque solo llevaban por objeto *hacer gracia y escitar la risa*, pero cuando se diseminaron de nuevo por todas las habitaciones de la casa, cada uno procuró buscar una compañera, y entablar ó adelantar relaciones con ella. Los que no encontraban dónde sentarse, gritaban pidiendo baile para ocupar asientos, pero los que se habian colocado á su gusto, callaban conociendo la intencion.

Animóse despues de algun tiempo uno de los mal acomodados, y corrió á casa del barbero vecino á pedir una bandurria, con la que llegó á poco rato. Pasó y repasó cien veces la pua por las tirantes cuerdas del instrumento, dió vuelta á las clavijas en todas direcciones; marcó todos los puntos de la escala; escuchó, cotejó y.... logró por último reducirla al tono mas á propósito para su favorito gangueo.

Al oir los agudos sonidos que saca-

ba de la bandurria el complaciente músico, despertáronse los deseos de..... mas agitacion en las mugeres, y al mal llevado compás de aquella inundacion de rapidísimas disonancias, que procuraban imitar un canto popular de los mas comunes, empezaron á parodiar locamente uno de sus provocativos bailes.

—Jesus mil veces! dijo á su caro consorte la señora Marcelina con espresion de pesar; yo no sé que gusto has tenido en traer tanta gente á casa para que no nos deje vivir!

—Pues no eres tú tan aficionada á todas estas bromas desde que dejamos la miseria de Segovia?

—Sí lo soy, pero no tanto.

—Calla tonta! que no está hecho á humo de pajas. Lo único malo que hay es, que han venido mujeres y vosotras sobrais en todas partes.

—Qué?... qué? ¿tambien esperas hoy algun encargo para..., dijo misteriosamente la buena mujer, prescindiendo de la lisonjera galantería de su marido.

—Algo! contestó este dándose importancia, ¿pues de dónde han salío estas misas? No tardará mucho en venir el señor de esta mañana. Y por no dar esplicaciones se confundió entre los mas próximos.

Entre tanto se habia formalizado el baile, pero los vapores del vino empezaban á nublar la vista de mas de un convidado, y poco á poco la razon iba perdiéndose en todas las cabezas. Un disgusto y una especie de furor indifinible se pintaba en todos los rostros, y al mismo tiempo la garganta seca y los labios ardientes, manifestaban el fuego impuro y brutal que se apoderaba de los ánimos. Groseras eran las palabras, balbucientes y obscenas las miradas amortecidas de los húmedos ojos. Ya no habia todas aquellas carcajadas fuertes, sonoras y bulliciosas de un contento natural: oíanse de cuando en cuando algunas descompasadas risas, pero eran risas convulsivas, cortadas, medrosas, como la risa del horror en pos del llanto, como el desesperado estertor de un moribundo! Todos aquellos hombres

daban miedo ! Todas aquellas mugeres daban asco ! Sin embargo, los que se habian puesto á bailar continuaban en su danza, con descompuestos ademanes, y moviéndose siempre, aunque faltos ya de aliento.

Asi habia pasado la tarde.

Cuando la noche iba subiendo al orizonte, dos velas de sebo y un enorme candil, alumbraron aquella estancía llena de beodos, enteramente desordenados.

Votos y maldiciones pronunciadas en alta voz, animaban á los demas con el ejemplo: proposiciones atrevidas y repulsas animadoras, sonaban en todas partes, y aun llegaron algunos á rozar en un lúbrico abrazo sus secos labios, sangrientos con lós de una muger perdida yá !

De repente..... un nuevo personaje vino á llamar la atencion de aquella gente.

Bajo un enorme calañés y envuelto en una capa parda que le cubria medio rostro, se presentó este. Cualquiera le hubiera tenido por uno de los vecinos

del zapatero, que llegaba entonces á disfrutar de la fiesta; pero reparando con cuidado en él, se veia por debajo de la capa relucir el charol de una preciosa bota, herido por los amarillos rayos de las ahogadas luces.

Apenas lo vió el dueño de la casa, se dirigió á recibirle con toda la política de que un hombre como él era capaz, y con voz imperiosa gritó:

—A ver, muchachos! dejad el paso libre!...

Todos se apartaron, mas bien sorprendidos que obedientes, y el señor Manuel esclamó!

—Pase V. S. señor....

—Silencio! dijo este algo bajo: solo tú debes conocerme.

Y dejando caer un poco el embozo de la capa, mostró una cara pálida, con unos ojos verdes y malignos, que rodaban inquietamente bajo sus despobladas cejas.

—¿Es esta la gente? murmuró.

—Si señor: todos los principales.

—Me parecen pocos.

—Cada uno de esos representa cin-

co ó seis.

—Bien está. Ven á este cuarto que no quiero que nos oigan.

Salieron de aquella habitacion.

. . . .

Daremos algunas esplicaciones acerca del sitio en que pasaban las escenas que acabamos de referir.

Hay dentro de los muros de la corte una porcion considerable de sitios, mas ó menos ocultos, pero ignorados de los hombres, que solo frecuentan el centro de la capital.

La vida que generalmente observan las personas comprendidas desde la clase media en adelante, no se presta por lo regular á indagaciones como las que serian necesarias para conocer, en toda su estension, á un pueblo tan inmenso. En Madrid las oficinas absorven por gran parte del dia media poblacion, ó cuando nó, las principales calles donde busca placer y distraccion la otra media: esas visitas, esos paseos, esas aceras en que continuamente se reunen los desocupados de la buena sociedad, no dejan tiempo alguno para pensar en

alejarse del centro del bullicio y de la agitacion, y dirigirse á los estrechos callejones, formados por casuchos de miserable aspecto, silenciosos, lóbregos, sombríos, ahumados y escondidos bajo una pesada atmósfera mefítica y enrarecida por los dañosos vapores que allí la tierra exhala.

Personas hay que han vivido años enteros en Madrid, y solo conocen las calles que conducen desde su cuarto al prado. En aquella parte de la villa se hallan los cafés, los teatros y las casas principales, y por esto no es estraño que quien solo se invierte en ocupaciones de esta clase, no conozca mas puntos que los que necesita frecuentar. Otros, por el contrario, desde su casa dirigen ordinariamente sus pasos al Norte de la poblacion, y estos conocen los barrios inmediatos al Manzanares. Por lo comun, esta segunda clase se halla formada por cesantes, que acuden á rendir á los ministerios el diario tributo de su visita.

De este modo muy poca gente de la que vemos á menudo en lo mas delicio-

so de Madrid, traspasa el voluntario límite que se ha impuesto, y se decide á internarse paso á paso en los inescrutables callejones de las manzanas mas recónditas. He aquí la razon por qué sus habitantes forman una especie de colonia independiente, aislada, en medio de la sociedad, y tienen costumbres diversas absolutamente de las que caracterizan á los demas habitantes de la corte. Cuando escondidos en sus míseros albergues, ven acercarse las horas de la noche, buscan entre ellos mismos las distracciones que ningun estraño se cuida de turbar. Por eso se ven con frecuencia reuniones bulliciosas á la altura de sus grados de civilizacion, en medio del silencio de un barrio, y se hallan casas atestadas de gente, cuando calles enteras no ofrecen un viviente á nuestra vista.

La habitacion en que se celebraba esa bacanal desenvuelta y lúbrica, que apenas hemos bosquejado, era una de las que ofrecen este contraste. Oculta en el estremo de una calle tortuosa del barrio de Lavapies, presentaba una mezquina

puerta, para llegar á la cual se necesitaba subir dos ó tres gradas de madera, lucientes, resbaladizas y gastadas por el paso de las gentes, en muchos años que contaba desde su fundacion. Pobre, oscura, negra y escondida, cualquiera hubiera dicho que daba asilo á un ser falto de medios de subsistencia, y separado del resto de los hombres. Por toda muestra de la condicion de sus habitantes, una tablilla pintada de azul tenia escrita estas palabras—«*Se hacen botas y zapatos.*»

Estamos al fin. La distribucion interior casi no es ya conocida. Una especie de gabinete tenia á un lado la tienda, sala y recibimiento á la vez: lo demas eran reducidos tabucos casi inútiles, en uno de los cuales habia colocado un barreño con algunos carbones encendidos.

Dejamos á los convidados dispuestos á entregarse á toda especie de escesos, efecto de la embriaguez y las depravadas costumbres.

Cuando salió de la tienda el dueño con el *personage incógnito*, todos

aquellos hombres se preguntaban quién seria el que tantas atenciones habia merecido al señor Manuel, pero al poco tiempo olvidada la curiosidad, volvieron con mas furor á sus anteriores escenas.

El que se habia encargado de la parte musical en esta *soirée*, no cesaba de puntear frenéticamente en la bandurria con un desacierto capaz de hacer odiar la música al mas entusiasta aficionado, y los demas retozaban con descaro lanzando gritos horribles de insensato afan. Ninguno estaba sereno: el baile se habia convertido en saltos, contorsiones desatinadas, y agudos chillidos femeninos: los que no formaban parte de estos repugnantes grupos, revolcándose por el suelo ahullaban estrepitosos cantares y palabras indecentes y sacrílegas!

Pero de pronto, un juramente horroroso, aterrador, pronunciado por la negra boca de un borracho, hizo callar á todos los demas. Al punto mismo, una gruesa botella de cerbeza vino á estamparse sobre la frente de otro mozo, que exhalando un espantoso quejido, rodó

por el suelo, cayendo á plomo y bañado el rostro en sangre.

—Qué has hecho! gritaron algunos al agresor.

—Matarle, y á ella despues!

Dijo y acometió furioso á la muchacha que habia bajado el vino.

Los dos mozos eran los que tuvieron antes la contienda. La muger huyó despavorida, procurando esconderse entre la gente, y él, ciego, frenético, vertiendo asquerosa espuma por la boca, la buscaba... la buscaba sin cesar. Entonces unos cuantos acudieron á detenerle, mientras otros levantaban al herido, y procuraban sostenerle sobre un banco. Tenia partida la frente, y de la cabeza, que láciamente dejaba caer á todos lados, brotaba á borbollones la sangre negra que tapaba sus ojos y su cara.

La vista del herido convirtió en deseos de venganza los sentimientos de muchos, que se avalanzaron furiosos al asesino para ser asesinos tambien. Otros, amigos de este, se pusieron de su parte, y al punto lucieron entre el es-

peso vapor de aquel infierno, tersas hojas de navajas, prontas á teñirse en sangre humana..

Nadie se conocia: todos apiñados en el centro de la habitacion, se maldecian y se amenazaban. Las mugeres gritaban queriendo separar á los hombres, y por la estrecha puerta apenas podia salir el horroroso ruido de aquella jauria infernal, tendiéndose á gran distancia por cima de las mudas casuchas del barrio.

La tormenta debia estallar, y así sucedió.

Hubo uno mas borracho que los demas, el cual gritó despues de una espantosa blasfemia.

—Campo! campo! que mato á uno!!

Su nabaja en aquel momento se hundió en un cuerpo que se le opuso, y al alzarla sobre la cabeza, dejó ver un hilo espeso, rojo, humeante que pendia de su imperceptible punta.

Todos se apartaron, y empezó una lucha furiosa, homicida!!..

Las mugeres huyeron gritando á la calle, y los hombres se encarnizaron

en su contienda.

Con el aire que se arremolinaba y con los golpes que se sacudian, agonizaron las luces. Nadie podia saber á quién dirigia el golpe que descargaba, ni evitar el que tal vez estaba próximo á partir su corazon; pero sin embargo todos gritaban, todos golpeaban, todos herian, todos se revolcaban sobre sangre, mordiendo y arañando, y maldiciendo al cielo y á la tierra !!!..

. . . .

El señor Manuel y el embozado personage se presentaron á los gritos primeros, pero no pudieron hacerse oir de aquellos hombres.

En esto un fuerte resplandor asomó á la entrada de aquella caverna, y hombres armados se presentaron en ella.

—Favor al rey ! gritó un ministro de justicia, y los soldados se apoderaron inmediatamente de los criminales, desarmando sus manos sangrientas y abotargadas de cansancio y de furor.

—Todos presos gritó de nuevo el ministro.

Los soldados empezaron á amarrar-

los sin usar de la fuerza, porque la de aquellos hombres estaba agotada.

Como incluidos en la orden general, fueron los soldados á atar tambien al zapatero y al desconocido.

—Y entonces? dijo el señor Manuel al misterioso ; cómo?

Este se acercó al agente y desembozándose murmuró al oido algunas palabras. El juez se descubrió con respeto, y le preguntó:

—Pero. . señor... ¿cómo está V. S. aquí?

Volvió á pronunciar algunas palabras, y despues acercándose á una luz, escribió unos breves instantes en la hoja de su cartera con el lapiz: arrancó aquella, y procurando que no lo advirtiesen, la entregó al zapatero diciéndole :

—Si no puedes tú, los tuyos, aunque mañana estarás en libertad.

Entonces saludando al juez se preparó á salir. Este devolviéndole el saludo esclamó :

—Salud al señor baron de Azálvaro!

CAPITULO IV.

El duque de San Vicente.

Reclinado en una magnífica butaca, colocada casi horizontalmente se encontraba el duque de San Vicente, la mañana inmediata al dia en que, para celebrar su boda, se verificó la soireé en casa de la marquesa de Campolís. Un elegante tuveéd cubria todo su cuerpo, dejando entrever por delante un chaleco de saten, bordado con sedas de colores, asemejando á las chupas á lo Luis XV, y un pantalon negro con una franja de seda que iba á perderse en el matizado fondo de una caprichosa zapatilla de tapiceria; su poblada y lustrosa cabellera se desprendia de un gorro griego de terciopelo negro, cuya borla de oro descansaba en el respaldo de la butaca.

A través de las pardas bocanadas de humo que despedia al separar de sus labios un gigantesco habano, se advertia en las facciones del duque un síntoma de disgusto que en vano intentaba re.

primir. Colocado frente por frente al foco de una estufa de bronce, tenia fijos los ojos maquinalmente en la leña que á impulsos del calor, vierte á borbotones la resina que ocupaba sus grietas, mientras con el pie izquierdo se entretiene en formar círculos y figuras en la blanca ceniza que rodeaba las áscuas. Un magnífico tremol reproducia esactamente todos sus movimientos.

El gabinete del duque no era una maravilla del arte, si bien estaba adornado con sumo gusto y elegancia. Las paredes cubiertas de paño entrelazado con franjas de oro, no ostentaban mas que á intérvalos el friso de caoba labrada, gracias á unos sillones-taburetes de ébano mazizo que con su ancho espaldar velaban la vista. A la espalda del duque habia un confidente que formaba juego con la silleria, y en su asiento dormia profundamente un enorme galgo de caza; á la derecha de este se veia un armario de caoba, que en su remate ostentaba en relieve la corona ducal y el escudo de armas solariego. En frente y a igual distancia del tremol, habia dos anchos bal-

cones, por cuyos estensos y claros cristales penetraban con fuerza los dorados rayos del sol, que se tendian por la matizada alfombra que cubria el pavimento. Tres puertas comunicaban con el reducido gabinete, encubiertas por otros tantos tapices alegóricos á la caza, que formaban asi juego en sus figuras con los hermosos cuadros que adornaban quizá con demasiada profusion sus paredes. Ultimamente, á la izquierda del duque, y rozando con la butaca, se dejaba ver una consola, en cuya tabla de cesped blanco, habia entre otras cosas una escribanía de plata, varios papeles en desórden, algunos libros que por su buen estado manifestaban el poco uso que de ellos se habia hecho, y un reló de campana, que con el monótono ruido de su péndola, formaba un raro contraste con la respiracion fuerte y agitada del galgo, y el chisporroteo de la leña herida por la llama; único rumor que perturbaba el silencio en el gabinete.

Largo rato hácia que el duque permanecia en aquel estado de inanicion é

indiferencia, y á no haber sido por la sonora vibracion del reló, que le sacó de su letargo, quizás hubiera permanecido mucho mas en él.

Sin mudar de posicion, fijó los ojos en la esfera, y como dominado por un recuerdo terrible, se incorporó en la butaca, arrojó el puro á la lumbre, y tendió una mirada indagadora hácia el armario que á sus espaldas tenia.

—Las doce! las doce! esclamó y mesó el bigote, con tanto despecho, que lo prolongó un instante hasta la barba.

Arregló ligeramente su trage, y tirando dos veces de una cinta bordada que caia sobre su hombro derecho, volvió á tomar en la butaca la posicion que antes tenia.

A los pocos segundos se plegó el tapiz de la puerta que estaba al lado derecho, y se presentó un criado lujosamente vestido.

—¿Qué tiene que mandarme S. E.? dijo respetuosamente, tomando la postura de un recluta que por la primera vez se presenta á su gefe.

El duque le preguntó sin variar de posicion:

—La señora duquesa esta mejor?

—Parece que sí: ahora, segun he oido decir á su camarera, ha recuperado el sueño, sin duda por haber degenerado el delirio.

—Me ha nombrado alguna vez?

—Bastantes; siempre tiene en los labios vuestro nombre y siempre llora.

El duque enjugó con despecho una lágrima; luego dijo:

—Bien, bien! Ha venido la señorita Carolina?

—Unos instantes hace.

—Dila que quiero verla al momento.

—Tiene V. E. algo mas que prevenirme.

—Nada mas!.. Ah!... escucha. Si viene el personage que espresa este billete, al momento lo conducirás á mi presencia.

Y le entregó una targeta que guardaba en el bolsillo del pecho de su *tuweed*.

De repente se levantó el duque, dirigiéndose al sitio que ocupaba el ar-

mario. Por medio de una llave que estaba puesta en la cerradura, abrió de par en par las dos hojas que constituian su puerta, y los dorados rayos del sol, hiriendo de improviso su centro, vinieron con un segundo reflejo á derramar por el gabinete una blanca y caprichosa claridad de luces trémulas y redondas. Presentóse á los ojos deslumbrados, un suntuoso arsenal de toda clase de armas, desde la mas remota antigüedad.

A su vista quedó el duque indeciso algunos momentos; pero resolviéndose despues, abrió una pequeña caja de tafilete, de cuyo centro sacó dos magníficas pistolas, exactamente iguales, y cuyos adornos eran de plata bruñida: las examinó algun tiempo, y colocándolas otra vez en su caja sobre la consola, descolgó del mismo armario dos espadas, pertenecientes al reinado de Felipe II. Sin duda para satisfacerse de la buena calidad de sus hojas, las blandió con estraordinaria rapidez, y clavando sus puntas en la alfombra, tocó estas, formando un círculo capri-

choso, con la empuñadura. Tranquilo, pues, acerca de su temple, volvió á dejarlas donde estaban, y cerrando de nuevo el armario, se dirijia hácia la butaca, cuando por la puerta opuesta á la que dió paso al criado, se presentó este plegando completamente el tapiz para que entrase la señora que les habia acompañado á la *soireé* de la de Campolís.

El *negligé* de Carolina (porque ya sabemos su nombre) era sencillo. Un redingot de mañana, de terciopelo negro, ceñia exactamente su cuerpo, subiendo hasta la garganta con una fila de botones, y un vuelo de blancos encajes, velaba su muñeca. El cabello estaba recogido á la espalda, y sin duda sostenido por una *ráfaga* de variados colores.

Los dos personages se hicieron un respetuoso saludo, y conservando la misma postura el duque, indicó con la mano izquierda á Carolina, su butaca que habia tenido cuidado de poner mas recogida.

—Sr. duque.... no os molesteis....

dijo la jóven con voz trémula é indecisa.

—Oh!... no es molestia, es un placer; y echando una mirada preventiva al criado, le acercó este junto á la butaca y al lado derecho, un taburete, despues de lo cual se retiró haciendo una profunda reverencia cerca del tapiz.

Carolina se sentó en la butaca, y el duque en el taburete, apoyando en el brazo de aquella el suyo izquierdo, y sobre este, con cierto estudio, casi todo el cuerpo. Tomó su rostro una espresion de dulzura, y advirtiendo que á las encendidas mejillas de su interlocutora podria dañar el vapor demasiado fuerte que despedia la estufa, sacudió ligeramente su puertecilla, que por medio de un resorte se cerró herméticamente.

Reinó por algunos instantes un profundo silencio, interrumpido únicamente por el sacudimiento que de sus nervios hizo el gigantesco galgo al arrojarse al suelo, y dirigirse pausadamente meneando su larga cola, hácia

la puerta de la derecha; pocos momentos despues, el tapiz osciló á impulsos del movimiento que le imprimió el enorme animal.

—Me habeis llamado, señor duque: dijo Carolina, deseando orillar aquella situacion embarazosa.

—Ante todo, amable Carolina, llamadme Fernando solamente, porque es palabra mas dulce, y que espresa desde luego mas afecto, mas cariño, mas amistad.

—Será como quereis... dijo algo cortada Carolina, á quien heria mas que alhagaba aquella prueba de afecto.

—Bien; sois muy amable. Y tomando una mano de Carolina, que esta le abandonó lánguidamente, empezó á decir de esta manera.

—Tiempo hace, hija mia, que sé por Victoria algunas pájinas de vuestra infortunada vida...

Carolina se estremeció: el duque continuó así.

—No debe seros estraña esta conducta de mi esposa, porque sabreis perfectamente que los amantes se

comunican todos sus secretos, por un impulso interior que, mas que hijo de la voluntad, es producto de la fantasía, preocupada con ciertas ideas ambiciosas. Sin embargo, esta confianza que hizo Victoria de su amante, no llevaba ese único y siempre vulgar objeto: su corazon, y esto no es heriros, es demasiado propenso á las impresiones de la compasion, y rara vez ha dejado de llorar con el desgraciado que le demandaba socorro. Estos recuerdos los evoco ahora por dos razones: la primera porque ella no nos escucha; la segunda porque no la culpeis.

—Ah! señ.... Fernando... yo no la culparé nunca; ella tiene derecho sobre mí, como un señor sobre su esclavo; dijo Carolina enjugando con un pequeño pañuelo de olan las lágrimas que se desprendian de sus ojos.

—Pues bien, prosiguió el duque: los resultados de su infraccion os son tan manifiestos como á mi quizás desconocidos: pero como la posicion de Victoria ha variado, y yo puedo obrar ya con mas desembarazo en mis asuntos, qui-

siera, antes de formar una resolucion definitiva, que me reveláseis vuestra historia... al menos en aquella parte que puede tener relacion con mis ideas, que... tal vez no seran agenas de vuestro interés.

En este momento el reló hizo sonar dos vibraciones, que marcaron faltaba media hora para la una.

—Os suplico, añadió el duque, que procureis abreviar vuestra relacion, pues á la una os tendré que dejar.

—Ante todo, dijo Carolina, un tanto alentada con la franqueza del duque, quisiera que me otorgáseis una gracia.

—Concedida! replicó el duque lleno de alegria.

—Pues bien; contestad á estas preguntas. Y puso una cara tan divina, tan llena de coquetería, que el duque bajó involuntariamente los ojos para resistir su seductor halago.

—Por qué está enferma Victoria? Por qué no habeis pasado à verla? Qué funesto acontecimiento acibaró en casa de la marquesa, su primer dia de

boda? Esto nada mas quiero saber... y añadió con la misma coquetería, echando una rápida ojeada al reló—Que faltan veinte y seis minutos para la una!..

Desde la primera pregunta, la frente del duque se cubrió de una palidez mortal, y quitandose maquinalmente el gorro griego, peinó dos ó tres veces con los ensortijados dedos, su lustrosa cabellera, calándose despues el gorro hasta las cejas.

—Carolina, la dijo, asaltado de una feliz idea; Victoria es una niña y poco avezada á las seducciones y torpes lazos del gran mundo: al pisar por primera vez sus escalones, iba á ser víctima de su corrupcion. Lejos de mí la idea de mancillarla: ella es pura como la inocencia; mas por lo mismo el hálito emponzoñado del crímen podria empañar mas fácilmente su pureza. Estas reflexiones le han sido presentadas por mí, y su imaginacion, jóven y ardiente, ajitándolas de una manera prodigiosa, le ha ocasionado el delirio que la preocupó.

—Habeis satisfecho una pregunta;

dijo Carolina con menos estudio.

—No he pasado á verla, prosiguió el duque, por razones de alta consideracion. Una muger que se juzga ofendida por un hombre y le vé despues prodigándola caricias, es, mi querida Carolina, un chiquillo á quien se besa despues de haberle molestado. La costumbre tambien es aun mas perniciosa que el crímen, y tiene mas peso á los ojos de una muger, que la balanza de la justicia: por otra parte, la mente se ofusca en el momento del calor, y no deja lugar á la reflexion, pero pasado este, se examinan con detencion los pormenores, y rara vez, si se ama con sinceridad, deja de convencer la justicia. Una muger que busca á su marido cuando reconoce en él el cariño y la verdad, cimenta la felicidad eterna de un enlace.

—Esa teoria es muy bella!... dijo Carolina estremeciéndose.

—Las escepciones no destruyen la regla, añadió el duque comprendiéndola. Ultimamente, continuó, me ha sido de mucho provecho el pasagero mal de

Victoria, porque á la vista de una muger que llora interesándose por nosotros, rara vez sigue el hombre los impulsos de su razon y su deber.

—No os comprendo, dijo confusa Carolina.

—Permitid que en esta parte guarde un profundo misterio.

Tendió en esto los ojos Carolina á la caja de tafilete que estaba sobre la consola, y despues al armario en cuya llave se detubo algunos instantes: examinó furtivamente el rostro del duque y retiró bruscamente su mano, enjugando con su pañuelo algunas gotas de sudor que bajaban por su frente. Carolina amaba con frenesí á Victoria, y comprendia el carácter noble é impetuoso del duque de S. Vicente.

—Querida mia, le dijo este; aguardo con impaciencia el cumplimiento de vuestra palabra... ya veis que la hora es...

—Con mucha razon, dijo ella saliendo de su anonadamiento. Procuró acercar la butaca al taburete, fijó la vista en la falda de su *redingot* como para

dar tiempo á que se refrescáran sus ideas, y con débil voz, aunque espresiva, comenzó su relacion.

—En Santander nos encontrábamos mis padres, un hermano y yo, cuando la muerte del último Monarca, ocurrida en setiembre del 33. La desgracia que siempre habia perseguido á mi familia, cesó por entonces de maltratarla, y mi padre, dedicado al comercio, lograba con el producto de sus honradas especulaciones, sufragar con bastante decencia los gastos que ocasionaban nuestras necesidades, consideradas con relacion al rango elevado que ocupábamos en la sociedad.

Acaeció, como he dicho, la muerte de Fernando, y mi padre, que siempre habia profesado ideas realistas, heredadas de sus antepasados, fue señalado poco despues como afecto al bando usurpador, que pretendia poner en juicio los derechos de nuestra jóven é inocente reina. Por aquel tiempo entraba en casa un caballero, hijo de un título, con el único objeto de verme; tenia yo entonces quince años

y decian que no era fea.

Al pronunciar estas palabras, llevó maquinalmente la vista al tremol colocado frente á la butaca. Despues continuó.

Una larga serie de ascendientes, siempre honrados, siempre buenos y apreciados de todos, habia grangeado á la familia de mi padre tal afecto en la provincia, que pudiera su voluntad hallar eco en miles de voluntades decididas: por lo que juzgándole temible sus adversarios en ideas políticas, ó quizá envidiosos de su dicha, inventaron y se valieron de una infama delacion que le redujo á prision inmediatamente. Sin embargo, es la verdad, que mil veces habian solicitado los absolutistas que usase de su influencia, y jamás quiso asentir con sus designios, protestando al contrario, que nadie seria capaz de obligarle á salir de su quietud.

Como era natural, disminuyeron nuestros intereses, llegando la desdicha hasta el punto de saberse que una embarcacion cargada de víveres, que por orden de mi padre se dió á la vela para

la Habana, habia naufragado, sin salvarse mas que la tripulacion. Este era el último recurso de nuestra familia, y tal catástrofe, unida á la anterior, hizo que nuestra casa se declarase en quiebra.

Entre tanto, el hombre que me adoraba—asi lo decia—y á quien yo profesaba un cariño sin límites, se decidió á enlazarse conmigo. Mis padres aceptaron su proposicion con regozijo, y él, que era único heredero del baron de....

En este momento, la voz de un criado anunció de una manera cómica,

—El señor baron de Azálvaro!

Faltaban diez minutos para la una, pero aun no se ha visto que todos los reloges marchen de mútuo acuerdo: los reloges y los partidos se hallan siempre en oposicion.

Apenas escuchó Carolina el nombre que pronunció el criado, trémula, contraida, se precipitó por la puerta opuesta, en el momento en que el baron se presentaba en el gabinete, cubierto con un magnífico *sobre todo*, guarnecido de pieles, el cual descansaba sobre sus

hombros, sostenido por un grueso cordon de seda, que remataba en dos grandes borlas.

En el breve espacio que quedó al duque, reflexionó y coordinó varias ideas, que le confirmaron en su juicio anticipado.

El baron y el duque se saludaron profundamente.

. . . .

Pasemos ahora á presenciar otra escena que nos interesa mas, á algunas leguas de la coronada villa de Madrid.

CAPITULO V.

Una despedida.

¿Por qué penderá una lágrima de las negras pestañas de aquella niña? ¿Por qué se verá impreso en su rostro el sello de la tristeza?

¿Por qué llorará tambien aquella anciana, que á su lado la observa con pesar?..

—Ya lo ves, Luisa, dice con aflijido

acento á la jóven ; debes marchar tambien.

—¿Y para qué, madre mia? Qué voy á buscar en la corte sino... desventuras quizás!...

—Oh!.. no lo digas!... Al lado de tu buena tia, protejida por tu hermano, guiada por la virtud, ¿qué debes temer?

—Madre, yo no lo sé! pero, dígame V... no soy aqui dichosa? No tengo al lado de V., de mi padre y de mis hermanos, cuanto puede anhelar el corazon?

—No, hija mia, bastante he resistido esta separacion, pero es preciso complacer á tu tia, á quien debemos nuestra existencia; ademas, tú eres ya joven y bella, y nosotros no podemos proporcionarte las ventajas que hallarás en Madrid. ¿Te pesa que nos separemos..? ¿Y á mí, Luisa? ¡Y á mí!.. ¿Te parece que no me pesará?..

Y cojió entre sus manos la pálida cara de su hija, deteniendo su mirada de amor en cada una de las facciones.

Pasaba el diálogo que vamos refiriendo, en una sencilla sala, cuyas blancas

paredes reflejaban los rayos del sol que penetraban hasta el centro de la estancia, marcando una faja oblícua y azulada en el aire.

Por el balcon abierto de par en par, se veian á corta distancia campos cubiertos de verdura, y mas allá, blancos grupos de nubes asomadas al orizonte, que formaban una masa desigual, semejante á la lejana perspectiva de una cordillera de nevadas sierras. Un pequeño rebaño de corderos se dispersaba por las sinuosidades del terreno, haciendo sonar interrumpidamente sus esquilas, cuyo eco llegaba hasta las casas de la poblacion, y el soñoliento murmurio de un riachuelo, que suavemente se desliza lamiendo la falda de la colina, parecia un triste sollozo interminable que acompañaba el llanto de las dos mugeres.

Oh!.. todo!!.. Aquel aire bañado por los rayos amarillos del sol poniente, la tibia luz de la azulada esfera, tan dulce, tan serena, aquellos débiles sonidos del campo vecino, y la vista de la verde pradera donde tranquilamente pastaba el ganado, estaban acordes, en

verdad, con las tristes lágrimas de una próxima despedida. Tal vez es que no perciben nuestros sentidos sino las sensaciones á que se halla dispuesta el alma, pero casi siempre advertimos, que la naturaleza entera se reviste de las formas que mas convienen á nuestros sentimientos.

¿Por qué ha de ser, Dios mio!.. decia la joven que habia quedado sola. ¿Por qué haber de separarme de todos!.. de todos! mis padres... mis hermanos! y... *él*... ay!.. para gozar, me dicen... para sufrir será; porque, ¿en dónde podré encontrar, cuando haya partido, mi dicha, mi única dicha que dejo aquí! Cielo santo!.. yo no quisiera que se verificase... no, no... porque le amo!

Estas dos últimas palabras casi no llegaron á formarse por los labios de la joven, que unió con fervor las manos como formulando una plegaria, y levantándose de la silla en que habia estado sentada, salió á una prolongada galería que formaba parte de la muralla en toda la estension de la casa.

El sol habia ocultado su disco de-

trás de las montañas. Algunas ráfagas perdidas en el occidente, presentaban su escamada superficie teñida de un rojo anaranjado. En todo lo demas del cielo, solo se veia una atmósfera, sin fondo, atenuando insensiblemente su luz bajo el denso manto de la noche, que abanzaba por el oriente. Dos ó tres lánguidas estrellas dejaban adivinar su brillo en lo mas oscuro del cielo, y empezaba ya á perderse la rica visualidad de un panorama de diez leguas.

A la izquierda, negras montañas erizadas de pinos, y ásperas rocas de medroso aspecto, se ofrecian á la vista en toda su imponente magestad: á la derecha se tendia una planicie cortada por el cielo allá en una línea, que no se puede medir por la mirada. En el frente una pequeña montaña presentaba en su cima el fin de la tierra que se distinguia. Mas cerca frondosas huertas llenas de verdura, y algunas pobres casas del arrebal completaban el cuadro que lateralmente se hallaba vivificado por la variada vista de gran parte de la ciudad.

¡Qué delicioso es el rumor indes-

criptible del campo, cuando lo hemos escuchado desde que fuimos niños! ¡Cuántos encantos dulcísimos tiene para el corazon esa confusa mezcla de voces humanas y murmullos de la naturaleza! El sordo sacudimiento de las hojas en la arboleda próxima; el quejumbroso lamento del agua que bate de piedra en piedra: los cantos melancólicos de las aves al recobrar su nido, ¿no son todos estos, placeres que alhagan nuestra fantasía, y vienen á constituir una existencia de goces abstractos, y distintos absolutamente de los que el mundo de los hombres proporciona?

Silencio y soledad! Ya se perdió la luz enteramente, y el cielo está cubierto de estrellas. Esta es la noche. Asoman por las ventanas de las casas débiles destellos de opáca claridad, y solo se oye allá en lo profundo, al pié de las murallas, y al estremo de la ciudad, la desvanecida voz de alguna muger que canta por distraer sus faenas domésticas.

La joven reclinada sobre la baranda de la galería, llora... porque está obser-

vando la última noche que pasará en aquellos sitios.

—Cuántas veces, desde que nací, clamaba con acento escaso y dolorido, he visto asomar la bella faz de la amarilla luna, sobre las adustas montañas que mañana tendré que pasar! Cuántas noches he dormido arruyada en mi tranquilo sueño por el misterioso ruido de ese arrollo!.. ¡todo lo pierdo ya!

Y secaba con su pañuelo dos gruesas lágrimas, que bajaban lentamente por sus mejillas.

Dió algunos pasos, y salió á un pequeño jardin, donde bajo un emparrado se percibia el ruido hueco de un caño de agua, cayendo en el pilon de una fuente. Algunos arbolillos frutales, apenas de la altura de una persona, formaban con su redonda copa dos ó tres calles trasversales, cubiertas de menuda arena, y los enredados jazmines que trepaban por los brazos de la parra, mezclaban su suave aroma con el de los alelíes que brotaban orgullosos en todas partes.

No era suntuoso este jardin como

los jardines de los grandes palacios; no habia en él estátuas, ni cascadas ni laberintos, pero respiraba una sencillez tan sublime, y sobre todo tenia tantos encantos para quien siempre habia recorrido sus calles con el alma tranquila y llena de placer, que Luisa entregada al dolor de su partida, iba recorriendo en la memoria todas las faces de su pasada vida.

Con el brazo izquierdo lánguidamente caido, sostenia el pañuelo que enjugaba su llanto, y tendiendo el derecho dulcemente, pasaba con cariño su delicada mano por las frias hojas de los àrboles, que guiaban su paso como para dejarles un recuerdo de su despedida.

Llegó al centro de una de las calles en que se hallaba la fuente, y sentándose bajo el emparrado, en un sencillo banco de piedra, quedó abismada en sus meditaciones.

La luna empezó á tender su luz por el cielo. Un vientecillo fresco, pero suave, hacia chocar las hojas blandamente, y rizaba la superficie del agua

en el pilon, retratando en cada una de sus breves olas el reflejo de la escasa claridad.

Algunas aves acojidas al abrigo de una corpulenta higuera, se movian entre las ramas, soltando interrumpidos cantos que pudieran llamarse quejidos, y varios reptiles resbalaban por el suelo, entre las hojas, parándose un momento á mirar al nuevo huésped, que á deshora invadia su acostumbrado asilo, y huyendo atemorizados un instante para volver á presentarse despues.

En todo lo demas reinaba el mas completo silencio.

Pero un ligero ruido sonó de pronto en la puerta del jardin: corrióse cautelosamente el cerrojo, y una persona entró.

Luisa, casi asustada, reprimió la respiracion y miró fijamente. Un hombre oculto bajo los anchos pliegues de la capa, se adelantaba hácia el asiento de piedra. Mas, Luisa debia saber quién era, porque olvidando sus recelos, se levantó y salió á recibirle con alegria,

si bien con inquietud.

—Eres tú, Cárlos?

—Yo, Luisa mia.

—¿Cómo has podido entrar?..

—¿No es esta la última noche? Y... habia de permitir que te alejases de mi lado sin darte un adios?..

—Bien, pero...

—Esta llave que me he procurado, ha sido causa de que pueda llegar hasta aqui. Mas, dime, Luisa, ¿es verdad que ya no tendremos otros dias serenos, como los que han pasado?

—Ay! ya lo ves... mañana mismo parto!

—Pero, ¿volverás pronto, no es verdad?.. Me oprime tanto el corazon esa idea, de haber perdido absolutamente nuestra encantada ventura, que siempre quiero hallar un resto de esperanza.

—Esperanza!..oh!..tambien la quiero yo: pero dime, ¿será posible que se cumpla nuestra voluntad?

—¿Por qué no, si tú quieres?..

—Qué sé yó!.. tanto ha llegado á preocuparme la certeza de nuestra se-

paracion, que me parece vá á ser eterna.

—Eso nunca!.. Yo iré repetidas veces á Madrid y te veré, pero... mira, Luisa, esto será solo unos dias, bien pocos por cierto para quien ama como amamos nosotros. Es preciso que procures volver á esta ciudad: es preciso que vivamos mas cerca uno del otro, y hablemos, siquiera una vez todos los dias, como ha sido hasta hoy.

—Qué hermosa era esta vida! Oh! cuánto nos queriamos... por qué se habrá desvanecido nuestra dicha!..

—Luisa!.. bien mio!.. bien mio!!..

La silenciosa faz de la luna asomó por cima de una cortada nube, á presenciar con su mirada la despedida de los dos amantes.

Ambos se habian sentado. El jóven tenia cojida entre sus manos una de las manos suaves de Luisa, quien descansando la otra sobre el hombre de Cárlos, reclinaba en ella su graciosa frente, ardorosa por el dolor. El soplo débil del aire, ajitando los negros rizos de la jóven, los hacia rozar lijeramente en el apasionado rostro del mancebo, que

lleno de tristeza y de ternura, inclinaba su encendida mejilla hasta tocar el terso peinado de su adorada.

Ella lloraba, y los trémulos suspiros de su pecho volaban con pesar en busca del lastimero suspiro de la fuente, con el cual se elevaban confundidos, hasta que una ráfaga de aire los esparcia por la serena atmósfera. El no lloraba por que es dificil á los hombres llorar; pero desfallecido, triste, respiraba trabajosamente, y sentia fuego en sus párpados, y en la cabeza una opresion terrible que le partia las sienes.

Largo tiempo estuvieron sin pronunciar una sílaba... sintiendo únicamente, mas al fin murmuró Cárlos con voz débil.

—Mira, Luisa, yo sé que me amas; yo sé que ninguna sospecha puede abrigar mi corazon; pero te marchas á Madrid: vivirás lejos de tu amante, tal vez triste al principio y contenta despues con la sociedad amena; hallarás placeres, admiracion y adoradores.... ah! Dios mio! ¿por qué mi suerte no ha sido mas feliz para poder enlazarme á la

muger que amo ?

—Por qué me dices eso? Tú lograrás pronto lo que deseas, y se colmará nuestra ventura, entretanto, ¿puede ser mi alma nunca sino tuya..?

—Oh!.. quiéralo el cielo asi! pero eres tan niña todavia !.. ¿quién podrá asegurarme que una nueva pasion no tendrá cabida en tu pecho ?.. Son tantos los hombres que ofrecen su vida por el amor de cien mugeres !... Serán, ay! tantos los que se acercarán á tí pidiéndote piedad!

—Nunca ! nunca!..

—¿Y por qué no ? Yo te adoro, pero no te veré ni te procuraré delicias ; ademas ellos te adorarán tambien, porque te habrán visto y verte es adorarte.

—Escúchame, Cárlos: cuando hayas dejado de verme ; cuando tu Luisa esté presenciando indiferente los tormentosos regocijos de un pueblo en que te halles, ¿querrás á otra muger olvidando las horas que han pasado ?

—Yo!.. mi vida es tuya, mi suerte depende de tu capricho, nada puedo hacer sin tí, ¿como he de amar sino á tí?

—Pues bien, esas mismas palabras son mi contestacion...

Cárlos estrechó contra el pecho la mano de Luisa: esta continuó,

—Yo lo juro, por ese cielo que nos escucha!

—Diciendo esto alzó sus negros y rasgados ojos al firmamento, como haciéndole depositario de su fé: y bajando la triste mirada sobre el jóven le dijo,

—Cárlos.... ¿con qué nos separamos?...

Al mismo tiempo corrieron abundantes lágrimas por su rostro, que ocultó en el pañuelo para reprimir los violentos sollozos de amargura. Cárlos permanecia mudo, estrechando la mano de Luisa, y con los desencajados ojos fijos en la arena.

Triste momento es el de una separacion! ¿Quién podrá decirnos lo que quizás dentro de pocos instantes habrá de suceder a una persona querida que se aparta de nosotros? ¿Quién nos asegurará de que el postrer momento en que la vemos no es el último en que nos hallemos á su lado por toda nuestra vida?

¿Quién garantirá la subsistencia de los vínculos que á ella nos han unido antes de partir? ¡Es tan voluble la suerte! Y al mismo tiempo... ¡presenta el mundo tantas distracciones que ocupan todo el espíritu!... ¡El corazon humano es tan susceptible de variaciones!...

Cien veçes, mil veces pediremos constancia, y todas ellas no valdrán mas que si solo la pidiéramos una. Querremos espresar en el ahogado «*A dios*» que deletreamos todo el fuego del corazon, toda la tortura del alma, para que se grabe y conserve aquel dolor en el corazon, y en el alma de la persona que se aleja; y efectivamente, será verdadero el sentimiento que dicta su protesta de no variar *jamás*; pero la vida, es una interminable cadena de sensaciones diversas, y conmueve al alma de tan distintos modos, que es disculpable aunque sensible un casi *necesario* olvido.

Habrá un ser capaz de prender algun sentimiento en cualquiera de los eslabones de la vida, sin que llegue á

desprenderse vencido por la fuerza de todos los otros sentimientos que siguen su ordinario curso? Algunas horas, algunas dias, algunos meses, cuando mas, conserva el recuerdo la prometida fé, despues decrece poco á poco hasta que llega á perderse enteramente. Y ¿qué ha de suceder? Si el mundo vive y vivimos nosotros, ¿cómo será posible conservar el alma muerta?

. . . .

Cárlos contempló en silencio algunos instantes á su amada, y tambien sus ojos dejaron correr solitaria una lágrima abrasadora.

—Luisa! querida de mi alma!.. Oh! por Dios! Por Dios!... no te olvides nunca de mi!...

Luisa rodeó con sus brazos el cuello del joven, y fijándolos en el cielo con una desolada espresion de angustia, que contrajo su rostro, solo pudo decir levemente.

Cárlos...! Ah..!!!

Los sollozos cortaron la voz en su garganta.

. . . .

Poco despues habia quedado sola en el jardín, y murmuraba con desesperacion, alejándose de aquel lugar un tiempo de ventura, y que entonces le evocaba bellos recuerdos,

—Goces de mi niñez!... dulces sueños de mi juventud!... gratas ilusiones de mi vida entera!...ya os perdí! ya os perdí para siempre!!

CAPITULO VI.

La entrevista.

Serian las once de la mañana, dos dias despues de la escena que hemos presenciado entre Carolina de Solís y el duque de S. Vicente. Una espesa niebla cubria completamente le atmósfera, cerrando la vista á pocos pasos, y dando á la poblacion un aspecto tétrico, sombrío, espantoso.

Sentados cerca uno del otro estaban, al rededor de la chimenea, el joven Alfonso de Zúñiga y su tia doña Julia de Salem, en la misma casa y habitacion donde les vimos en el primer capítulo de

nuestra historia. Sumido en alguna profunda meditacion debia estar Alfonso, pues sin cuidarse de su tia, que le contemplaba con interés, tenia fija la vista en la llama que abanzaba, lamiendo, las estremidades de un basto tronco de encina, reverberando los desencajados ojos del joven una claridad roja y siniestra: estaba con las piernas cruzadas, y entrambas manos, asidas fuertemente, descansaban sobre las rodillas. Despues de un largo silencio, alzó con impetu la cabeza y dijo dirigiendose á su tia:

—Será un delirio, será una locura si se quiere, pero yo no puedo desechar del alma ese recuerdo....

—Siempre fuiste lo mismo: apenas te causa impresion algun objeto, inviertes en él la mente, llegando á creer que llamará tu atencion por mucho tiempo.

—Es que ahora no esperimento lo que otras veces.

—Yo lo sentiria, replicó doña Julia sin quitar los ojos del bordado que, mas como distraccion que como trabajo, estaba haciendo: y lo digo porque tu preo-

cupacion es el principio de una pasion vehemente, y estas no convienen á un joven como tú.

Alfonso tenia talento, pero era todavia bastante niño para dejar de hallar placer donde todos á su edad lo hallan, y por esto gustaba de que le hablasen de su naciente amor hácia la joven Carolina, aunque fuese para prevenirle que lo desechase como imposible y funesto. He aquí por qué le habia dado cuenta á su tia de cuanto le ocurrió en casa de la marquesa, sin omitir la pintura de la admiracion que desde luego sintió hácia la amiga de Victoria, y he aquí tambien por qué habia suscitado ahora la conversacion.

—Yo no encuentro una razon, para que á mi edad no se pueda estar apasionado con vehemencia.

—Sí, hijo mio: ni tu posicion ni tu edad permiten esa clase de compromisos, que acaban por una formalidad cuando principian por un pasatiempo: debes consagrarte, si quieres estas sensaciones, á esos amorcillos que se reproducen momentáneamente, y van

desarrollando insensiblemente á nuestra vista el basto panorama del mundo.

—Es verdad, pero no siempre es la razon la que domina.

—Lo mas estraño, Alfonso, es la prevencion de tu buen amigo Azálvaro: dijo doña Julia, procurando aparecer casi indiferente; ¿con qué derecho le pertenece esa muger? ¿No sabes tú su nombre?

—Su nombre?.. apenas pude escuchar su voz! Y yo que achacaba al piano su indiferencia! Oh! añadió con despecho, el baron me esplicará este misterio!..

—Vamos, Alfonso, tranquilízate, y confiesa que has andado bastante torpe en el asunto.

—¿Yo.. tia?

—Tú, sí ¿por qué cuando salisteis no le pediste una esplicacion, siquiera para saber las relaciones que le unian con aquella muger?..

—Porque, señora, entonces, el despecho, la confusion, el infierno que llevaba en la cabeza, me ataron la lengua y me embotaron el pensamiento.

:

Aquí, ya cerca de casa, intenté preguntarle, y entonces él, comprendiendo mi propósito, me apretó la mano y dijo: —Alfonso hasta mañana.—Este *mañana* no ha llegado todavia, y... sin embargo... yo quiero verle, yo necesito verle!... dijo paseándose agitadamente por la habitacion.

Doña Julia conservaba todavia en su fuerza esos resentimientos indefinibles que albergan las mugeres cuando ha pasado por su imaginacion la idea de que son el juguete del hombre á quien aman. No era la presencia de aquella muger misteriosa de la que se habia locamente apasionado Alfonso, ni el amor de este, lo que habia despertado en ella el interés, sino la prevencion que Azálvaro hizo á su amigo, al comunicarle este su pensamiento. Mil comentarios hizo la buena señora acerca de la frase «me pertenece,» y unas veces ampliándola, y otras restringiéndola, pudo sacar por único, aunque vago resultado, que Azálvaro habia sentido lo dificil que es olvidar á la persona á quien se quiso por la vez primera. El amor propio es

mas déspota que el cariño, y las personas, en circunstancias dadas, ocultan sus ideas con formas aun mas probables que las que por sí usa la verdad. Asi es como puede esplicarse aquella indiferencia que manifestaba en medio del despecho de su sobrino: porque su odio de muger, podia mas que su amor en aquel instante.

—Cansado de cruzar la estancia, y como dominado de un pensamiento cuya realizacion le era indispensable, se precipitó Alfonso fuera del gabinete, seguido de la mirada penetrante de su tia. Pocos minutos despues volvió envuelto en un ancho barragan, y con un grueso baston bajo el brazo.

—A dónde vás? preguntó su tia, sorprendida de su repentina resolucion.

—A buscar á mi amigo Azálvaro, contestó con una voz dulce, aunque forzada.

—No por cierto!!... quieres hacer alguna locura!

—Deseche V. los temores, querida tia: ninguna mira hostil llevo en esta escursion. Azálvaro me aprecia y no

dudo que me esplicará lo que tal vez no hizo ya por mortificarme. Dentro de pocos momentos estaré aqui con él.

—Bien.... pero la mañana está muy cruel... vas muy desabrigado... vamos, no sales!...

—Es ese únicamente vuestro temor?..

Con la misma velocidad que antes, se dirigió Alfonso á su habitacion, y volvió á la presencia de su tia envuelto en una magnifica capa de paño azul. Doña Julia no pudo menos de sonreirse al verle, valiéndonos de su espresion favorita, hecho un Otelo.

—Accedo, caballerito, á vuestro loco pensamiento, le dijo con amabilidad; pero antes de una hora os he de ver aquí... y...cuidado!..

—Le empeño á V. mi palabra!

—Pero... ¿no pudiera un criado?...

—Para qué?.. todavia duda V. de mi? Vaya... confie V. y acoja con amor mi despedida...

Diciendo esto besó ligeramente y con espresion de infantil regocijo la frente de su tia, y salió de la estancia el joven Zúñiga, mostrando tranquili-

dad y hasta un contento algo exagerado, pues solo habia querido desvanecer las sospechas de doña Julia con respecto al objeto de su salida: y en efecto lo consiguió. Cuando hubo partido murmuraba la señora:

—Es un angel este muchacho. Cuánto deseo ver á su hermana! y siguió con mas afan su labor.

. . . .

Aun no habia transcurrido un cuarto de hora desde la ausencia de Alfonso, cuando se presentó en la estancia de doña Julia el baron de Azálvaro. Venia vestido con mas elegancia de la que usaba comunmente, apoyándose en un grueso baston de caña de Indias, cuyas prolongadas borlas de seda, y su puño de oro liso, anunciaban autoridad ó mando en el que lo usaba. Jiró sus pequeños ojos de víbora, recorriendo escrupulosa y rápidamente la habitacion, y fué á colocarse al lado de doña Julia, dejando encima de la chimenea su sombrero de lustrosa felpa.

—No has visto á mi sobrino? fue la primera frase que pronunció la señora,

con una zozobra que hacia traicion á su resentimiento.

—No, contestó el baron con la mas fria indiferencia.

—Dios mio! pues... á dónde habrá ido?

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—No lo sé, pero... estaba como trastornado,... ya se vé!... no conocereis quizá la causa?..

—Yo?.. no! contestó casi con desprecio el de Azálvaro.

—Nada tiene de particular... vuestros nuevos compromisos... desde que os pertenecen algunas personas...

—Acabáras!... dijo el baron dejando vagar por sus labios una sonrisa maliciosa y repugnante. Ya comprendo ese *vos* que me adjudicas, y la salida de Alfonso. Tranquilízate, y no seas tan niña como ese rapaz lugareño.

La tormenta habia estallado: pero el baron de Alzálvaro, versado en estos asuntos, y que mas de una vez supo, aun en la tribuna, destruir poderosos argumentos de sus contrarios en opiniones políticas, con sus sofismas y su calma, en esta ocasion habia conjurado el

daño en su mayor parte, solo con aquella falsa risa, y su aparente tranquilidad. Dominaba ademas el corazon de doña Julia lo suficiente para no desesperar de su situacion. Por mucha astucia que tenga una muger, no es fácil que comprenda todos los dobleces del corazon del hombre; aquella reflexiona con la imaginacion aislada, este aprende á reflexionar con el estudio.

—Pero, señor baron, dijo doña Julia con un despecho que manifestaba queria ser convencida de su error; es preciso que me espliqueis vuestra conducta.

—Antes voy á calmaros. ¿Seguiremos hablándonos en segunda persona del plural?... preguntó irónicamente.

—Como gusteis, dijo doña Julia, y se encendió su rostro.

—Voy á calmarte con respecto á tu sobrino. Es un muchacho inesperto y que se apasiona con la misma facilidad con que se olvida. Dió la maldita casualidad de que se presentase en casa de la de Compolís, esa destestable muger que *me perteneció*, y recalcó esta frase,

pero á quien ya veo y socorro solamente, porque así lo has exigido. Me comunicó su pensamiento, y como yo comprendo perfectamente su caracter, le impuse miedo con aquella advertencia.

—Y con qué objeto? No dices que es libre como tú?.

—Sí: pero escucha. Carolina posee, entre otras dotes, una gracia particular para seducir á los corazones inespertos, y no pude consentir que tu sobrino, inocente aun, fuese víctima de la falsedad de aquella muger. Hé aqui toda la historia del baile.

Y tendió una mirada escudriñadora, endiablada, sobre su amante, para conocer si sabia tambien algo de su lanze con San Vicente, y poder tomar tiempo para forjar otra maraña. Azálvaro no queria á Carolina; pero el hombre que amó á una muger aun cuando rompa despues las relaciones que le unieron á ella, no quiere que otro disfrute su cariño. El sentimiento del egoismo, á cierta edad, es un principio arraigado en el corazon humano.

—Está bien, dijo doña Julia, como libre de un peso que le oprimia el corazon; pero Alfonso fué á pedirte ahora una esplicacion...

Una estrepitosa carcajada salió de los labios del baron, al oir esta última frase: pero esta risa, mas bien que producto del desprecio que pudiera inspirarle Alfonso, era hija del gozo y satisfaccion que derramaba en su alma el resultado favorable de su astuta tentativa. Desde entonces, el campo en que tenia que combatir el baron era mas franco, mas conocido.

—Pues mas fácil de esplicar es la segunda parte, dijo este, reprimiendo su placer: yo habia prevenido su llegada á mi casa, porque conociendo su carácter estremoso, juzgué indispensable su visita, considerando que hacía tiempo que no nos veiamos. Así pues, le preparé un magnífico desayuno, y á estas horas, prévia mi orden para que me aguardase un momento, estará saboreando los manjares de su buen amigo el baron de Azálvaro.

—Con todo, algo recelo...

—No hay motivo.

—Ahora, espero que me des cuenta minuciosa de tu conducta en estos dos dias.

Es muy razonable. Cuando me separé de Alfonso la noche de la *soirée*, me dirigí á los barrios bajos, á la casa del zapatero que ya sabes, y dí mis órdenes para que se halagase á varios hombres decididos para la próxima noche. Esta gente será la que me eleve, querida Julia!

Diciendo esto, con una voz hueca y un ademan de orgullo, que podia llamarse ambicion, dió un ligero golpe con la mano derecha en el respaldo de la silla de doña Julia, y lanzando, ahogadamente un quejido de dolor, retiró la mano que por cima del guante brotó una mancha roja de sangre. Al instante lo advirtió el baron, y la escondió repentinamente en el bolsillo de los pantalones.

—Sí, sí, continuó disimulando su dolor; es preciso que yo pulverice á ese infame partido, que con las mas viles armas de la traicion, quiere hacer una

colonia de nuestro suelo, y sujetarnos al despótico capricho de los estrangeros. Sí... y lo conseguiré!

—Bien... y despues de ver á esa gente, ¿qué hiciste?

—Despues... para recuperar el perdido sueño, me dormí profundamente. A la una salí á caballo para asistir á una cita ecuestre que me habian dadó para el campo de Guardias; antes habia recibido en casa tres instrucciones, y con arreglo á ellas me dirigí al anochecer á ver al buen Manuel, el zapatero de marras. La gente estaba reunida, buena gente!... capaz de pegar fuego á Madrid si se les mandaba. Me retiré á parte con el zapatero, y despues de entregarle el oro le previne que escogiese doce ó catorce hombres de los mas decididos, y me dijese sus nombres; el suyo habia de ser el primero en lista. Pero la maldita casualidad hizo que estando en esto, se le ocurriese á uno de aquellos condenados romper á otro la cabeza, y se salió con la suya. Poco despues, la presencia de los agentes municipales logró apaciguar aquella reunion, que se

habia convertido en un infierno. Nosotros saliamos entonces, y nos mandaron prender.

—Qué desgracia! esclamó doña Julia fijando mas su atencion en lo que faltaba.

—Pero gracias á mi posicion, continuó Azálvaro, sacando de nuevo la mano y colocando el dedo pulgar en la hombrera del chaleco, mediante haberme descubierto, me libré del compromiso.

—Ya, pero... las órdenes...

—Aproveché la confusion, y con lápiz tracé á Manuel la conducta que debia observarse.

—Y esas pobres gentes?

—Dentro de pocas horas estarán en libertad.

—Están en la carcel?

—En la carcel.

—Ah!.. tal vez sea esa ocurrencia la que me indicaron, y no la prision del duque de S. Vicente. ¿Sabes algo de esto?

—Psih... tambien creo que está preso S. Vicente por no sé qué desafio...

Me enteraré si te interesa, dijo Azálvaro en tono de amorosa reconvencion.

—Oh!.. por mí, no!

Ya hemos dicho que el diabólico baron sacaba partido de todo.

—Pero advierto, dijo conmovida doña Julia, que tienes manchado el guante derecho!...sangre... Dios mio!..

—No te alarmes, querida; en el paseo á caballo para la cita con otros diputados de la oposicion, al echar pie á tierra, perdí los estribos, y me hice un ligero rasguño... nada, no es nada.

—Temí que...

—Conque... á Dios, divina Julia; voy á serenar á tu Alfonso, y á poner en libertad á aquellos pobres diablos, que me han de servir en breve.

—A Dios, y no te olvides de mi sobrino.

Al salir el baron murmuraba sonriéndose.

—Fecunda imaginacion!.. hoy han llovido con profusion y con estrépito!!..

Se oyó el ruido de un coche.

De dos en dos bajaba los escalones, el de Azálvaro, cuando un lacayo, cuya li-

brea reconoció, subia apresuradamente.

—A dónde vais? le dijo deteniéndole.

—La señora doña Julia de Salem, no vive en el cuarto principal?

—Sí, la buscais?..

—No señor; busco al baron de Azálvaro que han dicho estaria en casa de esta señora.

—El baron de Azálvaro?.. Yo soy.

—Pues tened la bondad de entrar en el coche: os espera una señora.

—Vamos pues.

—La puertecilla del coche se abrió, y el baron entró en él diciendo:

—Dios os guarde, amable duquesa de S. Vicente.

El carruage rodó.

Detrás de él, iba un embozado, que lo seguia desde que salió de su casa.

Al cruzar el carruage por una calle, poco tiempo despues, otro embozado lo siguió tambien, pero algo mas de cerca.

No los podemos distinguir, porque la niebla, cada vez es mas espesa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Insomnios del Estio.

TOMO II.

PARODIAS

DE VERDADES.

NOVELA ORIGINAL

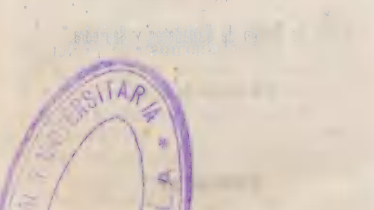
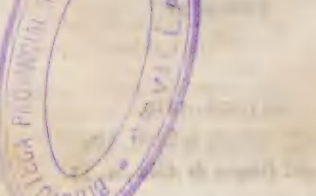
DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

Por D. Ramon de Valladares y Saavedra,

y D. Andrés de Cápua.

TOMO II.

MADRID: 1845.
Imprenta de D. Vicente de Lalama, Editor,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



CAPITULO VII.

Pormenores.

Vamos á trasladarnos con el lector á una época no muy distante de la en que ocurrian las escenas referidas, y á observar las personas que habitan el piso principal de una casa, mas bien pobre de aspecto que suntuosa, en la calle de las Huertas, porque algunas de estas personas tienen un lugar preferente en la historia que nos hemos propuesto bosquejar.

Pocos meses antes del matrimonio de la joven doña Victoria Teruel con el duque de S. Vicente, vivia esta en la casa referida, en compañia de una madre anciana ya. Bella y candorosa, do-

tada de un corazon franco , noble y apasionado , era Victoria una de esas criaturas sin mancilla , que todos hemos anhelado hallar en la vida alguna vez. Cariñosa y amable verdaderamente, porque era muy joven todavia , dulce sin afectacion, é inteligente sin orgullo, pudiera considerarse como el modelo de las virtudes , y bastará decir en su elojio , que no tenia una amiga sin envidia, ni habia una madre con hijas solteras que no emplease indirectas para atribuirle alguna falta. Esta es la ley de la condicion humana: si uno brilla, se procura oscurecerle para que no nos perjudique su esplendor; si uno es perfecto , se buscan lunares para igualarle ó los demas !

Viuda su madre de un funcionario público de bastante categoría , se habia visto precisada por la carencia de recursos , á minorar los gastos de la casa, y por esta razon vivia toda la familia con miseria. Sin embargo , los muebles y adornos de las habitaciones se conservaron como un recuerdo de otra época mas dichosa , y nadie hubiera pensado

en privaciones á la vista del casi suntuoso menaje.

En nuestra España una viuda, que no tiene mas medios de subsistencia que los que la dan las arcas públicas, es un ser despreciable, que arrastra su existencia por una senda de privaciones, cuyo fin es la muerte ó la vergüenza. En primer lugar, las viudedades no están en proporcion con los sueldos que recuerdan y modifican, porque estableciéndose una regla general para estas asignaciones, no se puede tener en cuenta la mayor ó menor necesidad de las desgraciadas; en segundo lugar, y es lo mas escandaloso, lo mas reprensible, ese escatimado peculio que se ha formado paulatinamente en vida del que era cabeza de la familia con los resíduos forzosos de su sueldo, es una cantidad imaginaria, que el Estado disfruta con usura, y que con mas usura, con espropiacion quiere adjudicarse. Y estas no son declamaciones. El respetable cuerpo de viudas y pensionistas puede hablar por nosotros. Desde tiempo inmemorial son en España un sueño las

viudedades: en la corte, por una razon que no nos atrevemos á esponer, hay la esperanza de cobrar al año cinco ó seis mensualidades, pero en las provincias, donde las leyes están en desuso, donde no alcanza, ó no se quiere que alcance la mirada del gobierno, perecen esas desgraciadas, de la enfermedad mas horrible que puede padecerse: de... *hambre !!* todos hemos visto y estamos viendo esos seres macilentos, cuyos ojos se saltan de sus órbitas, y cuyos arapos encubren miserablemente un armazon de huesos, semejantes á los esqueletos asquerosos de los muertos; todos hemos visto y estamos viendo esas dilatadas familias, que viven, si es posible admitir este verbo, en un recinto capaz escasamente de contenerlas, víctimas de la crueldad de los depositarios de las cantidades que sus padres, sus hermanos, sus maridos dejaron para que no pereciesen de miseria, ya que ellos habian inmolado en las aras de la nacion sus mejores años; todos hemos visto y estamos viendo, esa horda de mugeres perdidas que engruesan las fi-

las de las rameras, lanzadas en la corriente del vicio y de la corrupcion, por la necesidad de vivir y de no perder una esperanza de ser felices algun dia. ¡Monstruosa administracion de justicia! ¡Criminal monopolio que tantas y tan horrendas desgracias acarrea!

Dice el gobierno á esas desgraciadas: «no os pago porque no quiero, ó porque no puedo, pero perdereis aun la esperanza de recobrar lo vuestro, si os casais, aunque despues podeis optar á la mayor viudedad.» Consecuencia de esto, la sociedad obliga á la prostitucion, la sociedad quiere siempre un ciento por cincuenta de ganancias aun sobre la sangre de los desgraciados; la sociedad comete un *abuso de confianza*, y se goza por sus omnímodas facultades en la agonía que produce su latrocinio y su insultante y espantosa lógica.

Despues el trabajo de las mugeres no alcanza, ni con mucho, á cubrir las necesidades de un individuo, cuanto mas las de una familia entera. La muger trabaja noche y dia empleando en proporcion las mismas fuerzas que el tra-

bajador labrando las tierras, y no alcanza el mínimun de lo que este logra en dos horas de faena; pocas veces cuenta sus productos por reales, y se halla muy satisfecha con llevar despues á sus delicados labios, un pedazo de pan húmedo ó duro y un jarro de agua. En todo ha sido cruel la sociedad con la muger; carece ante ella de representacion, desprecia sus palabras porque las oye solamente por piedad, y sus trabajos los juzga mezquinos porque son de sus manos. ¿Y luego dicen que la muger es el principal elemento de la vida? Si lo es, lo es, pero la sociedad lo dice por galantería, no porque lo crea así; para las mugeres están cerrados los caminos que conducen á la gloria, y si alguna luchando con los inconvenientes que la cercan, logra hacerse ver, hacerse oir enmedio del oleaje del mundo, á través de la *compasion* que inspira, se arredra ese mundo, y dice: «esa no es muger mas que en la apariencia, su corazon es de hombre;» porque esos sentimientos grandes, esos arrebatos sublimes, esa supremacía momentánea que se adquie-

re sobre las turbas imbéciles, es patrimonio del hombre... porque así el hombre lo ha dicho; él es el rey de la naturaleza, y la muger un ser despreciable que le custodia, que le presta momentáneos y míseros placeres, y que puede ser seducido, engañado por él, sin que tenga ni aun derecho para quejarse.

. . . .

Sigamos el curso de nuestra historia.

Como es, sino natural, acostumbrado al menos, cuando por la muerte del padre de Victoria dejaron las gentes de esperar aprovecharse de su amistad con la familia, se retrajeron unas poco á poco, y otras repentinamente de frecuentar su casa, y de este modo la muger que antes habia estado atendida, respetada y adulada tambien por muchos, miró al cabo de algunos meses pasar dias y dias, sin que una persona amiga viniese a distraer su soledad. Todos aquellos grandes hombres que ofrecieron proteccion á su marido por conseguir algun beneficio: todas aquellas amistades de muchos años que siquiera por su duracion parecian verda-

deras, todas se perdieron á poco tiempo, y precisamente cuando empezaban á poder ser útiles á las que antes lo habian sido para ellos. Muy desconsolador es decir esto, pero es la verdad de lo que sucede. Si los corazones habláran tambien asi como los labios, rara vez pronunciaria la boca una palabra de amistad, sin que gritase desmintiéndola el corazon. En muchas ocasiones hemos presenciado las mas alhagüeñas muestras de ternura, dirigidas á una familia entera, y poco despues, ni uno solo de sus individuos quedó libre de la mas ofensiva sátira; mil veces hemos visto invitaciones casi exageradas para estrechar los lazos de amistad entre algunas personas, y despues han sido objeto estas misma de befa y escarnio para sus invitadores. Esto es histórico, y no faltará en verdad quien se mire retratado.

Pero volviendo á la familia de Teruel, diremos que en la retirada general de que fué testigo, hay que hacer una escepcion en favor del jóven duque de San Vicente. Relacionado con todos los de la casa, mucho antes del desgraciado

acaecimiento que privó de su padre á Victoria, tuvo ocasion de admirar las perfecciones de esta, cuando apenas habia llegado á la adolescencia, y vió crecer y formarse completamente á la muger que desde el primer dia fué para él objeto de las mas dulces esperanzas. Ocho años mas que la jóven tenia el duque, y por esta razon, cuando él sintió las primeras emociones del amor, era todavia ella muy niña para comprender el significado de las palabras con que le hubieran pintado una pasion. Pero acostumbrada por mucho tiempo á ver continuamente al de San Vicente frecuentando su casa, le consagró el cariño de una niña, el cual creciendo insensiblemente, declaró rebelde al corazon donde se hubo alimentado, que se habia convertido en amor, no bien el alma fué capaz de conocer tales sensaciones. Entonces advirtió el duque mas palidez en las delicadas mejillas de la niña, y no pudo menos de reparar en el melancólico brillo de sus ojos. Aquella mirada serena é inocente, que algun tiempo antes fijaba ella en el

joven, se tornó de repente vaga, tímida y ruborosa en su presencia, y al observarla este sintió oprimirse su pecho, y latir el corazon con violencia; porque habia llegado el momento en que fuera correspondida su ternura. Cesaron las conversaciones no interrumpidas sobre asuntos indiferentes; cesaron los juegos inocentes de la primera edad, y en su lugar se oyeron palabras cortadas y espresivas, seguidas del silencio, que no podia menos de causar la agitacion de los espíritus.

Cosa rara en verdad! Somos indiferentes á una persona que á su vez nos es indiferente; no sentimos hácia ella ni afecto ni odio, ni temor ni compasion; es decir, nada tenemos que espresarle, y entonces estaremos hablando eternamente sin que nunca nos falte conversacion: pero nos hallamos en presencia de una que nos conmueve, sentimos temor y afecto, y compasion y orgullo cuando repara en nosotros, y en vano busca la mente llena de ideas, una palabra para espresar lo que sentimos.

¿En qué consistirá esta contradic-

cion ?..

Llegó, por fin, un dia en que el duque se decidió á manifestar á Victoria lo que mucho antes ella habia adivinado con su perspicacia de amante y de muger (que son dos perspicacias bien poderosas) y el divino semblante de la joven se coloró con toda la sangre de su corazon aglomerada en la cabeza, cuando sus bellísimos ojos dejaban empañar levemente su brillo por una lágrima de placer. Hubo súplicas reiteradas, que no obtuvieron contestacion; hubo palabras débiles, que apagaron su vibracion entre los labios, y una vez, últimamente, se oyó un *si* escaso y vehemente y apasionado, que pronunció la joven, vertiendo al mismo tiempo algunas lágrimas.

¿Cómo no hacer aquí otra observacion aun á riesgo de que nos tachen de pesados? ¿Cómo dejar pasar desapercibidas estas lágrimas, al tiempo mismo en que goza el alma una de sus mayores venturas? Ofrecemos, en verdad, los hombres la contradiccion mas rara que puede concebirse! Somos tan des-

contentadizos!... Si un dolor atenaza nuestro espíritu y nos hace aborrecer la existencia, brota con abundancia el llanto de nuestros ojos. Si un placer embarga nuestra mente, y nos hace bendecir la vida, pronto encuentra el alma lágrimas ardientes que derramar. Oh! si por todo lloramos, ¿qué hay de estraño en que recordemos siempre mas lágrimas que risas? . . . .
. . . .

Desde aquel instante, la jóven Victoria y el duque se juraron un amor eterno, indisoluble; y contra la práctica en casos de esta naturaleza, fue verdadero el juramento y se cumplió. Los años que pasaron desde entonces, lejos de debilitar su pasion, la arraigaron poderosamente, hasta el punto de hacer imposible la desaparicion de un sentimiento que habia llegado á constituir toda la vida de sus almas. Ni desavenencias, ni quejas, ni pesar alguno alteró un instante su envidiable dicha, y la idea de un enlace próximo entre los dos amantes, no fue ya una duda.

Es verdad que la diferencia de clases ofrecia ciertos obstáculos, á lo menos ante la chismográfica sociedad que no deja pasar desapercibido el deseo de buscar la felicidad en donde existe; pero el duque, dotado de entereza, y acostumbrado desde la cuna á seguir fielmente los impulsos de su corazon, despreciaba las necias hablillas de personas estrañas, y procuraba esta vez tambien guiarse por las impresiones de su espíritu.

La madre de Victoria, como no podia menos de suceder, bendecia constantemente al cielo por haberle otorgado tal merced, que hacia feliz á su hija, y á ella por consiguiente. La jóven esposa bendecia con mas fervor aun al Dios benéfico á quien tanta ventura era debida, y el de S. Vicente que satisfacia su amor, su orgullo y su bondad haciendo la felicidad de una familia virtuosa y abandonada por todos, esperaba con impaciencia el dia en que su Victoria pudiera llamarse ante la faz del mundo, la noble duquesa de S. Vicente.

Sin embargo, un hombre osó turbar por algun tiempo la dicha de los dos amantes. No fueron celos, no, porque el duque la amaba demasiado para desconfiar un momento de su constancia: pero fue el enojo de ver pretensiones de rivalidad de parte de un hombre de poco buena conducta en estos asuntos.

El hecho fue el siguiente:

En el mismo piso que ocupaba Victoria con su madre, se hallaba otra habitacion interior, bastante reducida, en la cual vivia triste, sola é ignorada, una jóven muy bella tambien, y que lloraba dia y noche algun oculto pesar. Vestia siempre de luto, y habia dicho á las pocas personas con quienes mantenia relaciones, que la pérdida de un esposo querido era la causa de su eterna amargura. El dolor de una muger es contagioso sin duda, porque muy rara vez es posible percibir sus sollozos de angustia sin sentir angustiarse nuestro pecho. Asi es que Victoria no pudo reprimir una compasion cariñosa, cuando escuchó por algunos dias, el sufrimiento de

aquella desgraciada. Comparó las horas dulces y serenas que le proporcionaba su amor, con las horas insufribles que la pérdida de otro amor habia proporcionado á la desolada jóven, y al pensar en que si una desgracia semejante le sucediese á ella, padeceria infinitamente, quiso prestar consuelos, si era posible, á la mujer que ya la espirimentó. Siempre sucede lo mismo. Las desventuras agenas no nos interesan ni nos conmueven, sino en el caso de poder hacer aplicacion de un estado igual á nosotros mismos; en primer lugar, porque no las comprendemos de otro modo, y en segundo, porque siempre hay cierto egoismo en la compasion, como si creyéramos que con prodigar consuelos cuando no los necesitamos, adquirimos algun derecho á que nos los prodiguen cuando nos sean de necesidad.

Entablóse entre las dos jóvenes una tierna y sincera amistad, creciendo el cariño con las confianzas que mútuamente se hicieron de las mas interesantes escenas de su vida. Entonces

aumentó estraordínariamente la adhesion de Victoria hácia su amiga Carolina, porque supo que habia sido víctima de un engaño horrible, por el cual estaba condenada para siempre á llorar su suerte. La vecina de Victoria era la jóven doña Carolina de Solís, esposa que fue del baron de Azálvaro, cuando se habia descubierto la pérfida intriga de que tienen noticia nuestros lectores.

Aunque altamente ofendida por la inícua conducta de un hombre á quien habia consagrado el afecto de su vida, no podia Carolina evitar recibirle algunas veces en su casa, por varias razones poderosas á cual mas. El astuto y pérfido baron no declaraba desde luego rotos voluntariamente los lazos que le unian con Carolina, por el contrario afectaba un profundo pesar cuando recordaba el engaño, que segun decia le privaba de una esposa querida, á quien no se unia nuevamente por razones que lamentaba, y que no estaban á su alcance superar: y una mujer apasionada, envuelve su razon entre la credulidad que halaga su deseo,

convenciéndose fácilmente de la mas inverosímil de todas las falsedades. Esperaba todavia la desdichada, que la confirmacion de su matrimonio pondría término á su doloroso abandono. En esta conducta llevaba un doble objeto el baron; esperar un momento de oportunidad para librarse completamente de la que debió ser su mujer, y al mismo tiempo, tener un objeto mas con que dar celos á muchas otras con quienes, por distintas miras, sostenia relaciones amorosas. Entraba fingiendo recatarse de las miradas de todos, pero de modo que todos le viesen, y hablaba despues, como por un imprudente descuido, de cierta bella jóven á cuya casa iba con frecuencia, cuidando bien de usar de este medio siempre que alguna amante *necesaria* empezaba por grados á mostrarle indiferencia. De este modo, no solo habia defraudado las mas santas y lejítimas esperanzas, sino que mancillaba su nombre con una mentira sacrílega y aborrecible.

Pues bien: en la casa de la infor-

tunada Carolina, fue donde Victoria vió algunas veces al baron de Azálvaro, y allí tambien donde este osó dirijirle palabras de ternura en presencia de su *esposa*. Esta es la razon por qué vimos al duque de S. Vicente la noche de la *soirée* de Campolís, procurar el rompimiento con el impudente baron, cuando al lado de Victoria se atrevió, obstinado, á proferir de nuevo palabras que le ofendieron, y hácia las cuales habia ya él manifestado su disgusto.

. . . .

La madre de Victoria murió, y esta fue una nueva causa para que se llevase á efecto la proyectada boda. Quedó la jóven abandonada en el mundo, sin apoyo, porque era pobre, y espuesta á mil desventuras porque era bella; asi pues, la moribunda anciana con lágrimas en los ojos, pidió al duque que no la desamparase como los demas, y cumpliese la palabra solemne que habia empeñado.

Pasó un año desde la muerte de la viuda, y la candorosa y sencilla Victoria de Teruel fue la encantadora y en-

vidiada duquesa de S. Vicente.

Ahora solo diremos que, siendo diputado tambien el duque, y gefe del partido contrario, aquel del que mereció un elevado puesto, su compañero de escaño, el baron de Azálvaro, debió á esta circunstancia, y á la preponderancia de su fraccion, el ser designado en la nueva combinacion casi repentinamente para la presidencia del consejo de ministros, el dia siguiente á su boda.

CAPITULO VIII.

El carruage.

No debemos dilatar por mas tiempo la interesante escena, que pasaba en el carruage, despues de haber entrado en él, robosando de alegria, el presuntuoso baron de Azálvaro.

Asi que vió este al lacayo de la duquesa Victoria, y supo que le esperaba ella en el coche, contra su costumbre, forjó allá en su mente unos sueños tan hermosos, como fantásticos: aquel

hombre se hallaba acostumbrado en su larga carrera de crímenes, á violar todas las reputaciones, y á mirar demandándole cariño, á esas nobles señoras que desprecian su honor y su orgullo, á trueque de ser queridas, y satisfacer sus pasiones. No podia comprender Azálvaro que hubiese una muger pura en el inmundo cenagal de vicios que siempre habia observado; pero desgraciadamente para su orgullo, el tipo de esa figura ideal, como él diria, estaba personificado en la sencilla, inocente, y encantadora Victoria; en esa joven del pueblo que no habia visto mas que una *soirée*, y acababa de pisar por vez primera los embalsamados salones de la alta sociedad. Asi es como se puede interpretar aquella ligereza de niño que mostró el baron, al entrar en el coche; aquella precipitacion imprudente en él, hombre astuto que recelaba de todo, porque de todo se habia mofado hasta entonces impunemente.

—Y bien... amable Victoria, la dijo con un gozo dificil de reprimir, y des-

pidiendo sus ojos un fuego que hirió los ojos de la joven.

Esta alzó entonces el espeso velo que la cubria, y dejó ver un rostro pálido; la viva imágen de la muerte. Al principio, un mar de lágrimas brotó de sus hinchados ojos, pero impelida por la resolucion que habia tomado, mirando al baron con una espresion dulce y amistosa, le habló así.

—Socorredme, señor baron! socorredme!

—Hablad, y no dudeis...

—Si, si... yo no sé como coordinar mis ideas... tengo tantas cosas presentes..! se me agolpan tantos pensamientos..! pero el tiempo corre, y el tiempo es precioso... escuchadme, señor baron...!

Azálvaro corrió las persianas del coche, porque vió que un embozado habia fijado en él sus ojos, relucientes como los de un gato en la oscuridad.

—Antes de ayer cuando estubisteis en mi casa, una fiebre devoradora consumia mi existencia; cuando salí de la casa de la marquesa, el aire me hizo mu-

cho daño: por esto no supe la entrevista que tuvisteis con mi esposo.

—Sí: el asunto terminó amistosamente... entre caballeros...

—Es verdad: al menos asi lo creí, cuando Carolina, aquella amiga que visteis conmigo en la *soirée*, me lo refirió. Estrañé desde luego que no pareciese en todo el dia Fernando.—Ya sabeis—el duque mi esposo. Pasé una noche horrorosa; no pude alejar de la mente la vision de su ensangrentado cadáver. ¡Dios me tome en cuenta aquella noche!

Y se puso á llorar.

El baron, que hasta entonces habia estado frente á Victoria, figurando interesarse en su relacion, se colocó á su lado, y tomó una de sus manos, que ella no retiró porque era inocente. La respiracion de Azálvaro estaba agitada y ardiente, como el tufo que exhala un horno encendido.

Victoria continuó.

—Vino el dia siguiente tan suspirado, y á eso de las diez de su mañana se presentó mi esposo... Ah!.. no puedo espresaros mi delirio al verle acercarse á

mi lecho; entonces lloraba y reia, era una niña que vé á su madre despues de dos años de ausencia; él me besó con aire sombrío, pero yo... ya se vé... con el gozo no lo advertí. Fernando á poco tiempo me llamó y me dijo: Victoria, hoy y aun quizá mañana, tengo negocios que evacuar, pertenecientes al congreso; estarás, hija mia, viuda este tiempo, pero añadió con una espresion que yo no comprendí, mañana, tal vez mañana serás esposa del ministro. Yo le besé de nuevo, y le seguí con la vista desde el balcon, hasta que dobló la esquina.

—Imposible! imposible! murmuró el baron entre dientes, soltando la mano de Victoria.

—Qué decis?.. preguntó ella asustada.

—Nada: decia, bella duquesa, que es imposible concebir una historia mas rara y mas digna de compasion que la vuestra.

—Es verdad, señor baron; pues oid lo restante, y os interesará mas. Toda la tarde la pasé sobresaltada en la bu-

taca que él ocupa siempre; á la noche se presentó en mi casa la marquesa de Campolís: advertí en su rostro desde luego, un disgusto y un asombro que aumentaban á proporcion que aquella señora iba reparando en mi casi completa serenidad. Yo no creí que Fernando me pudiera engañar. Me habló no sé qué... de motines... de crisis ministeriales.. de candidatos para la nueva combinacion... en fin de esas cosas que VV. entienden, y de que yo no comprendo una palabra.

—Pero... ¿á dónde nos dirigimos? dijo el baron, conociendo á fondo el objeto que se proponia Victoria, y fraguando un plan diabólico.

—A mi casa, Señor baron, allí me dejareis y despues...oid la conclusion de mi historia.

—Es inútil ir á vuestra casa.

—Por qué?

—Porque vuestra presencia me es muy necesaria si he de complaceros... quereis que salve á vuestro esposo...

—Sea como deseais.

Entonces sacó el baron la cabeza

por la ventanilla y dijo al cochero, de modo que no lo oyese Victoria.

—Puerta de S. Vicente, y por S. Antonio de la Florida, la primer casa de campo.

Miró detrás del coche y vió dos hombres embozados que venían á alguna distancia, bastante separados el uno del otro.

—Continuad, dijo al correr de nuevo las persianillas.

—Pero es inútil si comprendeis...

—No, no: quiero enterarme de todo para serviros á satisfaccion.

—El cielo os colme de beneficios. Y le besó la mano regándola con lágrimas.

El baron. por un resto de delicadeza la retiró, y respetó aquel llanto.

—Sigo pues. Al salir la marquesa me dijo:—Celebraré que la prision de vuestro esposo no dure mucho.—Yo... ya conocereis... sorprendida, agitada, confusa, me desmayé. Cuando volví en mí, estaba sola con Carolina. que me dijo:—Victoria, Victoria, es preciso que salves á tu esposo; le han preso, segun

se dice, por un desafio... pruébale, Victoria, que le amas!—Yo, por primera vez en mi vida, en medio del disgusto y del atolondramiento, dí lugar á la reflexion; recordé que erais su compañero de Congreso, y fundé en vos todas mis esperanzas. Me vestí rápidamente, mandé poner el coche, y al despedirme de Carolina le dije en contestacion á sus innumerables preguntas, — Carolina.... mi esposo está preso, y la muger debe salvar á su esposo! — Corrí á vuestra casa, donde un jóven,...... aquel que se hallaba con vos en la *soirée*, me anunció que no estábais, pero que podia esperaros, pues tardariais muy poco.... No pudiendo esperar, le contesté que el asunto era muy urgente, y entonces, él me dió las señas de la casa de doña Julia de Salem, donde os encontró mi lacayo.

Acabó su relacion Victoria fatigada, y otra vez empezó á llorar amargamente.

—Bien, duquesa, la dijo el baron; voy á poneros en los brazos de vues-

tro esposo; yo os juro que estará libre, pero... alguna recompensa... ya sabeis que vuestra hermosura me ha cautivado...

Como una fiera que se siente herida, alzó Victoria la cabeza y fijó sus húmedos y desencajados ojos en el impuro y encendido rostro del baron, que bajó los suyos, dominado por aquella mirada; Victoria recordó entonces las pasadas demasias de aquel hombre.

No comprendia el mundo, pero hay dentro de nosotros un gérmen de inteligencia, que en casos dados se desarrolla para nuestro bien ó para nuestro mal. No es fácil esplicar lo que pensó Victoria de aquellas atrevidas reticencias, pero sí que le infundieron un odio mortal hácia el hombre que en varias ocasiones le habia manifestado su atrevimiento. Esta violenta transicion es muy comun en las almas vírgenes, que no saben encubrir con las apariencias los secretos impulsos del corazon. Alzó con una rapidez increible, y que no pudo ser prevenida por Azálvaro, las persianas, y recorriendo

asombrada el campo que se ofrecia á sus ojos, esclamó:

—A dónde vamos, señor baron!...

—A la estancia de vuestro esposo.

—Es falso, es falso; me habeis engañado!! Siempre el mismo!!!

—Que motivo teneis, señora, para... Vuestro esposo ha sido conducido á una casa de campo que poseo aqui, para ponerle á salvo de persecuciones que se temen, habiendo yo conseguido antes su libertad.

—Palabra de honor... baron?..

—Oh! Qué bella estais!.. dijo Azálvaro, creciendo el impuro fuego que le abrasaba. Victoria empezó á temblar.

El coche se paró, y la puertecilla fue abierta.

Estaban en la casa de campo del baron de Azálvaro.

Al apearse este del coche se acercaron los dos embozados y se descubrieron. Uno era el duque de S. Vicente y el otro Alfonso de Zúñiga!

Es difícil, sino imposible, trasladar al papel la escena que se ofreció en aquel momento. El odio, el despecho,

la rabia, el espanto, se retrataron recíprocamente en los rostros de los distintos personages. Hubo un instante en que no se articuló una palabra, porque las lenguas estaban inmóviles en las bocas, y asidas fuertemente al paladar. Al fin, despues de algunos instantes.

—Señor baron!!.. dijo frenético el duque.

—Señor duque!.. esclamó el baron con despecho.

—Piedad!.. murmuró Victoria, aterrada.

—Silencio!!.. gritó Alfonso con imperio.

Volvieron á quedar inmóviles las lenguas.

Esta vez fue Alfonso quien habló primero, con cierto temor, como de quien aventura suposiciones, para salvar una situacion desesperada.

—Señor duque, vuestra esposa es inocente: el baron de Azálvaro es vuestro amigo!

El duque le miró con admiracion. Victoria y Azálvaro con asombro.

—Hablad, hablad! dijo el duque, no pudiendo reprimir su ira.

—Sereis satisfecho, contestó Alfonso, aparentando tranquilidad. Apenas supo el baron el arresto que contra vos se habia decretado, pensó en poneros en libertad. A la sazon se hablaba de candidatos para el ministerio é influyó en los suyos para que se os confiriese la cartera de Estado. Reclamó ademas, como una persona que se interesaba por vuestro bien y para evitar escándalos, que fueseis puesto en salvo, y cesase el atropello que contra un diputado de la nacion se habia cometido... por imprevision... ¿no es verdad Azálvaro?..

Esto lo preguntó con una espresion tan sarcástica como jamás hasta entonces habia mostrado en su rostro. Azálvaro guardó silencio, no sabiendo qué partido tomar.

—Todo lo debeis al baron, continuó Alfonso, quien por este medio, señor duque, ha querido enmendar unas faltas que deben estar olvidadas ya.

Azálvaro se mordió los labios con

desesperacion.

—Pero... ¿y este encuentro? le interrumpió el de S. Vicente, algo mas tranquilo.

—Vuestra esposa, que os ama con delirio, al saber la triste nueva de vuestra prision, corrió á salvaros por medio del influjo del baron, ahogando sus antiguos resentimientos; no le halló en su casa y sí en la de doña Julia de Salem, mi tia, donde estaba esperándome; le espuso su situacion, y Azálvaro entonces le comunicó todas las noticias; pero le dijo que no podia ir á vuestra casa, en razon á que una turba de alborotadores de su partido...

De nuevo se mordió los labios el baron.

—Queria incomodaros en vuestro domicilio; asi pues, dispuso traerla á esta casa de campo de su propiedad, y daros noticia inmediatamente. Ahora... creo que estará lejano el peligro... no es así baron?

—Asi es, dijo este afectando una calma que le consumia.

—Me rogó, concluyó Alfonso, que

viniera detrás del coche, á cierta distancia, para prevenir cualquier golpe de mano de los revoltosos, por si conocian el carruage, pues en razon á la premura, no pudieron tomar otro; y yo, sin esperar siquiera á que ensillasen un caballo, lo he seguido. Mi tia es quien me dió todas estas noticias y encargos.

Estupefactos quedaron todos al oir la relacion de Alfonso; principalmente Victoria y el baron, quien por su parte se preguntaba, no sin motivo, donde habria podido saber aquel rapaz sus secretos, quién le habria inspirado tan salvadora invencion, y por qué medios habia llegado el duque á ser ministro.

Victoria asintiendo al embrollo forjado por Alfonso, se hizo delincuente sin serlo contra su voluntad, por evitar un suceso desgraciado, que temia si hubiera dicho la verdad.

El duque siempre generoso y dispuesto á dar fé á lo que aseguraba su joven esposa, en quien tenia confianza absoluta, estrechó entre sus brazos al

baron y á Zúñiga, volviendo con Victoria hácia la corte.

. . . .

El baron y Alfonso quedaron solos, afectando tener que hablar, para no admitir la oferta que del coche les hizo el duque de S. Vicente.

Aun no se habia separado este la distancia de un tiro de pistola, cuando Alfonso asiendo fuertemente del brazo al baron le dijo:

—Bastante he padecido por contenerme, pero ahora, tenemos que hablar nosotros!!

En esto un coche de camino pasaba por delante de los dos. De su centro salió una voz dulce de muger que decia:

—Alfonso, Alfonso!!

Volvió este la vista y reconoció á su hermana Luisa. Por la primera vez en la vida maldijo su presencia.

—Ya vé V., dijo al baron, que la desgracia me persigue: pero mañana sin falta estaré en casa de V., y... cuidado, baron de Azálvaro, que necesito encontrarle á V. en ella!

Oid, caballerito, dijo el baron son-

riendo maliciosamente: yo le dije á vuestra tia que iba á buscaros á mi casa, donde me aguardabais... creo que no habrá necesidad de que sepa...

—Bueno, bueno, tambien seguirá adelante este embuste; oh!...me identifico mucho con V !!..

Y se entró en el coche que habia parado aguardándole.

. . . .

Azálvaro se dirijió á la casa del juez que entendia en la causa del zapatero, llevando en el alma todo el furor que pudiera sentir en muchos años.

CAPITULO IX.

El juez.

Nos hallamos en el modesto despacho de una casa particular. Dos ó tres estantes llenos de legajos y libros dan á conocer que un hombre dedicado á las letras habita el aposento, y este hombre que á la sazon se halla examinando unos papeles, es el juez que entiende en la causa formada sobre los desórde-

nes ocurridos en la casa del zapatero Manuel, donde vimos entrar gente armada, que puso término á la sangrienta diversion de sus huéspedes.

Tiene calado un gorro de seda negro, que oculta la parte superior de su cabeza, falta de cabello enteramente, y el ancho cuello de un gaban dilatado en todos sentidos, esconde algo de su cara, que sumida en el pecho, se encuentra casi al nivel de la mesa. Descansa la barba sobre la mano izquierda, cerrada, y con la derecha levanta á bastante distancia, para ver mejor, aun con el ausilio de unas colosales gafas, varios manuscritos que recorre con la vista, moviendo los labios como si estuviera leyendo en alta voz.

—Jesus! jesus! que demonio de jente!! murmuraba de vez en cuando, y despues volvia en silencio á su lectura, continuando en sus gestos como si no pudiera su mente comprender lo que veian los ojos, sin que lo ensayára la boca.

La puerta se abrió, y un criado dijo medio confidencialmente á su señor,

—Aquí pregunta por V. un caballero... ¿qué le digo?

—Eh!.. ¿quién es?

—El señor baron de Azálvaro.

—Cómo?.. cómo?.. el señor baron de Azálvaro!.. que pase adelante!.. pronto!!

Y quitándose las gafas, que colocó sobre la mesa, arregló un poco su traje, y salió apresuradamente hasta la puerta esclamando con cariñoso afecto.

—Señor mio! señor baron!

Un momento despues entró este, saludando del modo mas fino al juez, quien considerándose honrado con tal visita, se mostraba por su parte todo lo obsequioso y complaciente que podia.

—¿Supongo, señor baron, el motivo á que debo su venida? El lance de la otra noche.. ¿no es así?

—Efectivamente, señor juez; V. me ha comprendido.

—Pues en verdad que me alegro por dos razones: por haber tenido el gusto de ver al digno representante del pueblo, y porque asi podré aclarar al-

gunos puntos de dificil resolucion. Como V. estaba presente....

—Sí, tube la desgracia de hallarme en aquel compromiso, y por cierto que hubo alguna esposicion...

—Ah! yo lo creo!.. dijo el juez haciendo un jesto de miedo, pero.. ¿cómo... digo.. si V. no tiene inconveniente... ¿cómo se hallaba V. entre aquella jente del diablo?..

—Pisth... una locura... un pasatiempo... entiende V.?

Y el baron guiñó los ojos ligeramente con una maliciosa espresion.

—Já já! esclamó el honrado juez, creyendo de buena fé lo que le indicaba Azálvaro: algun trapicheo.. ¿no es esto?

—Tal vez; pero escúcheme V., porque á pesar de no querer aparecer en el proceso por ningun estilo, creo de mi deber dar á V. algunas noticias que aclararán sin duda los puntos dudosos, y le pondrán en estado de fallar con mas conviccion, justicia y acierto. Aqui tiene V. la exacta relacion de lo que sucedió, segun yo mismo tube ocasion de notar, entérese V. bien, y despues satisfaré

cuantas preguntas le parezcan oportunas.

Diciendo esto, entregó al anciano juez un papel, y empezó á medir compasadamente la estension del despacho, con esa franqueza que dá la superioridad, atusando su bigote con una mano, y jugueteando con el baston de autoridad que llevaba en la otra.

—Amigo... V. disimulará que me ponga los anteojos, porque esta pícara vista me vá dejando poco á poco á oscuras, dijo el juez, sino con franqueza, con la naturalidad que inspiran los muchos años.

—V. es muy dueño, señor mio, dijo el baron, sin interrumpir su paseo; y ambos quedaron en silencio.

Asi pasaron mucho tiempo, hasta que dijo el magistrado.

—¿Es, pues, verdad que no tomó parte alguna el zapatero?

—Ninguna absolutamente.

—Bien: á este se le pondrá en libertad como V. indica, señor baron...

Aquí brillaron de gozo los ojos de Azálvaro, el juez prosiguió:

—Despues de un par de meses de arresto por via de prevencion... eh?.. no le parece à V.?

—Dos meses !! esclamó el baron asustado y colérico, ¿dos meses á un hombre que no ha tomado parte en una disputa efecto de la embriaguez?

—Ya..! pero él consintió que se pusieran en tal estado, y para ello suministró los medios necesarios.

—Vaya.... vaya!! eso no es posible, señor juez.

—Que quiere V.!!.. es indispensable hacerlo así. En cuanto á los tres ó cuatro, que segun todas las declaraciones aparecen como causa principal del daño, me parece que con seis años de obras públicas... ¿no es V. de mi opinion?.. Los demas.. un par de ellos en los depósitos correccionales...

—Qué está V. diciendo? No por cierto, dijo el baron, y se sentó al lado del anciano juez violentamente. ¿Ha olvidado V. el estado en que se hallaban aquellos hombres? Y la embriaguez debe V. saber que no permite la imputacion de lasacciones que durante ellasecometen.

—Lo sé, y lo he tenido presente, señor baron. Oh! pues sino fuera por esto, piensa V. que á quien ha causado heridas de consideracion, dentro de la corte, se le impondria pena de presidio, y mas aun esta pena tan leve?

—Repito que no es posible, señor juez: ¿por una disputa que nada vale, condenar á presidio á tantos hombres!..

—Si las leyes y la práctica lo disponen asi, ¿no haria V. lo mismo en mi caso?

Yo?.. no! Yo diria, que pues ninguna muerte habia resultado, y todos los heridos ofrecian poco riesgo, considerando que no estaban en su juicio los de la contienda, se les pusiera desde luego en libertad.

—Ah! ah! Pronto se terminaban las causas de ese modo, y se dejaban impunes los mayores delitos que se pueden cometer.

—Pues... amigo mio, dijo el de Azálvaro tomando un tono mas cariñoso é insinuante: ello es preciso que sea de algun modo, porque yo se lo suplico á V.

—En verdad lo siento, pero es una súplica á la que de modo alguno puedo acceder, á pesar de ser la vez primera en que tengo una ocasion de manifestar á V. mi deseo de complacerle. Todo lo mas que haré es acortar un poco la duracion de la pena.

—Eso no es nada: si no estan en libertad hoy mismo, es indiferente que se consuman en un calabozo toda su vida.

El juez le miró asombrado, pero conociendo él que habia soltado espresiones comprometidas, se apresuró á modificar su sentido con estas palabras.

—Ya vé V.: sus familias, sus amigos, todos los que por ellos se interesen sufrirán el dolor de verlos condenados á presidio, ya sea por uno ó por seis años, y esto es lo que quisiera yo evitar. V. no me comprenderá, pero... todos tenemos nuestras debilidades... y francamente, quisiera, señor juez, por cuanto hay en el mundo, librar de este disgusto á cierta persona...

—Entiendo, señor de Azálvaro, dijo

el juez cayendo en el lazo hurdido repentinamente por el baron: mas... es un imposible! ¿Qué se diria de mí?..:. Qué me habian sobornado!... quién sabe?...

—No hay remedio! ¿y mis planes?.. murmuraba el baron interiormente. Despues levantando la voz dijo al juez.

—Un medio!.. siquiera un medio, y yo lo pongo en práctica. Sabe V. mi valimiento y el respeto que merezco en todas partes. Espero por tanto que me indique...

—Señor baron, ninguno hay!

Azálvaro hizo un nuevo movimiento de despecho, y dijo con ira que no se cuidó de reprimir.

—Se cansa V. en valde... porque... ha de ser!

—¡Cómo que ha ser, señor baron!! ¿Es esto una amenaza? ¿Con qué derecho pretende V?...

—No tengo mas derecho, señor juez, que el de la necesidad y el de la fuerza; dijo el baron con una sarcástica sonrisa, interrumpiéndole; ya he dicho que ha de ser y... será! V. busque los medios.

Y levantó en alto involuntariamente los puños, que puso al juez junto á los ojos.

—Eso ya es demasiado, replicó este, le digo á V. que no debe ser, y nadie ha sido capaz de hacerme olvidar mis deberes todavia.

En este momento el rostro del anciano, encendido por el orgullo ofendido, tenia una espresion tan sublime, tan imponente, que causaba respeto y temor. Sin embargo, el baron permaneció en su atrevido propósito, animado por un rayo de positiva esperanza, que pasó por su mente al fijar los ojos en las trémulas manos del anciano.

—Está V. decidido, señor juez?

—Absolutamente, señor baron!

—Vamos, todavia se han de cambiar esas resoluciones...

—Jamás!

—Deme V. la mano, y seamos amigos! No me agradaria una enemistad con tan respetable anciano.

El juez no conociendo la causa de aquella transicion, dudó por algun

tiempo si tomaria la mano que el baron le presentaba. pero este asiendo fuertemente la que le rehusaban, esclamó con aire de sorpresa y de triunfo.

—¿Sabe V., amigo, que nuestros anillos se parecen?

Consideró el juez el anillo que brillaba en la mano del baron, y una palidez mortal sustituyó á los animados colores que su disputa hizo salir al rostro. Incorporóse repentinamente, como herido por un rayo, y echando atrás el gorro negro que cubria su calva, balbuceó temblando...

—Señor!!!...

—Vamos, siéntese V. y escuche. ¿Comprende V. ahora los motivos que tengo para querer que sean puestos en libertad?

—Sí, sí! murmuró humildemente.

—Pues bien. A V. corresponde obrar.

—Pero... por Dios, señor! ¿y mi responsabilidad?...

—Qué responsabilidad... eso no vale nada. Yo sé que el prudente arbitrio del juez se estiende á mucho, dijo Azálvaro con ironía; ademas V. está obligado.

—Lo sé.., lo sé... es verdad, pero... siquiera por evitar sospechas... los principales... me parece... que no deben tan pronto ser puestos en libertad.

—Bien, sea!.. pero nada mas que los principales, escepto el zapatero que...

Y se acercó á su oido murmurando unas palabras.

—¿Esta misma noche?... preguntó el juez.

—Esta misma noche.

—Bien está, señor: esta tarde quedará todo solventado.

. . . .

El baron muy satisfecho salió á poco rato de la casa del juez.

CAPITULO X.

Las represalias.

Hay una conviccion tan profundamente arraigada en el corazon del malvado, de que sus crímenes nunca pueden ser descubiertos por otro hombre, que jamás cree, aunque palpablemente

le enseñe la esperiencia lo contrario, su público deshonor. Lo primero que hace al dar paso en su alma, al abarcar el deseo, la idea del crímen, es embotar la razon y obstruir la inteligencia, para que á sus ojos se presente tan solo aquello que quiere ver, ó que no puede ser obstáculo en su marcha. Luego, una vez pisada la senda de la depravacion, es preciso que una série no interrumpida de acciones á cual mas reprobadas, nos lleve á cierta altura, de la cual ya nos sea imposible descender, porque pensamos, y este es el mas perjudicial error, que un crímen mata á otro crímen, y que al fin, aquel vago fantasma que nos acusa, se ahoga cuando ha perdido la esperanza de mortificar nuestros placeres.

Si á esta depravacion sistemática ya, se añade ese otro sentimiento que naciendo en la cabeza crece y se aumenta dominando por fin todas nuestras facultades, ese infame y siempre desordenado afan de satisfacer la mas egoista de nuestras pasiones, aunque

para ello tengamos que saltar por encima de cadáveres entre el humo de escombros abrasados, y tapándonos los oidos para no percibir los lamentos, las súplicas, el llanto y los sollozos de las víctimas que hacemos; ese ente, en fin, que con el nombre de *ambicion*, agita el espíritu de los malvados, entonces, el hombre es una fiera con alma inteligente, dos veces una fiera.

Hemos trazado este rápido boceto, para dar á conocer pálidamente el carácter, el estado, las inclinaciones y el porvenir que ofrece el baron de Azálvaro.

. . . .

En un magnífico salon, alumbrado por los rayos del sol que penetraban libremente por cuatro rasgados balcones, se paseaba el baron, doblando y desdoblando como maquinalmente, un pliego que asía con fuerza entre las manos. Cuatro mesas de escritorio numeradas y atestadas de papeles, periódicos y legajos, en el mas completo desórden, habia en los cuatro ángulos del salon, y en el centro de frente á los

balcones, otra mas desocupada y que indicaba ser la del baron por su mayor elegancia, y hallarse desalojada en aquel momento. En las otras cuatro habia otras tantas personas que escribian con rapidez, y reinando siempre el mas profundo silencio, turbado por el ruido que formaba la pluma al estampar las letras, y por la vibracion leve del papel al plegarse al lado opuesto.

El baron de Azálvaro se paró un momento junto á la mesa número uno, y como siguiendo un relato interrumpido, notó al que la ocupaba, lo siguiente:

«En cuanto á mi enlace con Carolina de Solís, todos los obstáculos que pudiera ofrecer á nuestros planes están vencidos. Residia esta joven en Santander, con sus padres, cuando la muerte de nuestro benigno y siempre respetado monarca el señor don Fernando VII. (Q. D. H.) Sabeis que despues de este suceso fue preciso aparecer impíos para lograr lo que desgraciadamente no conseguimos, por la debilidad de un príncipe que se dejó llevar demasiado de su inconstancia y de los consejos de su camarilla.

D. Alberto de Solís, padre de Carolina, era de los afiliados á nuestra bandera, pero su caracter apático y nunca dispuesto á arrostrar el todo por el todo en un lance comprometido, nos hizo calificarle de sospechoso. Por otra parte, no era hombre que procurase afectar esa apariencia religiosa, que aunque sea falsa en el fondo, seduce á los incautos, á esa masa de pueblo que siempre es el mas necesario apoyo de los que conspiran, y que hasta hoy ha permanecido pasiva á cuantas contiendas ha promovido la ambicion ó la venganza. El influjo de Alberto sobre esta clase podia llamarse omnímodo, y las riquezas con que contaba, eran tambien de consideracion, y como á pesar de muchas instancias, se negó constantemente á favorecernos de un modo positivo, estando ya nuestro partido próximo á sufrir el golpe de muerte que mas tarde recibió con el maldito decreto contra las comunidades religiosas, fue preciso asesinar moralmente al padre de Carolina, y lo conseguimos. Yo era entonces un agente, una rueda de la máquina

cuyo principal impulso casi me está hoy encomendado en esta nacion, y mi padre me dió la orden de *enamorarme* ciegamente de Carolina: esto me era fácil, porque mis inclinaciones reflejaban esactamente las de mi padre, y como ademas la joven no era fea, cumplí mi mision, y *de orden superior*, me apasioné de Carolina.

Cuando vió mi padre que podrian terminar felizmente nuestras relaciones, entabló acusacion contra Alberto, por sus ideas absolutistas, por medio de un testaferro, que aparentaba ó efectivamente se hallaba sojuzgado por las mas exageradas ideas liberales. Fué creido el acusador, y entonces halló mi padre medio de apoderarse de la correspondencia de Alberto, que como era natural, fue puesto en una prision: por algunas cartas, supo que un buque de Alberto, que pudiera sernos de mucha utilidad, marchaba á América. Inmediatamente se despacharon pliegos que deben estar en esos archivos, para que se apresase la embarcacion, y entretanto, fingiendo cartas y

firmas, se convenció al preso de que su buque habia naufragado. Este buque era la última esperanza de su comercio.

No podia presentarse mejor ocasion para mi enlace con Carolina. La conveniencia de esta union era palpable.

Aceptaron los padres la propuesta, porque ignoraban que del mio provenian todas sus desgracias, y se efectuó al fin con sumo placer de ella y sin disgusto por mi parte. No fue el sacerdote de nuestra parroquia el que nos unió, sino otro... (nuestro buen agente Francisco Dechantre) porque decia mi padre que era espuesto publicar la union con su familia, tachada como enemiga de las instituciones. Quedamos, pues, Carolina y yo, unidos en cuanto al vínculo, sin que su familia sospechase nada de la falsedad de esta union. Alberto murió de pesar, y su muger espiró tambien á poco tiempo, quedando solamente Carolina (mi esposa) y unos cuantos parientes, que al verla pobre de rentas propias, no se acordaban de ella mas que para llamarla baronesa.

Durante la guerra de siete años que se ha sostenido, se consumieron los tesoros de Alberto, y de otras muchas familias y corporaciones, en suministrar algunos fondos á nuestros agentes de las provincias, y asi es que faltando la necesidad, faltó tambien el compromiso. La revelacion del misterio de la falsedad que en nuestra union se cometió, ha sido para Carolina un puñal, que dividió su corazon; pero careciendo de medios para hostilizarme, se ha resignado á vivir sola, con lo que buenamente le doy para alimentos.

Bien veis que me sacrifico y prescindo de todas mis afecciones por llegar á conseguir lo que tanto apetezco. Mis promesas para elevar el abatido espíritu de nuestro partido, son realidades ya, y sus efectos están visibles, como os he manifestado en mis anteriores. Espero que tendreis á bien manifestarlo así al noble señor que tuvo la bondad de darme confianzas, para que no se vean defraudadas: porque es seguro, que sino me sostuviera la esperanza de que llegue por fin á gozar lo único que

ha tenido atractivos para mí, en mil ocasiones hubiera cedido al poder de las circunstancias, superior á la fuerza que una ambicion vulgar puede suministrarnos.

Para estar enteramente libre, pronto me separaré completamente de la jóven Carolina, para lo cual poseo un documento, cuya copia de mi puño y letra os remito adjunta, conseguido pocos momentos ha de la que se creyó mi esposa.»

En esto se acercó á su mesa y copió el pliego que revolvia en sus manos, entregando la copia doblada al que escribió la carta, y diciéndole:

—Dos sobres... y... ya sabeis. Francia, Mr...

—Estoy, estoy; contestó el amanuense, no dejándole concluir la frase.

Dirigióse despues el mismo baron al que escribia en la mesa número 3.

—Habeis concluido?.. dadme..

—Sí señor, tome V. S.

Y leyó en alta voz lo siguiente.

«La revolucion camina á paso agigantado, pero nos falta un poderoso

elemento que pudiera inclinar el fiel de la balanza. En vano es luchar desesperadamente, si una clase respetable, en la que tenemos fija la vista, no nos presta su apoyo. Por todos los medios posibles procuramos atraerla, valiéndonos hasta de las ideas absolutamente opuestas á nuestros principios, cuando vemos que no serian bien recibidas las que verdaderamente nos pertenecen. Apóstoles nosotros de las ideas ultramontánas, á lo menos hasta que consigamos entronizarnos, queremos difundir en esta clase *la ilustracion*, como el medio mas á propósito para lograr la ruina de nuestros adversarios. Despues... tiempo tenemos para cortar el vuelo á las ambiciones que no nos convengan demasiado. Pero bien conocereis que todo esto no se hace sin oro; algunas libras esterlinas enviadas pronta y oportunamente, podrán sacarnos del compromiso; pues como vereis por el adjunto balance, solo hay en nuestras arcas algunos miles de duros, insignificantes para tal empresa.»

—Bien, muy bien: cerradla y... ya..

sabeis.. Inglaterra, Sir...

Acercóse en seguida á la mesa número 4.

—Decis, Delanier, que ha desaparecido la carta que escribisteis antes de ayer?..

—Sí señor.

—Fatalidad es por cierto. Tal vez la romperia yo con algunos otros papeles. Sacad otra por el borrador, quitando lo del desafío, que me parece ya insignificante, y las noticias del zapatero Manuel: podeis añadir los acontecimientos posteriores, y otra vez, cuidad mejor de los documentos.

En esto un criado anunció la llegada del señor don Alfonso de Zúñiga.

—Dile que pase á mi despacho público.

Y despues añadió dirigiéndose á los amanuenses:

—Cuando concluyais, cerrad el despacho, no lo dejeis abierto como el otro dia, y colocad una llave donde sabeis. A Dios señores.

Salió Azálvaro, guardando en el bolsillo de su bata el pliego que no

habia abandonado, y frotándose las manos de contento, se dirijió por un corredor estrecho y lujosamente adornado, á una pieza donde habia una puerta, cuya ensambladura estaba perfectamente disimulada: acercó el oido, y siguiendo su marcha por otra puerta, murmuró:

-Nada!.... absolutamente nada se oye.

Al fin entró en un despacho pequeño, en el cual estaba esperando Alfonso, envuelto en la capa y examinando los cuadros, que todos eran pasages de la Sagrada Escritura. Por los labios de Zúñiga jugaba una sarcástica sonrisa.

—Mi buen Alfonso!... ya creí que faltabas á tu palabra, dijo el baron con la misma tranquilidad y el mismo afecto que antes de haber ocurrido desavenencia alguna entre los dos.

—Yo no acostumbro á faltar, baron: tomemos asiento, le contestó Alfonso con seriedad, pero sin manifestar enojo alguno; y al mismo tiempo se sentó en un magnífico sillon, con

el mas estraordinario desembarazo, teniendo Azálvaro, por consiguiente, que tomar estático una silla y colocarse junto á él.

—Diremos como en los pueblos de mi tierra... al grano.

—Pues en los pueblos la paja..... contestó Azálvaro con sarcasmo.

—A dos objetos se reduce mi venida: el primero á que me esplique V. con qué derecho trataba de sofocar mi pasion hácia aquella muger que acompañaba á la duquesa Victoria; el segundo, cuáles fueron los planes de V. al llevar robada á la duquesa.

—Y... con qué derecho, querido Alfonso?

—Ah!... señor baron!... ocupo yo una posicion brillantísima con respecto á V. No soy ya el rapaz sobrino de doña Julia de Salem; no soy el muchacho que acaba de salir de los colejios... No y mil veces no! Soy el que le dió á V. la vida no hace muchas horas; soy el que puede darle á V. la muerte en un instante!..

El baron retrocedió admirado. Al-

fonso continuó.

—Nada tema V.; vengo completamente desarmado. Mis medios de mataros están en vuestros mismos crímenes. Oiga V., oiga V. Ninguno de los dos objetos que le indiqué necesita ser esplicado para que yo lo conozca. Sé las falsedades, sé las infamias que V. ha cometido, y las que intenta cometer. Si alguno se acercase á un juez y le dijese: «El baron de Azálvaro es un malvado que ha engañado miserablemente á una joven desgraciada, llamàndola su esposa por medios que cuesta repugnancia el recordar, y despues la deja abandonada y sumida en la mas horrible desventura, ¿qué haria entonces el baron de Azálvaro?..

—Reirse, y nada mas que reirse como ahora. Despues de que la risa se lo permitiese, acusaria de falsedad al delator, y le desafiaria á que probase su calumnia, seguro de que nada probaria. ¿V. no sabe, amigo mio, la pena del calumniador?

—Y V. no sabe que lo mismo se con-

dena á un reo convicto que á uno confeso? V. no sabe qne el criminal de oficio... el criminal por sistema, mejor quiere morir entre las torturas de un tormento, que confesar paladinamente sus delitos?.... Si yo presentase un documento en apoyo de mi demanda, y probase, porque esto me es muy fácil como V. debe conocer, que el baron de Azálvaro se casó con la joven Carolina por medio de una sacrílega falsedad, hecha á sabiendas; si yo probase que el mismo señor baron se batió con el duque de S. Vicente, y que habia prevenido de antemano ministros de justicia para prenderle, atropellando por su inviolabilidad como representante del pueblo en la cámara del pueblo, y hollando todas las leyes del honor al mismo tiempo; si yo probase que este mismo hombre, abusando de la debilidad de una muger que pedia la libertad de su esposo, habia intentado cometer el mayor de los crímenes, para lo cual la llevaba á su quinta, é hiciese constar ademas, que por influjo del mismo se habia so-

brescido en una causa criminal, donde habia sangre, y que este aristócrata se hallaba confundido entre los criminales cuando se derramó, le parece á V., querido amigo, que me diria el tribunal — porque yo iria al superior tribunal! — «sois un calumniador, y los calumniadores tienen pena marcada por las leyes? Oh! señor baron! Estos son mis derechos!!..

Aterrado quedó Azálvaro, no pudiendo adivinar por donde habria sabido Alfonso aquellos secretos, pues nunca dudó del sigilo de sus amanuenses: pero queriendo salir de aquella apurada situacion, y sospechando si efectivamente habria llegado á poder del joven Zúñiga la carta que habia desaparecido, y en la cual se espresaban todas aquellas noticias que acababa de revelarle su antiguo amigo, le dijo afectando tranquilidad.

—Quién le ha contado á V. todas esas ficciones?....

—Quién.., quién... V. mismo!!.. respondió Alfonso con la impremeditacion de su edad, y al mismo tiempo

enseñó al baron un pliego cuidadosamente doblado, que fue reconocido por este al instante; porque tendió involuntariamente la mano para apoderarse de él. Zúñiga lo retiró, y dijo con una risa de triunfo..

—Lo ha reconocido V. baron!..

Este guardó silencio, y cruzándose de brazos, permaneció unos instantes meditando los medios de apoderarse del pliego fatal. Despues esclamó fingiendo abatimiento:

—Bien, que quiere V. por ese pliego?

—Por este pliego.. ah!.. no es verdad que vale mucho? Quiero que puesto que es nulo el matrimonio que V. contrajo con doña Carolina de Solís, sea hoy mismo puesta en un sitio, donde se halle libre de las amenazas de un malvado , y se haga pública la nulidad del vínculo que á V. la une. Quiero tambien que le sean restituidos los cuantiosos bienes que pertenecieron á su familia, y de los que bien sabe V. cómo ha sido despojada. Quiero ademas que...

Azálvaro le interrumpió diciendo,

como inspirado de una repentina y salvadora idea.

—Todo eso es imposible ; pero consiento en entregarle á V. un pliego, que juzgo suficiente recompensa para recobrar ese.

Y puso en las manos de Alfonso el pliego que guardaba en su bata, y del cual envió copia á Francia. Una sonrisa de placer se esparció por el rostro de Zúñiga, que no fue desapercibida por baron , quien cobró desde entonces el ánimo y el espíritu, que poco antes habia sentido vacilar. Recojió el pliego violentamente y prosiguió.

—De este crímen no hay mas pruebas que las que posee el baron de Azálvaro; ademas, este tiene dadas sus órdenes para que inmediatamente que se agrave su estado, sea conducida la que firma esta renuncia á un calabozo, donde los dias de su vida serán tantos como los del baron. ¿Y ahora, qué me responde el delator?.. Si V. me devuelve la carta que me ha robado, la joven será puesta en libertad;

si no.. ya sabe V. lo que le está reservado.

—Se burla V. de mi credulidad?... oh! nada creo; y ciertamente no será porque le falten al baron de Azálvaro séntimientos bastante depravados para intentarlo todo: pero ¿dónde tiene V. ese poder para disponer de ella?... Yo sé bien salvar á una desdichada, y por fortuna tengo medios para perder á un criminal..

—Zúñiga.. digo que si no me entrega V. la carta.. se cumplirá lo que he manifestado. Ahora elija V.

—Ya he dicho yo tambien mis condiciones, y no hago ánimo de retractarme.

—Carolina está en mi poder, y nadie será bastante á impedir el cumplimiento de mis amenazas.

—Está en poder de V.!!

Zúñiga vaciló en su resolucion. Azálvaro soltó entonces una carcajada que, revelaba su triunfo, y dijo con hueca voz:

—Ya vé V. que yo tambien tengo mis represálias!

—Y quién me afirma que el que cien veces ha mentido, no me estará engañando en este momento?...

Asió del brazo el baron á Zúñiga, y con ese aire de orgullo con que un actor atraviesa el escenario en una magnífica tragedia, cruzó el corredor que le habia conducido antes al despacho, y lo llevó á la puerta disimulada, á la cual antes aplicó el oido. Tocó un resorte y se abrió pausadamente, sin el menor ruido, una pequeña trampa á la que se asomó Alfonso.

—Dios mio! esclamó este; verdad! horrible verdad!!

—Quieres ya?... preguntó Azálvaro.

—Oh!... si!... imponme cuantas condiciones quieras... soy... soy... tu amigo!

Y cayó sobre una silla sudoroso y casi mortal.

Un débil lamento salió del centro de aquella oscura habitacion, á que se asomó Alfonso; despues.. la trampa se cerró.

El baron dijo:

—Bien, ante todo, dame la carta.

—Alfonso la entregó.

—Ahora, me has de firmar un documento en que digas, que cuanto pasó antes de ayer, fué cual lo refe-riste al duque, y que si otra cosa dijeres, de ningun modo, ni en juicio ni fuera de él, se deberá dar crédito á tus espresiones. Ya vés que todo esto es muy razonable. Yo en recompensa, hoy mismo te entregaré á Carolina por medio del zapatero Manuel.

—El zapatero Manuel? dijo Alfonso recordando... Bien, pero dónde?... á qué hora?

—Dónde?... en esta casa. Cómo? ocultamente. A qué hora? en las altas de la noche.

—Mas... yo necesito un documento tuyo, por el que cedas tambien los derechos que pudieras alegar sobre esa muger desgraciada, y hagas constar la falsedad de vuestro enlace.

—Es inútil; pero no tengo inconveniente. Vamos pues.

Y penetraron de nuevo en el despacho.

Cada uno escribió su respectivo documento, y concluidos que fueron, se los entregaron recíprocamente.

Los dos amigos se despidieron. Cuando Alfonso hubo salido, murmuraba Azálvaro con una oculta alegria.

—En las altas horas de la noche!... pobre muchacho! Cuando él llegue á su casa, ya estará ella donde no la pueda seguir.

. . . .

Poco despues de esta escena, avisaron al baron que firmaba las cartas en el despacho reservado, la venida del zapatero Manuel, y dió orden para que entrase.

Despues de una entrevista de mas de una hora, penetraba el zapatero con una muger tapada completamente, en un coche de alquiler que habia parado á la puerta del baron poco hacía. Entonces empezaba la noche.

Rodó el carruage aceleradamente, y salió en poco tiempo fuera de Madrid.

Un ginete encubrierto hasta los ojos

sobre un caballo negro, salió á rienda suelta por el mismo camino, algun tiempo despues.

CAPITULO XI.

La renuncia.

Para la mas completa inteligencia del capítulo precedente, debemos referir la escena que pasó en la casa del baron de Azálvaro, antes de que lo viesemos en su despacho reservado, dictando la correspondencia misteriosa de su sociedad.

Al ponerse en libertad con sus compañeros al zapatero Manuel, le previno el baron tres cosas: la primera que suspendiese hasta nuevo aviso la ejecucion de las órdenes que le dió por escrito en el barrio de Avapies, la segunda que se dirigiese con una esquela que trazó en un momento, á la casa del duque de S. Vicente, y procurando vér á la señora doña Carolina de Solís, que como muy amiga é inseparable de la duquesa, se halla-

ria en compañia de esta, se la entregase en propia mano; la tercera que tomase un coche de alquiler, y estuviese con él á la puerta de su casa, al anochecer del siguiente dia. El zapatero recibia por su espionage y servicios particulares, crecidas sumas, y asi cumplió esactamente su cometido.

Serian las diez de la mañana del dia siguiente (dos horas antes de las anteriores escenas) cuando se presentó en la habitacion de Azálvaro Carolina, fiel á la súplica-orden que recibió por mano del zapatero.

En la misma sala, cuya trampa descorrió Azálvaro para que la viese Alfonso, aguardaba aquel á la que fue su muger, con manifiesta impaciencia, asi que al verla entrar, una risa feroz, infernal, desplegó sus mal delineados lábios, y con aparente dulzura, saludó á la infeliz que venia pálida, estenuada por los pesares, y que sin embargo no pudo reprimir un movimiento de gozo y de inocente complacencia, al ver al hombre que causaba sus desgracias.

Cuando está arraigada en nuestra alma una pasion, cuando nuestro cariño no es fugaz, ni producto de esos brutales instintos, que se desvanecen con la posesion del objeto ansiado, es muy difícil librarnos de ella. Podremos muy bien odiar al que amábamos y evitar su presencia, pero en este mismo empeño, en este mismo odio implacable, si se quiere, demostramos nuestra inclinacion contraria; odiamos la presencia porque tememos su fascinacion, aborrecemos á la persona, porque no esperamos que retroceda, y sin embargo, cuando la vemos, cuando nos llama, creemos con la candidez de un niño, que desea volver á nuestros brazos, y que va á pedir perdon de las pasadas faltas: entonces nosotros, ó mas bien nuestra pasion, disminuye á nuestros ojos aquellos crímenes, disculpa aquellas faltas, y solo vemos al amante... nunca al malvado. Nuestra imaginacion se recrea con estos sueños, que nos vivifica un instante, como el fresco rocío de la alborada á las florecillas,

en los calurosos meses del estío...

Al ver el baron que Carolina permanecia de pié, inmóvil como una estátua, la dijo.

—Puede V. tomar asiento, señora, nuestra conferencia no será tan breve.

Aquel *usted* pronunciado con cierto respeto y sarcasmo, reveló á Carolina que se habia engañado en sus deseos, y entonces toda la ira de muger se apoderó nuevamente de su corazon.

—Estoy bien de esta manera, caballero, porque no pienso permanecer mucho en esta casa, donde ningunos vínculos me ligan.

—Parece que marchamos de acuerdo.... murmuró el baron con placer.

—Evitemos rodeos. Un miserable, un agente tal vez de vuestros infernales planes, me ha dejado una carta en casa de la duquesa de S. Vicente, para que hoy me presentára, si podia, en la vuestra. He llenado aquellos deseos. Hable V.

—Hace tiempo, querida Carolina, dijo el baron adoptando un tono mas

amable, hace tiempo que revelé á V. la trama que medió para nuestro enlace en Santander, resultando por ella que este era nulo, clandestino; entonces no quise publicar tanta deshonra para V. porque lo creí inútil, y porque mi cariño sofocó la voz del deber. Yo bien sabia que el Señor desde el cielo reprobaba nuestra union, y que sin saber el momento de la muerte, estaba espuesto á una condenacion eterna, pero como el sacrilégio habia sido obra de otros y no nuestra, sofoqué los gritos de mi conciencia, y permanecí siendo vuestro esposo ante el mundo, bien que no pude menos de separar la habitacion.

Al oir hablar tan hipócrita y falsamente Carolina al infame baron, se encendió su rostro, y abatida por el odio, por el rencor, se dejó caer sobre un asiento. El baron acercándose á ella continuó.

—Pero ha llegado el momento de que la imperiosa ley de las circunstancias, esa fuerza irresistible que nos obliga á variar de rumbo, aun cuando para ello tengamos que sofocar nuestras incli-

naciones, y llevar continuamente un torcedor que nos devore...

—Y ¿á qué obligan á V. las circunstancias? Nada de rodeos; le interrumpió Carolina, sin dejarle concluir el período.

—Tengo un enlace que no es de mi gusto; pero un hombre como yo, lo último que satisface es su inclinacion.

—Un enlace! un enlace! ¿Y yo?... quién soy? quiere V. que todo el mundo, cuando me señale con el dedo al pasar, diga—Esa... esa muger fue la *querida* del baron de Azálvaro!... es una miserable ... una perdida? Si aquel enlace fue falso, ¿no hay medios de ratificarlo?...

—Esos eran mis deseos... y tal vez... pero que quereis?.. ya os digo, soy hijo de las circunstancias!

Y afectó enjugar una lágrima el depravado baron.

—Llora V.?... llora V.?... oh!... me causa V. horror, infame, infame!! Pretende V. con esas lágrimas fingidas, engañar de nuevo á su víctima?.. Eso es ya imposible! V. llorar! el baron de

Azálvaro!! Es tan difícil como hallar compasion en las cavidades del infierno! Oiga V. un momento! escuche V. sus maldades, y vea si puede engañar á la muger que tanto ha sido martirizada.

Tomó el rostro de Carolina una espresion inspirada, y rodeó su frente una aureola de luz. El baron quiso interrumpirla, pero se encontró clavado en su asiento, y á su pesar la escuchó.

—A los pocos meses de nuestro enlace en Santander, empezó V. á olvidar los deberes que habia jurado, que habia jurado, sí, porque ante Dios, aquellas palabras eran sagradas, si ante la vil justicia de los hombres son falsas.—Los desvios, la indiferencia de que hacia V. alarde, me dieron á conocer que mis sueños desaparecerían con rapidez. En efecto, al poco tiempo, tuvo V. la imprudencia, el descaro de traer á mi casa una muger, y llevé mi cariño hasta el mayor grado, permanecí impasible ante este crímen, creyendo que aquellos delirios pasarían con la juventud. ¡Cuánto me engañé! Yo lamentaba en silencio mis pesares, mis horribles pe-

sares, porque V. no puede penetrar lo que padece una muger que ama, que merece ser amada, y que no es amada, sin embargo de todo. Estaba siempre risueña ante V.; le adivinaba sus pensamientos, y procuraba por todos medios agradarle como en los primeros dias de nuestros amores; pero estos esfuerzos, este escesivo cariño le fastidiaba á V.—así me lo dijo—y hube de renunciar á él. En esto me anunció V. que partiamos á Madrid, y tuvo V. la infamia, ó la crueldad, de abandonar á una muger jóven á los dos años de casada, confiándola al cuidado de un mayoral grosero, y á los azares de una marcha dilatada y sola. V. no quiso venir conmigo, porque me seguia en compañía de su querida. Cuánto padecí en el camino! Cuántas esposiciones tube! Cuantó lloré! Entonces era una niña, y los niños se consuelan llorando. Llegué por fin á Madrid, y abandonada, sin recursos, en una posada esperé el arribo de V., que tardó cuatro dias. Le abracé á V., y abracé á su dama. En aquel momento pasó por mi cabeza un

pensamiento criminal, endemoniado, pero que pudiera hacerme feliz. Me acerqué á aquella muger y le ofrecí mis servicios, lo que nunca hubiera hecho ella conmigo. Todo por estar cerca de V.! por merecerle alguna vez una mirada,.. pero... ¡qué vergüenza! me rechazó la infame, y ya desamparada esperé impasible mi destino. Tomó V. una casa donde estuviéramos todos, V. con aquella muger, yo en un departamento independiente, donde pasaron los meses sin que mi esposo se dignase saludarme; yo tenia el consuelo de verle á V. una vez al dia, cuando se retiraba á su habitacion, porque cruzaba por mi puerta cantando, y la ensambladura de esta permitia un débil rayo de luz: allí estaba yo hasta que V. pasaba.

Las relaciones con aquella muger se rompieron, y entonces creí que podria esperar algun alivio. Un dia, pálida, temblorosa... apenas me podia sostener... me acerqué á V., y cortándose cien veces la frase en mi garganta, le supliqué de rodillas que me permitiese verle, al menos comer en su mesa!.. oh!

alma de fiera !.. Como herido por un rayo saltó V., y lanzando esas palabras que horrorizan á una muger, que solo se oyen entre los condenados á galeras, me rechazó V. y me amenazó !.. insté segunda vez, porque recordé mis derechos... oprobio! baldon eterno! Se atrevió V. á poner las manos sobre una muger inocente !.. Y no se murió V. de vergüenza ! oh ! señor baron ! repito que me dá V. asco !.. Lanzada por mano de V. contra un mueble, quedé desmayada; cuando volví estaba herida en las sienes, y mi pecho empapado en sangre. Pedí socorro, pero en vano... hasta los criados estaban de parte de V... Desde aquel dia... perdió V. ya el pudor y... ¡correré un velo !.. basta... basta ya! Cosas hay que averguenzan aun al que las refiere. Despues me despidió V. de su casa, y hubiera muerto cien veces de miseria, sin los socorros escasos de mi vecina Victoria. Dios mio !.. Dios mio! para que nací yo? ¡Y tenia V. la audacia de visitarme despues !

Quiso continuar la infeliz Carolina, pero la congoja ahogó sus palabras, y

empezó á llorar tan abundantemente como si nunca hubiera llorado. El baron habia permanecido impasible á toda aquella dolorosa relacion, tarareando por lo bajo un trozo de una ópera. Viendo que habia concluido, y aguijoneado por la premura del tiempo, esclamó:

—Todo es inútil ya, señora. Nuestros lazos están completamente rotos. La he llamado á V. para que me firme un documento en que haga renuncia formal de sus derechos sobre mí. Para la nulidad del matrimonio es inútil esto, pero asi conviene á mis fines: en recompensa, yo doy á V. una casa de campo que tengo en Andalucía, donde vivirá V., solo á su capricho é ignorada de todo el mundo.

—Jamàs, jamás! Dijo Carolina sacudiendo su letargo.

—El caso es, añadió el baron con segunda idea, que no podrá V. salir de aqui sin firmarlo; estas paredes son muy densas: no las penetran ni gritos ni sollozos, y al fin de este corredor hay una puertecilla que conduce por un subterráneo á las afueras de Madrid.

—Me quiere V. asesinar?....

—El documento lo necesito yo. Le doy á V. á escoger.

—Bien.... oh!.. bien! Deme V. papel; pero no saldré de este sitio sino muerta.

Tomó el baron un pliego y una pluma que dió con galantería á la que habia sido su muger, y con los desencajados ojos fué siguiendo letra por letra, sílaba por sílaba las líneas que trazaba Carolina. Esta habia perdido el color completamente, y sudaba en abundancia; sus nervios estaban contraidos, y la violencia de su abrasada respiracion anunciaba que una próxima crísis le aguardaba:

Asi fué; al concluir de firmar, se puso de pie; jiró sus ojos en derredor, dió un paso hácia un puñal que habia sobre una mesa, y... cayó al suelo á plomo, como muerta.

El baron leyó primero la renuncia y la guardó; despues, se dirigió á Carolina, y la examinó: una sonrisa comprimida salió de su pecho, y tomando de un estante un pomo de cristal, lo aplicó á la nariz de la desgraciada, que

en aquel momento quedó como dormida profundamente. La colocó sobre un sillon, cerró la puerta con llave, y volviendo á leer la renuncia, se dirigió al gabinete, donde le vimos dictar la correspondencia.

CAPITULO XII.

¡Abajo el Ministerio!

Era la noche del dia en que el baron de Azálvaro tuvo la entrevista con Alfonso y Carolina.

El viento sutil del Norte arreciaba cada vez mas, y la espesa y menuda lluvia que aquel esparcía en opuestas direcciones, hacía intransitables las principales calles de Madrid. En vano era intentar guarecerse del temporal; el frio helaba los huesos, y la ventisca luchaba tan obstinadamente con los inútiles preservativos contra el agua, que apenas bastaban estos para guarecer un poco la cabeza y los hombros.

Solo se oia el monotóno son de las canales, y el balance de los faroles, y

las puertas impelidas alguna vez por una violenta ráfaga de aire.

Con todo, aquella noche fatal, nebulosa, insufrible, habia sido señalada de antemano en los clubs de un partido para hacer alarde de su poder. Durante el dia, se habia esparcido por los cafés, centro secundario de las revoluciones, periódico oficial de los revolucionarios, ese murmullo vago, indefinible, tal vez ignorado de todos; ese murmullo que en raras ocasiones deja de ser infundado, y que tambien en raras ocasiones deja de ser el centinela avanzado de los poderes que se van á constituir.

El gobierno esta vez, ó demasiado confiado en sus fuerzas, ó ignorante de las verdaderas causas del desórden que amagaba, no habia tomado una medida de prevencion; no habia desplegado ese alarde de fuerza, que en unas ocasiones significa—«soy poderoso»—y en otras, las mas—«tengo miedo.»—Esto alentaba la zozobra, porque es una cosa sabida de todos, que el revolucionario tiene una máquina mágica, en la que se reproducen daguerreotípicamente todos

los pensamientos que se proyectan en los clubs de sus adversarios: estraña coincidencia, que ha dado fundamento á algunos para decir, que el poder está siempre en capitulacion con el que aspira á derribarlo, y que son una farsa todas esas luchas, todos esos decretos y todas esas protestas. —Nosotros creemos esta opinion.... en parte.

En un gobierno representativo, ya se sabe de dónde dimanan las revoluciones ó los motines. —Todo es lo mismo en mayor ó menor grado, cuando la asamblea popular está en uso de sus atribuciones por la *gracia* y *voluntad* del rey; pero los diputados de la izquierda, la oposicion nacional, tiene buen cuidado de protestar *enérgicamente* contra las inculpaciones de sus contrarios, con tanto mas calor, cuanto esté mas próximo el momento de la revolucion. El valor de estas protestas es como el papel que dá el Estado á sus acreedores; pero sin embargo, se cumple con un deber de conciencia para con los hombres crédulos, y se ofrece la ocasion de un perjurio mas, cosa que dá mucha

importancia á los partido políticos.

El baron de Azálvaro, fue uno de los que aquel dia, en el centro de la representacion nacional, rechazó con mas energia las *declamaciones* de sus adversarios. Hizo en un ampuloso y retumbante discurso, la pintura de su vida política, intercalada con esos ejemplos históricos, esas reticencias, y esas figuras retóricas que fascinan los sentidos, aun cuando no toquen la razon.—Yo, decia dando fuertes palmadas en el banco delantero y encarándose con las tribunas públicas—yo siempre he defendido la patria de los Pelayos, de los Ordoños, de los Fernandos; yo he querido siempre escatimar las gotas de sudor al pueblo—aquí esforzaba la voz—á ese pueblo juguete de los ambiciosos y blanco de los apóstatas; yo, y conmigo toda la inmensa masa que sigue mis ideas, hemos defendido en todos terrenos las sacrosantas y respetables creencias de nuestros mayores, y... á nosotros, señores, á nosotros es á los que se acusa de trastornadores del orden?.. ¿En dónde estamos? ¿Qué leyes nos rigen?. Ah!.

(Aquí figuraba enjugar el pretendido sudor). En buen hora, seguia, que en este terreno, reflejo esacto de las opiniones de nuestros comitentes, luchemos contra ese poder que está frente á nosotros; pero esta lucha es noble, franca, leal: es la lucha sostenida con el raciocinio y no con las armas: nosotros combatimos á las inteligencias, no combatimos á los hombres; fuera de aquí, cuando no estamos en el sagrado egercicio de nuestro deber, acatamos como el que mas á ese poder, y seremos tambien de los primeros que estaremos á su lado cuando la revolucion haga vacilar sus cimientos. Sí, señores! Rechazamos las calumnias de la prensa, y protestamos de la manera mas solemne contra sus ataques ante la representacion nacional, y ante ese pueblo que es el único juez llamado á examinar nuestros actos; el único! porque no reconocemos otro.»

Con estrepitosos aplausos fue acogido este discurso, como es de suponer, por el pueblo de las tribunas y por los correligionarios del baron; porque esas

frases retumbantes, esos magníficos trozos de oratoria moderna, seducen á la multitud, y con su pernicioso y bello antifaz, no dejan campo á la razon fascinada. Sabemos desde luego que Azálvaro era de la oposicion, y que, agente de un partido que aspiraba á la absoluta dominacion de vidas y haciendas, no podia abrigar aquellas ideas que con tanto calor emitia, llevado de una oculta intencion; sabemos igualmente, que estaba en relacion con la teocrácia estrangera, y que por consiguiente, su decantada independencia era una grosera mentira; y sabemos, por último, que aquel mismo dia, porque con este objeto habia puesto en libertad al zapatero Manuel y consortes, debia estallar una asonada que despejase la situacion, tan embarazosa para él desde la inesperada subida al Ministerio de su enemigo capital el duque de S. Vicente, á quien afectaba la mas fina y acendrada amistad, desde la escena del carruage.

Hablaba Azálvaro en el Congreso, inspirado por la imperiosa necesidad. Acababa de cometer un crimen con la

desgraciada Carolina; acababa de engañar pérfidamente á su amigo Alfonso, y sabia que conociendo este el engaño, todos sus planes venian á tierra, porque concluian las relaciones con su tia, único medio de salir airoso de sus innumerables deudas, y de poder presentarse con descaro, como candidato para el Ministerio. Doña Julia de Salem, por sus caudales estaba en relacion con lo mas influyente de los partidos, y le habia ofrecido y empezado á poner por obra, apoyarle y hacer por él cuanto estuviese de su parte. Indisponerse con ella era perder para siempre hasta la esperanza de encumbrarse. Por eso habló tan enérgicamente; por eso habia tramado el motin que se anunciaba.

Este motin solo era un amago al poder, y una indicacion al pueblo para que se persuadiera de que desde un principio habia sido mal acogida la eleccion de nuevos gobernantes: pero al mismo tiempo, se valió el baron de este pretesto para llevar adelante sus planes de interés personalísimo. Dispuso que un grupo se dirigiese á la habita-

cion de Carolina, so pretesto de que alli estaba refugiado el duque, por miedo, y mandó pidieran la cabeza de este, y con este motivo, diria él al dia siguiente á Zúñiga, que, para salvar la vida de Carolina, la habia hecho salir fuera de Madrid, con grave riesgo suyo. Este empeño del baron por alejar á su infeliz víctima, no era para evitar su casamiento con Alfonso, caso que este fuera posible, sino porque temia que sabiendo ella los planes que abrigaba el baron con respecto á Doña Julia, se arrojase á casa de esta, en medio de su despecho, y desbaratase de este modo sus deseos. Azálvaro hallaba visiones en todas partes, y asi ninguna precaucion le parecia bastante.

. . . . : . . . .

Era ya bien entrada la noche.

De repente, una banda de tambores de la M. N. partiendo de los barrios bajos, se esparció por todas las calles de Madrid, tocando frenéticamente generala. Las puertas de las casas de la poblacion se cerraron instantáneamente, y los habitantes acostumbrados á es-

las ocurrencias, se agrupaban á los balcones y á las rejas. En todos los cuarteles de la guarnicion se colocaron centinelas que impedian el paso por cierto rádio á los que transitaban, dando el ¡quién vive! á todo bulto sospechoso. Los oficiales del ejército corrian presurosos á sus cuarteles, y los que no pertenecian á cuerpos, á presentarse al capitan general, cumpliendo con la ordenanza. Los Nacionales por su parte se reunian tambien en sus diversos cuarteles, sabedores unos del motivo de la asonada, é ignorantes otros, que verdaderamente eran los mas.

A manera de un rio al que una avenida hace salir de madre, de los mismos estremos de la poblacion muchos y variados grupos de pueblo bajo, se dirijieron entre gritos, algazara é imprecaciones, á la plaza de palacio y casa de los ministerios; uno de los mas considerables se situó frente á la vivienda de Carolina, antigua habitacion, como tenemos dicho, de la muger del ministro de Estado.

Hachas de viento iluminaban con su

rojiza claridad aquellos diversos cuadros, grotescos y repugnantes. Los rostros de casi todos los alborotadores, á la luz de los hachones, estaban horribles; animados por la alegria é hinchados por la embriaguez, representaban con sus ojos relumbrantes y súcios, y sus bocas entreabiertas, el desesperado cuadro de un pueblo pronto á precipitarse en manos de sus desapiadados enemigos.

La llama de los hachones, impelida por el viento ó maltratada por la lluvia, unas veces se tendia sobre el grupo, recortando y ennegreciendo las sombras, y otras pretendiendo arrancarse de su foco, formaba una pirámide gruesa, chispeante, que se elevaba al cielo con una elasticidad prodijiosa. Desfallecido ó cansado algunas veces el brazo que las llevaba, dejaba caer la cabellera de fuego sobre los mas inmediatos, que al formar un círculo para evitar su contacto, lanzaban guturales carcajadas, ruidosas blasfemias ó furiosas imprecaciones.

El pueblo bajo de Madrid que toma

parte en estas escenas, es en ellas una turba de precitos!...

Paremos la atencion un momento en el grupo que está frente á la habitacion de Carolina.

—Oiga!.. tambien se ha bandeao la señá Restituta?..

—Pues no!.. yo siempre española!

—Y qué es lo que V. quiere esta noche?..

La libertá, hijo, la libertá; porque con ella no hay esos ladrones de las puertas, y el vino entra sin cumplimientos.

—Calle!.. borrachona!

—Morralon!!.. y tú, que es lo que quieres?

—Yo no lo sé.. á mi me han dado tres pesetas y me han dicho: «chilla lo que otros chillen y tendrás otras tantas.»

—Con que tú por el interés?..

—Pues y V?.. quiere apostar á que le traspongo la geta?..

—A mí, piojoso?..

—No?.. pues alla voy!..

Y sacudió á la pobre vieja un bofeton tan formidable, que si no realizó

completamente su pensamiento, no seria ella la que se espondria á otra prueba. Los que presenciaron la escena brutal gritaban, pateaban y aplaudian, y la señá Restituta, que sin duda estaba acostumbrada á estos lances de honor, á estos azares del oficio, con la boca medio ensangrentada y los carrillos hinchados, doloridos, gritó en una voz desagradable y aguda:

—La cabeza del ministro!!..

Se reprodujeron los aplausos y las griterias. Las mugeres, los hombres y los chiquillos ahullaban estrepitosamente; las botas de vino que al intento venian prevenidas, rodaban de mano en mano, bebiendo solamente el que tenia mas puños, por derecho de conquista, vertiéndose mas que se aprovechaba.

En medio de esta confusion, de este desórden, preguntó uno al parecer mas sereno, á otro que estaba á su lado.

—Y el señor Manuel el zapatero?

—Está de comision; le ha enviado ese personage á no sé qué parte, con no sé qué encargo y volverá no sé cuando.

—Pues si dicen que ha venido hace

poco y..,

—Abajo el ministerio!! gritaron todos impulsados por un mismo movimiento, de modo que ahogaron la frase del que iba á referir la llegáda del zapatero Manuel.

Este habia llegado en efecto hacía una hora, en el mismo coche en que salió, á la casa del baron de Azálvaro, diciendo á este por toda respuesta á su comision:

—Vuestras órdenes están cumplidas!

El baron le estrechóla mano con alegria, le dió un bolsillo lleno de oro, y hablándole dos palabras al oido, salió á la calle para presentarse y ofrecer sus servicios á la autoridad. Esta contradiccion es ya muy comun en las revoluciones, y principalmente en la coronada villa; y esta conducta está muy conforme con las protestas que se han hecho pocas horas antes. Azálvaro era el autor de aquel motin, y Azálvaro debia presentarse el primero á rechazarlo: de este modo se disipan todos los recelos, y en un caso de derrota, no se aventura

mas que el oro repartido. Despues no falta un juez que interprete la ley, y ponga en libertad á los agentes ó instrumentos de la asonada. De aqui creemos nosotros, que el gobierno debe asegurar ante todo á los que primero le ofrezcan sus servicios.

La impotencia de esta clase de pronunciamientos, fue muy conocida del gobierno, y asi, dispuso tan solo que unas mitades de caballeria avanzasen hácia los grupos, y les intimasen la disolucion, repartiendo en último caso algunos sablazos, y prendiendo á los que mas se distinguiesen. Envió igualmente algunas compañias hácia los cuarteles de la milicia, porque sería mas dificil la favorable conclusion si esta tomaba la parte, que á veces suele tomar en las escisiones que aparecen populares.

Resistiéronse los alborotadores esforzando las voces de «abajo el ministerio!! y aun hubo algun osado que disparó su trabuco sobre un soldado, pero á pocos instantes dormia profundamente, sirviéndole de lecho su propia sangre. Se necesitó, pues, apelar á la fuerza, me-

diante la cual y alguna docena de prisiones, se restableció la calma profundamente á las cuatro horas. Aquella misma noche se efectuaron visitas domiciliarias, que aunque en oposicion con el código, se hallaban autorizadas por el caracter *especial* de las circunstancias, asi como tambien la prision de todas las personas influyentes del partido contrario, que estaban agenas de aquel motin, impulsado y promovido por Azálvaro y sus correligionarios políticos.

Satisfecho quedó este con el éxito de su tentativa, pues la prision de sus secuaces del pueblo bajo no le alarmaba, en razon á que ni los necesitaba en algun tiempo, ni habia olvidado que la identidad de anillos era un salvo conducto que le sacaria de cualquier compromiso.

Al dia siguiente, la prensa ministerial increpaba, con esa bilis nerviosa de que se valen los partidos cuando tienen algun fundamento para sus declamaciones, á sus adversarios, abultando los hechos, y elogiando la magnanimidad del gobierno, que no habia pasado á cu-

chillo á todos los sicarios que hicieron vacilar el trono de cien reyes. La oposicion, por su parte, rechazaba (y con razon) aquellas inculpaciones, mas bien que con argumentos, con destempladas argucias y con retumbantes y atrevidos epitetos. Es de suponer que la constitucion era el tema obligado de ambos conbatientes; porque la elasticidad de esta señora, se presta á todas las circunstancias.

El zapatero Manuel, en vez de ejecutar las órdenes reservadas que al llegar le dió Azálvaro, se retiró á su domicilio en el barrio de Lavapies, con sombrio aspecto, y lleno de tristeza: aquel hombre iba reflexionando y á menudo temblaba. Su muger al verle entrar, en tal disposicion, le hizo mil preguntas, á las que él contestó solamente diciéndole.

—Toma, Marcelina; cuando vengan los muchachos, repartéles ese dinero, y diles que estoy fuera. Tú déjame, y no me llames hasta que yo te avise.

Despues al hundirse en su cama, murmuró.

—Si, sí: la gratitud es lo primero; su familia nos libró de la miseria, y el pan generoso que nos dán para nuestros moribundos hijos, causa un reconocimiento que se graba eternamente en el corazon. Primero él, despues el baron!..

. . . .

Las once de la mañana del dia siguiente serian, cuando Azálvaro se dirijia orgulloso y alegre á casa de doña Julia de Salem, á la que no habia visto desde el dia en que la duquesa Victoria vino á buscarlo en su carruage.

CAPITULO XIII.

El zapatero Manuel.

Recordarán nuestros lectores, que la desgraciada joven doña Carolina de Solís, acompañada del zapatero Manuel, habia entrado en un coche á la puerta de la casa del baron de Azálvaro, sin que se supiese la direccion del carruaje, ni el destino de aquella infeliz muger, víctima de las pérfidas intrigas del baron.

Recordarán tambien, que á corta distancia del coche, un embozado á caballo seguia la marcha; sin perderle de vista. Este hombre era el joven don Alfonso de Zúñiga, traidoramente burlado en las promesas que por la mañana le hizo su amigo Azálvaro. Desconfiando de este siempre, y coordinando sus ideas, quiso confirmarse en que el zapatero no llevaria fuera á Carolina, y así se dirijió á la tienda de aquel, donde supo con sorpresa por la señora Marcelina, que su esposo estaba ocupado en varios asuntos de importancia. Volvióse Alfonso á la casa de Azálvaro, á tiempo que vió á su puerta un coche de alquiler. Entonces no dudó un momento de la villanía de su amigo, y tomando un caballo se constituyó espía de aquella nueva maldad. Al poco tiempo, vió entrar á Carolina encubrierta y desmayada, y al zapatero Manuel.

Cuando el coche rodó, le seguia Alfonso tenazmente, como vimos.

Debemos recordar tambien, que el zapatero, de vuelta de su comision, habia manifestado al de Azálvaro, la noche

del motin, que su voluntad estaba cumplida, y que se retiró á su casa fatigado y reflexivo.

Ahora vamos á fijar nuestra consideracion en las escenas que tienen lugar en el gabinete de la casa de doña Julia, en la cual está sentado Alfonso, absolutamente solo, abismado en la mas profunda meditacion.

Su tersa frente perdió ya el brillo de la felicidad, y ese baño amarillento que la cubre, y esas hondas arrugas que la surcan, dejan conocer que amarga su alma un gran pesar, aunque tal vez momentáneo. Tienen fuego sus ojos, pero es el fuego de la fiebre; las manos en que apoya sus heladas mejillas están heladas, y en la contraccion muscular de todos los nervios de su rostro, puede conocerse que un padecimiento físico acompaña indudablemente al padecimiento moral que abate su espíritu.

Asi permaneció largo tiempo sentado y silencioso, con los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, hasta que saliendo repentinamente de su enajenamiento, y alzando la cabeza, esclamó:

—Oh! tal vez venga pronto!..

Levantóse del sillon, cojió el cordon de la campanilla que pendia sobre un confidente, y despues de llamar con violencia, volvió pausadamente á ocupar su puesto, sin pronunciar una palabra.

Un criado abrió la puerta, y esperó las órdenes del joven, quien hizo una señal con la mano para que se acercase.

—Luis, cuando venga un hombre, un artesano, procurando por mí, hazle entrar hasta aquí, sin que nadie lo advierta.

El criado hizo un signo afirmativo con la cabeza: el joven continuó.

—Cuidado que... nadie! ¿lo entiendes?

—Estoy, Señor.

—Nada mas.

El criado salió, y Alfonso volvió á sus meditaciones.

—Ocho meses!.. esclamó de nuevo, dando espansion á su alma, ocho meses habia yo creido bastantes para llegar á conocer la sociedad! Dios mio! ¡Cuánto me habia engañado! Cuatro dias no mas

han destruido la conviccion que habia formado en todos los de mi vida! Oh! en un principio todo ha sido hermoso: para que cambiase en tanto grado, era preciso que llegase la ocasion, y esta ya empieza. Mi amigo!... mi único amigo! Ah yo siempre le creí cuando me prometió amistad... mas... él es un infame!.. sí!.. su conducta con ella!.. con ella... con ella... pobre muger!!!

Y al pronunciar su compasiva esclamacion, se humedecieron sus ojos, al mismo tiempo que rechinaba los dientes y apretaba convulsivamente los labios con espresion de rabia, contraste que daba un aire singular á su fisonomía pálida y empañada.

—Aborrecerla!.. miserable!! volvió á esclamar; aborrecerla!.. él!... á ella!!. oh.. parece mentira! á un angel... un.. no!.. un amigo mio! que amigos tengo yó!!.. nunca! nunca!!

En este momento el zapatero Manuel entró en el gabinete, precedido del criado, quien se retiró dejándolos solos á una indicacion de Alfonso.

Allí no era Manuel el hombre truan

y alegre que se presentaba en su casa y en su barrio: su fisonomía, por el contrario, mostraba humildad y respeto. Saludó como mejor pudo á Alfonso, y se aproximó á este, que cojiéndole afablemente por una de sus negras y sudosas manos, le llevó cerca de sí.

—Siéntate, Manuel, le dijo, y le indicó al mismo tiempo una silla inmediata.

El zapatero animado la aproximó un poco, y escondiendo el viejo, calvo y abollado sombrero, debajo de una mesa, tomó asiento. Ocultó cuanto le fué posible los pies debajo del palo delantero de la silla, colocó ambos puños cerrados sobre sus rodillas, y aguardó á que le interrogase Alfonso con los ojos fijos en la alfombra.

—Tienes los papeles que me dijistes! preguntó Zúñiga con interés.

—Aqui los traigo... pero...

—Qué?.. déjamelos!

—Es que... la verdad; estos papeles aunque no tienen firma de nadie, si llegáran á poder del que me los entregó... yá V. vé...

—No llegarán.

—Bien, entonces... estos son.

Metió las manos en el bolsillo de su chaqueton de punto, y sacó un puñado de papeles arrugados y grasientos, de entre los cuales se puso á buscar los que necesitaba. Dió por último con ellos, y los entregó al joven que los esperaba con impaciencia.

Entonces este leyó lo que sigue.

«Amado hermano: conviniendo para los santos fines de que ya teneis noticia, *que descanse por algun tiempo* (estas palabras estaban subrayadas) *con toda seguridad*, en vuestra casa, la joven doña Carolina de Solís, os dirijo esta carta para que la recibais y la trateis de modo que no se esponga su dicha con alguna tentativa que pudiera perjudicarnos. Me habeis comprendido? Quiero que se halle en la mas completa seguridad, *sin que sea necesario proceder á mas por ahora.*»

—Qué infamia! —esclamó Alfonso. —Encerrarla en un calabozo para deshacerse de ella, y advirtiendo que *por ahora* no es necesario proceder á mas!

¿Querian asesinarla despues! Desgraciada Carolina!!. vamos... esto es increible! Tanta maldad es inaudita!!

Permaneció Alfonso unos momentos repasando con la vista las misteriosas líneas que acababa de leer, y despues desdobló un segundo papel que le habia entregado el zapatero, y que solo contenia las instrucciones necesarias para que Carolina llegase al punto que la habian destinado para su encierro perpétuo.

Hay casos en que la desgracia de una persona querida, nos afecta mas todavia que la desgracia nuestra, y esto acababa de sucederle al joven Zúñiga. Pero en este sentimiento piadoso, iba mezclada la mas implacable cólera, escitada por el conocimiento de la perversidad del corazon de Azálvaro. Ver que un hombre á quien habia creido siempre bueno y humano, se valia de un medio tan infame, tan inmoral, para deshacerse de la bella y virtuosa joven Carolina, causó tal emocion en su espíritu, que le faltó la vista, y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

Cuando luchan en el corazon tan encontrados sentimientos como los que se habian apoderado del corazon de Alfonso, el hombre siente debilitarse su razon, y solo le queda un furor indefinible, que hace arder la cabeza y seca la lengua en el paladar. Esto le sucedió al joven Zúñiga. Sus manos se crisparon, rechinaron los dientes, y fuera de sí, lanzó un grito horrible que se apagó entre las paredes del gabinete.

Manuel procuró tranquilizarle, y advirtiéndole que tal vez acudirian por haber oido su esclamacion, se retiró prontamente, despues de prometerle volver á recibir sus órdenes.

Alfonso quedó solo.

Entonces empezó á medir á grandes pasos la habitacion, entregado á sus tristes reflexiones.

—Ella, decia con admiracion, ¿no es tan hermosa y amable que merezca ser adorada?.. Cuándo ha sido él digno de un angel tan sublime?... Oh!.. y no solo la desprecia, el miserable, sino que la priva de su libertad, mandando que la encierren, *sin proceder á mas por*

ahora! Por ahora!! Mas adelante.. quién sabe?.. tal vez le convendria su muerte, y... la mataria! No!.. no!.. Yo sí que le mataré, puesto que revela su execrable corazon. La he de vengar!.. la he de vengar!!.. Pero.. ¿de qué modo?.. mi amigo!.. ah!.. esto ha sido un desengaño... que me ahoga!!!

Y se volvió á sentar, ocultando el rostro, porque las lágrimas de amargura nublaron su vista.

Un criado entró por si se le ofrecia algo.

—Nada, nada se me ofrece.—Las señoras se han levantado?

—Si señor.

—Ignoran mi llegada?

—Si señor.

—Bien está: retírate.

Al mismo tiempo se presentó en la puerta Doña Julia de Salem, acompañada de la bella Luisa, hermana de Alfonso.

—Es preciso aparecer tranquilo, murmuró este interiormente, y afectando una sonrisa de contento, salió al encuentro de las dos.

—Ah pícaro! dijo su tia con cariño, ¿dónde has estado escondido? No te hemos visto en toda la tarde ni la noche de ayer...

—Fui á ver á mi amigo Azálvaro, contestó Alfonso disimulando su turbacion, y al salir de su casa encontré á varios jóvenes que me obligaron á ir de.. caza.

—¿Y cazásteis tambien de noche? preguntó maliciosamente doña Julia.

—No señora: pero la noche estaba tan oscura y tan mala, que temimos aventurarnos en la vuelta, y nos recojimos en una quinta poco distante, donde aguardamos la luz del dia.

- Pues no habrá sido demasiada vuestra diversion....

—Oh! muy poca!.. muy poca!.. dijo el joven dando á sus palabras un doble sentido.

Luisa se puso en esto á su lado, y colocando una de sus blancas manos en el brazo de su hermano, le dijo en tono de amorosa reconvencion.

—Alfonso!.. ¿y nada me dices?

—Oh! Luisa mia! ¿en qué pensaria

yo que no te he visto?

Y estrechó la mano que le presentaba con cierto aire de tristeza, que daba un lúgubre aspecto á sus caricias.

Luisa estaba llorosa; una tinta melancólica se esparcia por sus delicadas facciones, pálidas como la cera, y debajo de sus ojos una sombra azulada, daba indicios de que habia vertido lágrimas durante la noche. Alfonso, pálido tambien, no podia ocultar completamente los dolores que sufria su espíritu, y hubiérase podido decir que aquellos dos séres jóvenes y amorosos, estaban presintiendo una desgracia dolorosa, en el momento mismo en que se prodigaban las mas dulces caricias.

—No sé, Alfonso, dijo doña Julia, lo que te habrá sucedido, pero tú estas sombrío, meditabundo, ¿qué es lo que tienes?

—¿Yo tia!.. y soltó una forzada risa sardónica, que mas reveló su tristeza.

—Vamos, cuenta: ¿no nos crees dignas de tu confianza?

—Sí por cierto, pero sino hay motivo para esa queja.

En este instante se oyó la voz del baron que decia en la habitacion inmediata, dirijiéndose á un criado.

—Deja, deja; yo mismo me anunciaré como otras veces.

Abrióse la vidriera.

CAPITULO XIV.

¿Se habrá salvado?

Con un saludo profundo correspondió el baron de Azalvaro á las miradas de curiosidad ó interés que le dirigieron los personages de la anterior escena. Al observar que entre ellos se encontraba Alfonso, un vago temor, que le desazonaba, se esparció por su alma; ese temor que siempre nos preocupa cuando no descansan nuestras acciones en la tranquilidad de la conciencia. Alfonso era un jóven sin mundo, sin esperiencia, pero á los ojos del baron descubria un talento privilegiado para la intriga, y no era muy fácil hacerle creer por este arte lo que él podia forjar y comprender.

Hay mas aun. Alfonso fijó la vista sobre Azálvaro cuando este entró, con esa penetracion, con esa fuerza irresistible que nos hiere, que ruboriza por decirlo así, obligándonos á bajar los nuestros por un impulso desconocido. Aquella mirada no tenia significado alguno para el baron, pero le lastimó y le hizo temblar ante la pobre figura de un rapaz de veinte años.

Aquel disgusto pasó, porque la necesidad así lo quiso.

—Hace dos dias que no se digna V. dejarse ver, señor baron, dijo doña Julia con una espresion celosa.

—Bastante lo he sentido, señora; y mas sabiendo la llegada de vuestra bella sobrina, á quien desde este instante ofrezco mis servicios y respetos.

Y dirigió á Luisa una mirada, que hizo salir los colores al rostro de la jóven. Ignoraba el baron el embuste fraguado por Alfonso el dia del carruage, y asi acortó su relacion en este punto para ver venir, sin caer en una peligrosa contradiccion.

—No hace mucho, continuó Doña Ju-

lia, que ha llegado Alfonso desde ayer á la una; hora en que salió á verle á V. Esto me ha tenido bastante disgustada.

—Pues... ¿cómo ha sido ese esceso de libertad? preguntó el baron con una sonrisa amable é indagadora.

—Que quereis!... prosiguió la señora; dice que despues de veros se marchó con unos amigos á caza, y temiendo la cruel noche pasada, se quedó en una quinta para aguardar el dia... Yo creo que no me habrá engañado...

—Tia... replicó Alfonso, no creo tenga V. motivo para dudar de mis palabras.

—Oh!.. no! de ninguna manera: pero advierto en tí hace unos dias, cierta tristeza, cierto aire melancólico impropio de tu edad, que me hace sospechar si algunos amores... Creo que no serán reminiscencias de la *soirée*, porque aquello es un absurdo...

El baron comprendió la idea de doña Julia, y se apresuró á salir en apoyo de su amigo, con su acostumbrada doblez.

—No!.. su sobrino de V. tiene demasiado talento para dejarse dominar

de impresiones momentáneas: no dudo que le hieran ciertos recuerdos; pero yo, su mejor amigo, procuraré apartarle del peligro, aunque para ello tenga que romper por algunas aparentes y perjudiciales consideraciones.

—Amigo Azálvaro, dijo Alfonso con intencion, nuestra amistad tiene muy hondas raices; estamos unidos con lazos muy estrechos, y asi, la influencia que recíprocamente ejercemos, evita todo rompimiento y toda emancipacion. En este mismo instante, tan comunes son nuestros intereses, que yo sé tu porvenir con la misma certidumbre con que tú sabes el mio. No es cierto?

—Asi es, querido Alfonso, replicó el baron mordiéndose los labios.

—Pero, Alfonso, nada dices á tu hermana?...

Este tendió la mano á Luisa, con dulzura, y ella la estrechó entre las suyas, vertiendo al descuido algunas lágrimas.

—Eso es! muy bien! dijo doña Julia. Desde que has venido, en vez de alegrarte, como yo creia, no haces mas

que suspirar, y ahora lloras: tu hermano tambien se hace el sentimental...

—Que quiere V., tia; respondió Luisa algo cortada; no he hablado todavia á solas con él: aun no hemos recordado nuestra primera edad; aquella edad tan pobre en dichas como rica en ilusiones y en sueños.

—Vamos, dijo Azálvaro levantándose; muy justo es que den VV. esa dulce espansion al alma. Yo me retiro, y á la noche, señora doña Julia, tendré el placer de acompañar á VV.

Esto lo dijo con intencion, que penetró la buena señora, y despues añadió, tambien con segunda idea:

—Celebraré, señorita, que la corte ofrezca á V. cuanto pueda desear su corazon.—Alfonso... creo que me acompañarás hasta la puerta. A los pies de VV.

—Mil gracias, caballero; respondió Luisa ruborizada.

—Que no se olvide V. de su promesa, esclamó Doña Julia.

Zúñiga comprendió á Azálvaro, y deseoso de ver toda la estension de la perversidad de aquel hombre, le siguió.

Al salir de la sala, y libre ya de las miradas de las dos mujeres, se volvió el baron muy apresurado hácia Alfonso.

—Bastante lo siento, amigo, bastante; pero la necesidad...

—Y bien, qué?... preguntó Alfonso con aparente candidez.

—Anoche, cuando ese infernal motin, un grupo de sicarios se dirigió á la habitacion de Carolina, creyendo que allí estaria oculto el duque de S. Vicente. Yo... temiendo una nueva tentativa, la he enviado unas leguas de aquí por guardártela, siento en su consecuencia no cumplirte hoy la palabra... pero ya ves... por tí me he espuesto...

—Ah!... sí, sí!... gracias, mil gracias, Azálvaro, contestó Alfonso con una ironía reconcentrada y estrechando violentamente la mano del baron.

—Creo que no te olvidarás de influir con tu tia... en mi favor.

—Cuenta, cuenta conmigo para todo... como yo para todo cuento contigo.

—Adios!

—Adios!

Azálvaro bajó las escaleras lleno de gozo. Alfonso le seguia con la vista, rechinando los dientes de rabia.

—Pobre muchacho! murmuraba Azálvaro; que bien le he engañado!

—Baron de Azálvaro! murmuraba Alfonso; conozco tu infamia, y sabré castigarla como merece!...

Despues se dirigió á la sala donde solo encontró a su hermana llorosa.

—Qué tienes, Luisa? Le interrogó con voz afectada.

—No sé, no sé, Alfonso. Ay!... yo quiero volverme á Segovia.

—Tú padeces?...

—Si, padezco. Un presentimiento de mi corazon me dice que aqui voy á ser muy desgraciada.

—Tan desgraciada como yo!

—Tú tambien lo eres?...

—Ay, hermana!... padezco mucho. Ah!... nunca hubiera salido de Segovia!!

—Dicen que somos pobres; que vegetamos como las plantas parásitas, y... ¿qué nos importa? Allí respiramos el

aire libre. allí las brisas de la mañana refrescan nuestras frentes, allí cantamos y reimos, y gozamos inocentemente, sin que la nube del pesar entolde el horizonte de nuestra vida. Allí triscamos por las praderas, allí oimos el ave que gime, el arroyo que murmura, el ganado que pace, el árbol que se cimbra, el pastor que canta, el caminante que habla: allí nos estasiamos ante una hermosa flor que ayer se encerraba en su cáliz, y que ha sido plantada por nosotros mismos; allí están encerrados los recuerdos de nuestra juventud, y allí, en fin, nada deseamos, porque ignora el alma que exista otra cosa mejor. El mundo, para nosotros, es aquello solamente.

—Verdad, verdad, hermana mia!... Por qué te he traido yo á este sitio? Ah!.. Entonces, yo mismo ignoraba lo que era esto. No habia visto la corte mas que por su lado bello: habia admirado y gozado el fragante perfume de la rosa, pero no me habian herido sus espinas. Ignoraba que las hojas caen y las espinas siempre quedan!...

—Conqué no es falso mi presentimiento?...

—No, no es falso. Aqui, Luisa, verás, y se sentó como inspirado junto á su hermana, hombres que te dan la mano y se están burlando de tí; mujeres que te besan y despues te escupen. Te recibirán en una casa con agrado, te darán pruebas de afecto, las creerás tú de buena fé; tú defenderás á aquella familia, serás capaz de verter tu sangre por ella, pero al mismo tiempo, cuando mas la aprecies, sabrás que te venden, que se mofan de tí, y si no lo crees, al poco tiempo te arrojará de su casa y te injuriará, porque no has sido tan falsa como ella, porque has cometido el imperdonable crimen de juzgar por el tuyo el corazon de todos los que la componen. No tendrás un amigo, ni un amigo siquiera. Cuando te juzgues mas feliz, serás mas desgraciada: cuando te creas mas tranquila, te esperarán mayores pesares. La poblacion entera se conjurará contra tí; pero no; no contra tí solamente; la poblacion entera tiene declarada guerra á la poblacion entera,

es un juego de villar en el que todos se chocan, impulsados por el interés ó por la rabia. Desde el mas encumbrado magnate hasta el mas infeliz pordiosero, no hallarás mas que buenas palabras, malos hechos, careta de ángel, corazon de demonio.

—Y en Madrid tampoco se ama?... preguntó Luisa con interés, aterrada por el cuadro que trazaba su hermano.

—En Madrid, Luisa, si alguna vez se ama, es un delito atroz el declararlo, porque aqui se ama solamente por orgullo. Es un ramo de especulacion como otro cualquiera, y que vale tanto como cualquiera otro.

—Has amado tú en Madrid?...

—No lo sé, Luisa, pero creo que sí. Mas no lo digas á nadie: á nuestra edad es ridícula esta pasion, al paso que está permitida la liviandad, la corrupcion, la coqueteria. El casamiento es una conveniencia solamente; pero es una conveniencia sin goces; es un yugo, calmante del cuerpo, veneno del alma; porque si nos priva de la muerte y la miseria en la abanzada edad, nos

hace el juguete de nuestro cónyuge, y el escarnio de la juventud. Nunca, nunca, Luisa, te enamores aquí!

—Imposible!.. y mi Cárlos? — Esto lo dijo Luisa con voz apagada.

Exaltado Alfonso, iba á continuar; pero la voz de su tia llamando á Luisa, interrumpió aquel torrente de verdad que se escapaba de sus labios, esa verdad triste que no creemos hasta que ha encanecido nuestro cabello, y está frio nuestro corazon.

—Adios, adios: me llama tia, dijo Luisa al salir, besando con ese aire infantil que seduce, la sudorosa frente de su hermano. Este la contempló con ternura, y esclamó cuando ya se habia marchado.

—Pobre niña! Tambien ella es hermosa como tú: tambien es inocente como tú. Entre las dos partiré mi cariño, ya que las dos no teneis mas que á mí en este nuevo mundo. A tí, hermana mia, te guiaré: á ella, mi ángel, la he salvado y la salvaré siempre! No soy sino un pobre niño!... pero... con-

tad las dos conmigo. La inocencia y la desgracia!

Y entró en su cuarto, meditabundo.

Epilogo.

Corren los años lentamente, sin que jamás en medio de su dilatado curso cambien de direccion.

Siempre lo mismo!... Es una ley que nació con el mundo, y que tiene por necesidad que morir con el mundo.

Para juzgar al hombre es un error atender solo á su clase, echar una mirada á lo pasado. Un error! Es preciso examinar sus acciones, penetrar en su corazon.

¿No habeis visto esas tempestades de verano, terribles como la voz de Dios, fugaces, pasageras como los sueños de felicidad? ¿No habeis sentido despues esa calma sofocante que antes os abrasaba, y que os abrasa siempre?... La tempestad son los pesares que se duplican; la calma los infortunios que se eternizan.

Siempre pesares! siempre infortunios!! siempre lo mismo!!!

¿Quién es el hombre? A qué aspira? Al nacer, los hombres son iguales: el pobre y el rico, el avaro y el pródigo. Todos reciben de Dios la misma inteligencia, el mismo poder, las mismas fuerzas y las mismas pasiones. Despues.. despues se forma el rico entre los placeres del oro, lejos de las privaciones, que llegan á sus oidos solamente como los clamores del pueblo á las habitaciones de los grandes palacios; como las súplicas del esclavo á los reales de su señor. El pobre tambien despierta, y al abrir los ojos de su inteligencia, todo lo vé oscuro, seco, estéril: solo fecundiza la tierra que le sustenta, el amargo rio de sus lágrimas. Sin embargo, vive en calma cuando el rico vegeta entre los estruendos tempestuosos de sus pasiones insaciables, de sus insomnios sangrientos!

Pero la calma del pobre se vé interrumpida por el terror: porque el poderoso envidia su tranquilidad. Y esta envidia es ambicion; y esta ambicion es

la cabeza de Medusa, el complemento de todos los crímenes: porque hay en ella vanidad, sangre, ateismo, demencia. El poderoso quiere la supremacia en todos los placeres, y quiere verse libre de todos los tormentos. Desciende de su dorada esfera, y persigue vandálicamente al miserable: sus disipaciones le han dejado pobre, y quiere arrancar de las manos del pobre el negro y húmedo pan que devora. Por satisfacer su deseo, aspira la fria respiracion del cadavérico; cuenta el estertor del hambriento!

Tambien el pobre es ambicioso; pero aquella ambicion se ahoga, porque no tiene elementos.—Cuando los halla, crece y se efectua la trasmigracion de un espíritu orgulloso por un espíritu mezquino!!

Estos hombres piratas se aunan, se entienden, se identifican. Escogen una bandera que siempre es la misma, y proclaman un falso principio para establecer el terror, el imperio absoluto. Si necesitan mugeres para sus intrigas, buscan y hallan una, dos, tres, ciento!

porque el engaño se inauguró en el Paraiso, y tendrá fin en la consumacion de los siglos. A unas se las vende, á otras se las deshonra, á otras se las engaña ó seduce: á los amigos se les clava el puñal en el corazon; á los adversarios poderosos se les sonrie y se procura matarlos. Despues se baja á la clase abyecta y se le dice: «grita, mata, yo te salvo!! La clase abyecta grita, mata y se vé salva: porque la justicia es el oro: porque los jueces no admiten la balanza simbólica; porque las leyes se interpretan, y los que las interpretan las forman.

Quereis hallar al hombre perverso? Buscad al baron de Azálvaro. Quereis hallar esos piratas aunados, identificados?... Entrad en su despacho secreto cuando dicta la correspondencia universal.

Esas mugeres vendidas, deshonradas, engañadas, seducidas? Carolina de Solís. Carolina de Solis dos veces, Julia de Salem, Victoria Teruel.

Los amigos?.. Alfonso de Zúñiga.

Los adversarios?.. El duque de San

Vicente.

Y ese pueblo abyecto?.. El zapatero Manuel; sus cómplices.

El juez que interpreta?.. El del gorro negro y el anillo: aquel anillo es mágico, es intérprete: habla con su resplandor, corrompe con su contacto y mata con sus recuerdos!

Y esa clase pobre á quien persiguen los malvados?... El tipo de esa calma sofocante, porque el pensamiento es su verdugo?... Luisa de Zúñiga; Cárlos Rovira: la madre de Luisa.

Luego... la falsedad, la miseria, la mezcla de lo malo y lo peor, de lo fétido y lo corrompido, de la luz del rayo y el zumbido de la tempestad, es esa turba hambrienta de humo; esa turba que muerde como una serpiente, y canta como una sirena; esa turba que se reune en casa de la de Campolís, y que pasa las ruedas de sus coches por cima de las frentes de los pobres, haciéndoles mas surcos con sus clavos que los pesares que las arrugan.

Y... ¿esos lobos se habrán de comer aquella obeja?... No, no!... Dios es

justo; permite el mal, porque purifica; pero los años posteriores se levantan contra los años que fueron y la espiacion es horrible!... con usuras!.. En el mundo todo se paga; porque á falta de padecimientos físicos, tenemos un gusano en el corazon. Esos crímenes grandes como el de Azálvaro, se purgan. De qué modo?... Su víctima está en salvo: ya no la hiere!!.. El sentimiento de la gratitud se despertó en un hombre que la iba á perder, y era el único capaz de salvarla. Despues será víctima de nuevo de su pasion!

Mas en el mundo todo se paga. Los crímenes atroces no quedan impunes! Mucho cuesta!... mucho!... pero...

Los infames humillarán la frente, y los débiles resplandecerán como el sol de la justicia en el tribunal de Dios!!..

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

INDICE DEL TOMO I.

TOMO PRIMERO.

Erratas mas notables de este tomo.

PÁG.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
9	13	la preceda	le preceda.
25	3	amengue	amengüe.
37	14	poseedora de su título	poseedora, en el nombre, de su título.
40	13–14	la otra dos y el varon siete	los varones, uno dos, y otro siete.



INDICE DEL TOMO II.

TOMO SEGUNDO.

Erratas mas notables de este tomo.

PÁG.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
31	22	asía	tenia.
83	12	motines.—Todo es etc.	motines, todo es lo mismo etc.
87	19	ataques ante la	ataques, ante la
101	18	heladas	frias.
102	9	señal	seña.
104	16	puños cerrados	puños.
119	13—14	que te venden, que se mofan	que te vende, que se mofa.

Otras se notarán que no son de tanta importancia.

Insomnios del Estío.

TOMO III.

PARODIAS
(DE VERDADES.)

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

Por D. Ramon de Valladares y Saavedra,

y D. Andrés de Cápua.

TOMO III.

MADRID: 1845.
Imprenta de D. Vicente de Lalama, Editor,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Dos nuevas amigas.

No es lo mas natural, y por fortuna tampoco lo mas comun, hallar mugeres entregadas absolutamente á la política, discutiendo sin cesar acerca de la conveniencia de tal ó cual medida de gobierno; pero hay bastantes, á pesar de todo, que olvidándose del carácter que por las inclinaciones, deberes y costumbres de su sexo les corresponden, dedican esclusivamente su imaginacion á cuestiones que de modo ninguno están en contacto con tales deberes, costumbres é inclinaciones. Cuando llega este caso, pudiera decirse que estas mujeres han abandonado la naturaleza que antes

tenian, y se han convertido en unos seres de dudosa calificacion, dotados de algunos restos de su primitivo carácter y mil rarezas de su carácter nuevo. Todavia son elegantes y escojidos sus modales, como cuando trataban de conservar ó atraer el afecto de algun doncel, allá en su edad florida (porque es preciso advertir que la manía de *politiquear*, solo nace despues de muchos años); pero á esta finura y elegancia se une la curiosidad, el disimulo, y el hábito de la intriga, que les prestan cierto aspecto varonil. Sus conversaciones, en las que antes solo penetraban como una especie de digresion, los asuntos políticos, no se hallan en su centro, en su estado normal, digámoslo así, mientras no ruedan sobre cuestiones de alto interés público, y se amenizan con temores ó esperanzas que conmueven fuertemente el espíritu. En fin, ya conceden sus simpatías y sus enemistades, ya son ó no consecuentes y bondadosas, segun el partido á que pertenece la persona con quien tratan, llegando á dejarse arrastrar hasta

el fanatismo por estos intereses que poco le debieran importar. Venimos hablando únicamente de las que adolecen de este defecto en una clase elevada de la sociedad, por ser en ella bastante mas frecuente que en las otras hallar personas contaminadas con esta enfermedad.

Ahora bien: la marquesa de Campolís era una de estas señoras. Valiéndose de sus numerosas relaciones, y haciendo, en casos dados, el uso mas conveniente de sus caudales, habia logrado adquirir tal prestigio entre los que seguian sus mismas opiniones, que con razon podia ser considerada como un resorte de mucha importancia para cualquier empresa. Exagerada por necesidad, puesto que no hay una muger que en estos asuntos no lo sea, se mostraba implacable para los que alimentaban distintas ideas, y esto le valia el nombre y la reputacion de fanática, secuaz, bastante por sí solo para encumbrarla entre los suyos; porque sabido es, que el fanatismo político nos constituye en una máquina dispuesta

siempre á prestar apoyo con justicia, ó sin ella, y pocas cosas serán de mayor provecho que un auxilio seguro, dado sin conocimiento de causa.

La marquesa de Campolís reunia diariamente en su casa gran número de personas influyentes, que ponian en su conocimiento cuanto interesante iban sucesivamente descubriendo, y consultaban ó fingian consultar con ella el modo mas á propósito de llevar adelante sus proyectos, y contrarestar los planes de sus adversarios. Seguro es que de semejantes consultas no resultaba determinacion alguna, porque ni aun discusion ó exámen habia: pero al ir á rendir ante la marquesa este falso tributo de consideracion y respeto, llevaban los consultores por fin principal, contar siempre con el poderoso auxiliar de la marquesa, que alucinada por el concepto de su talento, en vista de tales demostraciones, ahogaba la reflexion con el orgullo, y adoptaba sin exámen la opinion del que primero le indicaba alguna. Verdad es tambien, que hubiera sido dificil á la

marquesa formar por sí una opinion sobre cualquier asunto algo complicado.

El tiempo á que ahora nos referimos, es tres meses posterior á las escenas que dejamos consignadas. La marquesa, reclinada en un precioso confidente, vestida con todo el esmerado desaliño que *su neglisé* requeria, y mostrando en la frente el orgullo de una reina, escuchaba las relaciones que un antiguo y diestro intrigante le hacía, de los temores de una próxima derrota. Preciso será decir, que la marquesa era defensora del partido entonces dominante, representado por el ministerio á cuyo frente se hallaba el duque de S. Vicente.

—Empieza ya el descontento á cundir de tal modo en todas las clases, que difícilmente se podrá volver el necesario prestigio al ministerio; decia el interlocutor de la marquesa.

—Pues es preciso no tener sentido comun para dudar que jamás hemos sido gobernados con tanto acierto y buen deseo como ahora.

—¿Qué quiere V., señora? son muchos los descontentos de siempre, y á no ser un ministerio bajado del cielo, es imposible satisfacer á todos.

—Pero, señor mio, que tengan paciencia y razon: el bien comun es lo primero.

—Pues ya ve V. que no es esta la opinion mas generalizada. Nuestros enemigos no se descuidan y...

—Y qué?.!. dijo la marquesa llena de cólera: qué han de hacer? Oh!... yo no sé en qué piensan nuestros gobernantes que no los escarmientan de una vez para siempre! Fuerza!.. energia, es lo que nos hace falta, y veriamos donde venian á parar los que intentan promover nuevos trastornos!

—Mas, por de pronto, es preciso tomar medidas preventivas, que nos pongan á cubierto de un golpe de muerte.

—Sí, sí: medidas preventivas! es lo mas acertado.

—Aunque por otra parte, si advierten nuestros enemigos que nos preparamos con tanta precaucion á la de-

fensa, juzgarán temor, lo que no lo es, y cobrarán audacia. Yo estoy en que debemos esperar aun, hasta ver mas claro...

—Teneis razon... mejor es esperar; sí, sí, esperemos.

—Al fin, no puede haber lugar á un cambio tan pronto.

—Es cierto: vuestra prevision es muy exacta: en fin, contad conmigo para lo que se determine.

Asi sucedia siempre: su dictámen era el de la persona que le hablaba: su apoyo era para la persona que le daba órdenes en forma de consultas, y ella, con todo su orgullo y adhesion exagerada, ó mas bien por causa de estas dos cüalidades, habia venido á convertirse en un maniquí de los mismos á cuya bandera se afilió.

No así doña Julia de Salem, que dotada de mayor talento, aunque en ciertos asuntos no lo manifestase demasiado, era secuaz de un partido, porque á ello le movian intereses de otra clase, y sugestiones en que creia ver un provecho inmediato para ella. Tenia

debilidades estremadas, quizá, mas estas son muy comunes en nuestra humana condicion, y eran disculpables en cierto modo, siquiera por ser propias de su sexo, y causadas por un hombre tan astuto y esperimentado como el baron de Azálvaro. Que una muger demasiado *antigua* se enamore.... que un hombre demasiado *nuevo* se complazca en engolfarse en hondas cuestiones políticas... pase; al fin están en su elemento respectivo: pero cuando cada uno invade el terreno que naturalmente corresponde al otro, se hallan en una posicion insostenible y ridícula, que les precisa á ser instrumentos de quien se propone utilizarlos. Hemos hecho esta advertencia, cuando hablamos de doña Julia, no obstante haberla visto entregada á secretos de intereses públicos, porque en ella no eran estos un fin como con respecto á la marquesa, sino mas bien un medio para conseguir fines de otra especie.

Sin embargo, á tal estremo la habian arrastrado sus deseos de conservar el

amor del baron, que llegó á comprometerse insensiblemente, y figuró como uno de los principales agentes del partido á que secretamente pertenecia el de Azálvaro; porque este se mostraba en su conducta *visible*, afecto en un todo al que á la sazon dominaba.

Desde que la marquesa de Campolís reconoció en doña Julia un adversario en la vida política, fue declarándole poco á poco su enemistad en la vida privada, y asi vino á terminar completamente una cuasi amistad que habia durado años enteros. Por esta causa tambien, empezando á sospechar si existiria comunidad de ideas entre doña Julia y el de Azálvaro, negó á este en adelante la confianza que le dispensaba, y solo continuó su franqueza en la apariencia.

Vamos á presenciar una estraña entrevista de las dos mugeres, acaecida en el momento de que nos estamos ocupando.

Cuando un criado anunció á doña Julia de Salem, la marquesa no pudo reprimir un movimiento de fastidio, y dijo al que habia estado manifestándole

los temores y precauciones de sus correligionarios: — ¿Vendrá tal vez á sondear mis intenciones?...

—Yo me retiro, dijo este, despues de reprimir con dificultad una sonrisa burlesca; os dejo en plena libertad.

Y salió de la estancia.

Doña Julia entró precedida del criado, y la marquesa, mostrando en su rostro la mas fria indiferencia, se adelantó escasamente á recibirla.

Doña Julia estaba muy desmejorada. Pálida, débil, y como convaleciente de una grave enfermedad, se acercó lentamente á la marquesa, con cierta estraña espresion de afecto é ironía, y tomando asiento á su lado, guardo silencio.

—Qué tiene V., señora? preguntó la de Campolis con un acento en que se advertia una compasion verdadera; esta V. enteramente demudada!..

—Oh!... sí, he padecido mucho!.. he estado á las puertas de la muerte! Por fortuna, añadió, dando á sus palabras un segundo sentido, he convalecido pronto, y á tiempo.

—Me necesitaba V. en algo? dijo la

marquesa, volviendo á ser la rencorosa adversaria.

—Si señora: la necesito á V. y V. me necesita igualmente.

—Yo?... psit... no acierto...

Estas palabras por sí solas pronunciadas con la entonacion y el aire de perfecto desprecio que les dió la marquesa, eran un insulto capaz de hacer perder la calma y la serenidad á la muger que las escuchaba. Pero sin duda contaba con ellas doña Julia, porque á pesar de su orgullo, solo se advirtió un momento en sus ojos el brillo de la indignacion, y repuesta al mismo instante, dejando correr por sus labios una sonrisa de amargura, contestó despues de haber estado contemplando algun tiempo á su interlocutora.

—No falle V. tan pronto, señora marquesa: ¿ estraña V. tener que necesitarme, cuando he confesado yo antes que la necesito?.. Dejemos á un lado nuestro orgullo, y hablemos con franqueza una vez en la vida.

—Puede V. hablar como guste, señora.

En este momento, Doña Julia era infinitamente superior á la marquesa, porque sabia contenerse y permanecer en toda su serenidad. Volvió á sonreir con una especie de compasion, y sin responder á este nuevo insulto, dijo afectando el tono mas amable posible...

—Permítame V. que dé el ejemplo de la ingenuidad entre las dos. Recuerde V. que fuimos bastante amigas en otro tiempo, y escúcheme siquiera con la bondad que entonces nos dispensábamos.

Calmada en cierto modo la marquesa por este lenguage á que estaba poco acostumbrada de parte de Doña Julia, le dijo sin enojo alguno:

—Ya la escucho á V. como desea.

—V. sabe que la causa de nuestra enemistad, ó mas bien de la interrupcion de nuestras relaciones, ha sido la malhadada diferencia de opiniones políticas que hasta aquí ha existido entre nosotras. Pues bien: esta diferencia ya no existe: yo he conocido la razon, yo he visto el error en que me hallaba, y de hoy en adelante, V. y yo pensamos de un mismo modo.

—¿Usted.. usted?.. preguntó con incredulidad la marquesa; y pensó allá en su interior;—Razon tenia yo cuando temí que viniera á sondear mis intenciones.

—No estraño toda la admiracion de V. al escuchar esto de mi boca: pero yo cambiaré la incredulidad de V. en confianza, cuando llegue el caso de dar pruebas. Por de pronto, no quiero, no consiento que V. me indique siquiera el menor secreto de sus amigos políticos, y yo le voy á manifestar al partido cuyos gefes concurren frecuentemente á la casa de V., cuanto pudieran averiguar acerca de sus enemigos, y otras muchas cosas que jamás averiguarian por mas que lo intentasen.

—De veras, señora?.. preguntó con júbilo la de Campolís, considerándose muy dichosa por haber adquirido tan poderoso ausiliar, y tener este medio mas de hacerse necesaria á su partido.

—Yo poseo todos los hilos de la trama que está dispuesta para trastornar la nacion entera, y por cierto, señora marquesa, que está *nuestro* partido, es

decir, el partido de V. y mio, sobradamente apático para el peligro que le amaga!

—Y hace V. ánimo de manifestarnos esa trama?

—Estoy resuelta ya: porque nadie.... nadie.. en el mundo deseará con el afan que yo verla deshecha!

Doña julia pronunció estas palabras con tal energía y tan profundo acento de verdad, que la marquesa de Campolís la creyó desde aquel instante, y le tendió cariñosamente la mano.

—Señora, le dijo, la creo á V. sincera y me doy por ello mil enhorabuenas: hoy mismo se reunirán en mi casa varios *personages*, y podrá V. contribuir á nuestro bien, poderosamente.

—Ah! lo deseo con toda mi alma! con todo mi alma, créalo V.; entre tanto señora, puesto que cesa la causa de nuestro enojo...

—Oh.. sí, nosotras seremos amigas verdaderas!..

La marquesa acompañó á Doña Julia, manifestándole las mas vivas simpatias; y esta, despues de corresponder del mo-

do que le fué posible, á sus afectuosos halagos, se separó de ella, prometiéndole volver á la reunion que debia celebrarse en aquel mismo dia.

Cuando se halló sola dentro de su coche, soltó una carcajada indefinible, que hizo temblar convulsivamente sus labios, y secando al mismo tiempo dos lágrimas en sus febriles párpados, murmuró con una espresion de contento, que causaba temor!

—Ya tengo una amiga nueva!!..

CAPITULO II.

Carolina y Alfonso

Era la hora del crepúsculo.

El viento frio de una serena noche de febrero, y el brillo deslumbrador de algunas estrellas que empezaban á dibujarse en el Oriente, anunciaban á los habitantes de Madrid, que habia espirado un dia. Las principales calles se hallaban ocupadas por grupos de ociosos, que poco á poco se iban replegando á los cafés, para distraer las primeras ho-

ras de la noche, y por todas partes se veia gente que se acogia pausadamente al techo protector, evitando asi el helado soplo, recuerdo todavia de los rigores del pasado invierno.

En estas horas se busca el placer bajo el hogar doméstico, se adora la sociedad, se concentran, por decirlo así, todos los objetos, y en las noches de verano, por el contrario, las reuniones nos fatigan, las paredes de nuestras habitaciones nos ahogan. ¡Qué contraste tan marcado ofrecen estas dos épocas del año! Pero sin embargo, en las dos sufre igualmente el desgraciado, sin que baste á endulzar su vida el afan con que todos buscan la distraccion y el adormecimiento de los infortunios.

Hacemos estas observaciones, porque nos vamos á fijar en una persona que nos es muy conocida, y á la cual no prestan consuelo las ricas galas del firmamento azul, ni el opáco lucir de las estrellas.

La habitacion en que se encuentra esta persona, se halla situada en el piso bajo de una casa bastante miserable á

uno de los estremos de Madrid. Su menaje corresponde dignamente á la arquitectura (permítasenos la profanacion de este nombre) del edificio, porque á escepcion de una silla en que está sentada la señora de quien vamos á ocuparnos, otras dos ó tres malamente distribuidas, una mesa y varios cuadros, nada hay que reparar en la sala que nos sirve de escenario para este capítulo.

Doña Carolina de Solís, porque no es otra la que vemos, contempla desde su asiento el cielo que permite observar una pequeña ventana, abierta de par en par. Acaba de asomar la luna por encima de un altísimo edificio, y penetrando su luz en la habitacion, ha dejado ver dos gruesas lágrimas que brillan en el pàlido y estenuado rostro de Carolina. Apoyadà esta en el pequeño pretil que forma la ventana, tiene reclinada su lánguida cabeza sobre el ángulo interior de aquella. De vez en cuando una ráfaga de viento sacudia fuertemente sus cabellos sueltos, y su traje, y despues, allá lejos, se percibia confusamente el silbo del aire que cada vez se aumenta-

ba. La apacibilidad de la noche, el religioso silencio de aquella miserable estancia, y la continua y agitada respiracion de Carolina, infundian un respeto y una tristeza dificil de comprender. Ya en el rostro de aquella infortunada muger no se veian las señales de una pasada ventura; creciendo sin descanso sus dolores, habian borrado la belleza, la espresion: sin embargo, ese movimiento indefinible, esa vaga contraccion que forma la verdadera fisonomía, y que nunca puede reproducirse por el pincel, no se habia estinguido en el estenuado rostro de la infortunada Carolina. Cualquier ligero ruido, el choque del torbellino, el silbo del huracan, zumbaba en sus oidos, y le producia un imperceptible temblor, hijo del estado de desfallecimiento y desesperacion en que se hallaba.

En vano queremos encontrar en esa pobre muger, reclinada, desfalleciente, aquella muger triste sí, pero valerosa, prudente en su martirio, dominada por la razon ó por las crueles exijencias de una sociedad inmensamente cruel. Hoy

dia solo encontramos un esqueleto cobijado por un desaliñado ropaje, y de cuya existencia responden únicamente las violentas solevaciones del hundido seno, y las centellantes miradas de sus apagados ojos.

Una pasion es un delirio: escuchamos decir continuamente á los corazones no impresionables; pero es un delirio sentar tan descabellada opinion. ¿Cuántas personas bajan á la tumba, arrastradas por ese corrosivo interno, inextinguible, progresivo que forma lo que llamamos pasion? Y aun sin estos ejemplos, ¿qué ser existe sin sentir dentro de su alma un deseo de amar á otro, para ser correspondido por este? ¿Quién no se ha entretenido con las febriles ilusiones de una vida fantástica, hermosa... tan hermosa como fantástica? Si esto es soñar como un niño, ¿quién no ha sido niño con estos sueños inefables?

. . . .

De repente el silencio que reinaba en derredor de aquella víctima, se vió turbado por el sonoro ruido de unos pasos que se reproducian en las paredes cir-

cunvecinas. Aquellos pasos no eran desconocidos para Carolina, porque sacudiendo ligeramente su cabeza, impulsó aquellas dos lágrimas detenidas que brillaban en su rostro, y se apresuró á abrir la única puertecilla que comunicaba con aquella habitacion. Inmediatamente volvió á ocupar su antiguo asiento.

A los pocos instantes se dejó ver un hombre envuelto en una ancha capa, el cual penetró en la morada con cierto respeto y temor, que contrastaba ó desmentia la servicial acojida que habia tenido. Saludó respetuosamente á Carolina, y despues de colocar su capa y su sombrero en una de las sillas, tomando otra vino á sentarse junto á ella, siempre con la misma timidez, siempre con igual temor. Carolina habia permanecído cortada, con los ojos bajos, y sin articular una palabra.

Desde luego podemos conocer en el nuevo personage al joven Alfonso de Zúñiga, pero no aquel joven alegre, resuelto, impetuoso, inconstante tal vez, sino á un hombre que conoce y sufre ya el dolor de su existencia, porque ese

mundo con sus desgarradores desengaños, lo ha juzgado digno de elegirle por una de sus víctimas.

¡Triste coincidencia! Tampoco el rostro del joven está colorado de ese mate trasparente que á primera vista revela juventud. Como el de Carolina está pálido, ajado, melancólico, y en todos los movimientos de su cuerpo, se entrevee esa indiferencia, ese hastío, esa carencia contraria enteramente á la viveza de objeto que preside siempre los actos de la vida animada, alegre, bulliciosa de los primeros años. Pudiera decirse fundadamente, que la desgracia habia sido comun á entrambos.

—Está V. mejor? dijo Alfonso despues de un largo silencio, tartamudeando mas bien que profiriendo la frase.

—Creo que sí, la calentura es menos lenta, y siento el corazon menos oprimido.

—Tal vez podrá molestar á V. el aire frio de la noche.

—Molestarme! no Alfonso: ese viento es lo único puro que me halaga en este mundo!

—Lo único! murmuró Zúñiga con melancolía, dando una segunda intencion á sus espresiones. Carolina lo comprendió y siguió asi.

—No quisiera haber ofendido á V. con mis palabras, porque mi gratitud será eterna.

—Gratitud! y ¿cree V., Carolina, que la gratitud es suficiente para un hombre que sufre como yo? ¿Cree V. que ese calmante apaga, estingue la fiebre que me consume? ¿Para qué quiero yo esa gratitud? La proteccion mútua es un deber entre los hombres.

—No, no, yo le debo á V. la vida, y V. debe aspirar á mi reconocimiento. V. vela por mí, me cuida como una madre, y en un joven con respecto á una muger como yo, no pueden existir mas deseos que los que yo he tratado y seguiré tratando de realizar.

—Escúcheme V. Carolina, y nunca me culpe de las palabras que voy á aventurar. Esa manifestacion que acaba V. de hacerme, ó revela que no ha comprendido V. mi corazon, ó envuelve una idea dudosa, pero sin duda funesta para

mí.—¿Recuerda V., Carolina, la soirée de la marquesa de Campolís? Recuerda V. aquella noche fatal para mi, fatal para V. y fatal para cuantos estábamos en aquella casa? ¿Pero á que evocar tan antiguos hechos?

—Siga V. siga V.: deseo escucharle; deseo que de una vez se esplique.

—V. lo desea? pues quedará V. complacida. Yo soy muy joven aun, pero he vivido ya lo suficiente para comprender el mundo que nos rodea: por desgracia, ó por fortuna—esto pende de V.—le he arrancado su máscara al hallar en mi pecho un sentimiento nuevo, raro, pero que desterró todos aquellos pueriles afectos de la niñez. Yo oia decir, que en la vida no se amaba mas que una vez, y esto lo escuchaba como los cuentos que me adormian, con respeto quizá, pero sin fijarme en ello. Despues, al verla á V., sí, acabé de convencerme de su verdad. Las palabras de V. eran una armonia que me embriagaba, tenian un encanto tan irresistible como los divinos ojos que sencillamente fijaba V. sobre mi. Soñé, si señora, soñé

al principio, porque V. era mi primer amor, porque V. habia promovido la violenta y temprana transicion de una vida tranquila, á una existencia agitada, tumultuosa, ébria de ilusiones, que crecen y se reproducen para el deseo, solamente para el deseo. Ya se vé; al oir V. á un niño hablar de amores tan apasionadamente, se riyó V. del muchacho, sin conocer que hablaba el hombre: aquella risa fue un carbon arrojado en el incendio, y ya ni dormí, ni viví, porque siempre pensaba en V., porque siempre veia á V. en todas partes riendose de mi. ¡Cómo si los niños no pudiesen amar!

—No prosiga V., Alfonso; tenga V. piedad de mi!

—Y V. la ha tenido de Alfonso?

—Oh! seria un crímen callar por mas tiempo.—No amo á V.; no puedo amar á V. nunca.

Estas dos frases últimas, dichas con una vehemencia estraordinaria, y pronunciadas con claridad y precision, produjeron un movimiento estraordinario en Alfonso, que no sabemos si para

ocultar alguna furtiva lágrima, ó como una consecuencia de la sorpresa, ocultó el rostro entre las manos, apretando fuertemente las sienes, cuyo latido era tan violento, que imprimia á los dedos su ondulacion. Carolina estaba tambien aterrada. Aquellas dos frases habian salido de sus labios sin permiso de la voluntad, impulsadas solo por el corazon. Recorrió entonces esta infeliz, los últimos periodos de su vida, y al verse en presencia de su protector, de su verdadero padre, como ella decia, el carmin de la verguenza coloró su rostro, despues de mucho tiempo de palidez mortal.

Estaban frente á frente dos personas que se querian entrañablemente, pero que se asesinaban á su pesar; bien que el cariño de ambos era distinto con respecto á ellos mismos; aun cuando considerado abstractamente con relacion esclusiva á cada individuo, tenia mas de un punto de contacto. Alfonso amaba á Carolina con ese amor único que existe en la juventud, vehemente, apasionado; y Carolina amaba a Alfonso con ese cariño que profesa el pobre al que cubre

diariamente sus necesidades. Para que estos dos cariños pudieran hermanarse, venir, en una palabra, á confundirse el segundo en el primero, era preciso que desapareciese un obstáculo, cuya nulidad no podria conseguirse sino con la nulidad tambien de uno de los dos, que habia de servir esencialmente de base al nuevo sentimiento. Digámoslo de una vez. Carolina amaba al baron de Azálvaro, al hombre que la aborrecia, que la habia deshonrado, abandonado y que la creia perdida para el mundo por su orden; único medio que encontraba el depravado baron de saciar aquel odio mortal que profesaba á la que frenéticamente lo adoraba.

Esta rara inconsecuencia del corazon humano, esta incomprensible lógica de las pasiones, estos estravagantes principios de amor que sanciona una ridícula esperiencia, son, por desgracia, harto frecuentes en nuestra sociedad. Y comunmente vemos que esas pasiones grandes, ruidosas, se forman con el desvio, con los celos ó con las obstinadas repulsas. Rara vez acontece que

dos personas se amen con igual cariño, y es tan raro esto, cuanto que comunmente achacamos á indiferencia, á poco amor, no oir repetidamente de los labios de la persona que amamos, quejas celosas é impertinentes.

Esta causa podria ser la que acrecia el amor de Alfonso á Carolina, y de esta al baron, y ¿cómo de otra manera interpretar aquella mónstruosa pasion hácia un verdugo que se complacia en martirizarla? ¿No parece imposible que amemos con delirio al que aja nuestro honor, destruye nuestras ilusiones, se mofa de nuestro cariño, y nos aborrece de muerte por el solo delito de que lo amamos? Pero este ejemplo que tenemos á la vista, desgraciadamente se vé muy reproducido.

. . . .

Ofuscada tal vez la imaginacion de Alfonso por lo que acababa de escuchar, y pasado el primer instante de estupor, se puso de pié, tomó capa y sombrero, y se dirigió á la puerta lanzando una mirada espresiva, llorosa, desesperada á Carolina.

Fue todo esto tan ligero, que apenas pudo esta sacudir su letargo, y asir por la capa á Alfonso que ya desaparecia.

—Alfonso! un momento, oígame V. un momento y perdone V. mi indiscrecion, dijo con voz ahogada, y deteniéndose sus labios convulsivos en cada palabra.

—Déjeme V., Carolina. Su voz de V. me hace mucho daño. Conozco mi suerte, y no debe V. hacer criminal á un hombre que hasta ahora no es mas que un desgraciado.

—V. me aborrece?

—Aborrecerla á V.? jamás!!

—Soy indigna de los favores de V.

—Y yo de su cariño.

—Alfonso, este corazon no es mio; me averguenzo de decirlo... pero le amo todavia!

—Carolina, tampoco es mio este corazon, pero no volverá á martirizar á V. con mi delirante amor.

—Dios mio, me abandonará tambien!

—No mas, no puedo mas!

Alfonso salió. Carolina anegada en lágrimas decia:

—Desgraciado joven, ¿por qué no podré yo amarle?

CAPITULO III.

El Teatro.

Quién será el que no sepa lo que es un palco? Quién será el que no conozca para qué sirve un palco? Quién será el que ignore con que objeto se toma un palco en el teatro?

El teatro entero es un palco en su verdadera acepcion, dentro del cual están como en familia todos los espectadores, con las diferencias de la mayor ó menor fuerza de los vínculos que á cada cual le unen con los demas. Y... véase un viceversa particular!.. al mismo tiempo cada palco es un teatro, con sus damas y galanes, que desempeñan perfectamente su papel, y á retaguardia está el público espectador. Ademas, si fuera posible levantar el techo de un teatro, y asomarse por él para recorrer de un solo golpe de vista su estension, podriamos decir, que todo el teatro es

un foro en que se agitan personages *principales* que llaman *principalmente* la atencion, y numerosas comparsas ó coros que solo se hacen notables en cuerpo, en masa, en globo. He aquí otro viceversa: palcos hay, que á mas de ser un teatro completo en su interior, son foro para el resto de los espectadores, y foro que á veces llama la atencion aun mas que el verdadero. Actrices suele haber, que sin estudios de declamacion, están representando muchos, y hasta contradictorios papeles ante su público, el público que les es privativo, porque les corresponde esclusivamente por aquella noche, sin que á este público martir le sea lícito atender á parte alguna mas que al punto en que se presenta la encantadora *dama*.

Oh! un palco es un recurso magnífico para las mugeres que apetecen lucir sus gracias y subyugar con su poder: un palco es un trono desde cuya altura se domina todo un pueblo sumiso y admirado, compuesto de representantes de todas las clases de la sociedad, desde el tigre, leon, ó como le llamen en adelan-

te los investigadores naturalistas, que flecha un par de gemelos trabajosamente arrastrados á su luneta, hasta el incógnito que oculto y confundido á la sombra, dirige sus ojos cubiertos cuando mas por unas modestas gafas á la reina de aquel sólio. En fin... en fin... si los palcos pidieran la palabra en cuestiones semejantes.....

En una de estas sultánicas moradas del lujo y del placer, debia presentarse en la noche de que hablamos, Luisa de Zúñiga para asistir á la representacion de una ópera nueva. Radiante de hermosura, de elegancia y de alegria se ostentaba tan bella como nunca: el apagado color de sus mejillas habia dado lugar á un sonrosado delicioso que hacia brillar estraordinariamente sus ojos negros y apasionados, y el cabello coquetamente abandonado en rizos, dejaba admirar un cuello y unos hombros graciosos como las formas de una estátua griega. Su trage de un lila muy apagado marcaba con toda esactitud los contornos de su esbelto talle, y un guante blanco ajustaba primorosamente su pe-

queña mano, que ella cuidaba de no conservar en perjudicial invisibilidad.

Antes de que llegase la hora de marchar, bajaron Luisa y su tia al carruage para dirigirse al coliseo. Al tiempo de poner el pie en el estribo, se acercó el baron de Azálvaro y dijo con tono festivo, al mismo tiempo que oprimia con afecto la mano de Doña Julia.

—Que dichoso soy! Si tardo un momento mas, pierdo el placer de acompañar á VV. despues de tan larga ausencia!

Apenas distinguió Doña Julia al baron brillaron sus ojos con fuego estraordinario y un vivo carmin coloró su frente. Dificil hubiera sido adivinar si era gozo aquella conmocion, ó si era por el contrario un movimiento irreprimible de furor. El baron se decidió á creer lo primero. Doña Julia dominó su emocion, cualquiera que fuese la causa que la producia, y dijo al baron con un acento muy semejante al que este habia empleado;

—Amigo mio! Gracias á Dios que le vemos á V. despues de tan larga ausencia; tiene V. razon! tres meses hacia ya

que no veiamos á V.

—Esa ha sido justamente mi permanencia en París: tengo un placer en que con tal esactitud recuerde V. la época de mi partida.

Y recalcó maliciosamente estas últimas palabras. Doña Julia se sonrió y guardó silencio.

—Y esta noche, bella Luisita, piensa V. divertirse mucho?

—A la ópera vamos.

—Solas tal vez?.. no es verdad? porque en este caso... pero ante todo no quiero detenerlas á VV.: entremos en el carruaje, y siempre disfrutaré unos momentos de felicidad al lado de VV.

El baron fijó la vista con rapidéz sobre el rostro de Doña Julia, pero no advirtió el menor movimiento que le chocase: despues detuvo sus ojos en los ardientes y puros de Luisa, y dió á los suyos toda la espresion de ternura de que ellos eran suceptibles. Luisa sostuvo por un breve espacio de tiempo aquella mirada, y al fin bajó los párpados, incapaz de resistir por mas tiempo la audacia del baron. Este tomó asiento

en el coche al lado de Doña Julia, y todavia conservó su mirada fija en el rostro encantador de Luisa.

Cuando llegaron al teatro, Doña Julia, despues de saludar cariñosamente al baron, se dirigió á otro palco, manifestando sus deseos de pasar parte de la noche con una amiga suya desde la niñez, y el baron quedó solo con Luisa durante cuasi toda la representacion.

—Sabe V., Luisita, dijo él á poco tiempo de la separacion de Doña Julia, que dificilmente se podrá encontrar una criatura mas linda que V.? Luisa se sonrió, y contestó con algo de turbacion, sin atreverse á mirar al de Azálvaro.

—Señor baron, acostumbra V. á empezar asi todas las conversaciones?

—Con V. no seria justo empezarlas de otro modo.

—Vamos.. vamos.. un poquito menos de lisonja, dijo la joven determinándose á mirar al de Azálvaro con aire de complacencia.

—Ay! ay! ay! murmuró el baron conociendo ya un triunfo, si esta es una niña todavia!... Y añadió en alta voz.

—Si yo temiera que V. habia de considerar como lisonjas mis palabras, seguramente no las hubiera pronunciado: pero V. sabe casi tambien como yo, todo el mérito de su belleza.

—Gracias por la galanteria, contestó Luisa, algo mas animada, pero V. debió no olvidar que nadie está en posicion de apreciar sus cualidades mejor que uno mismo.

—Permítame V. que ponga en duda su aserto, encantadora Luisa. Si se tratase de un hombre, de un ser insignificante, en cuyas prendas físicas nadie repara, convengo: mas cuando se habla de una muger tan preciosa é interesante como V., el juez competente es quien no cesa de admirar perfecciones y encantos.

Luisa en aquel momento estaba dominada por su orgullo satisfecho, y asi preguntó al baron animándole con una sonrisa dulce y tranquila, como si el de Azálvaro necesitase tales auxilios. Y dónde se halla el misterioso admirador?.. porque debe ser efectivamente gracioso ver á un hombre que no cesa

un momento de contemplar nuestras perfecciones.

Ay! cuanto tiempo son tres meses!!! Desolada, vencida por el pesar, como una flor arrancada de su tallo, Luisa lloraba, *lloraba* amargamente, cuando abandonó su casa de Segovia, y tuvo que separarse de su primer amante: ¿cómo hallaria entonces alivio á su afliccion? Tres meses han pasado, y Luisa está solicitando el amor del baron de Azálvaro!! Cuanto tiempo son tres meses de ausencia para una joven que se vé rodeada de atenciones!!

Al oir el baron una pregunta tan directa, se vió en la necesidad de divagar un poco, por no esponerse á perder la ilusion que le obligó á empezar, y dijo burlándose interiormente de la joven.

—Quiere V. verle? Nada mas facil: tienda V. una mirada por cualquier parte; á la derecha... no halla V. mas de uno?..

—Yo... no! dijo Luisa un tanto incomodada por el mal éxito de su pregunta.

Entonces el baron fingiendo ir á to-

mar los gemelos, cogió una mano de Luisa y dijo al propio tiempo con alegre rostro.

—Está visto que yo tendré que tomar á mi cargo buscar á ese hombre: pero le espera prosperidad ó desventura?..

—Y por qué uno ni otro? Piensa V. que me creo con poder suficiente para disponer asi de su destino?

—Habrá gracia para él si yo intercedo?

—Baron, V. sabe que su intercesion es poderosa...

A este tiempo la puerta del palco abierta de par en par, sonó ligeramente, y el baron volviendo la cabeza y hallando un hombre de pie y con la vista fija en él con estraordinaria pertinacia, dijo soltando una carcajada. Mire V. el hombre, Luisita!.. mire V. que pronto lo encontramos!!...

Luisa miró, pero en el instante mismo desapareció aquel hombre, sin que al baron le fuese posible ver quién era, porque cuando llegó á la puerta del palco se habia precipitado ya por la escalera, y confundídose entre la gente.

—Alabo la curiosidad! dijo el de Azál-

varo volviendo á entrar: mas para evitar otro caso semejante, mejor estará cerrada esta puertecilla.

—Quién seria?.. preguntó la joven, que tal vez por la casualidad de haber ocurrido esta interrupcion en el momento crítico de su triunfo, tal vez por algun secreto movimiento del corazon, se hallaba mas conmovida de lo que pudiera creerse de tal suceso.

—Bah!.. qué nos importa? contestó el baron: algun pobre diablo que nunca habrá puesto los pies en el teatro, cree que es de buen tono quedarse haciendo el lacayo á la entrada.

Entonces volvió á girar la puerta y Doña Julia entró, yendo á colocarse al lado de su sobrina.

La conversacion desde este momento rodó sobre todas esas cosas que llaman la atencion en una reunion como aquella: pero preocupada la mente de Luisa con ideas de tristura, en vano procuró tomar parte en la general alegria. Estaba mirando el bullicio y agitacion del concurso: se presentaban á su vista rostros satisfechos y animados por el pla-

cer; adivinaba dulces coloquios de felicidad y abrasadoras palabras de esperanza; y sin embargo... entonces permanecia silenciosa. como si un pesar, como si un recuerdo de otra dicha perdida, mortificase el alma. Este era el último adios á las sensaciones que habian ocupado en otro tiempo los encantados dias de su primera juventud,

Llevada insensiblemente de sus melancólicos pensamientos, se olvidó del sitio en que se hallaba, y de la gente que estaba en derredor, apoyó la delicada mejilla sobre la mano, y el codo en el antepecho del palco, dejó vagar la vista por la multitud, y entregó su espíritu á la contemplacion. Los ecos apagados de la música volaban en dulces acordes hasta los oidos de la joven, que por grados sentia conmoverse con delicia las fibras todas de su corazon. Era el canto sencillo, lánguido, apacible, como el débil susurro del aura matinal, como la primera caricia de una madre: aquel canto representaba para Luisa los gratos amores que ocuparon tan puramente su alma. Recordó aquellas de-

claraciones, aquellas confianzas, aquellas tiernas quejas y mas tiernos halagos que en su nuevo existir dejó en olvido, y consagró todavia una lágrima perdida á la memoria de otra vida mejor, y ya imposible. Por un momento volvió á ser la inesperta y apasionada joven que escuchaba temblando frases seductoras, y trasladándose con su vehemente imaginacion á el escondido jardin, testigo de su ventura, creyó estar viendo á Cárlos pidiéndole con interrumpidos sollozos su amor, el mismo amor que le juró al partir.

La música mas lánguida cada vez, espresaba tanto sentimiento y pasion en cada nota, que Luisa se estremeció hasta el fondo de su alma, creyendo realidad lo que su mente habia figurado, y como despertando de un sueño de felicidad, miró con atencion á todas partes, sin ver mas que un concurso inmenso, admirado y silencioso. De pronto Luisa no pudo reprimir una esclamacion incalificable, producida por la sorpresa, el placer y el terror á un tiempo mismo, y sin poderse contener se levantó de la

silla en que se hallaba, mirando hácia una puerta de entrada á la galería. Mas lo que produjo su conmocion era sin duda otra vision de la mente, porque nada halló por mas que permanecia con la vista constantemente detenida en aquel punto. Solo despues de algun tiempo, valiéndose de los gemelos, pudo descubrir allá en lo mas oscuro de la galeria, un rostro siempre vuelto hácia el palco, y unos ojos fijos, fijos en ella. ¿Quién era capaz de conocer un rostro y unos ojos en lo mas oscuro de una galeria, donde tantas personas se hallaban reunidas?.. Cualquier curioso... cualquier *admirador* de pobre clase.

—Es preciso, Luisita, que no se impresione V. tanto, dijo el baron á la joven, que volviendo la cabeza notó una segunda ausencia de su tia.

—Es verdad, tan distraida estaba, que no advertí siquiera cuándo ha salido mi tia otra vez.

—No es estraño; fue precisamente al ver V. á.....

Y dejó el baron sin concluir la frase, dando á esta reticencia un sentido ma-

licioso.

—A quién ? á quién ?

—Me atrevo á sostener que ha encontrado V. el admirador de que antes hablábamos.

—Yo ?.. no en verdad, contestó Luisa con cierto temor supersticioso por la estraña coincidencia del baron y sus pensamientos anteriores.

—Y... lo sentiré de veras !!...

—Por qué baron ?..

—Porque estaba yo interesado por un pobre pretendiente...

Solo con estas palabras olvidó Luisa la melancolía, y desechó el recuerdo de Segovia y sus amores. El baron continuó el mismo lenguage, hasta que terminó una declaracion en forma, con sus desconfianzas, sus promesas y sus seguridades correspondientes.

Al acabar la funcion, Doña Julia bajaba cojida del brazo de su amiga, que se habia trasladado al palco de aquella, y el baron al lado de Luisa, le exijia con tenacidad una contestacion decisiva á sus protestas de ternura. Pero tal vez porque á pesar de la brevedad del tiem-

po transcurrido durante su estancia en Madrid, habia recibido y aprovechado las lecciones de coqueteria tan frecuentes en la corte, ó quizá, y es lo mas probable, porque sentia un vago remordimiento al arrancar por esta infidelidad las últimas raices de una pasion que algun dia creyó inestinguible, lo cierto es que Luisa no daba una respuesta terminante.

—¿No decia V. que era poderosa mi intercesion? ¿pues por qué siendo tan eficaz por parte mia, como que es intercesion en causa propia, no me contesta V...

—Porque dudo: soy yo muy desconfiada, baron.

—No es mas?.. pues yo haré que desaparezca esa desconfianza infundada.

—Qué le cuesta á V. decir eso? Vamos, la verdad, á cuantas les hace V. diariamente esta confesion?

—Ah! crea V. Luisita, que jamás he dicho amores sin que fuesen verdaderos.

Cuando el baron pronunció estas palabras en una voz mas alta de lo que la cautela requeria, Doña Julia de Salem

que marchaba delante, y habia sido detenida por la multitud de personas que se agolpaban á la salida, se volvió repentinamente al baron, é incapaz de guardar silencio, aunque astuta en alto grado, le dijo con una espresion irónica, insufrible.

—A propósito de amores, amigo mio: sabe V. que me han indicado la casa donde vive ahora la desgraciada Carolina de Solís?...

Azálvaro conoció que Doña Julia estaba enterada de la conversacion que habia mediado entre Luisa y él, razon por la cual, sin dar á las palabras de la ofendida señora mas significacion que la de una queja por via de renovacion de antiguas quejas, contestó despues de breve pausa..

—Hace una eternidad que no la he visto.

—Lo creo, lo creo; eso es muy natural en un hombre como V.

—Quién es esa Carolina? preguntó Luisa con el interés de los celos.

—Una joven á quien mucho tiempo hace quise por unos dias..... nada..... se

puede decir que nada.

—Pues mi tia dijo que era desgraciada esa joven; fué V. acaso, con esos amores de unos dias nada mas... quien la precipitó en la desventura?

—Yo ?.. no por cierto, bella niña; deseche V. esos temores; otro dia referiré su historia. Y pregunto yo ahora, cuándo será bien que la refiera? Ya conocerá V. que debemos estas solos.

—Bien: con tal objeto... en una de las próximas noches hay un baile de máscaras en casa de la marquesa de Campolís.

Los cuatro subieron al coche que desapareció bien pronto.

Al punto en que hubieron entrado en él las tres señoras y el baron de Azálvaro, un hombre de gallarda presencia, pálido como un cadáver, y que sin duda por la mucha gente que al sasalir cerraba el paso, habia estado constantemente cerca del baron y al lado opuesto al que ocupaba Luisa, se acercó á un reverbero, sacó la cartera y escribió con mano vacilante un título y un nombre de muger.

CAPITULO IV.

Causas y efectos:

El joven Alfonso de Zúñiga, nuestro antiguo conocido, se hallaba encerrado en su habitacion una mañana como dos meses antes del dia en que vimos á Doña Julia de Salen, renovar de un modo estraño las antiguas relaciones con la marquesa de Campolís. Meditabundo como siempre, desde que trascendentales acaecimientos le habian colocado en una posicion tan difícil como la suya, dejaba conocer en aquella ocasion mas que nunca la importancia de los asuntos que ocupaban su mente, y levantándose á veces del asiento en que se hallaba conmovido con violencia y entregado á una lucha interior, se paseaba precipitadamente, pronunciando interrumpidas frases que apenas podian dar una idea de su objeto.

—Va á ser un golpe terrible, dijo por fin, sentándose, cual si hubiera tomado una resolucion despues de tanto meditar. Y por otra parte, continuó, tal vez

se enoje al saber que he descubierto su secreto... pero es indispensable!...

Cojió entonces el cordon de la campanilla y llamó.

—Está la señora ?.. preguntó al criado..

—Sí, señorito.

—Sola?..

El criado inclinó la cabeza en señal afirmativa, y á una seña de Alfonso se retiró.

—Ha llegado la ocasion, esclamó este; doloroso será, pero es preciso salvarla!..

Y se dirigió al gabinete, donde ya en otras ocasiones hemos visto á Doña Julia de Salem.

Esta, empeñada en favorecer los proyectos del baron de Azálvaro, valiéndose de los capitales que sin compasion derrochaba para conservar su influencia entre la gente del zapatero y otras turbas semejantes, daba por escrito órdenes á su apoderado en la corte, para que pusiese á disposicion de Azálvaro una suma de consideracion *en pago de adelantos* hechos á ella. Asi lo decia.

Cuando concluyó su carta orden, entraba Zúñiga en la habitacion.

—Cómo es este milagrillo?.. preguntó la señora con cariñosa espresion: tú venir á verme!!.. Algun interés particular te mueve á ello.

—Si señora, un interés particular es en efecto. Y dijo estas palabras con tal acento de pesar, que su tia le miró sorprendida, temiendo algun funesto acaecimiento.

—¡Con qué voz lo dices!! ¿Qué tienes Alfonso?

—Un sentimiento que me oprime el corazon, y del que tengo que hablar á V.

—Habla pronto, porque has logrado aterrorizarme.

—Lo que mas me pesa, es el dolor que va V. á recibir necesariamente de mis palabras!!..

—Yo?.. vamos, alguna calaverada... propia de muchachos; ¿no es eso? dijo Doña Julia equivocando el sentido que Alfonso daba á sus espresiones, y anticipando el perdon que suponia querer conseguir su sobrino.

Zúñiga, como en cierto modo no dejaba de ser fundada la observacion de su tia, porque al fin solo una falta de juicio era lo que tenia que manifestar, se halló bastante turbado al querer dar una contestacion; pero repuesto pronto dijo.

—No señora, es una desgracia en que V. es la mas interesada; y por evitar que llegue á no tener remedio, he decidido advertir á V. de una falsedad que su alma noble no pudo sospechar.

—Ah!.. dilo pronto! me asustas con ese tono y esas palabras!..

—Hablo del baron de Azálvaro.

Si Alfonso hubiera reparado en el rostro de su tia, lo hubiera visto encenderse repentinamente hasta el mas vivo carmin, y quedar despues blanco como el mármol, porque toda la sangre refluyó al corazon en un momento. Pero el joven Zúñiga tenia talento suficiente para haber previsto lo que debia suceder, y queriendo por un efecto de delicadeza evitar á Doña Julia el rubor de que reparasen en su emocion, permaneció con la vista fija en el suelo, hasta

que despues de un largo intérvalo de silencio dijo á su tia, cuya respiracion ajitada se habia regularizado ya.

—Si V., señora, conociese cuánto dolor me cuesta ser yo el destinado para arrancar de su corazon un sentimiento que por tanto tiempo halló en él apacible albergue...

El rostro de Doña Julia volvió á encenderse de un modo estraordinario; los labios secos estaban desunidos como si un doloroso quejido buscára por ellos su libertad: la frente y las mejillas ardorosas y contraidas manifestaban el terror, y parecia que los ojos iban á saltarse de las órbitas. Alfonso continuó.

—Perdone V. si he sabido lo que por ningun medio he procurado averiguar, y no se ofenda cuando le diga que conozco las relaciones á que el traidor Azalvaro dió pábulo en el ánimo de V.

—Qué tenias que decir acerca de esto? preguntó la señora: pero antes de poder articular una palabra, permaneció un largo espacio con la cabeza inclinada por ocultar las diversas sensaciones que conmovian su espíritu.

—Señora... su afecto era falso como todas sus acciones: habia inventado este medio abominable para utilizar el síncero cariño de V. y abrigaba las intenciones mas horribles con respecto á una persona cuyo caracter bondadoso le proporcionaba medios de llevar adelante sus planes.

—Pero.., yo no... ¿quién te ha dicho esa falsedad, tartamudéo Doña Julia, queriendo negar una pasion que tambien ella reconocia como algo ridícula?

—Yo le suplico á V., tia, que no contribuya por su parte á prolongar una confesion que debe ser dolorosa para entrambos. Para probarle á V. mi entero conocimiento en este asunto, diré, que cuando el baron proponia un enlace secreto, no llevaba otra idea que la de apoderarse de los bienes de V., utilizarlos para su ambicion y la de los suyos, valerse de la influencia que V. ejerce sobre algunas personas, y despues... ah!.. prepárese V. á conocer de una vez todo lo abominable que es ese hombre!! despues como el matrimonio habia sido secreto, y el sacerdote que habia inter-

venido en él era solo un malvado revestido con el sagrado trage....

—Ah! no es posible! no es posible! gritó fuera de sí Doña Julia, que habia seguido una por una las palabras de su sobrino con indecible ansiedad.

—Esto es lo que sucedió en un principio á la joven Carolina de Solís, su primera esposa, y despues, considerándola como un estorbo para sus proyectos, dió orden á uno de sus infames agentes para que la encerrasen por toda su vida en un edificio ignorado.

—Que maldad! que horror!!

—Ahora, gracias á mi vigilancia y á los favores que nos debe el que habia sido comisionado para llevarla, está libre en Madrid, en la calle desierta de... este era su destino, y esta era la suerte que habia destinado á V.

Y viendo un movimiento de mayor sorpresa en Doña Julia, continuó Alfonso.

—Conozco la razon que á V. asiste para manifestar admiracion, tal vez para negar crédito á mis asertos: pero esta razon ha de cesar cuando diga el me-

dio que ha puesto en mi conocimiento estas maquinaciones casi increibles. El baron de Azálvaro está en correspondencia con varios intrigantes estrangeros, y en una de las cartas que á estos dirigia para la combinacion de sus maldades, y la cual fué sorprendida por mí en su despacho, hallé el nombre de V. y una declaracion de lo que habia hecho é intentaba continuar haciendo para utilizar los bienes de V. y su influencia en todos los círculos de la corte.

La verguenza, el despecho y la desesperacion hicieron brotar abundantes lágrimas de los ojos de Doña Julia.

—Serénese V., señora, y escuche aun para que acabe de mostrar á la vista de V. todo el veneno que encierra ese mónstro de crueldad y desmoralizacion. En esta carta pedia el baron la venida de un tal Dechantre, que despues he sabido por la infeliz Carolina, ser el que profanó las santas vestimentas de nuestros sacerdotes, fingiéndose ministro del altar, y todo, en fin, manifestaba que el enlace de V. seria nulo, del mismo modo que el de la joven que fue su esposa.

—Por Dios... por Dios, hijo mio !.. no pronuncies una sola palabra mas porque... me matas !! esclamó la desventurada señora, levantándose repentinamente del asiento, y poniendo una mano sobre los labios de Alfonso.—El, tan vil !! tan pérfido !... y yo sin conocerlo! siendo, el objeto de su burla... y de la tuya!.. la irrision, el ludibrio de todo el mundo !.. Desgraciada !..

Y decia estas palabras con un furor y una voz tan desconcertada, que Alfonso se arrepintió de haberlo declarado todo, porque temió que hubiera perdido la razon.

—Tranquilícese V... señora... sosiéguese V...

—No puedo !.. no! Que infamia !.. Dios mio! Dios mio !.. Que bien fingia el traidor ! Oh ! no puedo sufrir la idea de haber sido tan ridícula, porque yo he sido muy ridícula!.. Ah! te amo !.. cuando me decia te amo !.. Y entre su copioso llanto se reia procurando imitar al baron:— cuando me decia te amo! y yo tambien se lo decia ! Que verguenza!.. que rareza !.. que verguenza, mi

Dios!! Oh! maldito!! maldito sea el traidor!!..

Al decir esto, no pudiendo resistir la violencia de su emocion, cerráronse sus párpados, lanzó un horrible alarido arrancado al dolor de su alma, y cayó convulsa y sin sentido en brazos de su sobrino.

Luisa fue la primera persona que se presentó al ver que Alfonso llamaba apresuradamente, y con sus ausilios y los de los criados que llegaron despues, se consiguió hacer que Doña Julia volviese en sí á poco tiempo.

Alfonso, conociendo que en el estado de irreflexion en que se hallaba su tia, pudiera dejar que se enterasen los criados de la causa de su trastorno moral, mandó que saliesen, y suplicó á Luisa que se retirase tambien, a pesar de su resistencia á verificarlo.

—Dónde está el baron? Alfonso.., dónde está el baron! fue lo primero que preguntó Doña Julia con sombrío acento.

—Ah! por desgracia no está en Madrid!! esclamó el joven, pero.... ya volverá.. ó ya tendremos noticias de su pa-

radero... y entonces...

—Entonces... sí; él se despidió para el estrangero: mas cuando vuelva... yo le arrojaré sus cartas á la cara, yo le insultaré y le despediré ignominiosamente de mi casa!... Queria perderme! y se habrá reido de mí!.. Esto, esto es lo que mas me ahoga!!...

Zúñiga creyó que otro asceso de dolor podria causar un segundo amago de accidente, y ya trataba de hacerla conducir al lecho, cuando ella le indicó por una seña que se acercase mas, y tomando las manos del joven entre las suyas con muestras de la mayor ternura, le dijo, entre sollozos sofocados, espresando en su voz la mas amarga ironia.

—No tengo razon!.., no ¿qué puede servirme una venganza momentánea, y de que se burlaria tambien? Quiero proceder con calma... á mis años se debe caminar muy despacio.. me vengaré... nos vengaremos... pero... por el cielo, no hagas nada sin consultar conmigo. Solo tú eres bueno todavia!!...

Y lloró de nuevo con mas fuerza que nunca.

CAPITULO V.

Presentimientos.

Acababan de dar las doce del dia en un magnífico reló colocado sobre una suntuosa mesa de la habitacion, que servia de morada à la bella duquesa de S. Vicente. Tres delicados trasparentes chinescos filtraban con variedad de colores, la clara luz de un sol ardiente, por otras tantas ventanas, impidiendo ademas la entrada del deslumbrante brillo las persianas, medio entreabiertas artificiosamente para que luciesen mejor los caprichos chinescos.

Inutil y prolijo seria enumerar los admirables productos artísticos que enriquecian el gabinete, pues desde luego puede formarse una idea de ellos, con saber solamente que el duque era rico, adoraba á su esposa, y ocupaba el alto puesto de consejero de la corona. Nos fijaremos de consiguiente en la divina figura de Victoria, que se encuentra reclinada muellemente sobre una linda butaca.

Medio desnuda, porque aquella hora, para ambas aristocrácias solamente se permite abandonar el lecho, parece una Venus de mármol de Carrara, recien salida de las azules hondas de algun lago; el pie pequeño como sus torneadas manos, está casi oculto entre los pliegues de un encarnado cojin, y los brazos redondos y trasparentes cruzados uno sobre otro, sostienen, ó para comodidad ó por belleza, el blanco, turjente y ajitado seno, medio velado por una paletina de tul forrada de seda celeste: el cabello suelto, por un lado descansa sobre el respaldo de la butaca, y por el otro formando caprichosas hondas, se esparrama brillante, espeso, por los hombros y por el pecho de aquella fada. La trasparencia del negligé de Victoria permite á los ojos investigadores sondear los misterios de aquella naturaleza hermosa, modelo de perfeccion, que aun cuando respira voluptuosidad, infunde sin embargo cierto respeto religioso, que tal vez enciende, acrecienta la llama del incontinente deseo.

Los ojos de Victoria, fijos en una

bellísima imágen de Maria, obra del inmortal Rafael, parecian un cristal empañado levemente, sin perder por eso su atractivo, su espresion, su viveza.

Cuando lucha el alma de una muger con un sentimiento que la consume: cuando en su calenturienta imaginacion se forman, crecen y ajigantan mil ensueños terribles, y fija siempre en aquella idea, llega por un instante á abstraerse de cuanto la rodea; una lágrima desprendida trabajosamente, enturbia sus ojos, sin que por eso sea suficiente á deslizarse por la mejilla.

—Madre mia! madre mia! murmuraba Victoria con labios entreabiertos, dejando paso á una ardiente y ajitada respiracion y aspiracion. Sacudió sus párpados dos veces con ligereza, y entonces brillantes, puros sus ojos, fueron á clavarse de nuevo en el inefable rostro de la Virgen, con una espresion tan tierna, tan dulce, tan encantadoramente divina, que un momento fueron rivales la delicada Concepcion de Rafael, y la obra palpitante del hombre.

—Cuan desgraciada nací! —volvió de

nuevo á murmurar Victoria—¿de qué me sirven esos tesoros que me rodean, si aumentan con su deslumbrador artificio las penas de mi corazon? Apenas tube vida, apenas razon empleó sobre mi su dominio, empezé á sentir los efectos de la miseria. Veia á mi madre anciana, sola, luchando con sus recuerdos, bajar al sepulcro rápidamente al sufrir la mas espantosa carestía. Despues... despues...... Fernando no me ama! Fernando divide su cariño entre el mundo y su mujer, cuando un hombre no es bastante á una mujer que ama como yo lo amo!—¿Y mi desventurada amiga? ¿Y mi infeliz Carolina? Ah! nada, nada de lo que me rodea es halagueño para mi alma! Yo he nacido para amar, porque mi pecho necesita esa pasion vehemente, eterna, inestinguible que nos ocupa enteramente, que nos entrega en brazos de los placeres, aunque en ellos se agote, se apague nuestra vida como una luz ahogada por lo mismo que la sostiene. Yo me contemplo á mi misma, yo contemplo á esa generacion que me rodea, y conozco la necesidad

de ese amor mismo. ¿No es verdad, madre mia?— Añadió fijándose otra vez en la Virgen, que tal vez reprendia su escesiva vehemencia.—Nos dicen continuamente que hemos nacido para vivir solitarios en medio del mundo, para mortificar nuestros afectos, para estinguir nuestras emociones, para adquirir un hábito de indiferencia y desvío salvaje hácia la magnífica creacion de nuestro divino hijo; pero señora, ¿no es verdad que mienten tan austéros predicadores? ¿Dónde podrá haber obra mas grata á vuestros ojos, que los afectos de una madre que calienta en su seno los entumecidos, leves y tiernos miembros del hijo á quien ha dado el ser? ¿Para que ha recibido el hombre esa inteligencia especial, soberana sobre todos los demas seres, sino para que la ejerza, la desarroye y la impele en su provecho y en el de sus hermanos? Si asi no fuera, ¿esos mares sublimes, esas selvas majestuosas, esa incomprensible marcha de la vejetacion, esa naturaleza entera, habian sido creados para que el hombre los viese mudo, sin que una reflexion, sin que un deseo

vagase por su cabeza? No, no, madre mia, yo no deliro: yo adoro la vida porque he nacido para ella: dadme la tranquilidad que me falta; devolvedme á mi amiga; abridme para siempre los brazos de mi esposo! Tened compasion, señora, de mi!!

Dejó caer lánguidamente la cabeza sobre el seno que oscilaba con mas ajitacion, y un brillo húmedo, vaporoso, sutil brotó por sus blancas formas, efecto de la lucha interna conque habia batallado su espíritu, al revestir y dar cuerpo á las imágenes, que en su monólogo habia creado.

Asi permaneció algunos instantes: al cabo de estos se abrió una puerta de cristales, y una joven vestida con modestia y elegancia, se presentó tímidamente, trayendo en las manos una tarjeta.

—Señora!—dijo con respeto. Victoria no respondió.

Dió un paso la doncella hácia su señora y volvió de nuevo.

—Señora!!

Sacudió esta su cabeza como desper-

tando de una horrible pesadilla, y reconociendo á la que la llamaba, dejó vagar por sus labios una dulce sonrisa, que inspiraba confianza, amor y respeto.

—Me has llamado mucho, Evelina? Lo sentiria de corazon.

—No señora.

—¿Y quieres algo, hija mia?

—Ha venido dos veces preguntando por la señora duquesa un joven: le hemos dicho que no estaba V. en disposicion de recibir, pero tanto ha instado afirmando que era un amigo íntimo, y tanta compasion nos ha dado su aspecto suplicante, y la amargura de sus palabras, que yo, mas resuelta, contando con la escesiva bondad de V., me he tomado la reprensible libertad de traer esta tarjeta donde se espresa su nombre.

Tendió Victoria con amabilidad su brazo hácia la tímida doncella, para recojer el billete, acompañando esta accion de una mirada tan halagueña como era preciso, para manifestarla que era de su agrado tan laudable y noble conducta.

—Mi bata! mi bata! al momento Evelina; dijo la duquesa tan luego leyó la

tarjeta, poniéndose de pié para adelantar á su criada y evitar todo momento de dilacion. — Conduce á ese joven á mi presencia! pronto! pronto!

Colocarse la bata Victoria, sentarse en la butaca y salir la doncella, fue obra de un instante.

Dos habrian pasado, lo mas cuando se presentó el joven, que no era otro que Alfonso de Zúñiga.

El rostro, la figura de este último contrastaba maravillosamente con el rostro y la figura de la duquesa de S. Vicente. En el de ella habia fatiga, sí, pero esa fatiga que dá animacion, colores, que pasa con los arrebatos de la mente, porque es tan ligera como las tempestades del verano. En el de Alfonso, como hemos visto en otro capítulo, habia marcadas esas profundas huellas que deja el dolor, aumentadas nuevamente por la repulsa que habia recibido de la que amaba con delirio. El dolor le estinguia lentamente, como apaga la vida una calentura fija, ardiente, progresiva.

Todos estos siniestros síntomas fueron comprendidos á primera vista por

Victoria, que queriendo animar al joven y darle una muestra de su cariño y gratitud, le tendió la mano fraternalmente, y le sonriyó con amabilidad y dulzura. Recojió Alfonso aquella mano que tan sinceramente le ofrecian, y al besarla fervorosamente imprimió en ella dos lágrimas, que á su despecho salieron de sus desencajados ojos, recordando con amargura, que ni este leve consuelo le habia sido otorgado por la mujer que le asesinaba.

Y ¡cuán naturales son estas comparaciones! Cuánto nos lastiman esas cariñosas afecciones, cuando recordamos otros desvios inmotivados, hijos solo de la escentricidad del corazon humano! ¡terrible ley por cierto! Un *cariño* no recompensa un *desvio*.

—Dispénseme V., señora duquesa, la confianza; para mi no la hubiera molestado, pero..,

—Me ofende V. Zúñiga, con esa salvedad. Al hombre á quien se debe la reputacion, la vida, hay siempre un deber en oirlo, y ademas, conoce V. ya mi corazon.

—Siempre tan amable! siempre tan buena! Es V. un anjel, duquesa!

—Llora V., Zúñiga?

—Verguenza eterna! Sí, lloro Victoria—permítame V. que la llame asi.—Lloro, Victoria, porque no soy ya un hombre, sino un ser á quien la suerte sin piedad ha maltrado. Las primeras impresiones de mi alma han sido las del dolor, y yo no he tenido mas que dolor en este mundo. Las lágrimas son mi único consuelo.

—Serénese V., Zúñiga, y veamos en qué puedo servirlo.

—Si, si, me entrego al llanto como una mujer, y olvido lo que me conducia aquí.

Arrastró Alfonso un sillon hasta la butaca de Victoria, y reclinó en él sus desfallecidos miembros. Recorrió de una mirada aquella oriental habitacion, y como por un efecto mágico, al aspirar aquel ambiente puro, impregnado de aromas y vivificado por la presencia de aquel angel que estaba junto á él, sintió dilatarse su pecho y lanzó un ay! prolongado desde el fondo del corazon,

en el cual iba envuelta mucha parte de su dolor, porque se sintió con mas fuerzas para hablar.

—Ante todo, Victoria, voy á cumplir un deber. ¿Recuerda V. la escena del carruaje?

Victoria se estremeció.

—¿Recuerda V. su desenlace? Pues voy á esplicárselo á V. todo. El baron de Azálvaro es un infame! sí, un infame. Un resentimiento de amigo, una conducta escesivamente criminal me condujo á su casa el dia mismo que V. llegó en su coche á procurarlo. Dije á V. que lo aguardase, y V. no quiso aguardarlo: en su consecuencia partió V. á la casa de mi tia, cuyas señas yo mismo le acababa de dar. Esto todo lo sabe V. ahora reclamo su atencion.

Aguardando yo á *mi amigo*, la casualidad, ó la providencia, hizo que reparase en un pliego que habia en dicha habitacion. ¿Sabe V. lo que era aquel pliego? Era una vileza infame, era una trama horrible contra V., contra Carolina, contra mi tia, contra todos nosotros. Entonces vi que habia una víc-

tima entre las garras del lobo, y aquella víctima era la mujer que me hace llorar. ¿No sabe V. quién es? No sabe V. que ha sido vilmente engañada?..

—Todo lo sé, Alfonso! todo lo sé!!

—Pues bien: reuniendo antecedentes, comprendí que el baron de Azálvaro era capaz de todo, y me propuse salvar á V. y á Carolina. Corrí apresurado á la casa de mi tia, á la que llegué cuando el coche de V. habia ya partido. Aun se percibia el sonido de las ruedas, y pude al cabo de algun tiempo alcanzarlo. Ah! que momento tan feliz! Me reia del verdugo que asomaba su cabeza tembloroso, porque ni aun tenia valor para ser criminal. Llevaba conmigo aquel documento que salvaba la otra víctima, y era mas que un conquistador al pisar el suelo que ha sojuzgado!

—Y por qué no reveló V. al duque la conducta del baron?

—Porque perjudicaba á V., y porque á crímenes grandes, solemnes, corresponden penas solemnes y grandes tambien. ¿V. Victoria nunca creeria la conducta que yo tracé de aquel hombre?

—Nunca! Recordaba con horror ciertas escenas del carruaje!

—Tambien yo las veia desde mi distancia, porque habia leido en el pliego todo el depravado corazon de ese hombre.

—Hoy mismo sabrá el duque.....

—De ninguna manera. Somos perdidos entonces. Es preciso que siga sus planes, para que esos mismos planes le maten.

—Pero y los daños...?

—Daños ninguno puede hacer ya: le seguimos muy de cerca, y le dejamos ir solo por su perdicion, solo, aislado, con los brazos sujetos. Ante sus pies está abierto un precipicio... calle V. y se hundirá en él.

—Pero y Carolina?

—Ese es mi segundo objeto. Ante todo, ¿quiere V. saber de qué proviene esta melancolía, este espanto, este terror que infundo á cuantos me miran?

—En efecto que parece V. un cadáver.

—Amo, adoro á Carolina, y Carolina no me ama!

Una pausa solemne sucedió á esta triste revelacion.

No sabemos en qué podrá consistir, pero nos complacemos en repetir, en recordar lo que nos hiere, encontrando un gusto raro, odioso, en saborear aquel acibar.

Y lo que es mas espantoso todavia —continuó Alfonso exaltado— no me ama, tal vez me aborrece porque adora mas que á sí misma, á ese infame baron que la odia de muerte.

Victoria quedó confusa como quien no comprende lo que le dicen, encontrando monstruoridad, cuando menos contradiccion, en lo que afirmaba Alfonso.

—V. no creerá lo que la digo: yo tampoco lo creia, pero es preciso creerlo.

Otra pausa sucedió.

—Por una promesa falsa pasó el pliego de mis manos á las de Azálvaro. Yo tenia, como recompensa, la prueba de la falsedad de aquel enlace, pero quise cerciorarme mejor, y ví que se me armaba un nuevo lazo. Por una casualidad, el agente mas principal del

baron es un zapatero á quien mis padres libraron de la miseria en Segovia, por mucho tiempo: en el corazon de este hombre no se habian estinguido los sentimientos de gratitud, y gracias á esto, y á mi actividad, pude librar á Carolina de la muerte que la aguardaba. Esto no lo sabe el baron, porque aun no es tiempo. Carolina está salva, la duquesa tambien, y solo Alfonso padece, y padece hasta morir!

—Aun alguna esperanza!

—Ninguna, Victoria: y tan perdida la tengo, que tranquilamente rompo en presencia de V. este documento, que tantos sacrificios me costó recabar.

Dijo esto Alfonso rompiendo el pliego que el baron le diera en el capítulo diez de la primera parte.

—Qué ha hecho V.! ¿y el baron quedará impune?

—He dicho á V. que no! Oh! el baron no quedará impune: Me ha hecho mucho daño para que yo le perdone. Está bajo *mi proteccion*, y soy eternamente su sombra!!

Con tanta melancolia, con tan segun-

da intencion espresó Alfonso estas últimas ideas, que Victoria, con su clara penetracion, llegó casi á comprender el misterio que envolvian; pero desechando sus temores, y aguijoneada por las exijencias de una antigua, sincera y entrañable amistad, esclamó:

—Y Carolina? ¿dónde está Carolina?

—Como decia antes, es mi segundo objeto. La infernal pasion que profesa á Azálvaro la conducirá presto á la tumba, y queria encargarla al cuidado de V. porque el mio podria faltarle. Ahi tiene V. las señas de su casa, pero le suplico por el mismo bien de esa desgraciada, que no publique nada con respecto á ella. El zapatero, mi tia y yo somos los únicos que sabemos donde está. Como hasta aqui, nada la hará falta, pero ni mis visitas la lograrán ya distraer, ni aun cuando asi fuese... En fin, ruego á V. que nunca la hable de mi, ni del baron tampoco. Si la infeliz espira cerca de V., entonces—porque ya no la podrá agravar,— pronuncie V. el nombre de *Alfonso*, y acaso lograré una lágrima siquiera de la muger que amé. Una co-

sa siento solamente y es, que crea que mis manos se han manchado por celos, por venganza. Este pensamiento me devora: pero V. la dirá en mi nombre, que el honor de mi familia asi lo exijia, y que sin embargo, aun de él hubiera prescindido si advirtiera que la amaba. Pero, no, nada la dirá V. Carolina vivirá mucho porque solo Alfonso morirá!

Zúñiga queria hablar, pero no podia. Estaba muy afectado con las palabras que cortadamente habia arrojado, y sus ojos de nuevo estaban preñados de lágrimas. Victoria tambien lloraba.

. . . .

Era la última vez que se veian aquellas dos almas nobles, anjelicales.

. . . .

Alfonso, un cuarto de hora despues, salia de la casa del Duque de San Vicente. La Duquesa se vestia apresuradamente.

CAPITULO VI.

Infamia y cobardia.

Cuando, ya por efecto de una revolucion, ya por el cambio de un Ministerio, el sistema personal interior de un Estado se varia, hay cierta marcha trazada de antemano por los que han logrado encumbrarse, que tan precisa para la existencia del nuevo orden, como perjudicial suele ser las mas veces, para la mayoria y los intereses de la nacion. Regularmente en estos trastornos no se atiende al bien general, ni aun siquiera al de un partido entero, sino solo á las exigencias, á las ambiciones de cuatro corifeos, que detrás de unos cuantos alborotadores, dirijen desde buen lugar el trastorno que han premeditado. Esta conducta rara, es, si se quiere, lójica en la marcha de los partidos, porque pocas veces toda una fraccion va de acuerdo en los medios de administracion y de réjimen, al entrar en el personal que

ha de representar *cumplidamente* sus ideas. Se trama una revolucion, se lleva á cabo, y se logra el fin principal, que es reducir á la impotencia al que antes ocupaba el mando; conseguido esto, empiezan ya las rivalidades, las exijencias de intereses y de relaciones, y desde entonces el que se constituyó en gobierno, empieza á sentir los venenosos tiros de sus adversarios políticos, y de sus correligionarios; los primeros luchan, siguiendo el trazado círculo vicioso; los segundos hieren, porque á su vez quieren llegar bajo los mismos principios al suspirado puesto en que sus hermanos se ven. De aqui nace esa monstruosa contradiccion, que se advierte en la prensa política, esas variaciones momentáneas y ridículas, y esa necesidad que tiene todo gobierno de dictar medidas desquiciadoras y perjudiciales, sí, pero irrecusables para sostenerse algun tiempo en su culminante posicion.

Es imposible, de toda imposibilidad, que exista, en España principalmente, un gobierno benéfico, reparador y jus-

to, bajo las instituciones que lo rijen, mientras tenga que luchar con el continuo oleage de una prensa apasionada, que lejos de discutir, dilucidar, desentrañar, increpa, zahiere, insulta, todo por sistema, todo por cálculo, todo por interés. No nos fijamos en época determinada, ni señalamos este ó aquel órgano; tampoco negamos que en el largo período de nuestra revolucion, ha habido honrosas escepciones; esto seria tan espuesto, y sobre todo, tan inútil, como los esfuerzos de esas mismas escepciones, que han pasado rápidamente sin apenas dejarse conocer.

Entrando en la aplicacion de estas teorias, y concretándonos á nuestro objeto, debemos decir, que á poco tiempo de la subida al ministerio del Duque de S. Vicente, salió en el diario oficial un decreto disolviendo las Córtes, que en su mayoria le habian encumbrado. Este acontecimiento raro, considerado abstractamente, no ofrece ya el caracter de monstruosidad é interés esclusivista que en los primeros tiempos tuvo, por las mismas razones

que someramente hemos apuntado en los párrafos precedentes.

La mayoria del Congreso que habia encumbrado á S. Vicente, acababa de lanzar del poder á unos hombres salidos de sus mismas filas, y de consiguiente habia pasado dos veces por todas esas luchas, maquinaciones, intrigas y conciliábulos que traen consigo las combinaciones de ministerio, en los gobiernos Monárquico-Constitucionales. Aparecia, ademas, que la minoria prestó su apoyo, tal vez indirectamente, á los recien elegidos, y esta aproximacion de hombres opuestos alarmaba, con razon, á aquellos, temiendo que pudieran entenderse de nuevo unos y otros, y recelando, mas que todo, la veleidad del partido que ya habia pensado dos veces de distinto modo. Era, pues, preciso que no volviese á pensar mas. Por consecuencia el pueblo *fué consultado* de nuevo. El aplazamiento de las nuevas cortes se hizo á cuatro meses, contados desde la fecha de la disolucion, y los ánimos estaban ajitados, porque en todo el reino se verifi-

caban las elecciones: verdadera farsa, que aunque se comprende, no se destierra del teatro político.

Nuestro baron de Azálvaro, que abanzaba elásticamente en sistemas de gobierno, conservando siempre una especie de conviccion política á la que se replegaba cuando palmo á palmo tenia que ir cediendo el terreno, sintió en el alma aquel golpe mortal, que desbarataba sus planes; pero, sin desconfiar por eso, se lanzó de nuevo á representar su papel, resignado en esa esperanza que nunca abandona á los hombres de partido, y mas principalmente á los que, como el baron, no creian en mas que su ambicion disfrazada con este ó el otro antifáz, y encaminada por esta ó por aquella senda. Penetremos en su despacho y comprenderemos mejor cuanto acabamos de decir.

Sentado á la mesa que ya conocemos, revuelve ajitadamente, como un jugador la baraja, un promontorio inmenso de cartas, paquetes, y periódicos, que toma, deja y vuelve á tomar, retratándose en su rostro el contenido mas

ó menos agradable de lo que apenas leian sus ojos. A su derecha y casi oculto por la sombra de una de las puertas de los balcones, se veia sentado con ridícula afectacion, un hombre en cuyo conjunto no habia mas de notable que dos ojos relumbrantes, fijos en los documentos que el baron ajitaba: este hombre era el zapatero Manuel, llamado poco antes por su antiguo confidente, á quien habia tiempo no servia con fidelidad. Aquellos dos seres tan diversamente delineados á la escasa claridad que penetraba en el salon, representaban no muy mal la *ambicion* y el *miedo*.

—Despreciable provincia!.. decia el baron rompiendo una carta, y dos periódicos; —quiere mas sufrir el látigo positivo de un tirano, que los azares dudosos de un cambio radical. ¿De qué han servido mis discursos impresos, mis promesas pomposas, y hasta mi firma? De nada! Oh! si llego al poder sentirás, imbécil provincia, la desnivelacion de un sistema tributario!...

Se fijó en un gran pliego, y lleno de júbilo esclamó: — Bien! muy bien!

«Estas costas viven del contrabando y necesitan unos gefes de hacienda que no rehuyan, cuando menos, la connivencia: si el cuerpo de costas, en quien *por ahora* confiamos, se llegase á oponer algun dia, teniendo aquel gefe de nuestra parte, con un informe al superior se quita el obstáculo y se da una leccion para el porvenir. Es preciso, ante todo, montar este cuerpo militarmente, por las razones que mas adelante se esplicarán. Todo esto ha sido ofrecido en nombre de V., y no dudo un momento que el escrutinio general le dará el triunfo que desea.» —Sí, sí, ya soy diputado! Serán cumplidas esas promesas. Procuraremos que se atienda mas á la disciplina que al celo, y los alijos se harán... no en las costas, no en los puntos... en mi gabinete.

Continuó ojeando.

—¿Ha habido desórdenes? ¿Una urna electoral se ha roto?—Resultado—seré representante! Los fines santifican los medios. En subiendo yo al poder se comprarán urnas, y se remediarán los desórdenes... ¿Dice este papelucho que

mi presencia en Asturias ha sido perjudicial? ¿Y por qué, miserable declamador? ¿Por que imité el ejemplo de mis antecesores para que *no se estraviase* la opinion pública? ¿Qué hombre, cuando tiene un *grande interés* en ser diputado, no vá él mismo en persona á abogar por su causa? He hecho alguna cosa nueva? ¡Maldita prensa! siempre falsa! siempre inconsecuente! siempre interesada!

Siguió el baron revolviendo papeles, y haciendo sus comentarios acerca de ellos, con la *calma* y la *independencia* que de los anteriores, amenizándolos mas y mas con esas palabras que abochornaron á Carolina, y de que tenia una abundante copia, consecuencia de su desmoralizacion, el que aspiraba á dirijir los destinos de un pueblo entero. Al cabo de un largo espacio volviéndose hácia el zapatero le dijo:—

Manuel, los tres meses de ausencia, que supuse al estranjero, serán suficientes para llegar á sentarme de nuevo en la cámara popular. Por tres provincias seré, hasta ahora, elegido para

este cargo, contando, entre ellas, con esta de Madrid; necesito de nuevo tu apoyo, y el de tu gente, y para esto te he llamado.

—Puede V. S. contar conmigo... como siempre.

Esta servil promesa fue tartamudeada por el zapatero.

—Bien. Ante todo: estraño mucho que el encargado de Carolina no me haya acusado el recibo, y dado cuenta de mis prevenciones. He preguntado, he visto toda la correspondencia de los tres meses, y nada, nada he encontrado.

—Duda V. S. de mí?

—No.

—¿Y no cree V. S. que sabiendo ese corresponsal su ausencia, y la confianza que en mí ha depositado, haya juzgado inútil, sino comprometido, ese aviso?

—Bien: pero ahora es preciso avisarle mi llegada, y saber de esa mujer á quien podemos contar ya...

—Fuera de combate, concluyó Manuel dando un ambiguo sentido á la espresion.—Veamos lo que tiene V. S.

que prevenirme.

Las elecciones en esta capital se van á verificar; mientras yo influyo en las mesas para su constitucion, es preciso que tú trabajes entre los que ya conocemos: los que no sirvan para evitar, podrán ser útiles para aterrorizar, para exijir una impertinente justicia de los *sospechosos* y animar á los *amigos*. En último caso, ya has oido, en Cádiz una urna electoral ha sido....

—Estoy al corriente.

—Todos los dias ven á recibir mis órdenes, y á comunicarme cuanto ocurra y cuanto sepas.

Se disponia el zapatero á salir cuando un lijero ruido, acompañado de voces, se percibió no lejos de aquella estancia. Levantóse Azálvaro, para ver lo que lo ocasionaba, con ese miedo ridículo del infame que hasta de sí mismo se asombra, á tiempo que entraba un jóven resuelto y arrogante, seguido de los criados que pretendian impedirle el paso.

—Qué es eso? gritó Azálvaro.

—Señor, dijo uno de los criados, es-

te hombre, á pesar de decirle nosotros que no podia verse á V. S., se ha obstinado en entrar y ha osado vilipendiarnos.

—Idos, dijo Azálvaro á los criados, no atreviéndose á decir lo mismo al nuevo personaje, porque sus ojos de fuego, y su actitud resuelta, imponente, revelaban que no habia entrado con ánimo de salirse sin cumplir su objeto. Los criados se alejaron murmurando, y el zapatero, con una mirada que revelaba conocer al jóven, despidiéndose del baron quedó oculto entre el tapiz de la puerta por donde salió.

El baron y el desconocido quedaron solos. Este último, desde que entró en el despacho, se habia entretenido en observar cuanto le rodeaba, con cierto sarcasmo, que se aumentaba al paso que el instante de hablar iba acercándose. Al verse ya en el caso de evacuar su comision, asió fuertemente por el brazo al de Azálvaro, y mal reprimiendo una ira feróz, que le encendia el rostro, esclamó.

—Señor baron de Azálvaro, V. no me conoce?

El baron, por un movimiento natural, dió dos pasos á retaguardia, y procuró deshacerse de su improvisado interpelante, pero esta diligencia fue inútil: estaba preso fuertemente por un brazo de hierro que estrechaba progresivamente su presion, y que palpitaba con violencia. Azálvaro era irascible tambien, como ya hemos tenido ocasion de conocer, y aquella brusca acometida le irritó estraordinariamente, pero conociendo que toda baladronada ó terror, era, cuando menos, inútil en aquel instante, afectó una fria y sarcástica calma, al contestar al joven desconocido.

—Si V., señor mio, no me revela su nombre...

—Tanto mejor, siguió el otro creciendo en su irritacion, con eso veré si al declarárselo conserva un resto de pudor para morirse de verguenza.

Azálvaro perdió la color, y rechinaba los dientes de coraje. Dió unos pasos y gritó.

—Con quién piensa V. que está hablando, miserable alborotador?

—Estoy hablando con el ente mas vil

y despreciable de la sociedad: con el hombre que ha jugado su honor, y que ha tenido la audacia de querer engañar á una joven, despues de haber asesinado à tantas otras. Estoy hablando con el estafador de los caudales públicos, con la inmoralidad misma, en fin, con el baron de Azálvaro!!

Como un chacal que se siente herido, dió un salto terrible Azálvaro, lanzando un resoplido espantoso y crispándose sus nervios. Al sacudimiento sobrenatural que hizo, se vió libre de la terrible mano que le partía el brazo, y dirigiéndose rápidamente á la cinta de la campanilla que estaba al lado derecho de su mesa, ya iba á asirla para tirar de ella, cuando el desconocido, penetrando su cobarde idea y agarrándole por el cuello, con un impulso estraordinario, rechazó su cuerpo, que balanceándose vino á caer sobre un sillon, necesariamente lastimado. Un horrible alarido exhaló Azálvaró, pero se libró del segundo, porque la mano de plomo del jóven impidió la salida con una celeridad prodijiosa.

Continuó así:

—Cobarde! infame! Soy Rovira, el amante de Luisa, de esa jóven inocente á quien queria V. seducir como á Carolina. ¿Sabe V. ya quién soy? ¿Lo sabe V.? Pues ahora es preciso que nos batamos los dos. Ninguna arma conozco, pero, no importa: para acabar con V. solo son necesarios estos puños.

Y los aproximó tanto á los ojos del baron, que este temeroso de una nueva envestida, se incorporó rápidamente, ordenando su cabello, y limpiándose una gota de sangre que saltaba de su mejilla.

—Escoja V. armas, continuó Cárlos cruzándose de brazos, y retirándose del baron, porque comprendió que sin este paso nada resolveria.

Este, así que se vió libre, esclamó:

—Yo armas? La horca es la que escojo para V.: el baron de Azálvaro no se bate con un ladron, con un asesino, que viene á matarlo desprevenido.

Y al decir esto último, alzó la voz para ser oido. Cárlos entonces continuó.

—No grite V. que será inútil: ya veo que es V. tan vil como cobarde; está demas toda escusa; ó se bate V. conmigo, ó le escupo y le pisoteo. Yo sé que los tribunales darán á V. la razon si hoy salgo de aquí sin vengarme, porque los jueces atenderán á V., y por eso, yo mismo estoy resuelto á administrarme la justicia.

En esto se oyó un ruido detrás del tapiz de la puerta, y no con mucho trabajo podrian verse los ojos del zapatero, que respirando avidéz y alegria, devoraba la escena tumultuosa que se representaba en el despacho. El baron creyó que este ruido era causado por alguno de sus criados que pasaba casualmente, ó que acudia á las voces que habia dado, y animándose con el valor que inspira al cobarde la proximidad de un vergonzoso auxilio, acercándose á Cárlos le dijo:—Con los salteadores de casas no tiene otras armas el baron de Azálvaro que esas.

Y le sacudió un enorme bofeton que le hizo vacilar.

Aterrado Cárlos por tan inesperado

ataque, rabioso por la afrenta que habia recibido, y ofuscado por la ira, el despecho, la ferocidad que en aquel instante sentia, perdió la razon; llevó ambas manos á su rostro; fijó sus ojos un instante en Azálvaro, y se lanzó de un salto sobre el confiado baron, que desgraciadamente habia visto burladas sus esperanzas.

Una lucha de dos segundos sucedió á la brusca embestida, y durante ella solo se oia el crujido de los miembros, el ajitado estertor de la fatiga, y el choque de los cuerpos que rodaban sobre los muebles de la habitacion. Al cabo de esta lucha se pusieron de pié los dos objetos que la formaban, y uno balanceándose sobre sí mismo, perdió la gravedad y fue á caer horizontalmente, sobre el suelo, con el peso, como el ruido de una barra de hierro, quedando despues inmóvil.

Cárlos, que era el vencedor, ciego aun de cólera echó mano á un puñal que llevaba guardado, y sacándolo, ya lo blandia sobre el pecho del desfallecido Azálvaro, cuando otra mano

mas fuerte le detuvo en el instante de cometer el crímen.

—Serénese V., Cárlos, y sígame sin detencion.

—Déjeme V... que muera!

—Sí, es muy justo: pero aun no es tiempo. Sígame V., y sabrá donde vive Carolina de Solís, y hará V. un servicio importante á las víctimas de ese pobre hombre. Sígame V.

Y lo arrastró hasta la puerta. Cuando atravesaban esta, Azálvaro empezaba á revolverse, y á limpiarse con una mano la abundante sangre, que enrogecia su rostro.

CAPITULO VII.

Sensaciones diversas.

Volvamos á considerar la infortunada suerte de una mujer jóven y hermosa en otro tiempo, que tiene una parte muy sencial en nuestra historia.

Carolina de Solís vivia en una calle solitaria, y apartada del centro de

la poblacion, sin otra compañia que la de una criada, ni mas distraccion que sus eternos pesares. Aislada enteramente, sin ver ni hablar á persona alguna, mas que á su jóven libertador, que de tarde en tarde llegaba silencioso y abatido tambien, á pasar unos instantes á su lado, pudiera decirse que aquella planta de la raza humana, estaba muerta para todas las demas, como la rosa que separada de su tallo, bebe míseramente su mezquina existencia del agua del vaso que la contiene. A tantas penas y tan dolorosas emociones como habia esperimentado esta débil víctima de la fatalidad, sucedió, como era indispensable, un abatimiento, una languidez física y moral, que la colocaba en el estado de la mas completa indiferencia, con respecto á cuanto la rodeaba; y es indudable que si en uno de los accesos de melancolía que multiplicaban esta inercia, se hubiera puesto á su vista la imágen de una felicidad perfecta, no se habria alterado mas que si ante sus

ojos se ofreciese el espantoso amago de la muerte; ambas ideas carecian de fuerza para conmover el corazon de quien á impulso de tan crueles emociones habia estinguido necesariamente la sensibilidad.

Pero aquellas noches tétricas, dolientes, desamparadas, que de continuo mantenian abiertos los párpados de Carolina, y aquellos dias sin consuelo, enteramente iguales entre sí que siempre llevaban en cada una de sus horas, en cada uno de sus minutos, los abrasados sollozos de su pecho, no podian menos de producir su pernicioso efecto sobre la delicada máquina de una muger todavia no formada completamente. A tanto discurrir, sobre un objeto, las facultades intelectuales embotaron su vigor, y á tanta opresion como el corazon sufria, la sangre ardió en las venas, y una fiebre lenta, pero inevitable, minó rápidamente su existencia.

¡Pobre muger marchita! Pobre muger abandonada por ese mundo ingrato en que nació! Pobre ser des-

tinado por la naturaleza á formar el encanto de otros seres, y condenado por la maldad á adivinar una multitud alegre, bulliciosa, y satisfecha que gira en torno de ella sin cuidarse de que padece horriblemente, y sin dirigir siquiera una mirada de compasion á quien tal vez podrá contar pocos dias de vida sobre la tierra!..

La mañana de que hablamos estaba Carolina de Solis sentada en un sillon descansando de las congojas que la habian molestado con mucha violencia durante toda la noche, y sus hermosos ojos, mas hermosos aun con la melancolía del pesar y el brillo de la fiebre, se hallaban velados casi del todo por sus grandes y empañados párpados. Un brazo, reposando sobre el del sillon, sostenia la tersa, pero pálida frente de la desgraciada, y los descoloridos labios entreabiertos, daban paso á una respiracion acelerada y débil. Asi gozaba un leve descanso en su continua pena; cuando un personage, desconocido para ella, vino á sacarla de su enagenacion.

Carolina, que tenia toda la bondad de los infortunados, al saber que habia un caballero procurando hablarla, se incorporó en el sillon, pasó ligeramente la mano por los párpados, y mandó que permitiesen la entrada al desconocido.

Este no era otro que Cárlos, el amante de Luisa, el cual, espresando cierta timidez, como si le repugnase el paso que se habia propuesto dar, se acercó á Carolina y la saludó con finura.

—V., señora, estrañará que sin haber tenido el honor de alimentar relaciones amistosas con V., hasta este momento, me presente en su casa, y lo que es mas todavia, me determine á suplicar á V. que tenga la bondad de hacerme revelaciones, á que por ningun título tengo derecho: pero he creido reconocer en el angelical caracter que de V. me han descrito, un ser tierno y abatido por el dolor, y este, señora, es un precedente que alienta mi confianza, porque trato de evitar la desgracia de una jóven pura y sen-

cilla, deslumbrada por los primeros rayos de la sociedad que ofendieron su vista.

—Caballero, creo reconocer la sinceridad en el acento de V., y un objeto tan laudable como el que le ha conducido á mi presencia, merece á la verdad todos los esfuerzos de los dos. Hable V.

—Voy á manifestar con toda sinceridad los motivos del interés que este asunto me causa, porque despues habré de rogar á V. que tenga confianza en mí, de quien pudiera recelar en otro caso. Yo he mantenido por espacio de años enteros, esperanzas muy halagüeñas, fundadas en las relaciones que me unian á la jóven por quien me intereso, y he visto que un hombre cargado de crímenes abominables trataba de perderla. Señora, yo sé que no será indiferente para V. la jóven de quien hablo, porque es hermana del libertador de V., Alfonso de Zúñiga.

—De Alfonso!!! ah!. le debo la vida!! qué puedo hacer por su hermana?

—El hombre pérfido es el baron de Azálvaro!

La fisonomía de Carolina varió completamente, reflejando todos los dolores de su alma, presentes á un tiempo á su memoria: y del seno agitado con violencia, salió un débil quejido, apenas perceptible, que Cárlos no dejó pasar desapercibido, pero sí disimulado. Despues de una ligera pausa continuó.

—Yo le he visto manchar el nombre de V. pronunciándolo confundido con frases de amor dirigidas á Luisa, y negando crédito á las palabras infames de un hombre infame, he sabido por medio de un agente del baron, arrepentido de servir sus proyectos criminales, que V. era víctima de la maldad de ese hombre detestable.

—Ah!.. lo soy!.. lo soy... dijo Carolina casi trastornada por el dolor que esta revelacion de una nueva infidelidad de Azálvaro habia impreso en su debilitada mente.

—Pues bien, señora, dijo Cárlos conmovido, aunémonos y salvemos á Luisa.

—Oh!... si yo no puedo nada!... nada!..

—Pero al menos, me será permitido rogar á V. me indique si hay un obstáculo insuperable que haga criminales las relaciones de esa jóven inocente con el baron de Azálvaro?—Conozco que no seria disimulable mi audacia en cualquiera otra posicion; mas... V. adivinará perfectamente que merece indulgencia mi angustia.

Carolina se esforzó por sonreir, y contestó con un acento de amarguísima y desesperada ironía.

—El baron de Azálvaro... era mi esposo!

—Bien lo creia yo... esclamó Cárlos, bien me decia el corazon que solo perfidia y crímen respiraba ese mónstruo. Mas... señora, yo juro á V. que está muy próximo el dia de la espiacion... que tal vez luce ya, y en este caso...

—No.. no!!. caballero; yo engañada, yo infamada, yo abandonada por un hombre que me juró fé ante los altares, le ruego á V. que no me haga bajar al sepulcro con el sentimiento

de haber sido causa del menor infortunio para ese hombre!

—Pero.. y la venganza de tanto como ha hecho que padezca V?..

—¿La venganza!.. no hallan eco los sentimientos de venganza en un alma, que apenas sostiene un cuerpo desfallecido...

Cárlos miró con sorpresa el pálido rostro de Carolina, y creyó estar viendo uno de esos espíritus alados que rodean el trono del Hacedor supremo. Cuando su sorpresa hubo cedido un tanto, se atrevió á preguntar...

—Señora, qué castigo impondria V., pues, á quien tan horriblemente ha ofendido á V. y á Dios, en cuya presencia juró amor eterno á su esposa?

—Le tenderia los brazos, y le diría, esposo, esposo mio! por qué razon has sido tan cruel con tu Carolina, que siempre te ha querido?.. Y verteria sobre su rostro ardientes lágrimas de generosa reconciliacion, no menos dulces que las del amor primero. Este solo es el castigo que le impondria yo por haberme causado la muerte.

Cárlos enmudeció ante la espresion de tan sublime abnegacion, y sintió fuertemente oprimido el corazon al ver impresa sobre el rostro de la jóven, la indeleble marca de una breve existencia. Ella lo conocia tambien, pero serena, resignada, esperaba sin desearlo el dia en que terminasen sus padecimientos, y cuando algun objeto terrestre lograba tener parte en sus fervientes oraciones, solo era para pedir perdon é implorar un rayo de luz divina que dirijiese al bien las estraviadas inclinaciones de sus semejantes. Sin embargo, un sentimiento humano llamaba de tarde en tarde su atencion sobre la tierra, haciéndole desear el mundo, la sociedad, y este sentimiento era el amor inestinguible que profesaba al baron, y que en aquellas circunstancias se revestia con las formas de los celos. Ella hubiera querido, cuando se presentaban á su imaginacion aquellas ideas, ver, escuchar á cuantas personas rodeasen al baron; pero despues tendia la vista en rededor, y al verse aislada, sin la menor relacion con esa multitud que

vive, hacia recaer los sentimientos de su alma sobre otro ser humano que reclamaba con vehemencia su gratitud. Este ser era Alfonso, y estos dos restos de sus pasiones, los únicos que la recordaban otros dias de agitacion y de ventura!

En el momento de que hablamos, despues de haberse entregado á la habitual dulzura de su carácter, recordó que Azálvaro habia dado motivo á los celos de Cárlos, y á su vez sintió pasar por su mente un rayo de celos, que solo duró el tiempo necesario para un violento latido del corazon; mas, tal vez sin esperanza de poder cumplir lo que ofrecia, dijo á Cárlos que le seria quizá posible hablar con Luisa, y entonces le manifestaria todo lo peligrosas que necesariamente habian de ser unas relaciones con Azálvaro.

—Con todo, yo creo, añadió Carolina, que no será el baron tan temible, porque es muy conocida su conducta en toda la córte.

—Pero Luisa no la conoce aun, y solo está desvanecida por la primera

impresion de una sociedad nueva para ella.

—Y qué datos tiene V. para suponer la existencia de tales relaciones?..

En esta pregunta se mezclaba tambien parte de interés propio.

—Yo mismo tuve ocasion de oir una cita que le dió para un baile de máscara que debe celebrarse esta misma noche.

—Un baile de máscara! y... dónde?..

—En casa de...

Cárlos no recordaba el nombre de la señora en cuya casa debia tener lugar, y sacando la cartera, leyó en una de sus hojas un nombre de muger y un título, escritos apresuradamente con lápiz: el primero era el de Carolina; el segundo decia: « La marquesa de Campolís.»

—Esta es la señora, dijo á Carolina, y le enseñó la línea que formaba su escritura del título.

—Ah! bien, bien! murmuró la jóven: procure V. ir á él.

—No faltaré, señora: en ello estoy sumamente interesado.

Carolina formó la resolucion de presenciar por la última vez un baile de máscara.

Cárlos, que en esta entrevista por una justa prudencia, habia guardado un relijioso silencio acerca de la escena violenta que habia tenido con Azálvaro, se retiró, y en la puerta vió á una jóven elegante y hermosa, que sorprendida le preguntó si vivia en aquella habitacion una señora sola, que estaba enferma.

—Creí que me habia equivocado; dijo, despues de oir la respuesta de Cárlos.

Esta señora no era otra que la duquesa de San Vicente, íntima amiga de Carolina, y con quien la unian las mas verdaderas simpatías.

Dejémoslas entregarse á la efusion de sus afectos, y pasemos á la casa de Campolís, donde tal vez tendremos ocasion de verlas nuevamente.

CAPITULO VIII.

Un baile de Máscara.

La estacion en que la marquesa de Campolís habia decidido proporcionar una noche alegre á sus numerosos amigos, por medio de un baile de máscara, no era ciertamente la mas á propósito para ello, porque pasadas ya las noches que en el año se destinan á este recreo, dejaba el calor sentir su peso, y molestaba en alto grado á los que ocultaban su rostro bajo el incómodo antifaz.

Tampoco es lo mas comun que en reuniones compuestas de la clase de personas que habian de formar la de la marquesa, se haga uso de la careta, y se constituya un verdadero baile de máscara, pues es lo regular que se elimine esta parte del disfraz y quede reducida la reunion á un baile *de trages*, cargado con todas las incomodidades de los de máscara, y falto de las ventajas que pueden hacer á estos agradables.

Sin embargo, para disculpar tales irregularidades, haremos notar que las escenas que vamos describiendo, tenian lugar todavia en la época del furor por estas diversiones, y que la marquesa era frenética en su favor. Por ajustar su talle y cubrirlo con riquísimas telas de animados colores; por mezclarse entre los grupos bulliciosos y dar pábulo á la chismografía con sus atrevidas *bromas*, por ponerse en juego para el baile y estar danzando toda la noche con libertad, hubiera consumido la marquesa sus rentas alegremente, si consumirlas fuera preciso en este caso. Hé aqui la razon para que no se hubiese abolido la careta; porque la marquesa decia, y decia bien, que no habiendo esposicion de que á su casa concurriesen personas indignas de alternar en tal reunion, máxime obligando á las que llegaban á descubrirse á la entrada, y no pudiendo hacerse incómoda la careta por la libertad que cada uno tenia para despojarse de ella apenas dejase de ser de su gusto, esta-

ban prevenidos todos los males qne se pudierán temer, y al mismo tiempo quedaban en pié todos los bienes que se pudieran desear.

En cuanto á lo intempestivo de la época, mediaban ademas para disculpa, ciertas razones de diplomácia femenil, ciertos piques aristocráticos que no habian podido ser solventados en tiempo oportuno: y como hasta entonces humanamente fue imposible hacer los preparativos necesarios para obtener un triunfo, no es de estrañar que se retardase el baile hasta algunos dias despues de la última señal de vida que suelen dar, para desquitarse de la tristeza de las ya pasadas ceremonias religiosas.

Con objeto de dar toda la amplitud y desahogo posibles á la reunion, considerando la poca estension de las salas de baile, se habian dispuesto como adyacentes otras espaciosas habitaciones, algunas de las cuales se hallaban provistas de viandas esquisitas y deliciosos helados para los concurrentes. Magníficos aparadores cargados de

cristal y plata reverberaban en trémulos reflejos las luces de las lámparas simétricamente colocadas en derredor, y sobre veladores de mármol se servian cuantos manjares podia requerir el gusto menos satisfecho. Con el fin de obviar el inconveniente, ya otras veces esperimentado en casa de la marquesa, de no tener un sitio á propósito para colocar una pequeña orquesta, indispensable ahora, en una habitacion que durante toda su vida solo sirvió de alcoba, pero que ocupaba bastante buena posicion para que se estendiesenlos ecos á todas partes,se alzó un entarimado, que perfectamente cubierto por ramos y flores, disimulaba el primitivo orígen de su armazon. Ramos y flores tambien, formando un arco prolongado desde la puerta de la calle, hasta la del recibimiento, conducian bajo una plana bóbeda de follage y sobre un piso alfombrado lujosamente, á los salones revestidos de grandes y claros, pero alquilados espejos. Esta última circunstancia no es chocante en un pueblo como Madrid, tan provisto de

establecimientos destinados á enriquecer momentáneamente las casas de cuantos tengan dinero para enriquecer por siempre al usurario prestamista de muebles. El piano habia sido trasladado á otra sala interior, por si acaso algunas parejas querian formar baile aparte del que se debia renovar á cada instante en el salon principal, y suplia en cierto modo la debilidad con que llegaban los ecos de la orquesta: en una palabra, no habia perdonado la marquesa de Campolís medio alguno para que todos los concurrentes á su casa quedasen satisfechos en cuanto fuera compatible con la estension de las habitaciones. Verdad es que en todos aquellos elegantes adornos se descubria desde luego una mezcla de mal tono y un gusto chavacano que denunciaban el carácter de la señora que los habia dispuesto; contribuia mucho á quitar el brillo y magnificencia que habia querido ostentar la marquesa, su mismo deseo de ostentarlo.

Aquella escalera que sencillamente engalanada con algunas macetas de

flores y arbustos, no hubiera chocado al considerar su moderna y pobre arquitectura: enteramente cubierta como estaba, parecia la boca de una profunda cueva, oculta por el follage de la selva: la profusion de arañas con que por su parte interior estaba iluminada, presentaba el aspecto de uno de esos monumentos que tanto agradan á los sencillos habitantes de los pueblos, cuando algun fausto acontecimiento político los llama á la córte; y por último, los escesivamente abundantes manjares, pertenecian casi en su totalidad á esa clase de viandas de pastelería que los gastrónomos llaman *frutas de peso.*

Lujo habia, porque todo se encontraba allí con profusion; pero estaba entendido el lujo como lo entendian los hombres de la edad media, que no creian obsequiar á un huésped, si en el banquete no le presentaban un jabalí ó un corzo en la misma forma que cuando corria libre por las montañas; y estando enterado de lo que ahora se considera como elegante, pudiera de-

cirse que el baile de la marquesa era una segunda edicion de las bodas de Camacho.

Las primeras comparsas que entraron, se esparcieron por los salones para inspeccionar y criticar los preparativos del festejo que se les hacia, y pasearon tranquilamente burlándose sin cesar, hasta que nuevos máscaras dieron motivo y animacion al *delicioso guiri-guiri*, conque hasta las mas delicadas jóvenes cambian su voz armoniosa en el graznido de un pato. Entonces empezaron las intriguillas, los secretos, los chismès, las rivalidades, y los deseos de bailar. Pero estos deseos se hallaban sometidos á la imperiosa ley del buen tono, que manda disimular infinitos impulsos del corazon, por inocentes que sean. En un baile de menos etiqueta nadie hubiera tachado de poco comedido y cortés al que cruzára los salones con paso precipitado en busca de un amigo, sin hacer caso de los que le rodeaban, y en aquel, era preciso andar á compás, estudiando los movimientos, para no apartarse un punto

de la regla imaginaria de la elegancia: en un baile sin tanta ceremonia, hubiera sido permitido reir con toda libertad, siempre que hubiese motivo para ello: pero en este era necesario no dejar salir jamás del pecho una risa sonora, asi como tambien estaban precisados los concurrentes que no llevaban careta, á sonreir continuamente, como si todo les hubiera causado escesivo placer. Habia facultad para hablar fingiendo la voz, porque habia facultad para ocultar el rostro: mas debia fingirse metódicamente, esto es, no fingirla con naturalidad, sino valerse de ficcion hasta para la ficcion misma. Y todas estas, que pudieran llamarse incómodas trabas para constituir una verdadera diversion, eran nada mas que una sombra de lo que han llegado á ser últimamente. El antifaz se ha suprimido en las reuniones de buen gusto; por consiguiente, cuanta libertad concede, ha desaparecido con él: los trages subsisten, pero organizados, por decirlo así, formando vistosas comparsas, que se disponen desde mucho an-

tes de la noche designada: las rivalidades por la riqueza y gracias de cada trage, han crecido asombrosamente, de modo que cada cual procura hacer ostentacion de cuantos obgetos de lujo se puede proporcionar: y por todos estos motivos, de orgullo y presuncion, las desdichadas personas obligadas por su posicion social á ser concurrentes á estos *bailes de trages*, están martirizándose meses enteros en pensar y mandar disponer lo necesario para la noche de su gloria, sin conseguir cuando llega mas que otra noche de verdadero martirio, y algunas discordias, que aumentándose despues, vienen á convertirse en verdaderos odios, causa de enemistad y de pesar.

La noche de que hablamos, se habia revestido el lujo de sus mas bellas formas. Brillantes aderezos de rica pedreria, magníficos vestidos de esquisitas telas, delicados caprichos de airosos trages, todo se veia reunido con profusion en casa de la marquesa de Campolís. Los principales personages de la córte, con especialidad los del

sexo femenino, formaban parte de la escojida reunion, y pudiera con razon decir la señora en cuya casa tenia lugar, que dificilmente se citaria otra en que mejor estuviesen representados el lujo y la belleza.

Sin embargo, la marquesa estaba como preocupada por otras ideas que parecian mas interesantes á su espíritu: hacia los honores de la casa, pero el centro de su corte estaba formado por hombres de esos que llevan las cuestiones de gabinete hasta á los bailes de máscara, y por mujeres de esas que hasta en los bailes de máscara quieren aparentar carácter de hombre.

—Veremos si concurre, decia la marquesa con sigilosa voz: invitado está por mí en persona: pero regularmente no podrá.

—Sospechará tal vez que le conocemos ya?... dijo un anciano con cara de diplomático, que era el mismo que vimos hablando con la marquesa antes de la entrevista de esta con doña Julia de Salem.

—Seguramente no; contestó la mar-

quesa: la Sra. de Salem me dijo que todo habia sido conducido con el mayor secreto.

—Cuando llegará esa señora?.. preguntó impaciente una vieja que tambien era muy afecta al ministerio por razones de familia.

—No debe tardar demasiado: al pasar yo por su casa, estaba el carruage á la puerta... dijo uno que acababa de formar parte del círculo en torno á la dueña de la casa.—No hablan VV. de la señora de Salem?..

—Justamente.

—Ya está aquí... ella es!.. dijo la marquesa, levantándose á recibirla, con tanto agasajo como desvio habia manifestado algunos dias antes.

—¿Sabe V. que es ella?... Preguntó el recien venido, me parece de mucha mas edad!...

—Sí... conozco su trage; replicó la marquesa.

Y al mismo tiempo, tendiéndole la mano le dijo:—¿Qué noticias nos trae V. mi querida Julia?...

—Por ahora, ningunas, marquesa:

pienso que si mañana hubiera sido el baile, no estariamos seguros de su pacífica conclusion; pero...

—Por qué... por qué?.. preguntaron varios á un tiempo.

—Mañana será el escrutinio; en las provincias habrá sido ya tal vez el movimiento: yo tengo motivos para creer que mañana... Mas ahora, continuó doña Julia, el baile debe distraernos de todo lo demás: ¿ven VV. con qué afan viene mi sobrinita por admirarlo?

—Es este quizá el primero que vé en Madrid? preguntó con amabilidad la marquesa.

—Si por cierto.

—Y... diga V., señora, esclamó la anciana que tomaba parte en el debate político; sabe V. si vendrá el baron de Azálvaro?

Doña Julia se sonrojó, creyendo y quizá con fundamento, que aquella pregunta envolvia cierta maliciosa alusion á las relaciones que la unian con el baron: mas esperta en tales casos, se repuso al instante y contestó.—Señora... no me ha dado cuenta de sus in-

tenciones...

Doña Julia que no habia ido al baile con objeto de *embromar*, habia omitido la careta; y Luisa, que acompañando á su tia, debia ser conocida al momento, aun cuando se cubriese el rostro, dejó caer el antifaz, y lo colgó del brazo.

En tal disposicion dieron unas cuantas vueltas por las salas, recibiendo los apasionados saludos de los jóvenes, las reverentes cortesías de los ancianos, y los envidiosos cumplimientos de las mujeres, volviendo despues al lado de la marquesa para felicitarla por la magnificencia con que obsequiaba á sus numerosos y distinguidos huéspedes.

Vamos á separarnos un momento de aquel emporio del lujo, y observaremos al baron de Azàlvaro en su casa, en el instante mismo de que hablamos.

—Es preciso apresurar el golpe..! decia paseándose por su habitacion : mi eleccion ha fallado en dos provincias... pero no pasarán muchas horas sin que...

Tal vez en este momento arden bajo la venganza de los mios provincias enteras de la nacion española. Oh!.. toda... sí, toda ella ha de venir á humillarse bajo mi poder!...

—Pero... dijo parándose y colocando un dedo sobre su mejilla derecha en señal de meditacion; yo no sé que era una cosa que debia sin remedio haber hecho esta noche!.. Y... no era precisamente de la revolucion!.. Voto va!.. que memoria tan infeliz!! Veamos!... dijo sentándose para recapacitar con mas calma.—Son las doce... A la una saldrán de la junta general de los encargados en cada barrio... á la una y media está en mi casa Manuel: á las dos... qué diablos!... no acierto!...

Pero como iluminado por una idea repentina, empezó á revolver los papeles que estaban sobre la mesa, reconociéndolos uno por uno y diciendo siempre.—Esto no es!.

—Periódicos... cartas... cartas del gefe en Francia... pronto se habrán cumplido mis deseos!.. Estas esperanzas no fallarán, porque asegura termi-

nantemente que tal vez dentro de muy pocos dias me habré vengado!... y seré.. gefe de la nacion!! pero... esto no es lo que ahora busco. Y colocó la carta cuidadosamente sobre la mesa, como si temiese que hubiera de quebrarse dejándola sin tanto pulso.

—Aviso de mis agentes en Aragon... Otro en las provincias... Otro... ¡que bien dispuesto se halla!... pero nada de esto es.

Por esta vez, dijo al mismo tiempo que continuaba registrando, no fallará... no!... y pronto!... Mas helo aquí! una invitacion personalísima para el baile de la de Campolís! Ciertamente estoy yo para bailes! Veremos si despacho pronto quehaceres mas interesantes, y asistiré un momento para que no sospechen; porque á la verdad, sin un motivo político, ¿á qué podia venir tan fina atencion de parte de una muger tan opuesta á mis ideas?.. A mas de que tambien á ellos les servirá de algo este baile... si... bueno es ver. Iré, veré!

—¿Puedo pasar, señor baron? pre-

guntó levantando el tapiz, el zapatero Manuel.

—Adelante!.. Cómo tan pronto?

Es asunto que se despacha en un vuelo, cuando todos están conformes: aqui tiene V. S. las firmas de muchos que votarán.

Azálvaro cogió con precipitacion el papel que Manuel le presentaba, y lo leyó rápidamente.

—Con qué... están dispuestos?

—Ya lo vé V... ó V. S... tartamudeó el zapatero.

—Dame esa mano!. Cuando en vez de *señoría* me tengas que llamar *escelencia*, te prometo que nos hemos de tutear!...

El zapatero murmuró palabras ininteligibles, que así podian ser de reconocimiento como de mofa, y esperó á que le interrogase el baron.

—Pero ¡qué silencioso! dijo este: no ¿han estado muy animados...?

—Como yo puedo desear! no es necesario decir mas.

—Perfectamente!.. perfectamente!.. ahora si que soy capaz no solo de ir

al baile, sino de bailar tambien!

Poco despues salia el baron vestido con el mas esquisito esmero, pero de sério, y partia en un coche con direccion al baile de trages de la de Campolís.

El zapatero salia tambien de casa de Azálvaro, y decia cruzando á pié las calles de la córte, apenas alumbradas por faroles agonizantes.

—Pues si tan ciertas son las esperanzas de las cartas de estrangis como las de mi lista de electores!... le aseguro que puede echar en remojo su ministerio!...

Volvamos al baile.

El duque y la duquesa de San Vicente habian acudido tambien á rendir un tributo á la elegancia: sentados cerca de la marquesa, y en medio de aquella especie de tertulia que poco á poco iba creciendo en un estremo del salon principal, recibian los agasajos que de ordenanza se prodigan á las personas colocadas en ciertos puestos elevados. Pero notando la marquesa que por curiosidad ó por otra causa

cualquiera habian ingresado en aquel círculo algunos que no debian formar parte, dijo en alta voz.

—Me parece lo mas acertado que los que de modo ninguno gusten de bailar, se trasladen á este salon inmediato, y pasen la noche en conversacion.

—Ciertamente, replicó doña Julia, estas niñas, por ejemplo, ningun fruto pueden sacar de nuestras pláticas.

—Y tú lo mismo, dijo el de San Vicente á su esposa.

—Victoria se levantó y aceptó el brazo del duque, al cual se acercó la marquesa y la dijo al oido algunas palabras.

—Ya sé, ya sé, contestó el de San Vicente.

—Pero pronto, porque....

—En el salon inmediato?

—Sí.

Los curiosos se diseminaron por los salones: Luisa y la hija de la marquesa se dirigieron á tomar parte en el wals que se disponia: los demas pasaron al otro salon.

—Aquí podemos hablar con mas con-

fianza, dijo la marquesa.

—Vuelve pronto el duque? preguntó nuestro anciano político.

—Al momento.

—Creo que no tendrá mucho que decirnos....

—Qué no?..... pues yo pienso todo lo contrario, dijo la viejecilla diplomática.

—Lo cierto es que el baron no ha venido.... dijo la marquesa bajando mucho la voz...

—Ja! ja!.. demasiado cierto!

—Pues, algun asunto importantísimo... están VV... alguna ocupacion de inmensa trascendencia le impide corresponder á mi invitacion, dijo la marquesa.

—Fué espresiva... eh?

—De íntimos amigos!.. cualquiera hubiera dicho que trataba de entablar relaciones amorosas con él.

Doña Julia clavó la vista en el rostro de la marquesa, y estubo observándolo detenidamente para notar si habia encerrado malicia aquella espresion. La marquesa, conociendo su imprudencia, se inmutó ligeramente.

—Aqui está el señor ministro!
—Aqui está.
—Veamos qué nos dice!..
—El duque de S. Vicente, solo, tomó asiento, y dijo con voz serena.
—Señores: no hay el menor cuidado!
—Pues... se sabe de varias provincias en que á la salida del correo se notaban síntomas de trastorno.
—Está todo prevenido: aqui tambien lo habrá, continuó el duque; pero sigo los pasos de los conspiradores... gracias á ciertas personas que por su posicion están prestando inmensos servicios á la patria... Y detubo su mirada en Doña Julia y en la marquesa, paseándola despues por todo el círculo para no hacer descontentos.
—Yo quisiera, dijo Doña Julia, que no fuera este baile sino un motivo para conocernos mas de cerca.... porque, tal vez mañana mismo habran ocurrido importantes asuntos que tratar, y no es un baile demasiado á propósito para entablar estas relaciones.
—Si no está ningun adversario, ¿qué inconveniente hay? digeron algunos im-

prudentes curiosos.

—Con todo, dijo la marquesa, mejor seria una reunion mañana.

—Si por cierto: tales asuntos son sumamente importantes....

—Oh!.. señoras! caballeros!.. VV. en tan buena armonia?.. tratando asuntos de importancia en un baile!.. dijo con suma ironia una voz varonil que obligó á todos á volver la cabeza.

—El baron!.. el baron.. cuchichearon unos al oido de los otros.

—¿Cómo tan tarde, mi querido baron?.., preguntó el duque de S. Vicente, única persona que no se inmutó con la llegada de Azálvaro.

—Yo, siempre gusto de llegar cuando todos están reunidos... contestó el baron con malicia.

—Pues, ¿no sería mas acertado llegar antes?.. replicó el duque sencillamente.

—En llegando á tiempo... ¿no es verdad Señora de Salem?

—Usted siempre viene á tiempo, baron: ahora se iba á disolver la reunion que V. vé...

—Qué desgracia!.. pero celebraré que

continue algunos momentos, por no tener derecho á juzgarme causa de la interrupcion.

A este tiempo llegó un criado que dijo algunas palabras aparte á la marquesa.

—Quién será? esclamó esta. Voy á ver.

—Puedo preguntar sin imprudencia..

—Nada!.. contestó la marquesa; dos máscaras que no quieran descubrirse...

—Cosa estraña!..

—Ustedes no tomarán á mal que les abandone... porque mis atenciones en esta noche, no me permiten...

—Señora... dijo Doña Julia, demasiado agradecidos debemos estar á tanta fineza.

La marquesa se dirigió á ver quienes eran los dos máscaras; Doña Julia y el duque de S. Vicente hablaron un momento en voz baja, y despues se separaron todos, esparciéndose por diferentes grupos en los demas salones. Azálvaro no dijo entonces á Doña Julia una sola palabra, y se puso á observar un círculo de wals.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Insomnios del Estío.

TOMO IV.





PARODIAS

(DE VERDADES.)

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

Por D. Ramon de Valladares y Saavedra,

y D. [illegible]

TOMO IV.

MADRID: 1848.

Imprenta de D. Vicente de Lalama, Editor,

Calle del Dugue de Alba, n. 13.



CAPITULO IX.

Un doble quid pro quo.

La marquesa de Campolís se dirigió á la pieza que servia de antesala en circunstancias normales, pero que entonces se hallaba convertida en salon de descanso, para observar la clase, condicion é intenciones de dos personas que de un modo tan estraordinario procuraban tomar parte en aquel festejo, reservado esclusivamente á las personas invitadas por la dueña de la casa.

Llegó á través de la multitud, precedida del criado que le dió el aviso, y halló á una muger cubierta con un dominó sencillo, aunque elegante, y un hombre tambien de dominó que la acompañaba.

—Son estas las máscaras que desean entrar?....

—Estas son, señora marquesa, contestó el criado.

—Y no traen esquela de convite, ni quieren descubrirse?

—Han dicho que solo á V. S. se descubrirán.

—Pues contéstales que en mi casa no entran máscaras con dominó, y menos aun, no habiendo sido invitadas! Esto lo dijo la marquesa al tiempo mismo en que la muger del dominó se acercaba tímidamente á ella: pero cuando se alejaba desdeñosamente, sin cuidarse mas de la desconocida pareja, una mano delicada se apoyó ligeramente en el brazo de la de Campolís, y al mismo tiempo una voz dulce y poco perceptible hizo llegar hasta su oido estas palabras:

—Somos amigas, señora marquesa: escúcheme V. y le agradeceré un favor para mí de gran importancia.

La marquesa conoció en aquel metal de voz tan fino é insinuante, que no era una persona miserable la que

así se espresaba, y cediendo al poderoso impulso de la curiosidad, se detuvo, miró detenidamente las elegantes formas de la encubierta, y cogiendo una de sus manos, la condujo á un aposento solo y cerrado, haciendo seña al hombre que acompañaba á la tapada para que las siguiese.

Largo tiempo permanecieron encerrados todos tres, y cuando salieron del aposento, las dos máscaras del dominó, precedidas de la marquesa, penetraron en los salones para confundirse entre la inmensa concurrencia que los ocupaba.

—Perfectamente, Julia!.... no puedo menos de admirar tu talento; murmuraba entre tanto el baron al oido de la señora de Salem, con quien se habia momentáneamente reunido despues de algun tiempo: ¿has averiguado los planes de esos necios tiranuelos que pronto sucumbirán?

—Nada.... nada!

—De quién hablábais cuando llegué?

—De.... no recuerdo.... algun pobre diablo!

Doña Julia no queria sostener una conversacion con aquel ser para ella tan odioso, como apreciado fué en otro tiempo.

—Pero.... ¿no tenia ningun objeto político aquella reunion aparte de todo el concurso?....

—Qué!.... no! sino que en todas las cosas ves ya objetos políticos.

—Vamos! está de mal talante esta noche, pensó Azálvaro: pero.... buen provecho le haga!.... Y despues preguntó si habia tambien asistido Luisita.

—Entonces.... voy á decirle que tenga compasion de tantos entusiastas á quienes ha robado el juicio...

Doña Julia sonrió como la política exige, y el baron marchó á cumplir su propósito.

Vamos á observar ahora las distracciones y los pensamientos de Luisa, porque es preciso caminar metódicamente, si hemos de llegar al punto apetecido, despues de hablar con separacion de cada uno de los principales personages.

La hija de la marquesa, con quien Luisa habia entablado relaciones de esas muy íntimas que duran una noche de baile, era tan frívola como de su educacion podia prometerse, y tan irreflexiva como su libertad de buen tono exigia. Por esta razon, y por la de ser hija de la marquesa, es decir, por hallarse animada con la confianza que inspiran los propios lares, aquella noche circulaba por todas partes arrastrando tras sí á la hermana de Alfonso, (el cual, entre paréntesis, no concurrió al baile) y animándola sin cesar á que tomase parte en aquella excéntrica alegria que se desataba de su imaginacion en chistes y coqueterías exageradas. En vez de esperar á que los jóvenes le dirigiesen siquiera esas lisonjas de costumbre que prescribe la sociedad, ella se acercaba, y adulaba y hacia protestas de cariño antes de que las solicitáran: pasaba de una conquista proyectada, entablada y consumada en un punto, á otra conseguida, distraida y desvanecida en un instante.

—Este rigodon se lo concedo á V. marqués: decia dirigiéndose á uno que tal vez no pensaba en bailar; y si aquel se escusaba por algun compromiso anterior, — V. se lo pierde, solia contestar, y corria presurosa en busca de otro que no tuviese compromiso ninguno.

—No ve V., amiguita mia, como me divierto yo?... pues deje V. ese carácter y ese temor al *qué dirán*, capaz por sí solo de impedir hasta los mas sencillos placeres. Mire V. ¿qué dirán de mí?... que soy muy loca... bien; es la pura verdad; mas esto mismo envuelve cierta idea de cariño que me halaga.

—Pero yo no tengo esa gracia y esa viveza, replicaba Luisa, ese genio que de todo sabe sacar partido....

—Pues... desengáñese V.: esto es lo que se aprecia en el mundo: la jóven que no adopta este género de coquetería, ni goza, ni es atendida: hoy se calcula el mérito de una belleza por el número de personas que hablan de ella, bien ó mal, esto es indiferente:

de modo que la jóven bonita que se encapricha con uno solo, vive olvidada de todos y hace un papel ridículo entre nosotras.

—Con todo... tartamudeó Luisa, que deseaba defender unos recuerdos dulcísimos, por ser recuerdos y por ser los del primer amor.... es muy bella una vida pasada amando y siendo correspondida por un hombre digno de nuestro cariño.

—Pues! cosa mas insulsa! Eso era bueno allá cuando estaban en boga las leyendas pueriles que solo nos pintaban inocencia y virtud: mas ahora, ¿qué jóven satisface con esas *sencilleces* un alma como la que le retratan en las heroinas de las novelas? Desengáñese V.: se ha progresado en todo, y ya es moda que una niña dé mas que decir con sus amoríos, que antes una muger al terminar su carrera de coqueta.

Luisa, acostumbrada ya á escuchar repetidas contínuamente palabras semejantes, empezaba á creer en su verdad, y por vergüenza de que la

hija de la marquesa tachase su carácter de falta de mundo, se esforzaba, cuanto la era posible, en imitar la desenvuelta alegría de su amiga. Reia, dirigia la palabra á todos los circunstantes, se mostraba mas que afable con cuantos entablaban conversacion; pero todo fuera de su centro en un principio. La señorita de Campolís, no cesaba de darle parabienes, y animarla con su egemplo, y tantos llegaron á ser unos y otros, y tanto esforzó Luisa su afan por merecerlos, que al fin se apoderó de su cabeza esa especie de embriaguez que producen las sensaciones fuertes á que no estamos acostumbrados, y las dos rivalizaron en locura, ó si se quiere, en elegancia. Estas dos palabras son sinónimas en ciertos casos.

Azálvaro se acercó á las jóvenes é invitó á Luisa para que tomára parte en un wals: la marquesita vió cerca á un dandí, y le dijo: —Mire V. que quiero walsar! Y asida de su brazo, se dirigió al centro del salon. Así se deshizo aquella amistad que no se re-

novaria hasta que la casualidad uniese á las dos en otro baile.

—V. es un prodigio, Luisita, le decia el baron, paseando con ella cuando hubo concluido el baile: tiene V. la ligereza y la gracia de una fada!..

—No sea V. exagerado!

—No trato de eso!... en verdad que ha sido una lástima que joya de tan inmenso valor estuviese oculta en un pueblo como Segovia.

—V. lo cree de veras?

—De todas veras!....

—Pues ya ve V. que el mundo ha tenido la fortuna de adquirir esa joya oculta y perdida....

—En efecto!.... y demasiado lo reconoce en esa admiracion que le tributa.

Sí!... buena admiracion: recuerdo que á un hombre le supliqué no hace muchas noches que concurriese á cierto baile para contarme una historia que solo yo debia escuchar, y....

—Y acudió.... ¿no es esto?

—Acudió muy tarde, y.... sabe Dios el motivo.

—Tarde sí: dijo Azálvaro; no es culpa suya: pero el motivo no puede ser otro que el de ver á V., y añadió en forma de aparte: —Ni me acordaba ya de su cita!

—Pues entonces, baron, cuénteme V. aquella historia.

—Oh! es preciso que me cuente V. antes otra!

—Yo?

—Usted!

—¿Cuál puede ser?

—¿No recuerda V. algunos amorcillos.... ya pasados y olvidados tal vez?....

—Yo?... No.... Este *no*, fué pronunciado con suma precipitacion, porque en el instante mismo en que lo formaron los labios, le pareció una apostasía criminal, y hubiera querido recogerle. Mas para distraer el remordimiento que habia turbado su alma, dijo la jóven con viveza, señalando á unas máscaras que pasaban:

—Mire V. que dominós!!

—Es capricho raro el de venir en esa facha, en vez de esmerarse en ele-

gir trages graciosos!

—Y llevan puesta la careta, cuando todos nos la hemos quitado ya!

—Eh!... serán tal vez criados de la casa, que deseen ver mas de cerca este sarao: pero no se olvide V. de la conversacion pendiente.

—Cuál era?

—Qué frágil de memoria es V.! O acaso tiene el estudio parte en esos olvidos?...

—No; sino que seria cosa de poca importancia....

—Al menos en otro tiempo no lo fué, segun tengo sabido....

—Ah!... pues si V. lo sabe, ¿á qué fin preguntármelo?

—Porque quiero escucharlo de V. misma.

—Pues bien.... pregunte V. y veremos.

—Desearia V. volver á Segovia?

—Por una temporada.... sí.... allí está mi mamá....

—Y solo por la mamá?... No conserva V. ninguna relacion amorosa?..

—Qué!.. no señor!

Segunda vez se arrepintió Luisa de sus palabras, y volviendo la cabeza, segunda vez tomó por recurso á las dos máscaras del dominó, que casualmente sin duda venian paseando detrás.

—Mire V., baron, aquí están ya.

—No me interrumpa V. Luisita!.. dijo Azálvaro volviendo tambien la cabeza: parece que se ha propuesto V. no decirme nada de lo que deseo, tomando por pretesto á esos dos estafermos!

Pero sin duda no le pareció tal al baron la muger del dominó, porque desde entonces fijó repetidas veces la vista en el talle sútil que marcaba su ceñidor, y en las manos pequeñas y finas cubiertas por el blanco guante.

—Y qué mas puedo decir? contestó Luisa: bien terminantes han sido mis palabras.

—No disimule V... ¿Qué tiene de particular que quisiera V. á un jóven segoviano?

—Jesus.... Jesus!... Y quién ha dado esas noticias?

—El interés que me ha obligado á

procurarlas.

—Ya....

—Seria un amor de esos como los de los pastores de la Arcadia; alimentados con el susurro del arroyo, y el débil aliento de la brisa?

Luisa se conmovió al escuchar aquella burla de un sentimiento que tan celestiales placeres le habia proporcionado: mas temiendo la sátira y mofa del baron, dijo:

—Eso son ridiculeces.... eso se olvida, si alguna vez existió.

—Perfectamente! ahora si que ha satisfecho V. mi deseo.

—Con qué tenacidad nos siguen estas dos máscaras!... esclamó Luisa al ver siempre detrás á los dominós.

—No importa: pero si la incomodan á V....

Y volviéndose de pronto á los dos encubiertos dijo:

—Deseais, quizá, máscaras, entablar amistad con nosotros?

—Por qué?...

—Como no os separais un punto...

—Casualidad!...

—Y debes ser muy linda, continuó el baron, dirigiéndose á la muger: ese talle es seductor!....

La encubierta, sin contestar una palabra, se retiraba como temiendo la presencia del baron, y casi se ocultaba detrás de su compañero.

—Aceptas una proposicion? preguntó este al baron.

—Cuál?

—Que cambiemos nuestras bellas por unos instantes.

—Condiciones.

—Di.

—No nos hemos de separar hasta restituirnos mútuamente nuestras parejas.

—Convenido.

—Os habeis de descubrir.

—Negado.

—Ola !... Pues aquí hay trampa ! no acepto.

—Tú verás lo que te conviene.

—Mira.... pasa delante... que no te quiero tan cerca.

—Hemos decidido pararnos.

—Pues andaremos nosotros.

—Hemos decidido andar.

Entonces se volvió Azálvaro, y dijo á Luisa en alta voz:

—Continue V. Luisita, porque este zángano, de puro simple es inofensivo.

—Sabes, baron, que ya me has conocido muy de cerca?

—Sí?.... pero maldito lo que me importa.

Durante este diálogo, la enmascarada se acercó á Luisa y le dijo al oido, con el acento del mas tierno interés:

—Luisita.... en nombre de vuestro hermano Alfonso, en nombre de vuestra pasion primera, tan pura y tan deliciosa... no escuche V. á ese hombre que solo puede hacerla infeliz!!..

Luisa, admirada con estas palabras preguntó:

—Quién eres?...

Y la máscara le dijo entre ahogados sollozos que hacian levantar la gasa de la careta:

—Soy una desventurada, como V. lo seria, si atendiese las pérfidas su-

gestiones de un hombre que la engaña!

Luisa recordó las palabras de su tia cuando en el teatro le preguntó al baron por una muger desdichada.... recordó cuantas veces habia eludido el baron la relacion de aquella historia; y una secreta simpatia la unió desde entonces á la incógnita.

—Por culpa suya?.. pregunto á esta, Luisa.

—Ah!.. si!!..

—Y.. no me será permitido saber siquiera el nombre de V... el nombre solamente?.

La enmascarada se acercó mas aun y uniendo los labios al oido de Luisa, le dijo una palabra.

—Oh!.—Mi hermano me ha contado..

—Por Dios!... silencio!..

—Luisita, dijo por segunda vez el baron: no es cosa de que por estos dos entes, pasemos tan insípidamente la noche.

—Baron, contestó Luisa: déjeme V. hablar con ellos.

Tambien V... ay! ay!.. pues atiende,

honrado mancebo, dijo Azálvaro al del dominó, acepto el cambio que me propusistes: pero cuidado que no tolero demasias....

La encubierta quedó como petrificada, sin atreverse á tomar el brazo que el baron le ofrecia, y solo cuando este le cogió una mano y la colocó en su brazo, con demasiada galanteria, se decidió á dar algunos pasos vacilando.

—Estás indispuesta, mascarita? preguntó el baron.

—No... no... contestó con voz apenas articulada la del dominó, y haciendo un esfuerzo continuó paseando.

El desconocido habia ofrecido tambien el brazo á Luisa, y temblaba estraordinariamente, sin decir una sola palabra.

—No puedes andar!.. replicó Azálvaro al ver á su nueva pareja que cargaba sobre el brazo el peso de su cuerpo desfallecido.—Y el mocito que la acompaña á V., Luisa, tiembla tambien como un azogado!.. señores!.. padecen VV. de perlesia?... ó es esto alguna broma?...

—Nos sentaremos, dijo Luisa: yo

tambien estoy cansada.

En efecto, los cuatro se sentaron: pero Azálvaro y la máscara estaban separados del máscara y de Luisa: porque no fue posible hallar cuatro asientos unidos.

Entonces, despues de unos breves instantes de silencio, empleados por Luisa en ideas tristes que le habia suscitado la desconocida, su compañero le dijo con una espresion imposible de pintar, y con una voz sumamente alterada....

—Luisa!.. eso son ridiculeces!!.. eso se olvida si alguna vez esistió!....

Luisa se estremeció hasta lo íntimo de su alma: porque aquellas palabras dichas por aquella voz, tenian una espresion que la horrorizaba.

—Que quiere V. decir?... preguntó cuando se hubo repuesto algun tanto.

—Ah!.. nada!!.. repetir las espresiones de una muger constante!!.

—Y con qué derecho....

Con ninguno... á nada tengo derecho! á nada!.. no es verdad?..

-Pero...

—Esta es una broma de máscaras!... no haga V. caso. Sino que al oirla he recordado que un amigo mio tenia tambien una amante, y le oyó decir esas misma palabras alusivas á su pasion.

Luisa bajó la cabeza, y no dijo una palabra.

—Debe ser situacion terrible!.. no es cierto? El la queria con todo su corazon: él habia hecho de ella un ídolo, un angel, una gloria!! vivia solo con el recuerdo de su amor: todos los dias consagraba horas enteras á darle un culto.. loco... loco!.. pobre amigo mio!!.,

—Y ella?.. preguntó Luisa interesada angustiosamente en aquella relacion.

—Ella?.. oh!.. ella no padecia. Quiere V. que le refiera esta historia?

—Si... si!...

—Los dos se habian separado: ella se trasladó á la corte desde una ciudad.... no se cual era!.. una ciudad pequeña. Si viera V. como se amaban los dos en aquella ciudad!!..

—Ay!.. se amarian mucho...

—Mucho, si: continuamente se hablaban en secreto, y se juraban cons-

tancia eterna... que necedad! Constancia eterna!! Como si estuviera en el arbitrio de una muger el ser constante!...

Aquí la voz del enmascarado espresaba una ironia tan intensamente amarga, y un furor tan ahogado, que nadie hubiera podido reconocerla. Luisa escuchaba con una avidez imponderable.

—Mire V... continuó él: esas son ridiculeces... No le fue posible á la muger cumplir su prometida fé, y se decidió á romperla: despues... como uno de esos amores es risible!.. ¿quién se espone á la burla de los que no aman asi, por sostener una promesa? Nada; lo mejor para no avergonzarse de un amor, es escarnecerlo; y esto hizo ella!. Pobre amigo mio, que solo vivia por aquel amor y que la oyó...

—Ah!.. no siga V!.. esclamó Luisa fuera de sí.

—Por qué no?.. Esta es muy bella historia. Me acuerdo de que la última vez que se hablaron.. (entonces se querian ambos)... le hacia él estas reflexiones ahogado de pena, y ella lloraba y juraba por el cielo que á nadie sino á él

amaría ya.

—Basta... basta.

—Con qué placer repasaba mi amigo todas las palabras de ella, una por una! La despedida tan tierna.. tan apasionada... era para él un lazo que unia el pasado bellísimo con un porvenir mas lisongero todavia: y... vea V. que desgracia! Si el baron... si un hombre como el baron de Azálvaro hubiera recordado aquella despedida... la muger idolatrada se hubiera avergonzado!!...

Luisa que veia tan fielmente copiada su infidelidad, estaba muda, confundida, y no acertaba á pensar siquiera en quién podria ser aquel hombre: solo con las manos cruzadas y convulsas, la vista en el suelo, y respirando con dificultad, escuchaba con una ansiedad indecible cuantas palabras pronunciaba el incógnito.

—Mire V.. ¿no era digno de lástima un hombre que tanto padecia sin haber dado el menor motivo?... continuó el enmascarado, que ya no procuraba disimular su voz. — Si ella recordára la despedida... como él me la pinta-

ba!.. Era una noche plácida... era un jardin delicioso... era un espectáculo dulcísimo!... Pero ellos no reparaban en el melancólico encanto del cielo y de la tierra... sus almas se unian, se identificaban en aquellas palabras de amor...

Aqui hizo una pausa y despues esclamó..

—Esta careta me ahoga!!..

—No! no la quites por Dios!.. dijo aterrada Luisa, que habia conocido por fin quién era el que la hablaba.

—Ya me parece que va V. comprendiendo mi historia!! Decia ella... qué vida tan hermosa era esta! oh! cuanto nos queriamos!.. y él.. ¿me vé V... señora?.. él,.. tan agitado, tan débil como yo ahora, le decia.. Luisa!.. bien mio!.. bien mio!

—Ah Cárlos! Cárlos!.. ten compasion de mi!!..

Esclamó Luisa con apagado acento, apoderándose de una mano del enmascarado.

—¿Qué tiene V., señora? preguntó este con admiracion: Cárlos no existe ya

para Luisa: estos son los amantes de mi historia.

—Dios mio!.. gritó la jóven con desesperacion.

—No vé V. que aquel amor que era toda la existencia de sus almas... ah!... que delirio, señora!.. sí, aquel amor es una ridiculez... que se necesita olvidar!..

—Oh!.. ten piedad!...

—Piedad!!.. sabe V. el remedio único para el amor de Cárlos, vilipendiado tan horrorosamente?.. pues es... es... un desprecio y un odio tan profundos como lo fué su amor!!..

—Oh!.. jamás... escucha!!..

Cárlos se habia levantado y se dirijia con precipitacion á buscar á la dama del dominó, á tiempo que el baron de Azálvaro fuera de sí proferia un juramento que aterró á los circunstantes, y arrancando con la mano derecha la careta que cubria el rostro de la enmascarada, esclamaba alejándose frenético...—Carolina!!.. maldicion!.. Me han vendido!!..

—Infame seductor!.. le gritó Cárlos

deteniéndole, conóceme tambien!... yo soy Cárlos Rovira!!..

Y descubrió su rostro al decir esto.

Luisa perdió el conocimiento por unos instantes.

La concurrencia toda se conmovió con tal suceso, y Carolina, apoyada en el brazo de Cárlos salia diciendo entre sollozos:

—Ni aun por la vez postrera!!...

CAPITULO X.

Esperanzas y misterios.

Las elecciones se están verificando en todo el reino. Ha llegado ya el momento decisivo en que se resuelva si el poder ha de continuar en su apogeo contando con la ciega cooperacion de los que se dicen representantes del pueblo, ó ha de tener que luchar contra los continuos ataques de una mayoria-oposicion que al cabo le ha de poner en el caso de resolver este dilema: «O sucumbe el gobierno ó sucumben las cortes.» En el primer caso se deprime el

poder, en el segundo se escitan trastornos, y en ambos se verifica una mudanza que siempre entorpece la administracion, desarregla la marcha natural de los asuntos, y retrograda los adelantos industriales, verdadera fuente de riqueza de todo pais.

Los síntomas de desórden que se notan en estas elecciones son tan naturales, como que provienen de los esfuerzos desesperados que hacen los partidos para poder aspirar al deseado puesto. Entonces se juega la existencia política de muchos meses, y se ventila en fin una cuestion de vida ó muerte.

Pero las elecciones en que confiaba Azálvaro se iban revistiendo de cierta orijinalidad funesta para el presente y para el porvenir del gobierno. Todos los correos se recibian noticias de nuevos trastornos, disturbios que revelaban desde luego una segunda intencion en sus malignos promovedores. Esa altanería insultante, ridícula que usan los hombres de cualquier fraccion vencida cuando confian ó esperan el triunfo, se retrataba en todos los que pertenecian,

ya en el fondo, ya en la apariencia, á la comunion política del baron. Esta conducta imprudente unida á los trastornos electorales, convenció al gobierno que presidia el Duque de S. Vicente, de que alguna trama oculta fermentando rápidamente, amagaba destruir el sistema que se estaba planteando. La consecuencia inmediata de estos temores era precaberse primero y despues reducir pública y solemnemente á la impotencia al partido que amenazaba con sus diabólicos planes.

De aquí resultaron prisiones injustas las mas, pero procedentes en el estado de lucha ratera, sorda y sin tregua en que se habian puesto los hombres que correspondian en ideas á los vencidos. Estas medidas violentas que raras veces consiguen lo que se desea, en vez de cortar los vuelos, de retraer á los conspiradores, los exacerbaba mas, y ya se veia que era difícil, sino imposible, rehuir el compromiso de medir las fuerzas en el campo de batalla, y esponerse á las contingencias de una revolucion que á penas se conocia. Los

principales promovedores de ella, estaban, sino tranquilos, al menos disfrutando de su libertad, aguardando el instante de que rotas las hostilidades, les fuera facil presentarse á jugar, desde salvo, con la vida de los que al arriesgar la vida, no arriesgan nada verdaderamente. Entre estos se contaba el baron de Azálvaro, á quien es preciso que volvamos á ver en su despacho revolviendo papeles, sin desmentir un momento su conducta criminal, y sus depravadas costumbres.

Envuelto en una gran bata y cubierta su cabeza hasta las orejas por un enorme gorro griego, solo podemos observar su rostro pálido, seco, desmejorado, su barba larga y descompuesta, y sus ojos ardientes, relumbrantes, pero rodeados de una sombra que muy oscura en su origen se va estinguiendo hasta desaparecer en la hundida mejilla. Todavia se veian en su rostro las señales que el furor de Cárlos marcó, y contribuian á que apareciese mas decaido y siniestro el semblante de Azálvaro. Pero como hemos dicho, el baron no

habia perdido un momento su corrompido natural, antes por el contrario reconcentrándose en su alma toda la ira que le inspiró la despechada accion de Cárlos, y obligado por su mismo interés á callar la causa de su lastimoso estado, sentia una hoguera dentro de su pecho que le abrasaba las entrañas, devorándole una salvaje y sangrienta sed de venganza, concebible solo al que haya comprendido todo el lleno de fiereza que caracterizaba el corazon de Azálvaro.

Habia tenido que decir á sus criados que un accidente espantoso, causado por ciertas nuevas terribles de familia que le habia dado el joven desconocido, cuya entrada entorpecieron, le habia colocado en la situacion en que le veian, y esta confesion falsa fue hecha por la necesidad que tenia de curarse al punto en los momentos en que creia tocar fundadamente la altura deslumbradora que tantos años hacia buscaba por todos los medios.

Oigamos lo que dice.

—Oh! este papel me rejuvenece como

el rocío rejuvenece la flores—y estrujaba entre sus manos casi secas un gran pliego lleno de nombres y escrito en lengua francesa.

Abrió en seguida otro pliego, y con una avaricia ridícula, infernal, devoró en un instante todo su contenido. Entonces pasó una cosa horrible. Crispáronse sus nervios, sus ojos se desencajaron é hinchándosele atrozmente la garganta, comprimió un segundo la respiracion, y lanzó un resoplido tan ronco, tan gutural, tan prolongado, que á causa sin duda del sacudimiento que hizo su resentida máquina, cayó en el sillon inundándose su rostro de un frio y abundante sudor.

Pasaron mas de dos minutos sin que diese señales de vida, al cabo de los cuales estregando sus ojos con ambas manos, pareció que despertaba de un sueño.

—Ah! Ah! No es mentira—murmuró recojiendo el pliego que se le habia escapado, y volviendo á leer su contenido—oro! oro! Dechantre! Cómplices! Grandes! Ministro! todo! todo!

Volvió otra vez á estregarse los ojos, y cubriéndose el rostro con ambas manos, apoyó los codos sobre la mesa, permaneciendo en esta posicion un largo rato, durante el cual no se percibia mas que la respiracion lenta, débil, que produce la alegria en el enfermo cuyo espíritu está gastado ya con mil distintas sensaciones.

Por efecto de una terrible crísis, ó como consecuencia de la poca duracion de los afectos humanos, alzó Azálvaro su cabeza, tranquilo, retratándose en sus facciones la calma glacial que le constituia, por decirlo asi, en una esfera mista de tranquilidad y de fiereza.

—Miserable amante de una chiquilla! hombre despreciable que has logrado imprimir el sello de la cobardia en el que nunca la conoció... Ah! tiembla por tu vida! No pienses que vas á morir como muere un criminal cualquiera.... no! yo necesito gozarme en tu agonia por muchas horas, estraer tu sangre gota á gota, y paladearla entre mis labios para escupirla á tu rostro con todo el desprecio que siento por tí.... y.... esa

muchacha á quien tanto amas, será mia á tu vista.... será profanado por mi ese altar en que como un niño has depositado la ofrenda de toda tu vida; si! por mí, que no la quiero, y á la vista de un hombre que la adora!

Oh! se me arde la cabeza! Yo tengo una fiebre que me rompe las sienes! —Julia! Alfonso! Miserables todos!! Ah! Ah!.. Mis miembros necesitan un baño de sangre humana!.... Ellos, ellos me servirán! Hoy tengo oro, dentro de pocos dias la tribuna, últimamente el mando! Cerca, cerca estoy ya!

El rostro de Azálvaro en estos momentos estaba negro como un carbon; su barba temblaba: y las niñas de sus ojos se revolvian rápidamente, radiantes de ferocidad.

El despacho se hallaba casi á oscuras, porque la luz le dañaba, y aun cuando la oscuridad no le habia impedido hasta entonces leer cuanto esperaba y queria, el vértigo causado por su febril exaltacion, exijia mas luz para volver á gozar los encantos de aquellos pliegos, autores de tan viva emocion.

Ya se disponia, pues, á abrir la puerta del balcon que estaba á su espalda, cuando penetró en la estancia el zapatero Manuél.

Hacia tiempo que el tapiz habia oscilado, y tanto este movimiento como la pronta salida del zapatero, y el permanecer aun despues de un rato moviéndose el tapiz, eran indicios que el antiguo confidente, ni venia entonces, ni su entrada era efecto de la casualidad, precisamente en el momento de dar Azálvaro luz á aquella oscura estancia.

—Manuel! soy feliz.—Lee, lee, dijo el baron enseñándole solo unas líneas de aquel pliego, y acercándose al artesano para no perder ninguna letra del, para él, precioso documento. Iba Manuel á leer en alta voz, pero temeroso su señor, de algun espia, ó creyendo inútil aquella entonacion, le obligó á que lo hiciese de modo que solo los dos pudiesen entenderlo.

El tapiz volvió á ajitarse, asomó una cabeza, que moviéndose con impaciencia, pretendia inútilmente participar de la lectura de aquel documento. Con-

cluida que fué esta, distrayendo el zapatero al baron, colocó el pliego en un ángulo de la mesa, dirijiendo una rápida y significativa mirada al tapiz, y dando al mismo tiempo sobre el papel una recia palmada. Todo esto fué obra de un momento.

—Y bien, qué dices Manuel? Dechantre viene al momento; cien mil libras esterlinas se ponen á mi disposicion.... Oh! yo no debiera descubrirte tanto..... pero tú eres un cómplice que te pierdes al perderme, y debes saberlo todo.

—Estamos bien! pero es preciso que V. S. se presente ahora mismo en algunos colegios, se está en el escrutinio, y si V. S. no acude, algun fraude....

—Tienes razon! Tres provincias me querian elejir.... aguardo el correo.

—Y ninguna os ha elejido!! solo en Madrid hay esperanzas! Aquí tiene V. S. todos los periódicos, y en ellos el resultado de las elecciones. Por las tres provincias es V. S. suplente nada mas!

—Infamia!. Y las promesas?

—Oh!... Es preciso aqui un esfuerzo desesperado!

El Baron se puso de pié, y empezó á despojarse apresuradamente de la bata. Manuel le sirvió de ayuda de cámara, y le proveyó de cuanto necesitaba para vestirse.

El mas profundo silencio siguió á las últimas palabras.

Al salir del despacho Azálvaro, impelió débilmente el zapatero la única puerta que prestaba un rayo de luz á la habitacion, la cual quedó á oscuras.

—Manuel: haz que se den órdenes por mis dependientes y... aguárdame! Pero.. no, no, sígueme á alguna distancia por si acaso... ¡Dispon tus hombres!

Y salió del despacho. El zapatero iba detrás con paso lento.

De repente el que estaba detrás del tapiz, y que sin duda vino con Manuel, entró en el despacho; abrió un poco un balcon, tomó el pliego sobre el que habia dado aquel la palmada, y se apresuró á incorporarse al zapatero para abrirse paso por entre los criados de Azálvaro. Juntos bajaron la escaleras y al pisar la calle Manuel, siguió por la derecha á Azálvaro, que se alejaba apresu-

radamente, y Cárlos, porque no era otro el oculto tras el tapiz, tomó por la izquierda, con una lijereza estraordinaria.

. . . .

A poco tiempo el Baron y Manuel recorrian varios distritos electorales, y Cárlos entraba en la casa de Doña Julia de Salem.

CAPITULO XI.

Distintos intereses para un mismo fin.

Acaba de entrar Cárlos en la casa de doña Julia de Salem.

Un triste silencio reina en aquellas habitaciones, testigo antes de los inocentes caprichos de un jóven de mundo, y de la complacencia de una señora criminal, á pesar de un corazon bueno, sensible, cariñoso. Entre las infinitas crueldades que eslabonan nuestra hipócrita sociedad, una de ellas es acusar los sentimientos naturales, cuando estos no se adaptan á ciertas formas prescriptas por el capricho ó por una dudosa tradicion. El corazon

que siempre sigue rastreramente las inspiraciones de la costumbre, á cierto tiempo tiene que luchar con el verdugo de una conciencia creada por la hipocresía ó por la liviandad: de esta lucha, de este flujo y reflujo contínuo tiene que resultar precisamente el entorpecimiento de la máquina natural, y ese torcedor eterno que llamamos *duda*, único complemento de la sabiduría y puerto feliz donde se pierden todas las ilusiones, á espensas de nuestro continuo sufrimiento. ¿ Por qué hemos de repugnar todas las inclinaciones espontáneas, hijas del instinto que nos dió el Sumo Hacedor, y no hemos de condenar al desprecio ese sistema societario que nos encadena, que nos subyuga, que nos oprime y que ningun bien nos dá por resultado ?.......

Deciamos que Cárlos estaba solo en la casa de Doña Julia, aguardando de un momento á otro la presencia de esta que habia reclamado á su entrada. Cárlos, en aquella situacion creada por él, temblaba á su despecho con mil ideas que le asaltaban, deducidas unas de

otras. Reasumamos en pocas palabras la vida de este desgraciado jóven. Hijo de un pobre labrador de Segovia, de uno de esos propietarios á quienes las contribuciones y las inconstancias de los tiempos van reduciendo á la miseria, podia decirse que solo tenia, valiéndonos de una frase comun, *para pasar la vida*. Próxima su humilde casa á la de Luisa, tuvo ocasion de admirar la hermosura de esta, y sentir por primera vez los funestos resultados de una pasion: por primera vez decimos, porque esos amores que se mienten cuando jóvenes, esas continuas protestas, en su forma y en su fondo tienen mas de ridículo que de verdadero, y creemos firmemente nosotros, que una pasion no se siente en la vida mas que una vez.

Luisa, niña todavia, aislada en aquel rincon del mundo, no habia dilatado su alma por las regiones ideales, porque solo habia pensado en aquello que le permitia un cielo y un campo que ella miraba con el inocente placer de un alma vírgen de impresiones. Escuchó las palabras de Cárlos,

mas con sorpresa que con placer, y poco á poco sintió removerse su espíritu y agitarse las rebeldes pasiones que dormian en su pecho. Amaba por primera vez, y de consiguiente no sabia amar segun el mundo; ignoraba todas esas reglas artísticamente encantadoras que ha dictado la sociedad en forma de instrucciones, á las cuales tienen que ajustarse las pasiones para que tengan un desenlace tan feliz como horriblemente inmoral.

Los dos jóvenes se juraron amor y eterna fé como hemos visto en nuestra primera parte, pero al paso que Cárlos hablaba con el corazon, Luisa, impulsada por esas impresiones del momento, que matarian, sin duda, si durasen mucho, hablaba sin comprender lo que decia. No somos detractores, no, pero ¡hay tanta diferencia de la muger retirada del mundo á la muger que vive entre sus goces! Comunmente estamos viendo esa ridícula transicion, en las mismas mugeres que tratamos. Comunmente vemos que en el hogar doméstico, cuando cruzamos

nuestras palabras sin tener por espectadores mas que las mudas paredes, se nos escucha con afecto, se nos responde con cariño, se nos interroga con dulzura, y siempre se nos mira con languidéz; pero despues, cuando estamos en el gran mundo, cuando zumba á nuestro alrededor un enjambre de aduladores, y llegan á los oidos femeniles, esas frases necias, soporífero-plágio de muchos años. cuando se filtran, por decirlo asi, esas miradas impuras ó estudiadas, entonces se nos saluda con desden, se nos habla como de oficio, y se siente nuestra presencia, porque la imaginacion de la muger se recrea mas cuando adivina, que cuando sabe. Su vida, verdaderamente, es una cadena de sueños interminables!

Al poco tiempo de estar Luisa en Madrid, empezó Cárlos á sentir el tormento de los celos, conocedor como era de la historia del mundo. Cumpliendo con su promesa, pensó varias veces en venir á Madrid para ver á la jóven que tan frenéticamente amaba, pero el orgullo resentido le contenia en su pro-

pósito: ella habia jurado escribirle á menudo; repetirle esas palabras que siempre recrean, y esta falta habia hecho creer fundadamente al jóven que el mundo le arrebató el cariño de la muger con quien soñaba. Sabia continuamente por los padres de ella, que gozaba de buena salud, y que lanzada en los placeres del mundo, era feliz, completamente feliz. Aquellas noticias tenian para él un doble tormento.

—Es feliz sin su Cárlos! No acordarse de él ni aun para unas tristes memorias!

Esto decia continuamente el jóven, hasta que un dia, á poco mas de los tres meses de la ausencia de Luisa, arrebatado por la desesperacion, y no pudiendo resistir por mas tiempo aquel estado de horrible incertidumbre, abandonó su casa, y se dirigió á Madrid.

—Allí tal vez consiga lo que deseo. Todas esas repetidas palabras que se me han dado, todos esos multiplicados destinos que se me han brindado, han sido quiméricos. Pues bien, yo abogaré en propia causa; yo seré mi ajen-

te, me convenceré de la perfidia de esa ingrata, y tendré al menos el placer de hacerla sentir lo mismo que yo padezco. No faltará una muger loca que escuche mis palabras: yo mentiré, mentiré mucho, y lograré mis designios.

Asi esclamó Cárlos, y se dirigió á Madrid. Contaba desde luego con el apoyo del zapatero Manuel, antiguo conocido de sus padres en Segovia, desde luego se dirigió á la casa del artesano. Este, apenas oyó los designios del infortunado amante, y proponiéndose seguir los pasos que habia dado en favor de Alfonso de Zúñiga, le descubrió cuanto pudiera apetecer para empezar sus descubrimientos. Su presencia, pues, en el teatro, fue motivada por el zapatero, y ademas, cuanto hemos tenido ocasion de ver desde que Cárlos se encuentra en Madrid.

Ahora sigamos nuestra interrumpida historia.

Con una profunda reverencia saludó Doña Julia á Cárlos, que permanecia de pié, apoyado en la chimenea

reflexionando acerca de su pasada historia. Fué necesario que la señora repitiese su cortesia, acompañándola de algun movimiento para que el jóven volviendo en sí olvidase su situacion pasada por su situacion presente.

— Me han dicho, caballero, que deseaba V. verme.

— En efecto, señora.

— Quisiera saber, ante todo, con quien tengo el honor de hablar.

— Es inútil: aun cuando yo dijese á V. mi nombre, no satisfacia sus deseos: bástela saber, que un asunto en el que estamos los dos interesados, es el móvil de esta visita, estraña á primera vista, si se quiere.

—No comprendo á V., pero le ruego no permanezca de pié.

Cárlos se sentó junto á Doña Julia, y prosiguió así.

— Recuerda V. el baile de la marquesa de Campolís?

— Prosiga V.

— Uno de los que concurrieron á ese baile fuí yo: ignorante de los usos de alta sociedad, mi intento de penetrar

en aquellos salones se hubiera visto burlado, si una persona no hubiera respondido por mí, y esto se lo digo á V., para que sepa que yo soy un desconocido en esta infame corte, donde reina solo la corrupcion encubierta con la máscara de la hipocresía.

—Cada vez comprendo á V. menos.

—No es estraño, pero yo me haré comprender. El caracter que tenia aquel estemporáneo baile, no era el de una diversion sencilla, inocente; aquel baile estaba premeditado en altos círculos, por personas que yo respeto, porque son de mi comunion política. Algunos concurrieron á él, porque estaban recien afiliados á aquel partido, y porque deseaban convencerse de ciertos crímenes dignos de una atroz venganza.

— Pero quién es V., caballero?

— Ya veo que me va V. comprendiendo. Voy á decir primero quién es V., y despues diré quién soy yo! V. es Doña Julia de Salem, antigua y rica viuda, que vive en el gran mundo con un buen corazon, aunque dotada de

unas pasiones tumultuosas: ese buen corazon le inspiró á V. la hermosa idea de hacer feliz á su familia, ya que la inconstancia del tiempo la habia hecho infeliz: esas pasiones le condujeron á V. á un precipicio, porque V. en medio de sus años, de sus multiplicadas esperiencias, ignoraba que la ambicion, la pasion política es superior á la pasion del cariño. Se entregó V., señora, á los caprichos de un hombre, que la ha vendido, de un hombre que se ha mofado de V.

—Esto ya es demasiado, gritó Doña Julia, encendida como el carmin, y saltando de su asiento como herida de un rayo. — Esto ya es demasiado, caballero. ¿Con qué derecho sondea V. los misterios de mi corazon?

—Con el derecho de un amante que pide á V. el de su amada, con el derecho de un hombre que quiere salvar á V. del precipicio á cuyo borde se encuentra. Déjeme V. concluir por piedad. Yo soy Cárlos, el prometido esposo de Luisa, de su sobrina de V., de esa jóven inocente como los ángeles

á quien ha querido seducir el baron de Azálvaro, como ha seducido y engañado á Carolina de Solís, como ha engañado y seducido á Doña Julia de Salem: yo soy la mano de Dios que se interpone entre ese hombre y sus victímas, para ahogarlo con sus crímenes.

—Pero por donde ha podido V. saber...

—Oh! señora, qué no puede la juventud cuando va impulsada por el amor! Si aun duda V. de la sinceridad de mis palabras, llame V. á Luisa, ó recorra V. estos pliegos que vengo generosamente á depositar en sus manos.

Recogió Doña Julia unos papeles que la entregó Cárlos, y apenas los recorrieron con avidez sus ojos, una risa espantosa, infernal, contrajo sus facciones, y un gran temblor sobrecogió todos sus miembros. Despues esclamó con el acento de la mas frenética locura.

—Baron de Azálvaro! llegó su hora de V.— V. creyó que una muger es un reptil que calla y muere con solo una pisada. Ah! ignoraba V. con to-

da su diabólica sabiduría, que los reptiles tienen veneno, y que no hay enemigo despreciable! Venga V., venga V. á mentirme amores como en otro tiempo, á sondear mis arcas, á pedirme en delicioso éstasis mi mano. Ah! ah! me ahoga el placer!

Y volviéndose hácia Cárlos, continuó.

—Caballero, yo no sé quién es V., pero, ¿qué me importa? el hombre que depone en mis manos estos papeles, es un ángel,... mas .... es un Dios á quien debe adorarse y besar sus manos de rodillas, como yo beso las de V.

Lanzóse Doña Julia á los pies de Cárlos, y este por un movimiento de noble caballerosidad, á pesar de que estaba sobrecogido por aquella escena verdaderamente trájica, evitó que la buena señora cumpliese lo que habia dicho.

—Qué hace V., señora? Yo no he hecho mas que cumplir con mi deber: tal vez haya dado paso solamente á un sentimiento de egoismo.

—Que buenos! que buenos son todos menos yo!

—Es preciso que no perdamos tiempo.

—Es verdad. Esta noche hay una reunion política en casa de esa marquesa del baile: llevaré esos documentos, V. vendrá conmigo, y lo diremos todo á Alfonso, al hermano de Luisa.

—Perfectamente pensado!

—Vamos, vamos á ver á Alfonso.

Y se dirigieron hácia las habitaciones interiores. Al penetrar por la puerta, atravesaba Luisa, que al distinguir á Cárlos, perdió la color, y se apoyó vacilante en el quicio saliente. Doña Julia, con un placer estraordinario, equívoco, la abrazó, la dió un beso en la frente, y la dijo:

—Hija, vas á ser feliz, tan feliz como yo.

Cárlos, sin mirarla, enjugó precipitadamente una lágrima.

CAPITULO XII.

Una delacion verdadera (contra costumbre.

Es necesario tener todo el fanatis-

mo de un hombre político para no reirse de esas farsas que circundan la vida de los sistemas parlamentarios, como se comprende entre nosotros. Tenemos la desgracia los españoles de entenderlo todo al revés, y de ser tan apasionados por cosas cuando menos perjudiciales, para nosotros, que una vez fijos en tal ó cual principio, en tal ó cual moda, ni la sangre que derramamos, ni los continuos descalabros, ni la propia insuficiencia nos hacen retroceder un paso, y conocer nuestros verdaderos intereses. Por eso vistos aisladamente sin preferencia por ninguno de ellos, los periodos de nuestra revolucion, no encontramos mas que un empeño pueril en parodiar otros periodos violentos, sanguinarios, que han tenido un éxito feliz, y que entre nosotros, por mas que alimentemos una dulce ilusion, no tendrán mas resultado, aparte de los costosos sacrificios, que la venida del Mesias entre el pueblo judío, que hace tanto tiempo le aguarda.

Adoptando las máximas estrangeras, y revistiéndolas del optimismo político

de cada fraccion, hemos venido á formar una especie de código tan divergente como la caja de Pandora, y de tan doble y opuesto sentido como las puertas del templo de Jano. La moda de *politiquear*, como hemos dicho en otro capítulo, se ha hecho tan estensa, tan necesaria, que hasta el sexo creado para el amor del hombre, se ha creido llamado á este mundo con la sublime mision de discutir acerca de los gobiernos y de encaminar las ideas de los demas por la *verdadera senda de salvacion*. Los amantes, esa época de la raza humana que hasta ahora se habia considerado exenta de toda mira que no fuera *personalísima*, ha caido en el error general, y vemos hoy con escándalo, que dos jóvenes pasan deliciosamente las horas hablando de las contribuciones, de la ley de vagos y de la inconsecuencia de ideas que reina en los altos círculos de la sociedad. Verdaderamente tenemos la culpa, es decir, *tienen* los hombres la culpa de este perjudicial estravio, por dos razones: la primera porque nunca debie-

on meterse en un terreno del que no habian de sacar ningun provecho, y la segunda, porque fue un delirio harto deplorable sacar á las bellas de su trazado círculo, y hacerlas interesarse en las combinaciones políticas que nunca pueden comprender, porque ademas de faltarles la reflexiva madurez de la esperiencia, carecen de la especial instruccion que necesita todo el que quiera consagrarse á la árida carrera de la diplomácia.

Pero como nosotros al emitir nuestras opiniones, no queremos meternos á redentores, dejaremos las cosas segun se nos presentan, y pasaremos con estos breves apuntes á presenciar la reunion política que se celebra en la casa de la marquesa de Campolís, compuesta, en su totalidad, de personas influyentes en el gobierno del duque de S. Vicente, que es quien la preside.

El gobierno desde el momento que lleva *este seudónimo*, tiene precisamente que figurarse enemigos, y los partidos contrarios al gobierno tambien

tienen por necesidad que ver infracciones, apostasías, rencores é injusticias en todos sus actos, aun en aquellos que están en cartera, y que, por consiguiente, no han visto la luz pública. Esta *racional* oposicion, llevada á un punto demasiado temible, era la causa de la reunion ministerial que presenciamos, y de otras mil y mil que la habian antecedido, y que la sucederian ambien.

En tales conciliábulos, como en las entrevistas de los amantes, por lo regular no hay nada de nuevo que decirse, pero como en aquellas, tambien hay el inmenso placer de hablar de lo mismo que afecta, de formar hermosísimos castillos, y de agotar cada uno su elocuencia en magníficos tratados de derecho político, y de máximas mercantiles. Nunca falta tampoco un intrigante, ó un *tumbon* que creando ó abultando noticias que él mismo nunca creeria, se divierte en escitar la pasion del temor en unos, y en concitar y esprimir las poéticas imaginaciones de otros: pero siempre, siempre se saca el feliz re-

sultado de oir brillantes trozos de oratoria, ampulosas profesiones de fé, y observar esas elásticas conciencias que mudan de conviccion cada año á pretesto de que la razon se va perfeccionando.

A decir verdad, las reuniones de Campolís tenian un gran viso de fundamento, porque los enemigos del gobierno trabajaban noche y dia, y de un momento á otro debia estallar la mina que lentamente, y bajo cuerda, se estaba fraguando. La oposicion era incisiva, personal, y acaso uniforme; los descontentos acrecian sus filas, y los recursos iban faltando al poder cuando mas los necesitaba. Por tanto era preciso que de aquellos clubs se sacára algun provecho.

Acababan de dar las once de la noche, y aun no estaban reunidas todas las personas que se esperaban. Estas eran hoy en mayor número, porque se habia recibido un aviso de Doña Julia de Salem, en el cual noticiaba, que tenia grandes é importantes revelaciones que hacer, apoyadas en documentos

auténticos é irrecusables. Contra la costumbre ordinaria, se hicieron papeletas de cita, enunciando aquella noticia, y esto trasmitido de unos á otros, hacia que la concurrencia fuese tan numerosa como para la primera representacion de una pieza dramática.

Estaba la marquesa de Campolís enmedio de aquel enjambre de políticos de todas edades, segun ella, como una reina en el acto solemne de un besamanos. Se consideraba en aquel momento como el móvil principal del futuro *gran golpe*, y en sus febriles sueños se veia figurando en las columnas de todos los periódicos y en las gacetas estraordinarias del gobierno. Era ignorante, como hemos visto, hasta un punto inconcebible, pero esa misma estupidez la hacia aumentar el ridículo de sus sueños, algun tanto realizado por las mezquinas deferencias que la tributaban aquellos que se servian de ella como de una máquina.

Oigámosla un instante.

—Dice V. muy bien, general; pero un golpe de mano al fin es un golpe de

mano. Si dejamos que engruesen las filas de nuestros contrarios, tendremos entonces que luchar con mayores fuerzas, y el éxito será mas dudoso.

Seguramente tiene V. razon, marquesa, pero no es cosa de estar todos los dias con las armas en la mano, buscando enemigos para matarlos. El verdadero sistema de un gobierno que quiera robustecerse, es plantear las mejoras materiales. Yo en mi departamento de Marina no dejo pasar un dia sin concebir una idea, que al cabo y al fin será mas que una idea. Nos faltan buques de guerra, no tenemos tripulaciones, las costas están á merced de un resguardo raquítico, mal montado, los institutos de nuestra enseñanza especial se hallan cruelmente desatendidos: todo esto es lo que se debe remediar....

—Sí, sí —interrumpió un jóven, cuyo pecho cubria una enorme gran cruz de Cárlos III; — todo eso, señor ministro, es muy razonable, pero no me negará V., que un gobierno que tiene que estar pensando siempre en sus enemigos,

no puede dedicarse con esa asiduidad á las mejoras del pais Si la oposicion que se nos hace fuera franca, leal, noble, ya tendriamos que darnos el parabien, pero no podemos: yo me dediqué en mi ramo de gobernacion desde luego á regenerar la instruccion pública, y me he encontrado detenido en medio de mi carrera. Cuando meditaba, se me decia que abusaba del poder, que era un ignorante; cuando daba esos reglamentos, esos planes que con tanto afan se me exigian, me acusaban de desorganizador, de tardío. Creáme V., compañero, en cada súbdito tenemos un enemigo, por la sencillisima razon de que los mandamos.

—Dice muy bien el Sr. ministro de la Gobernacion — replicó la marquesa— nuestros enemigos son nuestros mismos súbditos, y solo el remedio de tantos males está en las manos del Sr. encargado de la secretaría de la Guerra.

—Señora— esclamó un personage de buena presencia y de serio continente— si el arte de gobernar no fuese mas que montar á caballo, y á la voz de

mando reducir à cadáveres una nacion, sin duda que yo podria remediar estos males, pero la civilizacion ha iluminado las cabezas lo bastante, para que no se dejen segregar de sus cuerpos por el capricho de un hombre. Yo en mi respectiva dependencia no puedo hacer mas que mantener fieles á mis subordinados, y esto afortunadamente lo consigo.

—Tambien dice muy bien el Sr. ministro— replicó de nuevo la de Campolís— Oh! el remedio yo bien sé donde está!

—En dónde! esclamaron todos con interés.

—En una medida salvadora que orille todas las cuestiones.

La marquesa en aquel momento hizo un papel bastante ridículo. Mientras ella se pavoneaba deletreando para sí la frase que acababa de proferir, cuantos la habian oido se miraban con intencion, y al oido se repetian mal reprimiendo una sarcástica sonrisa:

—Pobre muger!

En este momento entró en la sala

el duque de S. Vicente. Unos se pusieron de pié, otros permanecieron sentados, los mas sin moverse de sus asientos, con una ligera inflexion correspondieron al diplomático y general saludo que hizo el Presidente del Consejo de Ministros.

Hemos tenido ocasion de observar el carácter de este hombre demasiado sencillo para el puesto que ocupaba, y así no estrañaremos su conducta en todo el presente capítulo.

Tomó parte desde luego en las cuestiones que se agitaban en el círculo de la Marquesa, mientras en todos los demas reinaba el ansia de ver aclarada la promesa de las papeletas que los habian traido á aquel sitio. La buena señora creyó llegado el momento de empezar á saborear las delicias de un misterio que ignoraba, y volviéndose á todos sus cofrades esclamó.

—En vano es, señores, quebrarnos la cabeza pensando en los medios de aniquilar á nuestros enemigos. Como habreis visto por mis papeletas, la reunion que hoy he provocado, tiene un

carácter especial, un carácter de *pruebas* que os aseguro reducirá á la impotencia á esos hombres que ignoran ellos mismos lo que desean.

—Precisamente estamos deseando esas aclaraciones—dijo el anciano diplomático que conocemos desde el capitulo 1.° de la segunda parte.

—Oh! señor mio, nunca para el bien es tarde: aun no se han hacinado todos los materiales que necesitamos.

—Pues ¿qué, acaso, es esta una reunion preparatoria?—murmuró el Señor ministro de la Gobernacion.

—No tenemos aun la nave carenada? Dijo el de Marina.

—Se necesitan fondos? esclamó asustado el de Hacienda.

—Con el ejército no hay que contar para nada, concluyó el de la Guerra.

—Hé aquí un gobierno que me abandona, dijo la marquesa, mas orgullosa que nunca. Y sin embargo, yo voy á salvar á ese gobierno. Nada exijo de vosotros mas que un eterno reconocimiento, ó un rincon donde poder gozarme en la felicidad de mi patria.

Escesivamente ridícula iba siendo esta escena, cuando entraba en el salon Doña Julia de Salem, acompañada de su sobrino y de Cárlos Rovira. Adelantóse hácia ella la marquesa, y con un estudiado afecto, besándola en la frente, y haciendo una ligera cortesia á los dos jóvenes, presentó á su amiga ante la respetable asamblea que estaba de pié para recibir á los nuevos huéspedes.

El duque de S. Vicente, que conocia, segun sabemos, á Alfonso, dió á este la mano, y colgándose de su brazo empezó con familiaridad á medir la sala en multiplicados paseos. Cárlos, estraño á todo, se incorporó á un grupo de jóvenes, trabando con ellos conversacion.

—Tengo el alto honor, señores, de anunciaros que es llegado el instante de las grandes revelaciones que esperábamos.

Apenas la marquesa dijo estas palabras, todos los círculos parciales se deshicieron, formándose uno solamente en derredor de las dos mugeres.

—Nada debo decir, esclamó Doña Julia, sin que antes concedamos la palabra á ese jóven desconocido que me acompaña, porque á él debemos solamente la salvacion de nuestro partido.

Todos fijaron naturalmente los ojos en Cárlos, que mas resuelto y dominado por la brillante posicion que ocupaba, se dirigió al lado de Doña Julia, y tomó unos pliegos que ésta guardaba en el pecho, y que le presentó.

Colocado cada cual en su asiento, empezó el jóven á hablar.

—Por causas, señores, particulares que no son del caso ni preciso enumerar, he logrado unos documentos que ponen de manifiesto las perfidias de nuestros contrarios, pudiendo desde este instante llevarlos á los tribunales, y adoptar esas medidas que se llaman escandalosas, cuando no hay pruebas, pero justas cuando se poseen.

El baron de Azálvaro, el antiguo representante del pueblo, está á la cabeza de las masas turbulentas, y mantiene criminales relaciones con personajes estranjeros, y con hijos espúreos

de nuestra patria. Viendo estos alevosos contrarios que las urnas electorale no depositan en sus manos el anhelado poder, recurren á las escisiones populares, y están poniendo en conflagracion las provincias, hasta el punto de que de un momento á otro estalle una revolucion tan sangrienta como tristemente dudosa en sus resultados. El baron de Azálvaro, repito, es el alma de estos trastornos.

El duque de S. Vicente, que desde el dia de la escena del carruaje no habia dudado un instante de la rectitud, de la hombría de bien de Azálvaro, poniéndose de pié, y dirigiéndose á Cárlos esclamó.

—Joven, es preciso sepa V. que le está oyendo la primera autoridad de la nacion, y que esta V. vilipendiando á un amigo suyo, á un amigo que le ha dado pruebas grandísimas de su afecto. Si aspira V. á salir de una esfera pobre por medio de la falsa delacion, tambien es preciso que sepa V., que el gobierno está resuelto á no dar oidos á repugnantes confidencias ni aun de sus

mismos ajentes, si antes no se le exhiben las pruebas, y que castigará con mano fuerte á los que intenten introducir en el hogar doméstico, por medios tan inmorales, el descontento, la afliccion y la alarma.

Sabemos que Cárlos necesitaba un destino para realizar sus dorados sueños, pero en aquel instante, herido, en lo que el hombre tiene de mas sagrado, y delante de tan respetables personajes, olvidó sus intereses, y poniéndose, como el duque, de pié, le dijo.

—Ignoro quien V. sea, pero dudo mucho de sus principios, cuando deja escapar tan imprudentemente unas frases que desprecio por el lugar en que nos hallamos.

—Caballero!

—No se altere V.: he dicho que desprecio sus insultos, y hago como que no los he oido.

Y empezó muy pausadamente á desdoblar los pliegos que le diera Doña Julia. El duque, herido á su vez por la insultante calma de aquel jóven, reprimiendo apenas su cólera, dió un

paso hácia él, con el decidido ánimo de castigar lo que su imprudencia habia provocado. Todos los circunstantes se alarmaron, y probablemente hubiera concluido como nuestros antiguos entremeses una reunion empezada bajo tan buenos auspicios, si Alfonso, asiendo al duque, no hubiera mantenido con él, por algunos minutos, una conferencia reservada y llena de animacion. Admirado este sin duda por lo que oía, vino á perder su cólera, y dijo en alta voz.

—Caballero, conozco mi imprudencia: como hombre particular le entrego á V. mi mano, como gefe del Estado le dispenso mi confianza.

En aquel momento, Càrlos reflexionó quien era el antagonista que habia tenido, y se arrepintió de su estremada susceptibilidad. Por esto solo contestó.

—Quien ha de dispensar es V. E., pues solo mis pocos años han podido ser causa de mi impremeditacion.

Los dos se dieron las manos.

—Ahora bien, para que vea V.—

se habian dispensado el tratamiento — toda mi honradez, espongo al exámen de esta respetable asamblea las pruebas irrecusables de mis palabras; pruebas que me ha costado mucho recabar, pero que al fin son suficientes para ahogar la revolucion que amenaza. Es preciso, ante todo, no perder tiempo.

Entregó los pliegos á S. Vicente, y éste leyó en alta voz, la correspondencia que Cárlos cogió á Azálvaro, cuando le dió una leccion de valor en su mismo despacho.

Atónitos quedaron todos con la lectura de tan atroces documentos, y podrá colegirse el asombro y el placer que sentian, por la avidéz con que se acercaban á ver las letras y leer las firmas. Largo tiempo reinó un completo desórden entre aquellos diplomáticos, que veian llegado el instante de la venganza ó del escarmiento; aquel instante que tanto habian deseado, y que nunca les habia sido posible conseguir. Alfonso, el duque y Cárlos formaban un grupo, en el que á un tiempo se hablaba de la verdadera escena

del carruaje, y de la perfidia de Azálvaro con Carolina y Doña Julia. La marquesa y esta se daban á su modo las mas repetidas muestras mímicas de su anudada amistad: la primera con un ridículo orgullo, la segunda con un doble interés. Todos los demas hombres esparcidos por el salon, entre las mas entusiastas enhorabuenas empezaban á redactar sus programas, á delinear sus venganzas, y á repartir los destinos que debian necesariamente quedar vacantes por la salida de los adeptos á la pandilla que estaba definitiva y radicalmente en quiebra. Al fin de cerca de una hora de desórden, y otra de preludios de órden, se logró restablecer la calma y apaciguar aquellas imaginaciones tan violentamente escitadas por la repentina ó inesperada transicion que los célebres documentos habian promovido.

—Señores, esclamó S. Vicente, agitando los pliegos, el Sr. ministro de Gracia y Justicia y yo, nos encargamos de estos interesantísimos papeles. El mas religioso sijilo es necesario acerca

de ellos para conseguir los fines en que todos estamos interesados. Desde este instante procuraré yo que se espie á Azálvaro, y que se le impida solamente la fuga. Con respecto á la revolucion que va á estallar, en consejo permanente trataremos de ella, y adoptaremos las medidas mas conciliadoras y útiles. Entretanto no desatiendan VV. las elecciones. ¿Se aprueba esta proposicion?

Conforme á la costumbre del parlamento, la votacion fue muda, y solo alguno que otro se sentó desaprobandola. La mayoría, pues, permaneció de pié, contándose entre ella la marquesa y Doña Julia, que se apresuraron á incorporarse en sus respectivos asientos.

Una hora despues. (Ya el sol despuntaba por el Oriente) se disolvia aquella reunion para continuarse entre siete personas en el ministerio de Estado. La sétima era Cárlos.

Alfonso acompañaba á su tia á su casa. Es inútil decir que ambos iban llenos de placer y satisfaccion.

CAPITULO XIII.

Venganza de muger.

¡Qué horrible es una noche de insomnio! ¡Cuánto padece el alma que lucha con una idea desesperada, cuyo recuerdo en vano quiere ahogar! Dicen comunmente, que las noches evocan todas las tristes páginas de la vida, cuando estamos á solas con su oscuridad, y con su fúnebre silencio, y por cierto esta es una verdad con harto dolor reconocida. Pero esas noches son mas tristes y desesperadas, si creemos hallar en su término un calmante á la enfermedad que nos aqueja; quisiéramos precipitar las horas, adivinamos en cada instante el crepúsculo de la aurora bañando el oscuro horizonte, y sin embargo, la monótona péndola del reló no apresura su curso, y las horas pasan lentas....... lentas, estinguiendo nuestras fuerzas y prensando nuestro corazon.

Vamos hablando de estas noches en

el instante mismo en que el baron de Azàlvaro en vano busca un rayo de claridad por la entreabierta ventana de su dormitorio. Dos horas hacia que procuraba encontrar algun descanso á las fatigas de su preocupada imaginacion; pero no acude á nuestros párpados el sueño cuando se agita el alma en un confuso tropel de ideas, tan interesantes y vitales como las que conmovian al baron.

Todo, absolutamente todo, habia concluido para él. Las elecciones le faltaban; Manuel le habia vendido, dejando en libertad á la muger que habia escogido como víctima; su correspondencia estaba robada; el crédito que un tiempo habia gozado y que hacia frente á sus insoportables gastos iba desapareciendo, y probablemente quien habia violado sus órdenes secretas con respecto á Carolina, quien penetraba en su despacho con toda libertad, quien era sabedor de todos los ocultos planes de su partido, seria el que habria robado y entregado tal vez á la autoridad los pliegos en que se contenia

la clave toda de la conspiracion.

Cuántas reflexiones acudian á la mente de Azálvaro, y cuántas particularidades recordaba entonces para afirmarse mas y mas en la idea de su completa ruina! Manuel, unido á Cárlos, el amante de Luisa, le hacia conocer que Doña Julia de Salem estaba en el secreto de sus pérfidos planes con respecto á ella: seria por tanto su enemigo, y no deberia contar con su apoyo, que era el principal en sus maquinaciones de trastorno en la corte. Fracasaria la revolucion único resto de esperanza para una salvacion que iba reconociendo ya imposible! Recordaba el desvio de Doña Julia, inútilmente reprimido en los últimos dias; recordaba sus palabras de doble sentido, consideradas hasta entonces por él como un efecto de celos que no se habia tomado la molestia de reprimir, y ya les encontraba una significacion muy diversa y muy desconsoladora, porque le hacian ver que habia seguido al hilo de sus engaños, y le habia estado haciendo alimentar esperanzas que tendrian que fallar en el mo-

mento crítico, en el momento de jugar el todo por el todo en una sublevacion contra el gobierno constituido.

—Sí, decia el baron agitándose febrilmente en el lecho: cuando vine de recorrer las provincias, lo sabia todo ella!... recuerdo.... recuerdo que me dijo en el teatro la primera noche, que conocia *la nueva casa de Carolina!* Y yo tan necio, que solo vi en aquellas espresiones una amorosa reprension por mis palabras de cariño á Luisa! Oh!.... ¿qué he de hacer? Es decir que cuantos ofrecimientos me hizo desde entonces... son mentidos!.. Son mentidos!.. y son todo mi plan. ¿Por qué me habré fiado yo tan ciegamente? Pero... ella tendrá, es natural, los documentos robados, y tal vez ofreciendole esa boda tanto tiempo esperada... los recobraré! No es creible que haya dejado de amarme..... hasta el punto de entregarlos..... y..... ¿quién sabe? tal vez es tiempo de salvarse aun!!

Diciendo esto en alta voz, se incorporó en el lecho: estaba vestido, y se dirigió á observar si empezaba á lucir

el nuevo dia, pero á través de la vidriera, observó un cielo perfectamente despejado y sereno, tachonado de innumerables estrellas.

Es aun de noche! ¡cuántas horas dura esta noche maldita! Oh!... qué vida tan insufrible!., continuaba diciendo con la vista fija en la bóveda celeste, como si su mirada hubiera de atraer los primeros rayos de la aurora: y apoyaba la mejilla y las sienes de cuando en cuando en los helados cristales, buscando un alivio al fuego que le abrasaba.—Si yo supiera dónde vive Carolina, iria en este momento, para conocer cómo se salvó, y esto solo me descubriria si puedo aun esperar!.. Ella me recibiria, ella me lo contaria todo, porque... pobre muger!.. aun me quiere!.. Oh! que infame soy!.. dijo con desentono apretando su frente con ambas manos, y arrojándose de golpe sobre su lecho: este furor repentino, fue solo un remordimiento que se ahogó instantáneamente en la confusa aglomeracion de sus ideas.

Cuando el baron habia reconocido

á Carolina en casa de la marquesa, quiso seguirla y averiguar dónde vivia, quizá con un objeto siniestro, á imitacion de todos los que habian guiado hasta entonces su deprabada conducta: pero la multitud que se agolpó al oir su esclamacion, le impidió egecutar su deseo inmediatamente, y cuando pudo salir á la calle, corrió en vano como un loco por la primera que vió; Carolina y Cárlos no habian pasado por ella: se dirigió á otra, y tampoco los encontró, hasta que fatigado de buscarlos, pero sin perder todavia la esperanza, se ocultó en el dintel de una puerta inmediata á la casa de Campolís, y allí permaneció viendo salir una por una todas las personas de la reunion, y sin poder adivinar en ninguna de ellas á su víctima!.. Azálvaro, la noche de que hablamos, rendido por fin á fuerza de agitar su espíritu con ideas á cual mas dolorosas, quedó en una especie de adormecimiento, del que despertó al oir las seis en el pausado reló de su estancia, y entonces se dispuso á salir. Aun los primeros rayos del venidero dia no

coloraban el horizonte; pero es muy comun cuando esperamos con ansia cualquier acontecimiento, quererlo anticipar anticipándonos á recibirle; y por esto el baron envuelto en una capa, con obgeto de no ser conocido, y sin saludar á los criados que encontraba al paso, se dirigió á la casa de Doña Julia de Salem.

Al atravesar las calles silencioso, abismado en sus negros pensamientos, le ocurrió la idea de que tal vez el gobierno, sabedor de la conjuracion, le habria señalado como digno de presentar un escarmiento público á los que pensasen del mismo modo, y trayendo á la memoria todas las ramificaciones de un plan, cuyo centro y principal motor era él, temió por su vida, con ese temor que no está modificado por la razon humana. El ruido de una puerta que se abria le aterraba, porque creia escuchar una esclamacion al reconocerle: la presencia de los pacíficos jornaleros que empezaban á dirigirse á sus quehaceres, le aterraba tambien, porque le pintaba un delator que se queria

precipitar sobre él para arrastrarle hasta las gradas del cadalso: y cada vez que un hombre pasaba á su lado, apretaba convulsamente dos pistolas que á prevencion habia colocado en los bolsillos del pantalon. Luchaba en aquel momento con todos sus recuerdos; estaba á solas con su conciencia, y en el exámen que de su vida hacia, no encontraba una obra, un pensamiento que abogase por él entre la gran masa de crímenes que formaban su breve existencia. Cruzó su mente la idea de abandonar á Madrid y buscar, si le era posible, un asilo seguro en el estrangero, pero comprendió al mismo tiempo la naturaleza de sus delitos, y no quiso hacer mas público su castigo, evitable únicamente por los medios que en si mismo pudiera encontrar para justificar su inocencia.

¿Quién creeria que era aquel el baron de Azálvaro? Aquel hombre tan orgulloso, tan osado, tan altivo! ¿Quién creeria que el que pocos dias antes inspiraba un respeto fanático en la casa de Doña Julia, habia de estar hoy aguar-

dando ante sus umbrales como un pobre pordiosero que demanda una limosna! Oh! Y aun hay espíritus altivos que se mofán de sus hermanos, desconociendo las vicisitudes de la vida!

Abrióse al fin la puerta de la casa, y Azálvaro resuelto penetró en ella. No dejaron de estrañar los criados tan temprana visita despues de una ausencia bastante larga, pero como ninguna contraorden habian recibido, abrieron paso al antiguo favorito de la señora. Entró este en la sala que nos es tan conocida desde el principio de nuestra historia, y un terror involuntario se apoderó de su alma. Pasaban algunos instantes, y Doña Julia no parecia ni ninguno de sus criados. Era tal la posicion de Azálvaro, tan grande el miedo que apresuradamente se iba apoderando de él, que hubiera dado cuanto tenia por poder desaparecer de aquel sitio en que presentia alguna desgracia. Mas le era imposible. Oia la anjelical voz de Luisa, el firme acento de Cárlos y allá... confusamente, ó su imaginac on ó la realidad le traia la voz de la

señora de Salem echándole en cara todos sus delitos. Intentó el desgraciado baron empezar varias veces coordinar lo que tenia que decir, pero se confundian sus ideas, y á pesar de la firmeza de que procuraba revestirse, sentia por grados menguar su valor. Descompuso su ropa, examinó su trage, repasó uno por uno aquellos cuadros que tan de memoria sabia, y midió en todas direcciones la estancia sin que la voluntad, ni el pensamiento, ni la vista tomasen parte en aquellos movimientos.

Abrióse por fin la vidriera del dormitorio de Doña Julia, y presentóse esta con una calma aparente, que contrastaba con la agitacion de Azálvaro. Le contempló un instante la señora con sentimiento, y advirtiendo que no podia hablar, rompió aquel embarazoso silencio.

—Estamos solos, señor baron de Azálvaro; dijo, aparentando cierta seriedad.

Doña Julia, que habia tenido tiempo para examinar el caracter del baron, juzgó oportuna esta advertencia. En-

tonces el baron, recobrando su calma y teniendo presente que la cuestion que iba á ajitar era de vida ó muerte para él, esclamó.

—Lo que vengo á decirte, amada Julia, puedo decirlo delante de todo el mundo. Vengo á cumplir tus deseos tan repetidamente manifestados.

—Sea en buen hora, interrumpió Doña Julia, tomando asiento y obligando al baron á que lo tomase.—Hace tiempo que deseaba tan dulce enlace, querido baron, porque una pobre mujer que ama como yo te amo, padece mucho en la dura incertidumbre de no unirse á la persona que adora.

Alguna perspicacia habia perdido Azálvaro, cuando se reanimó con tan *lisongeras* espresiones.

—Pues bien, dijo este; has desconfiado de la pureza de mis intenciones, y voy á demostrarte que jamás he dado motivo á tu desconfianza.

—No?... preguntó Doña Julia, en cuyo rostro cualquiera hubiera leido una agradable calma.

El baron, receloso por naturaleza,

creia encontrar en aquella conducta cierto disimulo que aumentaba su intranquilidad.

—Seguramente que no, repuso; si he dilatado tus deseos, que eran los mios al mismo tiempo, es solo porque no siempre manda el hombre en los acontecimientos.

—Vamos, vamos; dejemos eso ya!... no atendamos sino á lo presente, puesto que *ha llegado el dia*, no es verdad?. y dió un acento á las últimas palabras que, á pesar suyo, fue demasiado irónico.

—Quiéres que mañana mismo se celebre nuestro enlace?.. Preguntó el baron, deseoso de llegar á conocer las verdaderas intenciones de su interlocutora.

—Por mi parte... no hay dificultad alguna; solo desearia que nuestro sacerdote no se llamára...

—Cómo?... preguntó Azálvaro temblando....

—No se llamára Dechantre... ¿Tú sabrás si ha llegado ya á Madrid un tal Dechantre?..

—Yo?... ¿por qué lo he de saber?...

—Oh!.. si es muy sencillo todo esto!. no le mandaste venir?

—Quién te lo ha dicho! quién!.. gritó Azálvaro levantándose de la silla, y asiéndola fuertemente por una mano.

—Si!.. basta de fingimiento! esclamó ella levantándose tambien: lo sé todo!. todo!.. he penetrado tu secreto!...

—Cuándo!.. dónde!..

—Oh!.. el tiempo! No sabias tú que con el tiempo se descubren todos los crímenes?

—Cuáles!.. habla!!

—Que mal conservas tu correspondencia!.. que mal conspirador!

—La tienes?.. dime, Julia... la tienes en tu poder?

—Te aseguro, Azálvaro, que no he conocido un momento de mas placer en mi vida!..

—La guardas?.. oh!.. contéstame!

—Cuando yo supe toda la pureza de tus sentimientos.... bien que... eso ya lo sabia!

—No te detengas... contéstame por Dios!..

—Blasfémo!.... esclamó Doña Julia con terrible acento: no manches esa palabra, que en tu boca es el escarnio de la divinidad!

—No bastan los ruegos?. Doña Julia!. esos papeles inmediatamente!.. gritó á su vez Azálvaro oprimiendo con tal fuerza el brazo de la señora, que la obligó á sentarse desfallecida: pero temiendo los efectos del enojo de aquella muger, en cuyo poder creia se hallaban las pruebas de sus delitos, se arrepintió inmediatamente de su furor, y con el acento del pesar mas profundo, empezó á suplicarla que le perdonase un movimiento involuntario de cólera.

—No te enojes conmigo, Julia!.. por tanto tiempo como he sido obgeto de tu cariño.....

—Tanto tiempo!.. es verdad! por eso mismo te aborrezco mas ahora!

—No.... no!... Julia mia!... ¿no ves que esos papeles son para mí la salvacion, la vida?.. Entrégamelos y dispon de mis acciones, de mi existencia!... Oh!.. manda que muera despues de entregármelos, y te obedezco!

—Ya no es tiempo!..

—No?... los has presentado á alguien?.. los ha visto alguien?.. con un criado tuyo que los haya visto soy perdido!.. habla! habla!!...

Doña Julia, con un placer comparable solo á la amargura de sus desengaños, estaba observando el rostro del baron, que en pié delante ella, con la vista fija en la suya, tan pronto procuraba sonreir y escitar el cariño de su antigua amante, tan pronto angustiado hasta el punto de no poder respirar, con los ojos lucientes por el brillo de la fiebre, y los labios blancos y secos, imploraba desesperado una compasion que ya no podia tener eco en el corazon de la ofendida señora.

—Oh! que horrible crueldad!.. pero.. respóndeme, ¿los has tenido tú?

—Si!

—Los tienes?... sí!... no hay duda! me he salvado! Y apoderándose por segunda vez de una mano de Doña Julia, la cubrió de ardientes besos; ardientes... mas no de amor.

—Que bien estás así!.. Dijo Doña Ju-

lia, esforzándose en sonreir: creo que darias ahora la mitad de tu existencia porque te amase todavia!

—Oh!.. Julia!.. no me atormentes mas!.. Dame esos papeles!... quémalos á mi vista, y mátame despues!!..

—Despues!.. ¿qué diferencia encuentras entre morir antes de que te los entreguen, ó morir cuando te los hayan entregado!!

—Entreguen!.. repitió aterrado Azálvaro; ¿no los tienes tú?..

—No!...

—Ah!.. quién?.. por el cielo!.. por el infierno!!

Indecible ansiedad espresaba en todos sus gestos y palabras el desventurado baron, que no sabiendo como dulcificar la crueldad de Doña Julia, se retorcia las manos de desesperacion: mas ella, con una firmeza de caracter invencible, miraba, sin aparentar la menor alteracion, aquellos dolorosos estremos de angustia. Decidida de antemano á gozar en la humillacion de Azálvaro, queria satisfacerse viéndole padecer; porque asi compensaba, si esto era po-

sible, tanto como antes habia padecido por causa del hombre que entonces la suplicaba en vano. La suerte habia cambiado los papeles. Asi es que contestó al baron pausadamente y sonriendo:

—Debes padecer mucho, ¿no es verdad?.. debe ser este momento tan horrible para tí, como los que meditabas hacerme sufrir... no es cierto?

—Pero... por piedad... ¿no me lo dirás? mi Julia; esposa mia!.. oh!.. que quieres que haga?..

—Esposa!.. ciertamente!.. No se parece tu pena á las que has causado á tu esposa por tanto tiempo?.. Pobre Carolina!..

—Carolina!.. gritó Azálvaro como aterrado por aquel nombre.

—La quieres ver quizá?.. Quiéres insultarla en el último dia de su vida?

—Ella.... se muere?... preguntó casi sin voz el baron.

Tal vez habrá muerto ya en su antigua morada, contestó Doña Julia.

Azálvaro, en aquel momento, en que tan necesaria le era la compasion,

sintió circular con su sangre un frio que la paralizó en las venas, y permaneció un breve espacio de tiempo sin articular una palabra: mas cayendo de pronto sobre su mente el recuerdo de su posicion, volvió á rogar á la Sra. de Salem para que le sacára de tan insoportable duda.

—Y de qué te servirá, si no has de evitar el peligro que te amenaza?

—Me amenaza? No!.. tú quieres atemorizarme! Los pliegos están en tu poder!... nadie los ha visto!.. ah!.. dámelos!.. dámelos!....

—Ja! ja!! Creias que para tales crímenes era castigo suficiente un susto? No!.. Tu secreto se sabe y se castigará. En este instante quizá te buscan para vengar los males que has causado.

—Y has tenido valor para delatarme!. esclamó Azálvaro, pasando del estremo de la humildad al de la mas desenfrenada cólera: oh!. muger maldita!. muger á quien detesto!.. Será verdad!. pero... no moriré sin venganza! Yo publicaré ante los tribunales tu deshonra, y espiraré diciendo que has sido mi

cómplice en política y en amores!..

—Y nadie dará crédito á tus palabras, porque solo verán en ellas el desesperado esfuerzo del delincuente para arrastrar en su ruina al delator.

—Tengo pruebas!... y las aduciré!... que una vileza tal es digna de ello!... Mas... ¿cómo no has temido presentarte á mí, que te puedo aniquilar para vengarme?

Doña Julia sonrió desdeñosamente, y Azálvaro, interpretando en sentido equivocado aquella sonrisa, dijo, tornando á su tono de súplica.

—Pero... no!.. ya conozco que no han salido de tu poder!.. de otro modo, ¿cómo hubieras venido á confesármelo?... Traelos, Julia, traelos pronto, y....

Entró un criado, y diciendo á su señora una palabra, desapareció seguido de ella.

El baron se sentó, desfallecido por tan penosa lucha, y murmurando algunas palabras de esperanza, ocultó su frente entre ambas manos, quedando abismado en sus meditaciones, hasta que volvió á presentarse la señora con

un pliego en la mano.

Apenas la hubo visto el baron, cuando avanzando de un salto á su encuentro, gritó frenético de alegria.—Los documentos!!.. y se apoderó del papel con tanta rapidez, que Doña Julia quedó inmóvil de temor. Pero no bien lo habia desdoblado el baron, cuando sintió vacilar sus rodillas y acercándose sin respirar al balcon, leyó el contenido rápidamente. Serian tres ó cuatro líneas; cuando terminó su lectura, estaba el rostro de Azálvaro blanco como el papel que dejaba caer de sus manos.

Despues de unos instantes de inmovilidad, dijo el baron con un sordo acento, inesplicable mezcla de abatimiento y cólera.

—Era verdad!... verdad horrible!... maldicion!.. Pero aun no estoy en su poder!..

Y se precipitó fuera del gabinete, diciendo al salir.

—En su antigua morada!.. Nadie me encuentra allí.

. . . .

El papel que tal impresion produjo

en Azálvaro, era una carta de Cárlos á Doña Julia, participándole que habia tomado disposiciones el gobierno para que no se libertase el baron, á pesar de no haberle encontrado en su casa al amanecer. Cárlos suplicaba á Doña Julia que si por casualidad sabia dónde se hallaba Azálvaro, le detuviese algun tiempo hasta que hablase con él; y además la decia la casa de Carolina para que previniese toda clase de males.

El baron, creyendo al leer esto, que no llevaba Cárlos mas objeto en tal advertencia que el de apoderarse de su persona, lejos de detenerse, partió á buscar el asilo que juzgó mas seguro contra sus perseguidores.

Doña Julia esclamó, queriendo ahogar tambien un remordimiento.

—Va á morir!.. pero... ¿es culpa mia que tenga tantos crímenes?..

CAPITULO IV.

Un abrazo para el otro mundo.

Acaba de entrar la siempre amable

Victoria en el mezquino albergue de Carolina de Solis. Una completa oscuridad reina en aquella habitacion sumida en un profundo silencio, interrumpido solamente por la ahogada y trabajosa respiracion de una persona.

Entreabrió Victoria una puerta de la ventana que daba á la calle, y á la débil claridad que iluminó trémulamente la estancia, se dibujó en un ángulo de esta, una modesta cama, en cuya parte superior se veia un rostro estenuado, pero de un color tan encendido como la grana. Al ruido que produjo naturalmente la accion de la Duquesa, se levantaron los párpados de aquel cadavérico rostro, y lucieron con un brillo opáco y lacrimoso, dos espresivos ojos, que se fijaron en los anjelicales ojos de Victoria. Al reconocer á esta la infeliz moribunda, esparció por sus facciones una inefable y complaciente sonrisa, que se estinguió en el instante, por falta de fuerzas para sostenerla, viniéndo á sucederla un sudor frio que quiso contener una mano blanca y descarnada.

Si no supiésemos quién es la infeliz que está postrada en el lecho del dolor, dificil, sino imposible, nos seria reconocerla en el miserable estado en que se encuentra. Ya no existe ni un rastro de aquella hermosura que habia fascinado en mejores dias al baron de Azálvaro; ya no encontramos aquella gracia particular, aquella dignidad sublime, relijiosa, que contenia los pensamientos mas osados, y que arrebataba al corazon mas corrompido. Hoy dia solo sorprendemos un esqueleto animado por el último rayo de vida, sin una remota semejanza con aquel ser divino de que formó parte cuando el alma vivia en medio de las nutritivas complacencias del amor y el orgullo satisfecho. Nada, nada habia de comun entre la Carolina de entonces y la Carolina de ahora. Pocas víctimas del amor encontraremos en verdad, como la que hoy se nos ofrece, pero es muy cierto, sin embargo, que una pasion profundamente arraigada en el corazon de una mujer cuando no es correspondida, la arrastra hasta la muerte por

entre los mas tristes desengaños, por entre los mas acerbos dolores.

No pudo contener Victoria un prolongado sollozo al reparar en la muribunda Carolina, y su corazon puro, sentimental, se comprimió hasta el punto de ahogarle la respiracion y obligarla á apoyarse un instante contra la pared, para resistir tan terrible emocion. Aquellas dos mugeres, à pesar de sus distintas posiciones, de sus diversas ideas, se arrastraban una á otra con esa inclinacion desconocida que llamamos *simpatia*, y se amaban con ese amor inmenso que se profesan dos almas justas.

Acercóse al fin Victoria al lecho de Carolina, y poniendo dos dulces besos en sus ardientes mejillas, estrechó la descarnada mano que esta la ofreció por toda muestra de gratitud, de amor. Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas.

—Valor, hija mia, valor! murmuró Victoria, haciéndose superior á su pesar, y volvió de nuevo á estrechar y besar la mano de su amiga... Me pare-

ce que está V. mas aliviada?

Una sonrisa fria de Carolina hizo comprender á Victoria que no se ilusionaba con tan galante demostracion.

—Sí, sí,—prosiguió la Duquesa—pero es preciso que V. por su parte no deje de emplear todos los medios posibles: la pasion de ánimo es la que mas domina en V., y para esta en vano emplearia la ciencia sus recursos. Mire V. cuando este V. mas aliviada, iremos en coche á la quinta que ha comprado Fernando en Andalucía, y verá V. que pronto se restablece completamente. Los aires puros del mediodia, el caracter franco, natural y sencillo de sus habitantes, darán nueva vida al corazon de V., y en medio de aquellas deliciosas campiñas, á la vista de aquellos frondosos valles, recobrará V. su antigua alegria, y yo mi adorada amiga.

Animóse el rostro de Carolina con esta sencilla pintura, y dando treguas á su dolor, quiso entablar diálogo con su amiga.

—Oh! sí! Andalucia! Qué hermoso es aquel cielo! pero.... yo no le veré mas!

—Ea! vamos, anímese V.: todo consiste en que V. quiera. Es muy probable que Fernando deje ahora el Ministerio, porque habiéndose descubierto la última conspiracion, dice que no quiere luchar mas con sus tenaces enemigos; entonces queda en completa libertad, y podremos disponer de él á nuestro antojo.

Carolina en medio de su enajenamiento, no habia olvidado, por las diferentes espresiones que habia oido, que Azálvaro era contrario al ministerio San Vicente, y ayudada en aquel momento por su desmedido cariño hácia aquel hombre detestable creyó, fundadamente, que en la última conspiracion descubierta, segun decia Victoria, estaria envuelto su antiguo esposo. Luchando con el temor, y aguijoneada por su cariño, no pensó ya mas que en saber á fondo el estado de la conspiracion, y el paradero de Azálvaro. La Duquesa, por su parte, demasiado sencilla, no podia adivinar desde luego el objeto de las preguntas de su amiga, y asi contestó á ellas como vamos á ver.

—Otra conspiracion! ¿Y qué objeto tenia?

—Derribar por medio de las armas el ministerio y las instituciones.

—Y es una verdad ese descubrimiento?

—Oh! sí, amiga mia; gracias á un joven llamado Carlos, recien venido de Segovia, se han descubierto todos los planes, y se persigue á los autores.

—Y la señora de Salem no tiene parte...?

—Por el contrario, ella y su sobrino han descubierto al principal motor.... Pero dejemos estas cuestiones, y hablemos de su salud de V.

—No, no, por piedad... el principal motor decia V.? ¿y quién es? ¿pedirán su muerte?

Victoria conoció, aunque tarde, su imprudencia, y quiso dar otro jiro á aquella conversacion, pero Carolina que ya no veia mas que al baron de Azálvaro espirando en un cadalso, incorporándose en el lecho, y asiendo por el brazo á su amiga, la dijo con una mirada terrible y un acento profundo.

—¿Quién es el principal motor?

Titubeó Victoria y casi tuvo miedo. porque los ojos de Carolina radiaron con un brillo tan deslumbrante, que hirieron la tímida mirada de la pobre Duquesa. En aquel momento ya no se acordaba de su amiga: tenia solo presente el mal que habia causado, y esperaba causar, las justas reprensiones de un esposo y el eterno pesar de haber sido inocente autora de la muerte de aquella desgraciada. Falta de recursos su reducida y joven imaginacion, quiso que el llanto supliese su debilidad, pero ni aun este consuelo tenia, porque el pavor la habia sobrecojido, y solo la quedaba libertad para temer. Entre tanto Carolina, inmóvil, no separaba sus desencajados ojos de ella, esperando la respuesta á su pregunta, y sin soltar el brazo que lastimaba con su presion. Cansada de esperar, saltó del lecho, y abriendo de par en par la ventana, corrió á los pies de Victoria, y con una espresion desgarradora, con un acento angustioso, con una actitud humilde, esclamó:

—¡Perdon para el baron de Azálvaro!!

Iba Victoria á contestar del mejor modo posible á aquella súplica arrancada al alma entre un triste sollozo y el mas copioso llanto, pero la demente Carolina, impulsada por su delirio, y abandonada completamente de la razon, puso una mano sobre los entreabiertos labios de la Duquesa, y separando el sudoso cabello de la frente, prosiguió así.

—Seria un asesinato horrible! Una muerte alevosa! Nadie tiene derecho sobre él, porque á mi solamente, á mi solamente me pertenece. Mire V.; él me ha abandonado, él ha derramado mi sangre, él me ha visto á sus pies y me ha golpeado; él ha hecho mas, ha dado orden para que me asesinen, pero yo le he seguido por todas partes, yo sonriendo he enjugado mi sangre, yo he besado su mano, y yo he llorado por él cuando su verdugo me amenazaba. Pues bien, cuando yo le perdono, ¿por qué no le han de perdonar los hombres? Azálvaro! Azálvaro! Oh! V. le a-

sesina! V., sí, porque no ha pedido por él, porque no ha templado esa sed de sangre de su marido. Matar á mi esposo por un delito político! Ah! no es posible que Dios consienta semejante maldad! Pero, no, no morirá: yo iré hasta los pies de esos despiadados verdugos: yo les ofreceré mi vida por su vida, y sino me oyen, me concederán al menos el morir junto á él, besando su frente, estrechándole contra mi corazon!

En este momento escuchóse un ruido violento de pasos apresurados, y una voz que gritaba.—Abrid!... Aquella voz desconocida para nosotros, hiriendo el oido de Carolina, paralizó su acento y detuvo su accion, dejándola tan petrificada, tan inmóvil, tan fria como la mujer de Lot ante los muros de Sodoma. Su rostro escesivamente encendido se volvió hácia la puerta de la estancia, y sus ojos saltándose de las órbitas devoraron la entrada como esperando alguna aparicion.

De repente abrióse la puerta con violencia, y penetró en la estancia un hombre envuelto en una capa. Cerró

tras sí las maderas, y lanzando una mirada incierta en derredor, quedó tambien fijo, si bien temblando de pies á cabeza.

Carolina y el desconocido se observaron un instante, y como impulsados por una misma idea, con igual resolucion se precipitaron uno hácia al otro, uniéndose fuertemente en un estrecho y cordial abrazo.

Para Victoria era un sueño cuanto veia: mas escuchaba llamar apresuradamente á la puerta, y oia tambien en la calle voces confusas como de gente que se empezaba á reunir.

Al fin abriéndose aquella de par en par, penetró en la estancia apresuradamente el joven Cárlos Rovira, y á pesar de su admiracion al ver al baron tan cariñosamente unido á Carolina, se acercó y le dijo.

—Ni un momento podemos perder: los soldados empiezan á cercar esta casa: morirá V. en un cadalso, y no quedaré yo satisfecho...

—Un cadalso!... esclamó Carolina! Oh! nadie le arrancará de mis brazos!

y le estrechaba mas y mas contra su corazon.

Pero Azálvaro que conocia mejor el peligro, separándose bruscamente de Carolina, dijo.

—Soldados!.. cadalso!.. ¿Y es V. el encargado de prenderme!

—No!.. contestó Cárlos: vengo á proponerle á V. un medio que tal vez sea la salvacion de V., y que á no dudarlo salvará el honor de una señora!

—Un medio de salvacion!.. cuál!...

—Pronto, venga V. conmigo!.. gritó Cárlos. ¿No escucha V. las voces de los soldados en la calle?

—Sí... vamos!.. dijo Azálvaro; pero deteniéndose á seguir á Cárlos, le dijo en tono de desconfianza.—Quiere V.... que yo mismo me entregue?

—Ya suben!.. oh!.. va á ser imposible!.. Cambie V. su capa con la mia, y equivocarán las señas los que le siguen desde la casa de Doña Julia.

El baron se acercó á la ventana que daba á la calle, y mirando cautelosamente, retrocedió atemorizado: tomó la capa de Cárlos, se embozó hasta los

ojos, y se dispuso á seguirle, sin decir un adios á la desventurada Carolina, que respirando apenas de agitacion y debilidad, estaba sostenida en el lecho por la no menos angustiada duquesa.

Llegaron los dos á la puerta, y Cárlos salió delante: pero no bien pisó Azälvaro el primer escalon, cuando dos hombres ocultos en el tramo superior le intimaron que se entregase sin resistencia.

—Traicion!... gritó Azálvaro y sacando las pistolas que llevaba ocultas, disparó una sobre Cárlos, que afortunadamente habia hecho un movimiento al escuchar la esclamacion, libertándose asi de la muerte.

—Se ha perdido!... dijo Cárlos, sin atender siquiera al peligro que acababa de correr; y dirigiéndose á los dos embozados les dijo descubriéndose.—Viene conmigo, señores!..

Mas Azalvaro habia vuelto á penetrar en la casa, y los soldados iban ocupando la escalera en que habia sonado la detonacion.

Carolina y Victoria, viendo entrar

al baron pálido, descompuesto, con dos pistolas en la mano, y detras los dos encargados de prenderle, lanzaron un grito de horror, y acudieron al lado del criminal, creyendo poder guarecerle del furor de los que le perseguian. En especial la débil Carolina, reuniendo todas sus fuerzas en aquel momento decisivo, arrastró á su esposo al fondo de la habitacion, é interponiéndose con una actitud sublime, esclamó desesperadamente.

—Nadie llegará á él sin pisar antes mi cadáver!

Los dos perseguidores de Azálvaro, que no esperaban verdaderamente tan rara y estremada demostracion, y que necesitaban concluir cuanto antes el justo castigo que les habian encomendado, se adelantaron hácia Azálvaro, y separando el brazo de Carolina, se precipitaron sobre él, que por su parte se arrastraba por el suelo para huir la accion de sus adversarios. Una lucha violenta trabóse entre estos y Carolina, si bien ellos rehuian toda ocasion de causarla daño; pero al sentirse herido uno

de los dos en el brazo por una terrible mordedura, perdió su calma, y rechazando el cuerpo que se le oponia, asió de un brazo al baron, y lo arrastró hasta la mitad de la estancia.

Entonces acababa de entrar Cárlos, queriendo contener en vano á la tropa que se precipitó en la habitacion, para evitar la menor resistencia de Azálvaro: pero este, al tiempo mismo en que habia sido impelido por su adversario, y antes de que lograse desarmarle, viendo el ningun fruto de su resistencia, colocó sobre su oido la pistola que llevaba en la mano izquierda, y se atravesó el cráneo de un balazo.

Al espantoso ruido, Victoria cayó desmayada, y Carolina, con las fuerzas que le prestaba el último aliento vital, se arrojó sobre el cadáver ensangrentado, y aplicando con el mas atroz delirio sus labios en la herida que brotaba sangre caliente entre el cabello, gritaba con desgarrador acento.

—Angel mio! angel mio!.. ni un beso tuyo! ni una mirada!... ni una espresion!..

Y movia la cabeza del baron, como queriendo despertarle, rozaba su estenuada mejilla sobre los ojos del suicida, que iban tomando ya ese color amarillo de la muerte.

Cuando se convenció de que no vivia, se levantó, y con el semblante desencajado dijo en un horroroso alarido á los que la rodeaban:

—Está muerto!

Fueron sus últimas palabras. Una hora despues, Carolina espiraba entre los mas atroces dolores.

CONCLUSION.

Estamos en Segovia.

Un hermoso sol de primavera, estendiendo sus oblícuos rayos por toda la faz de la tierra, alumbraba un cielo purísimo, y embellecia la antigua ciudad, monumento magnífico de nuestras pasadas glorias, y suntuosa corte un dia de los reyes de Castilla y de Leon. Destacábase entre todos sus edificios el vetusto alcázar, tan imponente, tan severo como en sus mejores tiempos, ri-

valizando con el suntuoso acueducto, creacion maravillosa que nos revela todo el poder del hombre, cuando está halagado por el premio, y cuando vive entre las delicias de una venturosa paz.

Olvidada hoy dia Segovia, allá en un rincon de Castilla, parece una matrona que fijos sus ojos en el pasado, llora avergonzada el triste papel que la ha cabido en las revoluciones modernas, evocando inútilmente, para contrarestar esta ingratitud, sus innumerables hazañas, y desplegando al viento su riquísimo manto y su preciosa diadema. En torno de esa antiquísima poblacion, reina continuamente una espesa sombra que la hace menos apetecible, y un aire húmedo, un cielo por lo general empañado, y la carencia casi total de pobladores, contribuyen á que se mire con indiferencia esa joya monumental, donde hace algunos siglos se ajitaba la galante corte de D. Juan el II, y se revolvian las desmedidas ambiciones, y los continuos trastornos de la de Enrique IV. Oh! los tiempos todo lo arrastran en su raudo torbellino; los pueblos

como las personas tienen sus períodos, y ¡desgraciado de aquel que llega á la cumbre sin ningun obstáculo! la caida es una pendiente resbaladiza, un derrumbadero profundo donde se pierde hasta la memoria de lo que fue.

. . . .

Sentados en un espacioso corredor bañado completamente por los puros rayos del sol, se encuentran en este momento una jóven ataviada con la sencilla elegancia de una señora de Castilla, y cerca de ella un apuesto galan, que se complace, con un gozo infantil, en deshacer las trenzas de lá joven, riendo á cada movimiento que esta hace para evitar el inocente juego. El traje de él está en armonia con el de la muchacha, si bien se le advierte el desaliño del hombre que ya no tiene que agradar mas que á su familia, habiendo concluido para él todos los atractivos del mundo *estraño*. En la falda de la joven está sentada una preciosa niña, como de dos años, cuya divina cabeza reclinada sobre el seno de su madre, permite á sus rasgados y espresivos

ojos contemplarla con esa mirada anjelical, embelesadora que espresa una pura emocion, un sentimiento perfecto. Complácese tambien la joven en lustrar con su linda mano el sedoso y negro cabello de su hija, regalándola á menudo con un comprimido beso, al que corresponde el precioso angel con una sonrisa imposible de pintar.

Este delicioso cuadro, tan sublime como silencioso, ofrece el espectáculo de esa paz doméstica, de ese contento familiar una satisfaccion que puede gozarse en el mundo cuando se concilian los caractéres, y cuando se unen dos personas que verdaderamente se aman. Mas de dos años sin duda hace que aquellos dos jóvenes se han jurado una fé eterna, y los vemos, á pesar de ese tiempo, jugando como dos amantes, y adorándose como dos hermanos.

Oigamos un instante su conversacion.

—Cárlos, qué satisfaccion vamos á tener mañana: vamos á saber el dia fijo que viene nuestra querida tia, y la saldremos á recibir con nuestra encan-

tadora Leoncia. Yo no vivo desde que sé esta nueva, porque el placer hasta me arrebata el sueño.

—Que niña eres, Luisa: te parece que Doña Julia no tiene mas que hacer que venir á vernos? Ya sabes que está sola con tu familia, y que el dolor que la atormenta desde la muerte de aquel despreciable hombre, no la permite gozar como nosotros gozamos.

—No, eso seria una crueldad: me lo ha ofrecido y...

—Quién tendrá que abandonarte muy pronto seré yo. El respetable Duque de S. Vicente, ajeno ya á la política, ha marchado con su esposa á Andalucía, y debo ir á verle. Me lo ha pedido tantas veces....

—Abandonarme!

—Si, hija: á él debemos mucha parte de nuestra fortuna; él me hizo hombre y...

—Tambien doña Julia es acreedora á tu vista.

—Tambien, sí: á los dos veré.

Luisa siempre consecuente con sus ideas melancólicas, repasó en aquel

momento su vida pasada, y fue siguiendo uno tras otro todos los acontecimientos que tan horriblemente la martirizaron. Despues de una breve pausa y de haber enjugado una lágrima furtiva, esclamó:

—Te acuerdas del baile de la marquesa de Campolís?

Nublóse la frente de Cárlos, y un hondo pesar sostituyó su inocente satisfaccion. Miraba los hechos pasados como una fiera pesadilla, y aquella pregunta de su esposa le ponia á la vista cuanto él procuraba olvidar.

—Me acuerdo, sí, ¿pero á qué me haces esa pregunta?

—Oh! porque allí se cimentó nuestra felicidad! porque tu presencia fué mi angel salvador cuando ya respiraba el álito emponzoñado de la corrupcion; aquellas palabras tuyas, aquel profundo sarcasmo me helaron la sangre, y me separaron de una vez de los peligros que tal vez mi imprudencia iba creando.

La inocente Leoncia, que echaba de menos las caricias de su madre, ya fuese por un impulso natural, ya por un

instinto desconocido, incorporándose cuanto la fué posible, y estendiendo sus delicados brazos sobre los hombros de los esposos, unió sus rostros y los besó cariñosamente.

Aquel movimiento natural, sencillo é inocente, ahogó todos los tristes recuerdos de Luisa y Cárlos, y estrechando á porfía la graciosa niña, solo pensaron ya en su presente dicha.

—Qué hermosa eres, hija mia,—decia Luisa con esa exaltacion maternal que á veces parece ridícula.—Tienes en tus ojos toda la espresion del talento, toda la nobleza de tu corazon: hija mia, hija mia, bésame como yo!

Y con estremado delirio besaba una y mil veces á la niña, la que por su parte espresaba su satisfaccion como no podia esperarse en su corta edad.

En esto entró en el corredor un hombre tosco, cano y agoviado mas sin duda por los pesares que por la edad. Traia en la mano un pliego grande y quitándose el sombrero con mucha sumision y respeto, depositó el papel en las manos de Cárlos.

—De dónde es, Manuel? dijo este.

—De Madrid, de la señora Doña Julia de Salem: lo ha traido un propio.

—Bien: si es cosa de importancia llevarás tú mismo la contestacion.

—Sabe V. que puede siempre mandar al antiguo zapatero Manuel: á V. debo la subsistencia presente, y á la señora y á su familia la subsistencia de otros dias.

El zapatero Manuel se retiró conmovido.

Apresuróse Cárlos á abrir el pliego, y encontrando mas de una carta, empezó á leer por la de Doña Julia de Salem, que decia asi.

«Queridos hijos mios Luisa y Cárlos: sin duda estrañareis esta, porque hasta mañana no debiais recibirla por el correo, pero acontecimientos de importancia me han impulsado á participaros con anticipacion lo que no debeis ignorar un momento.

Vencidos cuantos obstáculos se oponian á la realizacion de vuestros deseos, estoy resuelta á ponerme en marcha mañana mismo, con vuestra estimable

familia, para reunirnos á vosotros y vivir lejos del bullicio del mundo, gozando de los puros placeres de una sociedad reducida y amante. Bastante tiempo he luchado con el terrible recuerdo de aquel hombre, pero los saludables consuelos de la relijion han venido en mi ausilio, y ya, si no completamente tranquila, disfruto al menos la calma que es posible despues de tantas aflicciones. Las exequias fúnebres por la infortunada Carolina de Solis, se han efectuado por la tercera vez con cuanta pompa han permitido mis caudales, y he aplicado ademas algunas funciones relijiosas por el alma de Azálvaro, por si acaso Dios se ha compadecido de él en su última hora. Con esto he querido equilibrar los cuantiosos dispendios que he hecho para tantos y tan enormes crímenes como perpetró aquel desgraciado!

He roto completamente las relaciones con la marquesa de Campolís, porque ni sus ideas convinieron nunca con las mias, ni yo podia curar mis recuerdos viendo á la muger que me habia

puesto en relaciones con ese hombre á quien perdono de todo corazon.

Vereis por las adjuntas el estado triste de Alfonso, víctima de su pasion, y los deseos de la estimable familia de S. Vicente. Quiera el cielo completar nuestra felicidad, apiadándose de nosotros, ya que, aunque tarde, hemos conocido la verdadera senda de salvacion.

A Dios, hijos mios: recibid los abrazos de vuestra familia, y el corazon de vuestra tia que presto se reunirá á vosotros JULIA DE SALEM.

Con abundantes sollozos fué acompañada la lectura de esta sentida carta, mezclados al mismo tiempo con el regocijo de estrechar á las personas que tan entrañablemente amaban los nuevos esposos

La segunda carta de Alfonso decia.

París 20 de . . . .

«Inolvidable hermana mia: cerca de tres años hace que busco el remedio á mi dolor, y cada dia consigo solamente aumentarlo: en vano he recorrido los paises mas remotos: el ardiente sol de los trópicos, el insufrible hielo del Nor-

te, la deliciosa temperatura de la Italia, no han influido en mi estado mas que para acrecerlo debilitando siempre mi estenuado cuerpo. Lejos de mi la idea de envidiar tu felicidad, hermana mia, pero mas de una vez he vertido un mar de lágrimas contemplando lo dichosas que son todas las personas que en un odioso período nos reunimos en Madrid, y que solo yo, solo yo no tengo mas consuelo que la muerte. Estoy resuelto á partir el próximo verano para esa y reunirme á vosotros, á no ser que antes, querida hermana, pierda esta vida que por instantes se apaga. Si esto sucede, te ruego, amada Luisa, que consagres una lágrima y un recuerdo á tu querido hermano, que no deja un instante de pensar en tí

ALFONSO.

P. D. Mis afectos á Cárlos, y un beso á tu adorada Leoncia.

El corazon sensible de Luisa no pudo resistir la lectura de esta breve y sentida carta, y asi dando rienda á sus lágrimas, besó una y mil veces el papel que tanto daño le habia hecho, no pudiendo oir la lectura de la tercera carta

porque el llanto y la congoja no se lo permitian.

Cárlos profundamente afectado condujo á su lecho á su esposa, y colocando sobre sus rodillas á Leoncia, leyó la última carta de aquel triste pliego.

Sr. D. Cárlos Rovira.

Amigo de mi corazon: cansado de las contiendas políticas, que no acarrean mas que disgustos, he hecho dimision, como V. sabrá, del Ministerio con su presidencia, y aceptada esta por S. M., parto dentro de tres dias para Sevilla, en union de mi querida esposa Victoria. Yo nunca hubiera querido molestar á VV., pero esta que ama á su Luisa de V., me ha obligado á que le anuncie su resolucion de ir á esa antes de la ausencia á Andalucia, para darla un abrazo, y ver si puede conseguir llevársela consigo algun tiempo. Este deseo me proporciona á mi el placer de abrazar á V., á mi salvador, y de exijirle la palabra de una visita á mis posesiones, para recordar otras épocas, y disfrutar los deleites de una buena amistad.

Como las señoras no miran en sus

exijencias los intereses ó las posiciones domésticas, desearia me dijese V. antes de determinarnos nosotros á ir á esa, si le causaremos molestia con nuestra visita, y si no temiese herir la susceptibilidad de V., me atreveria á advertirle tengo lo suficiente para vivir en la opulencia y servir de apoyo á mis verdaderos amigos.

De todos modos, sabe V. le aprecia de veras su buen amigo

FERNANDO. DUQUE DE S. VICENTE.

. . . .

A las dos horas el zapatero Manuel salia en posta para Madrid con cartas para Doña Julia de Salem y el Duque de S. Vicente, con encargo espreso de acompañar á su vuelta á ambas familias.

Pasado un mes, todos eran felices escepto Alfonso, á quien una enfermedad ocasionada por la tristeza, quitó la vida en Burdeos, cuando venia á reunirse á su familia. Inutil es decir, que los Duques consiguieron en dos distintan épocas su afan de ver en sus posesiones andaluzas á Luisa y á Cárlos.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE DEL TOMO III.

INDICE DEL TOMO IV.

ERRATAS DEL TOMO III.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
7	2	le debieran	les debieran
25	20	es menos lenta	es mas lenta
26	17	como una madre	como un padre,
42	14	en el teatro, cree	en el teatro y cree
64	5	apenas razon	apenas la razon

ERRATAS DEL TOMO IV.

36	24	ajitarse, asomó	ajitarse, y asomó
45	12	desde luego	y desde luego
109	13	una satisfaccion	único placer
112	9	la graciosa	á la graciosa

Otras se advertirán de menos importancia.


PARODIAS
DE
VERDADES
44